BIBLIOTECA PEVGROW · EDICIÓN 2026

Las siete hermanas del sueño

Mordecai Cubitt Cooke

1860

Traducción al español de una obra en dominio público. Puede copiarse y redistribuirse citando la fuente original.

Las siete hermanas del sueño

Mordecai Cubitt Cooke

1860

DE QUÉ TRATA

Historia cultural de las siete drogas que Cooke llamó «hermanas del sueño»: tabaco, opio, hachís, betel, coca, estramonio y amanita. Mezcla botánica, viajes y anécdotas con una mirada crítica sobre el consumo. El capítulo del hachís reúne a Humboldt, La Condamine y O'Shaughnessy, y es una de las mejores síntesis victorianas del conocimiento sobre la planta.

FICHA

Temas
botanica, historia, cultura

Época
Clásicos (hasta 1900)

Derechos
Obra en dominio público.

Fuente del original
Internet Archive

Edición
Traducción y maquetación de la Biblioteca de Pevgrow, 2026. Licencia CC BY 4.0 citando la fuente.

Las siete hermanas del sueño

Historia popular de los siete narcóticos predominantes del mundo

M. C. Cooke Londres, James Blackwood, 1860.

> Traducción al español de la edición de 1860. Obra en dominio público. Revisión mecánica de cortes, puntuación y encabezados. No es un facsímil: las erratas del original se conservan.

«¡Oh, sueño! es una cosa apacible, amada de polo a polo». — Coleridge.

Durante la persecución de Decio, siete habitantes de Éfeso se retiraron a una caverna; seis eran personas de cierta consideración, el séptimo era su servidor; desde allí despachaban de vez en cuando al criado para que les comprase alimento. Decio, que como la mayoría de los tiranos tenía largas orejas, al oírlo, ordenó que se tapiase la boca de la caverna mientras los fugitivos dormían. Tras el transcurso de unos cientos de años, al desprenderse parte de la fábrica de la boca de la caverna, la luz que penetró los despertó. Creyendo, como también lo creyó Rip Van Winkle, que habían disfrutado de un buen descanso nocturno, despacharon a su servidor a comprar provisiones. Todo le pareció extraño en Éfeso, y se trabó un diálogo caprichoso, acusándole los ciudadanos de haber hallado un tesoro oculto, mientras él porfiaba que ofrecía la moneda corriente del reino. Al fin se excitó la atención del emperador, que fue, en compañía del obispo, a visitarlos. Refirieron su historia y poco después expiraron.

Hasta aquí narran los cronistas de los siete durmientes de Éfeso. No todos concuerdan en cuanto al lugar donde ocurrió este extraordinario su-

ceso. Se lo ha asignado también al «monte de los siete durmientes», cerca de Tersous. Bien pudieron reclamarlo los ciudadanos de otras veinte antiguas ciudades, por lo que alcanzamos: la fe remueve montañas. Pero el número permanece intacto. Mahoma escribió de siete cielos: ningún mahometano se toma la molestia de creer en menos. Los «reyes magos» eran sólo siete; hubo siete poetas de la edad de Teócrito; siete de las hijas de Pleione elevadas al dorso del Tauro; y

«Había siete pilares de moldura gótica, en el calabozo de Chillon, oscuro y viejo»;

y ¿por qué no siete durmientes en Éfeso o

«de la naturaleza dulce restaurador, el balsámico sueño»?

Aunque no se halle en Livio, ni en Hesíodo, ni en Ovidio, ni en ninguno de los padres de la historia o de la fábula, hay una leyenda de los siete últimos, que puede considerarse a la luz de un extracto de título de ciertas siete hermanas, para ser incluidas en la lista de los sietes inmortales que han honrado la tierra haciendo de ella su morada.

Hace muchos miles de años que el Sueño recibió de su progenitora, como dote de amor, un imperio sin igual en extensión por ningún otro que la tierra jamás reconociese. Su dominio abarcaba «el orbe entero y cuanto en él habita». De polo a polo, y de océano a océano, blandía su cetro. Y le fue asignado que el hombre dedicase un tercio de su existencia a rendir homenaje al pie de su trono. Todos los monarcas, desde Nino hasta Napoleón, le han hecho honor. Todas las damas, desde Ródope hasta Cleopatra, y desde Helena hasta Clotilde, han admitido su pretensión de supremacía. Y todos los siervos y todos los cautivos, desde Epicteto hasta Abd-el-Kader, han olvidado sus cadenas y su cautiverio, e inclinádose, en igualdad con los reyes, bajo su venia.

El Sueño tenía siete hermanas. Envidiosas de su trono y celosas de su poder, se lamentaban amargamente de que ninguna herencia, ni gobierno, ni homenaje fuese suyo. Entonces se esforzaron por engañar a los hombres y falsificar las bendiciones que el Sueño confería, y así robar los afectos de sus súbditos al monarca universal y transferírselos a sí mismas. En esto se afanaron e inventaron muchos extraños artificios; y

aunque a muchos sedujeron, todos estos volvieron de nuevo a la obediencia que antaño habían jurado.

«¡Oh hermanas mías!», dijo el Sueño, «¿por qué os esforzáis en infundir descontento en los corazones de mis súbditos y en sembrar discordia en mis dominios? ¿No sabéis que todos los mortales han de obedecerme forzosamente, o morir? Vuestros encantamientos no pueden disminuir mis devotos, y sólo sirven para aumentar mi poder. Y los hombres, que por un tiempo son burlados de las bendiciones que confiero, me cortejan al fin con mayor ardor y con cantos de gratitud caen a mis pies».

Morfina respondió primero:

«Bien sabemos, hermana orgullosa, cuán vasto es vuestro imperio y cuán grande vuestro poder; pero también nosotras hemos de reinar, y nuestros reinos pronto se compararán con el vuestro. Permitidnos tan sólo compartir con vos el gobierno del mundo, o lo gobernaremos por nosotras mismas».

«¡Hermanas! estemos en paz las unas con las otras. ¿No hay dos tercios de la vida del hombre libres de mi control? ¿Por qué no habéis de hurtar al cuidado de mano de hierro bastante poder para haceros reinas tan potentes, o poco menos, como yo? Mi ministro de los sueños os auxiliará con su arte, y visiones más espléndidas e ilusiones más magníficas que las que jamás visitaran a mortal bajo mi imperio acompañarán los éxtasis de vuestros súbditos».

Las hermanas quedaron reconciliadas desde entonces. Y luego miles y millones de tribus tártaras y hordas mongolas dieron la bienvenida a Morfina, y la bendijeron por sus calmantes encantos y su benévolo gobierno; la bendijeron por su robo a las horas del dolor y del cuidado; la bendijeron por las maravillas de sueños los más extravagantes y visiones las más espléndidas que jamás surgieran en el cerebro de morador del ardiente Oriente.

Más extenso se hizo el dominio de la rubia Virginia, hasta que cuatro quintos de la raza de los mortales quemaron incienso en sus altares, o en silencio ofrecieron sacrificios de gracias desde sus corazones. Elevándose siempre en espirales desde el hogar del britano y la selva del brasi-

leño; desde los palacios de Ispahán y los wigwams del Misuri; desde las laderas de las colinas eternas y el seno del poderoso abismo, surgían los fragantes aromas de sus devotos, mezclados con el murmullo de loas en su alabanza.

Bajo la sombra de las palmas, en las regiones ardientes del sol, la oscura e impetuosa Gunja tenía su corte. Allí los hijos del Ganges y del Nilo, del Indo y del Níger reconocían su soberanía; y allí el hindú moreno y el africano de ébano celebraban festividades en su honor. Y aunque el rudo nórdico desdeñaba sus ofrecidos oficios, ella estableció su trono en millones de ardientes y afectuosos.

No lejos, la de labios rojos Siraboa alzaba su grácil estandarte desde la cumbre de una palmífera plumosa; y los isleños del Archipiélago, en proa y canoa, se apresuraban a rendirle homenaje. El homicida malayo detenía su arma alzada para bendecir su nombre; y razas salvajes, que nunca antes se habían inclinado, caían postradas a sus pies.

Honrada por los Incas, y halagada por los sacerdotes,

perseguida por los conquistadores españoles, pero victoriosa, Eritroxilina se estableció en los Andes bolivianos y las cordilleras del Perú. Con súbditos los más devotos y fieles, ha recibido durante siglos el homenaje de un reino de entusiastas adeptos.

Dos, menos favorecidas, menos hermosas y menos afortunadas de las hermanas, mohínas y quejándose de la buena fortuna que a las otras había acompañado, se apartaron del resto del mundo y se lanzaron a un voluntario exilio. Datura, rubicunda como Belona, huyó a los Andes septentrionales; y en aquellas soledades montañosas reunió a unos pocos y devotos seguidores frenéticos, y estableció una minúscula corte. La pálida y enana Amanita, volviendo la espalda a las tierras soleadas y a los cielos ardientes, buscó y halló un hogar y un refugio, un reino y una corte, en los yermos helados de Siberia.

Y ahora, en paz, reinan las hermanas, y el mundo está dividido entre ellas. Cuando el cuidado, o la aflicción, o la lívida enfermedad arrebatan por un tiempo al mortal de su obediencia al calmo Sueño de ojos azules, entonces las hermanas despliegan sus mágicas artes para recobrarlo, y,

con su calmante influencia, adormecerlo de nuevo al reposo y abrir otra vez los portales del palacio de los sueños; entonces brota de los trémulos labios el murmullo apenas oído de una bendición susurrada.

En todos los tiempos el Sueño ha sido un tema fecundo para los poetas, uno sobre el cual se ha escrito lo mejor y lo peor.

«Tenemos una visión propia. ¿Y por qué habríamos de deshacerla?»

Todas las formas del cielo y de la tierra se han sometido a convertirse en símiles; y columnas de adjetivos han prestado servicio en la tarea desde que Edmund Spenser erigió su Casa del Sueño, donde

«yace el descuidado Reposo, envuelto en eterno silencio, lejos de enemigos».

Ningún monarca ha contado con tantas odas en su alabanza, ni ha tenido tantos poetas laureados «todo por amor». Estas, aunque no tan largas, son tan dignas como la que oímos cuando Jorge III ya no era rey. Quizá ese mismo pequeño tirano, el Amor, haya recibido una parte aún mayor de lo que algunos llamarían «necedades». En la soleada mañana de la juventud, estas pendían de nuestros labios y moraban en nuestros corazones, con menos duda de la que turba su presente reposo. La vejez nos vuelve soñolientos, y cantamos:

«¡Oh sueño mágico! ¡oh ave confortable, que incubas sobre el turbulento mar de la mente hasta que queda en calma y lisa! ¡oh ilimitada restricción, prisionera libertad, gran llave de palacios dorados, extraña música, fuentes grotescas, árboles nuevos, cuevas engalanadas, grutas resonantes, llenas de olas que se precipitan y de luz de luna; sí, a todo el laberíntico mundo de argénteos encantamientos!». — Endymion.

«Dios dio el sueño al malo», dijo Sadi, «para que el bueno no fuese perturbado». Sin embargo, a buenos y malos el sueño es igualmente necesario. Durante las horas de vigilia el cerebro activo ejerce sus potencias sin cesar ni descanso, y durante el sueño el gasto de energía se equilibra de nuevo con el reposo. Las energías físicas se agotan por el trabajo, como por la vigilia las de la mente; y si el sueño no viene a revigorizar las potencias mentales, el cerebro sobrecargado cede y recae en la me-

lancolía y la locura. Hombres privados del descanso, como sentencia de muerte, han partido de este mundo furiosos maníacos; y violentas emociones del

ánimo, sin reposo, han obrado de tal modo sobre el cuerpo que, como en el caso de María Antonieta, Ludovico Sforza y otros, sus cabellos se han vuelto blancos en una sola noche,

«como los de los hombres se han vuelto por repentinos temores».

Mente y cuerpo por igual sufren de la falta de sueño; el espíritu se quiebra y el fuego de la ardiente imaginación se apaga. ¿Quién puede extrañar que, cuando la enfermedad o el dolor han atormentado y torturado el cuerpo y han impedido el hundirse en un estado tan natural y necesario al hombre, este haya recurrido al auxilio de drogas y pociones para adormecer sus dolores y disipar el cuidado que ha desterrado el reposo, y cortejar de nuevo

«el cierto nudo de la paz, el lugar de reposo del ingenio, el bálsamo del dolor; la riqueza del pobre, la liberación del prisionero, el juez indiferente entre el alto y el bajo».

*Un corresponsal del Medical Times había pedido casos auténticos de cabellos que encanecieran en el espacio de una noche, y el señor D. F. Parry, cirujano mayor en Aldershott, le remitió el siguiente relato, del cual tomó nota poco después de ocurrido. «El 19 de febrero de 1858, la columna mandada por el general Franks, en el sur de Oude, se batió con una fuerza rebelde en la aldea de Chainda, y se hicieron varios prisioneros. Uno de ellos, cipayo del ejército de Bengala, fue llevado ante las autoridades para su interrogatorio, y yo, hallándome presente, tuve ocasión de observar desde el comienzo el hecho que voy a consignar. Despojado de su uniforme y completamente desnudo, rodeáronle los soldados, y entonces fue cuando por primera vez pareció cobrar conciencia del peligro de su situación; temblaba violentamente, el horror intenso y la desesperación se pintaban en su semblante, y aunque respondía a todas las preguntas que se le dirigían, parecía casi estupefacto de miedo; mientras se hallaba realmente bajo observación, en el espacio de media hora, sus cabellos encanecieron en todas las porciones de su cabeza,

siendo así que, cuando yo los vi por primera vez, eran del negro lustroso y azabachado del bengalí, de unos veinticuatro años de edad. La atención de los circunstantes fue primeramente atraída por el sargento de quien era prisionero, que exclamó: "¡Se está poniendo gris!", y otras varias personas observaron su progreso. Gradual pero decididamente, la transformación continuó, y un color grisáceo uniforme quedó completo dentro del período arriba indicado.»

Leigh Hunt ha dicho bien: «Es un momento delicioso aquel en que uno se halla bien arrellenado en la cama y siente que ha de deslizarse suavemente al sueño. El bien está por venir, no ha pasado; los miembros acaban de cansarse lo bastante para hacer delicioso el permanecer en una postura; la labor del día ha terminado —un suave desfallecimiento de las percepciones se desliza sobre vosotros—; el espíritu de la conciencia se desprende una vez más, y con grados lentos y acalladores, como una madre que aparta su mano de la de un niño dormido, la mente parece tener un párpado balsámico que se cierra sobre ella, como el ojo —se ha cerrado—; el misterioso espíritu ha ido a dar sus aéreas rondas.»

Es este sentido universal de la bendición del sueño el que se apodera de la mente con un sentimiento tan religioso, que la aparición de una forma dormida, sea de la infancia o de la vejez, detiene nuestro paso y nos hace respirar suavemente, no sea que turbemos su reposo. Apenas podemos abstenernos de susurrar, mientras estamos ante el bien conocido cuadro del «Último sueño de Argyle», no sea que, con una articulación más fuerte o más distinta, robemos al pobre anciano un momento de esa ausencia de pesar que el sueño le ha traído por última vez.

Shakespeare ha hecho que el asesinato de Duncan parezca tanto más repugnante por cuanto fue cometido mientras dormía. Macbeth mismo debió de sentirlo al exclamar:

«Me pareció oír una voz que gritaba: "¡No dormirás más!

Macbeth asesina el sueño, el inocente sueño,

el sueño, que devana la enmarañada madeja del cuidado,

la muerte de la vida de cada día, baño de las labores penosas,

bálsamo de las mentes heridas, segundo plato de la gran naturaleza,

principal nutridor en el festín de la vida.”»

Si Desdémona hubiera sido enviada a su última cuenta de una vez, cuando su señor entró en la estancia y la besó mientras dormía, sentimos que toda nuestra piedad por el moro valenciano se habría trocado en odio, y

ALGO FABULOSO.

nuestra detestación de él habría sido tan grande que ningún lugar habría quedado para la execración del villano Yago, que ahora parece ser el Mefistófeles, el genio del mal, de la obra.

«¡Bendito sea», dice Sancho Panza, «aquel que inventó primero el sueño; envuelve a un hombre por completo como un manto!» Pero ni Sancho ni nadie nos dará una bendición si nos dejamos ir al sueño pensando en ello, en el mismo umbral de nuestra empresa, y antes de entregarnos a la comunión con las siete hermanas de quienes hemos hablado. Fue una observación trivial de un teólogo que «donde comienza la somnolencia, termina la devoción», y necesita aplicarse tanto a los escritores de libros como a los predicadores de sermones. Aunque no tengamos el poder de contener un bostezo ocasional, en el cual puede haber tanto alivio temporal como en un buen estornudo, evitemos el premonitorio hundimiento de los párpados superiores, llamando en auxilio a Francesco Berni para que nos libere del hechizo del sueño y nos introduzca en «las hermanas» de los tiempos antiguos.

«Quella diceva ch'era la piu bella

Arte, il piu bel mestier che si facesse;

Il letto er' una veste, una gonella

Ad ognun buona che se la mettesse.»

ORLANDO. *Innamorato*, lib. iii, cant. vii.

«¿Quiénes son estas,

tan marchitas y tan salvajes en su atavío,

que no parecen habitantes de la tierra,

y sin embargo lo son?» — *Macbeth*.

No hay razón para dudar de que los antiguos conocieran, en cierto modo, algunos de los narcóticos que nosotros conocemos, aunque no abusaran de ellos como estimulantes ni como lujo. Es verdad que el anticuario no ha logrado desenterrar la tabaquera de Claudio ni la pipa de Nerón —por mucho que este último fuera dado a fumar—. Y nadie ha descubierto todavía una tabaquera que lleve las iniciales de Marco Antonio, de donde los dedos afilados de la reina de Egipto sacaran un pellizco de Mezcla de la Princesa o de la Violeta de Taddy, mirando mientras tanto con ojos amorosos a Antonio. En aquellos remotos tiempos ni el cáñamo ni la adormidera eran desconocidos; y hay motivo para creer que en Egipto se usaba el primero como poción para calmar y disipar las preocupaciones.

Heródoto nos informa de que los escitas cultivaban el cáñamo y lo convertían en tela de lino semejante a la que se hace del lino; y añade también que «cuando, pues, los escitas han tomado alguna semilla de este cáñamo, se meten bajo los paños y ponen luego la semilla sobre piedras al rojo vivo; pero esta, puesta al fuego, humea y produce tal vapor, que ningún baño de vapor griego lo superaría. Los escitas, transportados por

el vapor, gritan en voz alta».* El mismo autor refiere también que los masagetas, que habitan en una isla del Araxes, han descubierto «árboles que producen un fruto de especie particular, el cual, cuando los habitantes se reúnen en compañía y han encendido fuego, arrojan al fuego sentados en círculo; y que, aspirando los humos del fruto ardiente que han arrojado, se embriagan con el olor, como los griegos con el vino, y que cuanto más fruto se arroja, más se embriagan, hasta que se levantan a danzar y se ponen a cantar».† Homero hace también que Helena administre a Telémaco, en la casa de Menelao, una poción preparada con nepentes, que le hacía olvidar sus penas.

«Entretanto, para calentar el alma con alegría genial,

la radiante Helena mezcló una copa que inspira alegría;
templada con drogas de soberano uso para calmar
el pecho hirviente de la tumultuosa ira;
para despejar la frente nublada de la arrugada preocupación,
y secar las llorosas compuertas de la desesperación;
encantada con aquel virtuoso trago, la mente exaltada
entrega al viento todo sentimiento de aflicción:
aunque sobre la pira ardiente yaciera su padre,
o un amado hermano gimiera exhalando la vida,
o un hijo querido, oprimido por fuerza villana,
yaciera sin aliento a sus pies, corvo despedazado;
desde la mañana hasta la tarde, impasible y sereno
el hombre arrobado contemplaría la escena de muerte.
Estas drogas, tan amigas de los goces de la vida,
la radiante Helena las aprendió de la imperial esposa de Thone,
que empuñaba el cetro donde el fecundo Nilo
cubre con varias simples el suelo engrasado.
Mezclada con herbaje saludable, el terrible veneno
del ponzoñoso vegetal infecta la llanura;
nacido de Peón, su dios patrono comunica
a toda la raza faria sus artes curativas».
Homero, Odisea, trad. de Pope, lib. iv.
* Herod., lib. iv, cap. 74-75. † Ib., lib. i, cap. 202.

Diodoro Sículo afirma que los egipcios daban mucha importancia a la circunstancia de que la planta usada por Helena le hubiera sido dada por una mujer de la Tebas egipcia, de donde argüían que Homero debió de haber vivido entre ellos, pues las mujeres de Tebas eran célebres por poseer un secreto con el cual podían disipar la ira o la melancolía. Se supone que este secreto era el conocimiento de las propiedades narcóticas del cáñamo. La planta era conocida por los romanos, y muy usada por ellos en tiempos de Plinio para la fabricación de cordajes, y apenas cabe duda de que conocían sus otras propiedades. Galeno se refiere al poder embriagador del cáñamo, pues relata que en su tiempo era costumbre dar semilla de cáñamo a los convidados en los banquetes como promotora de la hilaridad y el regocijo. Los venenos lentos y el envenenamiento secreto eran un arte con el que los romanos no estaban en absoluto familiarizados. Cuál fuera el medio por el que cometían estos actos criminales, solo puede conjeturarse por la escasa información que queda. El cáñamo, o el opio, o ambos, pueden haber tenido alguna parte en la obra, pues la adormidera era sagrada para Somnus, y se sabía que poseía propiedades narcóticas.

La última planta es una de las descritas más tempranamente. Homero habla de la adormidera que crece en los jardines, y fue empleada por Hipócrates, el padre de la medicina, quien incluso particulariza dos clases, la negra y la blanca, y usó el extracto de opio tan extensamente, que fue condenado por su contemporáneo Diágoras. Dioscórides y Plinio también la mencionan; y desde su tiempo ha sido tan comúnmente usada, que quedó incorporada a todas las materias médicas de los subsiguientes

Plutarco nos cuenta que se administró un veneno a Arato de Sición, no rápido y violento, sino de

aquella clase que al principio ocasiona un lento calor en el cuerpo, con una ligera tos, y luego va produciendo gradualmente consunción y una debilidad del intelecto. En una ocasión en que Arato escupió sangre, dijo: «Este es el efecto de la amistad real». Y Quintiliano, en sus Declamaciones, habla de este veneno de tal manera que prueba que debía de ser entonces bien conocido.

Los infames actos de Locusta son mencionados por Tácito, Suetonio y Juvenal. Esta envenenadora parece haber sido un tipo de carácter tal como las tradiciones de una edad posterior encarnaron en la persona y bajo el nombre de Lucrecia Borgia.

Agripina, deseando deshacerse de Claudio, pero no atreviéndose a despacharlo súbitamente, y no queriendo dejarle tiempo suficiente para hacer nuevas disposiciones concernientes a la sucesión al trono, eligió un veneno que le privara de la razón y gradualmente lo consumiera. Hizo que lo preparara una experta envenenadora llamada Locusta, que había sido condenada a muerte por sus infames acciones, pero salvada para que pudiera ser empleada como instrumento del Estado. El veneno fue dado al emperador; mas, a causa de su irregular modo de vivir, no produjo el efecto deseado, y fue auxiliado por algún otro de naturaleza más violenta. Se nos cuenta además que esta Locusta preparó la droga con que fue despachado Británico, hijo de Mesalina, a quien su padre Claudio deseaba que le sucediera en el trono. Como este veneno ocasionara solo una evacuación, y fuera demasiado lento en su operación, el emperador obligó a Locusta, a golpes y amenazándola con la muerte, a preparar en su presencia uno más poderoso. Fue probado primero en un cabrito, pero como el animal no muriera hasta el cabo de cinco horas, lo hirvió un poco más hasta que mató instantáneamente a un cerdo al que se le había dado, y este veneno despachó a Británico tan pronto como lo hubo probado. Por este servicio el emperador perdonó a Locusta, la recompensó liberalmente y le dio discípulos, a quienes debía instruir en su arte, para que este no se perdiera.

Los discípulos de Locusta no nos han dejado, sin embargo, el secreto que su maestra les confió. La demanda que se hace al boticario en «Romeo y Julieta» habría convenido al caso de Nerón, en la última instancia.

«Dadme

un dracma de veneno; de tal género que pronto corra,

que se disperse por todas las venas,

para que el tomador cansado de la vida caiga muerto;

y que el traste quede privado de aliento

tan violentamente como la pólvora apresurada, encendida,

se precipita de la boca del cañón fatal».

Qué conexión tuviera el cáñamo narcótico con el famoso oráculo de Delfos no es del todo cierto, pero se ha supuesto, y tal suposición no contiene nada de herejía en estos días, que los arrebatos de la Pitia fueron las consecuencias de una buena dosis de hachís, o bang. Los lectores no clásicos nos permitirán informarles, y los clásicos permitirnos recordarles, que el oráculo de Delfos era el más célebre de toda Grecia. Que se contaba antiguamente que cierto pastor, apacentando sus rebaños en el monte Parnaso, observó que el vapor que salía de un agujero en la roca parecía inspirar a sus cabras y hacerlas retozar de manera maravillosa; que este mismo pastor fue tentado a asomarse él mismo al agujero, y los humos que de él se elevaban le llenaron de tal éxtasis, que dio rienda suelta a expresiones salvajes y extravagantes, que fueron tenidas por proféticas. Al hacerse conocida esta circunstancia, el lugar fue venerado, y sobre él se erigió después un templo a Apolo, y se nombró una sacerdotisa para entregar los oráculos. Esta sacerdotisa de Apolo, la Pitia, estaba sentada sobre la milagrosa cavidad en un trípode, o banquillo de tres patas, y se suponía que los humos que se elevaban la llenaban de inspiración, y ella entregaba, en malos versos, los oráculos de la deidad. Durante la inspiración, sus ojos centelleaban, sus cabellos se erizaban y un estremecimiento recorría todo el cuerpo. Bajo las convulsiones así producidas, con aullidos y gritos, entregaba los mensajes, que eran cuidadosamente anotados por un sacerdote asistente. Plutarco afirma que una de las sacerdotisas fue arrojada a tal furia excesiva, que no solo quienes venían a consultar el oráculo, sino los sacerdotes asistentes

quedaron tan aterrados, que la abandonaron y huyeron, y que el acceso fue tan violento, que continuó varios días en agonía, y finalmente murió. Se ha creído que estos humos, en lugar de proceder de la tierra, eran producidos por la combustión de alguna hierba narcótica, probablemente cáñamo. ¿Quién decidirá?

En tiempos posteriores se hace referencia al «bang» en las Mil y una noches. En uno de los cuentos, dos damas conversan, y una pregunta a la otra si la reina no estaba muy equivocada al no amar a un príncipe tan amable. A lo que la otra respondió: «Ciertamente, no sé por qué sale cada noche y lo deja solo. ¿Es posible que él no lo perciba?». «¡Ay!», dice la primera, «¿cómo querríais que lo percibiera? Ella mezcla cada noche con su bebida el jugo de cierta hierba, que le hace dormir tan profundamente toda la noche, que ella tiene tiempo de ir donde le place; y cuando el día comienza a aparecer, vuelve a él y lo despierta con el olor de algo que le pone bajo la nariz».

El califa Harún al-Rashid también se entregó al bang; y aunque en algún lugar hemos visto

esta palabra traducida como «beleño», seguimos aferrándonos al «bang» del texto, y creemos que las pruebas están a favor del cáñamo indio. No anticiparemos, sin embargo, más relatos de la historia temprana de esta planta, pues ocurrirán más apropiadamente cuando lleguemos a hablar de ella en particular. El beleño ha sido conocido bastante tiempo; pero siempre ha tenido la desgracia o de una mala reputación positiva, o de que nadie hablara mucho en su favor, y por ello nunca ha medrado en el mundo.

La lechuga, que no conocemos desde hace trescientos años, era también conocida de los antiguos, y reconocidas sus propiedades narcóticas. Dioscórides escribe de ella, y también Teofrasto. Galeno la menciona y, si no nos equivocamos, Plinio habla de ella. Ciertamente era silvestre, en algunas de sus especies, en las colinas de Grecia, y se cultivaba para las mesas de los griegos y romanos amantes de la ensalada. Mejor hubiera sido que algunos de ellos hubieran empleado más tiempo en comer ensaladas de lechuga, y por ese medio hubieran tenido menos tiempo que dedicar a otras ocupaciones mucho más reprobables.

El «nepentes» de Homero ya se ha demostrado que encontró un representante en el cáñamo. También se ha pretendido considerarlo como el croco, o los estigmas de esa flor conocida por nosotros como azafrán. Plinio afirma que tiene el poder de disipar los vapores del vino y prevenir la embriaguez; y los grandes bebedores de vino lo tomaban en bebi-

da para poder beber en abundancia sin intoxicarse. Sus propiedades son de carácter peculiar, causando, en grandes dosis, accesos de risa inmoderada. La evidencia en favor de que éste sea el verdadero «nepentes» es, sin embargo, a nuestro juicio, muy incompleta, y de ningún modo tan satisfactoria como la que se presenta en favor del cáñamo indio.

Cuando los soldados romanos se retiraron de los partos, bajo el mando de Antonio, Plutarco narra de ellos que sufrieron gran angustia por falta de provisiones, y se vieron urgidos a comer plantas desconocidas. Entre otras, encontraron una hierba que era mortal; el que la había comido perdía la memoria y los sentidos, y se ocupaba por entero en revolver todas las piedras que encontraba, y, después de vomitar bilis, caía muerto. Las tentativas para desentrañar los misterios de esta planta han terminado, en algunos casos al menos, por referirla a la belladona, planta bastante común en nuestros días, y conocida por poseer propiedades venenosas de carácter narcótico-acre.

Una circunstancia análoga ocurrió en la retirada de los Diez Mil, según refiere Jenofonte. Cerca de Trebizonda había un número de colmenas, y cuantos soldados comieron de los panales quedaron sin sentido, y fueron presa de vómitos y diarrea, y ninguno de ellos podía tenerse en pie. Los que habían tragado poco parecían muy semejantes a hombres ebrios, los que comieron mucho eran como locos, y algunos yacían como si estuvieran muriendo; y así yacían en tal número, como en un campo de batalla después de una derrota. Y grande fue el estupor; sin embargo, no se halló que ninguno hubiera muerto: todos recobraron el sentido aproximadamente al mismo tiempo; y al día siguiente, y al tercero o cuarto, los más graves se levantaron como si hubieran sufrido los efectos de haber bebido veneno.

Dícese que esta propiedad venenosa de la miel la derivan las abejas de las flores de una especie de rododendro (Azalea pontica), todas las cuales poseen propiedades narcóticas.

Suponiendo que el ciego y viejo Homero —si es que hubo alguna vez un viejo Homero, y si era ciego, no importa— conociera el secreto de la Tebas egipcia y el poder del cáñamo narcótico, y sin embargo nunca fumara una pipa de agua, ello tiene poca[1] consecuencia, excepto para la Socie-

dad de Anticuarios, y ciertamente no supone diferencia alguna para Homero ahora. Aunque Diágoras censuró a Hipócrates por dar demasiado opio a sus pacientes, no se nos informa si se administraba en forma de «Tinctura opii», o «Confectio opii», o «Extractum opii», o «Godfrey's cordial», o «Paregoric elixir». El descubrimiento no alargaría nuestras propias vidas, y por ello no nos lamentamos. Pensamos que nos queda algún consuelo, en que somos más sabios que Homero o Hipócrates respecto de aquella vanidad particular llamada «tabaco picado», en la que, nos atrevemos a sugerir, ninguno de aquellos venerables sabios incurrió jamás durante el período de sus vidas naturales. Y aunque Heródoto encontró a los escitas usando, de extraña manera, las puntas de la planta del cáñamo, nunca llegó hasta Kamtschatka, y por tanto nunca vio a un hombre embriagarse con un hongo venenoso. Si lo hubiera visto alguna vez, nunca habría dormido hasta contárselo a aquella posteridad que nos ha dejado para ilustrarnos.

«¿No puedes ministrar a una mente enferma; arrancar de la memoria un dolor arraigado; borrar los males escritos del cerebro; y, con algún dulce antídoto del olvido, limpiar el pecho henchido de aquella materia peligrosa que pesa sobre el corazón?» —Macbeth.

Entre los mahometanos, dícese que se acepta la siguiente leyenda como relato de la milagrosa introducción de la «hierba maravillosa» en el mundo.

«Mahomet, atravesando el desierto en invierno, encontró una pobre víbora helada en el suelo; movido a compasión, la colocó en su manga, donde el calor y el ardor del bendito cuerpo la volvieron a la vida. Apenas el ingrato reptil se sintió restablecido, cuando sacó la cabeza y dijo:

»“Oh, Profeta, voy a morderte.”

»“Dame una razón sólida, oh serpiente, y quedaré contento.”

Tu gente mata a mi gente constantemente; hay entre tu raza y la mía.

Tu gente muerde a mi gente; el equilibrio entre nuestras especies es parejo, entre tú y yo. El día está a mi favor, pues te he hecho bien.

Y para que no me hagas daño, te morderé.

—No seas tan ingrato.

—¡Lo seré! He jurado por el Altísimo que lo seré.

Ante el Nombre, el Profeta dejó de oponerse a la víbora, y le ordenó que mordiera, en el nombre de Dios. La serpiente clavó sus colmillos en la bendita muñeca, lo cual no gustando al Profeta, la sacudió, mas no le hizo más daño, ni permitió que los que estaban cerca la destruyeran, sino que, poniendo sus labios en la herida y chupando el veneno, lo escupió sobre la tierra. De estas gotas brotó aquella maravillosa hierba, que tiene la amargura del diente de la serpiente, templada por la dulce saliva del Profeta.»*

¡Dichoso musulmán! Tú has resuelto el misterio, y tu corazón no siente duda alguna; pero los perros cristianos suspiran desesperanzados por alguna revelación del pasado, ya sea por la historia o por la tradición, del primer uso de esta planta. En vano indagamos quién fue el que primero concibió y puso en práctica la idea de quemar las hojas grandes de una hierba, y aspirar el humo para volver a escupirlo. ¿Quién fue el que descubrió el placer o el pasatiempo en cosquillear la nariz con aquel «polvo titilante» para gozar del lujo de un estornudo o encontrar ocupación en soplarlo de nuevo? Las sombras de los héroes difuntos, que revolotean en torno a los pinares del Saskatchewan, navegan sobre las ondulantes praderas de Illinois, o vagan por las playas de Virginia, decidnos a qué ilustre progenitor de los creek o mohawk hemos de conceder el honor de un descubrimiento más popular que cualquier otro desde los días en que

«Adán cavaba y Eva hilaba».

A falta de que las sombras nos den la información requerida, debemos recurrir al débil rastro que «la costumbre» ha dejado impreso en las arenas del Tiempo. Incluso el nombre con que se la llama,

* Los ansayrii y los asesinos, por el Hon. F. Walpole.

LA «MARAVILLOSA HIERBA».

ha sido disputado e incluso negado, como perteneciente por derecho al tabaco. Esta palabra, nos informa Humboldt, como las palabras sabana, maíz, maguey y vianati, pertenece a la antigua lengua de Haytí o Santo Domingo, y no designaba propiamente la hierba, sino la pipa por la que se fumaba. El tabaco, según Oviedo, era indígena en La Española, y muy usado por los indios nativos, que lo fumaban de un tubo en forma de la letra Y, insertándose las dos ramas en las narices, y colocándose el tallo en las hojas ardientes. La planta se llamaba cohiba, y el rudo instrumento con que se inhalaba, tabaco.

Otros relatos fabulosos del origen de este místico nombre, que abre el corazón y la mano del salvaje más fácilmente que el del oro, lo remontan a Tabacco, una provincia de Yucatán en la Nueva España, de donde se afirma que fue traído por primera vez a Europa. O se le reclama afinidad con la isla de Tobago, una de las Caribes, donde crecía silvestre en abundancia. O su derivación se remonta a Tobasco, en la isla de Florida. En México se llamaba yetl; y en Perú sagri, que significa en aquellas lenguas «la hierba», o la hierba por excelencia, digna de superioridad sobre todas las demás hierbas que la tierra jamás produjo de su seno.

Parece sorprendente que un producto vegetal tan universalmente difundido tenga nombres diferentes entre pueblos vecinos. En Norteamérica el nombre algonquino es serna, y el hurón oyngoua, y la misma desemejanza existe en las lenguas de las tribus sudamericanas; los ominamis

[ilegible] jema; los chiquitos, mils; los vilelas, tump; y los tamanacos, cavai. Uno habría esperado encontrar nombres con menos variación entre tales vecinos. Podría aducirse, quizá, que todos estos son nombres antiguos e independientes dados por cada tribu a la planta antes de que conocieran la existencia de sus vecinos, y una evidencia de que su uso no se derivó unos de otros, ni de viajeros que pasaban entre ellos. A estas especulaciones el teórico es bienvenido.

Hay poca razón para dudar de que el tabaco es una planta indígena del Nuevo Mundo. Con la era, por tanto, de Colón, nuestro conocimiento de él necesariamente comenzará. Cuando los españoles desembarcaron con aquel navegante en Cuba en 1492, encontraron a los cubanos haciendo lo mismo que el viajero los encontraría ahora ocupados en hacer y fu-

mar cigarros. En este último acto, estos españoles pronto siguieron el ejemplo cubano, como también los que desembarcaron en 1518, con Fernando Cortés, en la isla de Tobago, en medida aún mayor. El honor de introducir esta, la más hermosa de «las Siete Hermanas del Sueño», a la sociedad y al suelo europeos, se debe, quizá, a Hernández, el naturalista, que trajo las primeras semillas de México (Humboldt afirma que de la provincia mexicana de Yucatán), en 1559, y las llevó a España. Por la misma época, algún flamenco desconocido introdujo al ilustre visitante en Portugal.

Sobre la introducción del tabaco en Francia, la opinión más comúnmente aceptada es que las primeras semillas fueron enviadas a Catalina de Médici desde Portugal en 1560, por Jean Nicot, el embajador francés en aquel país, y desde entonces ha llevado como nombre genérico un recuerdo de su patrono. Otros relatos atribuyen al padre André Thevet, o a algún amigo suyo, el honor de introducir la materia prima entre los más consumados tabacómanos de Europa, y quizá los primeros que jamás se entregaron a ello en alguna medida.

En la Toscana, el tabaco se cultivó por primera vez bajo Cosme de Médici, que murió en 1574. Fue originariamente cultivado por el obispo Alfonso Tournabuoni, a partir de semillas recibidas de su sobrino, Nicolo Tournabuoni, entonces embajador en París. Después de él llevó el nombre de Erba Tournabuoni, como en Francia se llamó Herbe de la Reine. Muy temprano, antes de 1589, el cardenal Santa Croce, al regresar de su nunciatura en España y Portugal a Italia, llevó consigo allá el tabaco; pero apenas puede reclamar el honor de su introducción, aunque la hazaña fue conmemorada por Castor Duranti en verso latino. Así parecería que esta planta fue traída de México a España, de donde pasó a Francia, y de allí a Italia, durante la primera parte de la segunda mitad del siglo dieciséis.

La primera introducción del tabaco en Inglaterra ha sido reclamada por una trinidad de valientes caballeros: Sir Francis Drake, Sir John Hawkins y Sir Walter Raleigh. En la «Historia de los Estados Unidos» de Bancroft, se dice: «Los desterrados de un año se habían familiarizado con el pasatiempo favorito de los indios letárgicos, e introdujeron en Inglaterra el uso general del tabaco.» Estos desterrados fueron traídos a

casa por Drake antes de que Raleigh visitara el Nuevo Mundo, y la fecha de la introducción del tabaco en este país por Sir Francis reclama la fecha de 1560. Para la introducción de Sir John Hawkins, el tiempo se ha fijado en 1565; mientras que la fecha más temprana asignada a su introducción por Sir Walter Raleigh es 1584, el mismo año en que se emitió una proclamación en Inglaterra contra él. Humboldt afirma que el célebre Raleigh contribuyó más a introducir la costumbre de fumar entre las naciones del Norte. Cuando Raleigh trajo el tabaco de Virginia a Inglaterra, campos enteros de él ya se cultivaban en Portugal. También era previamente conocido en Francia, donde fue puesto de moda por Catalina de Médici. Ya a finales del siglo dieciséis, se hacían amargas quejas en Inglaterra de esta imitación de las costumbres de un pueblo salvaje. Se temía que, por la práctica de fumar tabaco, los ingleses degeneraran en un estado bárbaro.*

El cultivo de esta planta narcótica precedió al de la patata en Europa en 120 o 140 años.

Camden, que nos informa de estos temores por la civilización de Inglaterra, también afirma que Richard Fletcher, obispo de Londres, un prelado cortesano (que murió en 1596), mediante el uso del tabaco «ahogaba los cuidados que se tomaba a causa de su desdichado matrimonio». Según Aubrey, la pipa se pasaba de hombre a hombre alrededor de la mesa; y esto guarda, ciertamente, una gran semejanza con la costumbre de los indios norteamericanos: el jefe fuma dos o tres caladas, luego la pasa a su vecino, hasta que de uno a otro da la vuelta al círculo, y vuelve al primer fumador.

El señor Jorevin, un francés que visitó Inglaterra en tiempos de Carlos Segundo, dice que las mujeres fumaban tabaco lo mismo que los hombres.

De Inglaterra la práctica de fumar fue llevada al Continente. Los estudiantes holandeses fueron primero instruidos en el arte de fumar en la Universidad de Leyden por estudiantes de Inglaterra; de ahí que los mayores fumadores de Europa derivaran su conocimiento del uso de la pipa de los ingleses.

Lilly, en su autobiografía, nos informa que cuando fue llevado al cuerpo de guardia en Whitehall, se creyó en regiones muy inferiores, donde Orfeo cantaba y Plutón reinaba, pues «unos estaban

* «Ex illo sane tempore [tabacum] usui cepit esse creberrime in Angliâ, et magno pretio dum quam plurimi graveolentem illius fumum per tubulum testaceum hauriunt et mox e naribus efflant; adeo ut Anglorum corpora in barbarorum naturam degenerasse videantur quum iidem ac barbari delectentur.» — Camden, Annal. Elizab., p. 143. (1585.)

LA «MARAVILLOSA HIERBA».

durmiendo, otros jurando, otros fumando tabaco; y en la chimenea de la sala había dos celemines de pipas de tabaco rotas». Buen amigo Lilly, ¿qué habrías pensado de una visita a una Studenten Kneipe, donde una multitud de estudiantes, entre humos densos como una niebla londinense en noviembre, gritan y gruñen la conocida canción:

«¡Y fuma el Zorro tabaco! ¿Y fuma el Zorro tabaco? ¿Y fuma el correoso Zorro tabaco? ¡Sa! ¡Sa! Tabaco de Zorro. Y fuma el Zorro tabaco.

»¡Pues que llene una pipa! ¡Pues que llene una pipa! ¡Pues que llene una correosa pipa! ¡Sa! ¡Sa! Correosa pipa. ¡Pues que llene una pipa!»

Y entonces quizá — pero que el lector pregunte por sí mismo a algún descendiente de los antepasados del renombrado Wouter Van Twiller, el digno jefe de la facción de la pipa larga. En 1601, el tabaco fue llevado a Java, de donde se extendió por el Este. También fue llevado a Turquía y Arabia a principios de este siglo. El-Is-hakee afirma que la costumbre de fumar tabaco comenzó a ser común en Egipto entre los años de la hégira, 1010 y 1012 (a. D. 1601-1603). Y de los escritores persas sobre Materia médica, parece haber sido introducido en la India en A. H. 1014 (a. D. 1605), hacia el final del reinado de Jclaladeen Akbar Padshaw. De la India, el tabaco probablemente encontró su camino a la península malaya y a China; aunque Pallas, Loureiro y Rumphius creen que el tabaco era conocido en China antes del descubrimiento del Nuevo Mundo, y que la planta del tabaco china es indígena de aquel país.

De «Notes and Queries» sabemos que el tabaco se cultivó por primera vez en este país en Winchcombe, en Gloucestershire, y que los naturales sacaban de ello no pequeña ventaja, y que antes del tiempo de Jacobo II la mejor Virginia no valía más que dos chelines la libra, y dos gruesas de las mejores pipas vidriadas, y una caja con ellas, tres chelines y cuatro peniques.» El tabaco llegó a ser casi una necesidad entre las clases altas; ni podían los representantes parlamentarios de la ciudad de Worcester ser despachados a la capital hasta que la «sabiduría colectiva» hubiese fumado y bebido vino de Jerez en el «Globe», o en alguna otra hostería. Ya en 1621, Sir William Stroud propuso en la Cámara de los Comunes «que él querría que el tabaco fuese desterrado por completo del reino, y que no se trajese de parte alguna, ni se usase entre nosotros». Y Sir Grey Palmes, «que si el tabaco no es desterrado, derribará a 100.000 hombres en Inglaterra, pues ahora es tan común, que él ha visto a labradores tomarlo mientras están en el arado». En una época posterior del mismo siglo, tan inveterada se había vuelto la práctica, que aparece una orden en los diarios de la Cámara: «Que ningún miembro de la Cámara se atreva a fumar tabaco en la galería, ni en la mesa de la Cámara estando sentados en Comités».

Pero el tabaco no entró en el uso general en Europa sin grande y strenua oposición. Toda clase de armas se pusieron en requisición para detener su progreso. La persuasión y la fuerza se ensayaron por igual sin efecto. Un escritor alemán ha reunido los títulos de cien obras diferentes que condenan su uso, publicadas dentro de medio siglo de su introducción en Europa. La pluma fue esgrimida por dedos reales lo mismo que plebeyos,

LA «MARAVILLOSA HIERBA».

y la famosa diatriba del Salomón británico, el rey Jacobo I, de bendita memoria, defensor de la fe y antagonista del tabaco, mantiene su memoria todavía verde en los corazones de los ingleses. En Rusia, el tomador de rapé era curado ingeniosamente del hábito haciéndole cortar la nariz, mientras a los fumadores se les perforaba una pipa a través de la misma útil protuberancia. Michael Feodorovitch Tourieff ofreció amablemente un bastonazo a los moscovitas por la primera falta, el corte de la nariz por la segunda y la cabeza por la tercera. En 1590 el papa

Inocencio XII se tomó la molestia de excomulgar a todos los que usaran tabaco en cualquier forma en la iglesia de San Pedro en Roma. Y en 1624, el papa Urbano VII, la vieja, fulminó una bula contra todas las personas sorprendidas tomando rapé durante el servicio divino; y las viejas, en espíritu de oposición, han sido aficionadas al rapé desde entonces. Los sultanes y sacerdotes de Persia y Turquía declararon el fumar un pecado contra su religión. Amurath IV de Persia publicó un edicto que hacía del fumar tabaco un delito capital. Shah Abbas II castigó a tales delincuentes con igual severidad. Cuando conducía un ejército contra el Cham de Tartaria, proclamó que todo soldado en cuyo poder se encontrara tabaco tendría la nariz y los labios cortados, y después sería quemado vivo. El-Gabartee refiere que hace cerca de un siglo, en tiempo de Mohammed Basha El-Yedekshee, que gobernó Egipto en los años de la huida, 1156-8, sucedía con frecuencia que, cuando se encontraba a un hombre con una pipa en la mano en El Cairo, se le hacía comer la cazoleta con su ardiente contenido. Esto puede parecer increíble, pero una cazoleta de pipa puede romperse con dientes fuertes, particularmente si es de espuma de mar. En Toscana se prohibió el cultivo del tabaco, excepto en unas pocas localidades, donde se permitía bajo ciertas restricciones, de 1645 a 1789, cuando el Gran Duque Pedro Leopoldo declaró libre su cultivo en todo el país. Fernando III lo restringió después a sus localidades anteriores. El número de estas se redujo en 1826, y en 1830 se prohibió por completo su cultivo.

---

restricciones, desde 1645 hasta 1789, cuando el Gran Duque Pedro Leopoldo declaró libre su cultivo en todo el país. Fernando III lo restringió después a sus antiguas localidades. El número de estas se redujo en 1826, y en 1830 se prohibió por completo su crecimiento. En Transilvania la pena por cultivar tabaco era la confiscación total de los bienes; y por el uso de la hierba, una multa de tres a doscientos florines. En 1661, el Cantón de Berna introdujo un undécimo mandamiento en el decálogo, y este se insertó después del séptimo: «¡No fumarás!». En 1719, el sabio senado de Estrasburgo prohibió el cultivo del tabaco, temiendo que interfiriera con el crecimiento del maíz. Prusia y Dinamarca se contentaron con prohibir su uso. Esto nos trae de vuelta a Inglaterra, y a los

días de la «buena reina Bess». Aquella dama, de quien se dice que prohibió el uso del tabaco en las iglesias, según ciertos cronistas, solía chancearse de Sir Walter Raleigh sobre su afecto por su protegido. Se dice que en una ocasión, cuando Raleigh conversaba con su real señora sobre las singulares propiedades de esta nueva y extraordinaria hierba, aseguró a Su Majestad que había experimentado tan bien su naturaleza, que podía decirle de qué peso sería incluso el humo en cualquier cantidad que se propusiera consumir. Su Majestad, juzgando imposible sostener el humo en una balanza, hubo de apostar para resolver la duda. Raleigh procuró la cantidad acordada, la fumó por completo, y pesó las cenizas; alegando al mismo tiempo que el peso que ahora faltaba era el peso del humo disipado en el proceso. La Reina no negó la doctrina de su favorito, diciendo «que a menudo había oído hablar de quienes habían convertido su oro en humo, pero que Raleigh era el primero que había convertido su humo en oro».

La Cámara Estrellada impuso un pesado arancel, y Carlos II prohibió su cultivo en Inglaterra. El tabaco fue sometido por primera vez al impuesto especial en 1789. Al principio no se permitía fumarlo en las tabernas. «Hay una curiosa colección de proclamas, etc.», dice Brand, «en los archivos de la Sociedad de Anticuarios de Londres. En el vol. viii. hay una licencia de taberna, concedida por seis jueces de paz de Kent, al pie de la cual figura el siguiente artículo, entre otras instrucciones al posadero: — *Item*. — No deberá usted expendender, ni permitir voluntariamente que se expendan, embriaguen o tomen, tabaco alguno dentro de su casa, bodega u otro lugar a ella perteneciente.»

no obstante oposiciones, impuestos, anatemas, contragolpes y persecuciones, el tabaco se alzó gradual y rápidamente en la estima popular. La primera casa en que se fumó públicamente en Gran Bretaña fue la del *Pied Bull*, en Islington; pero esta estuvo «sola en su gloria» por muy breve período de tiempo. «¿No es una gran vanidad», dice el rey Jacobo, «que un hombre no pueda dar ahora cordial bienvenida a su amigo, sin que al punto hayan de echar mano del tabaco? Y quien rehúse tomar una pipa de tabaco entre sus compañeros es tenido por huraño y por mala compañía; sí, la señora no puede agasajar de manera más cortés a su servidor que dándole de su hermosa mano una pipa de tabaco.» Ra-

leigh fumó en su mazmorra de la Torre, mientras el verdugo afilaba su hacha. Cromwell amaba su pipa y dictaba sus despachos a Milton entre algún ardiente Trinidado, o dulce y aromática nicotina. Ben Jonson afirmó que el tabaco era la hierba más preciosa que la tierra jamás ofreciera al uso del hombre. El doctor Radcliffe recomendaba el rapé a sus hermanos. El doctor Johnson guardaba su rapé en el bolsillo de su chaleco; y lo mismo hacía Federico el Grande. Robert Hall fumaba en su sacristía, y, al parecer, también en otros lugares, pues Gilfillan nos informa que, en una visita a un clérigo hermano, entró en la cocina donde trabajaba una piadosa sirvienta a la que amaba. Encendió su pipa, se sentó y le preguntó: «Betty, ¿amas al Señor Jesucristo?». «Espero que sí, señor», fue la respuesta. Él añadió de inmediato: «Betty, ¿me amas a mí?». Se casaron. Y Napoleón tomaba rapé a puñados. Y los poetas escribieron, y los trovadores cantaron, en alabanza de la «Divina Virginia».

«Oh, gloriosa hierba de una gloriosa tierra, no quisiera verme libre de tu vara mágica— aunque esclavo de tus grilletes, y atado en tu cadena, desesperando de la libertad, no puedo quejarme.

»Tabaco, te amo—¡me postro ante tu altar! Cuanto más te pruebo, menos me lamento. El afecto que cultivo, ningún tiempo puede calmar— tus goces no perecen, como otros, con la edad.»

El español de malla y el indio de rojo penacho han combatido en torno a él; y los buscadores de oro lo han empapado con la sangre de los negros. Un continente entero se ha enriquecido con él; y para cultivarlo se ha despoblado otro continente. Muchos nemroes han rezado a sus fetiches junto a él—muchos caciques hoy muertos lo fumaron en el consejo de guerra, y muchos graves españoles de barba gris, que habían combatido en Lepanto, o sangrado en los Países Bajos. Viejos soldados de Cromwell lo han fumado; y mientras los indios trocaban su oro por cuentas inglesas, los morenos bucaneros miraban, manejando sus mosquetes cargados. El tabaco se usó durante algún tiempo como moneda en Virginia, como, según el señor Galton, es el caso ahora entre los damaras, ovampo y otras tribus del África sudoccidental.

Se han descrito cuarenta variedades de tabaco; pero las diferencias son principalmente resultado del clima y del modo de cultivo. Crece bien en casi todas las partes del mundo. El límite septentrional en Escandinavia es 62°-63° de latitud N. Las distintas partes de América en que se cultiva incluyen Canadá, Nuevo Brunswick, Estados Unidos, México, la Costa Occidental, hasta 40° de latitud S. En África se cultiva junto al mar Rojo y el Mediterráneo, en Egipto, Argelia, las Canarias, la Costa Occidental, el Cabo y numerosos lugares del interior. En Europa se ha criado con éxito en casi todos los países; en Hungría, Alemania, Flandes y Francia, constituye un importante producto agrícola. En Asia se ha extendido por Turquía, Persia, la India, el Tíbet, China, el Japón, las Filipinas, Java y Ceilán. En partes de Australia y Nueva Zelanda. Desde el Ecuador hasta 50° de latitud N., puede criarse sin dificultad. Las calidades más finas se crían entre 15° y 35° de latitud N.

El tabaco más notable es el de Cuba; y los cultivadores más extensos son los americanos de los Estados Unidos. Dos tercios de nuestro suministro se derivan sin duda de esta última fuente.

En 1665, Virginia exportó a Inglaterra 60.000 libras. Veinticinco años después, nuestras importaciones totales eran el doble de esa cantidad; mientras que en 1858 ascendían a 62.217.705 libras, incluidos el rapé y los cigarros; de ahí que podamos calcular con justicia que, en Gran Bretaña, se gastan anualmente ocho millones de libras esterlinas en tabaco.

Se ha calculado que ochocientos millones de la raza humana son consumidores de tabaco, y que el consumo medio anual es de 70 onzas por cabeza. El consumo total se aproximaría, por tanto, a dos millones de toneladas. El consumo medio anual de cada varón mayor de dieciocho años, en cada uno de los siguientes países de Europa, según se ha recogido de los datos, es, en Austria, 108 onzas; Zollverein, 156 onzas; Steurverein, incluidos Hannover y Oldenburg, 200 onzas; Francia, 88 onzas; Rusia, 40 onzas; Portugal, 56 onzas; España, 76 onzas; Cerdeña, 44 onzas; Toscana, 40 onzas; los Estados Pontificios, 32 onzas; Inglaterra, 60 onzas; Holanda, 132 onzas; Bélgica, 144 onzas; Dinamarca, 128 onzas; Suecia, 70 onzas; y Noruega, 99 onzas. En los Estados Unidos de América, el consumo es de 122 onzas; y en Nueva Gales del Sur, donde no hay derechos restrictivos, se declara que excede de 400 onzas.

«Jamie, deberías estar viviendo en esta hora, Europa te necesita.»

A qué altura de indignación real habría llegado el «Misocapnos», si su autor hubiera postergado su publicación 250 años, y reaparecido, «nuevo avatar», para verlo pasar por la imprenta en estos últimos días. No habría necesitado entonces fósforos españoles para encenderse; y el «horrible humo estigio» habría requerido la adición de toda la pólvora de Catesby para hacer el símil digno de su real maestro, a menos, quizá, que el peso de cinco millones de soberanos de oro procedentes de la Oficina de Rentas Internas hubiera pesado gravemente sobre su conciencia, y se hubiera comprado un nuevo par de medias de seda, y reposado en paz; entonces podría haber devuelto el par viejo que tomó prestado en su capital escocesa, con el que hacer frente a su Corte inglesa en Londres.

Desde los días en que la hoja verde del tabaco se usaba como aplicación soberana para heridas y contusiones y las mordeduras de serpientes venenosas, no se ha descubierto un uso más singular para ninguna parte de esta planta que el de ciertas tribus africanas, quienes, dice Denham, «colorean sus dientes y labios con las flores del árbol goorjee y de la planta del tabaco». La primera, solo la vio una o dos veces; la segunda era llevada cada día al mercado de Bornou, bellamente dispuesta en grandes cestas. Las flores de ambas plantas, frotadas en los labios y los dientes, les dan una apariencia de rojo sangre, que allí se tiene por gran belleza. Que el veneno del tabaco se haya aprovechado no es sorprendente; y estamos más preparados para oír que los bosquimanos del África meridional envenenan las puntas de sus flechas, no con nicotina, sino con un veneno tomado de la cabeza de la serpiente amarilla. A estas serpientes las matan con el aceite de tabaco, una o dos gotas producen espasmos y la muerte. El conde Bocarme zanjó de manera efectiva la cuestión de la propiedad venenosa de la nicotina, hace algunos años en Mons. Quedaba a los futuros experimentadores descubrir que, además de un veneno, el tabaco era un antídoto.

Una joven en Nuevo Hampshire incurrió en el error de comer una porción de arsénico, que había sido preparado para la destrucción de ratas. Pronto los dolorosos síntomas llevaron al descubrimiento. Una señora anciana, entonces presente, aconsejó que se la hiciera vomitar lo más

rápidamente posible, y como la infortunada víctima había mostrado siempre repugnancia por el tabaco en cualquier forma, se sugirió este como un medio rápido de obtener el fin deseado. Se usó una pipa, pero esta no produjo náuseas. Se mascó entonces una gran porción de tabaco fuerte, y ni aun esto produjo el menor asco. Se hizo luego una fuerte decocción, de la cual bebió media pinta sin producir el menor síntoma de náuseas, ni ningún efecto emético o catártico. Los dolores fueron cediendo gradualmente, y comenzó a sentirse bien. Al llegar los médicos, se administró un emético. La paciente se restableció, y no se experimentaron malas consecuencias. Otro caso ocurrió pocos años después en el mismo lugar, cuando se administró tabaco y ningún otro remedio. En este caso hubo una completa y perfecta recuperación. De esto puede concluirse razonablemente que el tabaco es un antídoto de aplicación muy segura y pronta en casos de envenenamiento por arsénico.

Los financieros y cancilleres del Erario o ministros de Hacienda miran con ojos particularmente favorables la «hierba india». Nuestro propio funcionario de ese departamento puede ya calcular en sus estimaciones anuales cerca de seis millones de renta segura procedentes de esta fecunda fuente. Nuestros cercanos vecinos de Francia consideran cuatro millones como un aumento demasiado bueno de los ingresos públicos para denunciar su uso. Austria y España logran cada una surtir los cofres del Estado con millón y medio de dinero procedente del monopolio del tabaco. Rusia, el Zollverein, Portugal, Cerdeña y los Estados Pontificios obtienen individualmente de tres a cuatrocientos mil libras cada año del uso o abuso de esta planta la más popular del mundo.

Aunque este hábito, en su incremento, pueda causar pulsaciones de gozo extático en los pechos de ciertos funcionarios, hay otros sectores de la sociedad que sostienen opiniones antagónicas. La Conferencia de Maine de la Iglesia Metodista Episcopal, en una sesión reciente, aprobó el siguiente preámbulo y resoluciones:

Considerando — que el uso del tabaco prevalece en grado prodigioso en nuestro país, según lo indican los informes de nuestra tesorería nacional y otros documentos auténticos, de los cuales aparece que más de 100.000.000 de libras de este artículo se consumen anualmente en los Estados Unidos, con un coste para los consumidores de más de

20.000.000 de dólares, y considerando que tenemos razones para creer que su uso aumenta rápidamente, y que incluso los ministros del Evangelio se hacen, en gran medida, culpables de esta degradante indulgencia; por tanto —

I. — Resuelto. Que consideramos estos hechos como materia de profunda alarma, y un mal tal que exige la seria atención de la Iglesia.

II. — Resuelto. Que miramos el uso del tabaco como una indulgencia costosa e innecesaria, desfavorable a la limpieza y a las buenas maneras, impropia de los cristianos, y especialmente de los ministros cristianos, y, como el uso del alcohol, una violación de las leyes de la vida física, intelectual y moral.

III. — Resuelto. «Que desaprobaremos el uso de ese narcótico injurioso, salvo como medicina prescrita por un médico, con el precepto y el ejemplo, y por todos los medios oportunos.»

De Lagny afirma que los «Viejos Creyentes», una secta de disidentes de la Iglesia griega en Rusia, miran con horror el uso del tabaco. Los wahabíes, una secta farisaica de estrictos musulmanes, son rígidos en su condena del tabaco y en su adhesión a los preceptos del Corán y a las tradiciones del Profeta.

Los hay que se encuentran más cerca de casa, inveterados contra su uso, y que clamarán con Cowper denunciando la

«Planta perniciosa que destierra por horas a aquel sexo cuya presencia civiliza el nuestro.»

Cualquier panfleto o carta ocasional llega a manos de editores especulativos o de algún papelucho que da consejos gratuitos, y que en lenguaje de victoria, contra un hábito demasiado conocido por todos y probado por demasiados experimentos para no ser bien sabido, e igualmente bien comprendido. Estos «contragolpes» difieren poco del modelo que cada cual parecería pretender imitar: las pintorescas expresiones, única cualidad redentora del original, son lo único que falta.

«Ciertamente», dice el alto y poderoso príncipe Jacobo, «el humo conviene mucho más a una cocina que a una cámara de comedor; y sin em-

bargo, hace a menudo de cocina en las partes interiores de los hombres, ensuciándolos e infectándolos con una especie de hollín untuoso y aceitoso, como se ha hallado en algunos grandes tomadores de tabaco que, tras su muerte, fueron abiertos. Ahora, mis buenos compatriotas, consideremos (os lo ruego) qué honor o política puede movernos a imitar las bárbaras y bestiales costumbres de los salvajes, impíos y serviles indios, especialmente en una costumbre tan vil y sucia. ¿Nosotros, que desdeñamos imitar la manera de nuestro vecino Francia (que tiene el estilo del gran reino cristiano), y que no podemos sufrir el espíritu de los españoles (siendo su rey ahora comparable en extensión de dominios al mayor emperador de Turquía), nosotros, digo, que hemos sido tan largamente civiles y ricos en paz, famosos e invencibles en guerra, afortunados en ambas cosas — nosotros, que siempre hemos podido auxiliar a cualquiera de nuestros vecinos (pero nunca ensordecimos sus oídos con súplicas nuestras de auxilio), ¿nos rebajaremos, digo, sin sonrojarnos, hasta el punto de imitar a estos indios bestiales, esclavos de los españoles, la escoria del mundo y, hasta ahora, ajenos a la santa alianza de Dios? ¿Por qué no los imitamos también en andar desnudos como ellos, en preferir cuentas de vidrio y juguetes al oro y a las piedras preciosas, como ellos hacen? Sí, ¿por qué no negamos a Dios y adoramos a los demonios, como ellos hacen? ¿No tenéis, pues, razones para absteneros de esta sucia novedad, tan bajamente fundada, tan neciamente recibida y tan groseramente equivocada en cuanto al recto uso de ella?

¿el recto uso de ello? En vuestro abuso del mismo, pecando contra Dios, dañándoos a vosotros mismos tanto en persona como en bienes, y atrayendo también, por medio de ello, las marcas y notas de vanidad sobre vosotros, por la costumbre del mismo, haciendo que seáis admirados por todas las naciones civiles extranjeras, y por todos los forasteros que vienen entre vosotros, escarnecidos y despreciados; costumbre repugnante a la vista, odiosa al olfato, dañosa al cerebro, peligrosa a los pulmones, y que, en su negra y hedionda humareda, se asemeja lo más posible al horrible humo estigio del pozo que no tiene fondo.»

Sabio y digno rey, adiós. Vara de oro, guiad el camino. Nos apresuramos a alejarnos de vuestra real presencia para unirnos al Gabinete de Nubelandia. ¡Viva la Virginie!

«Magnífico despliegue de nubes;

y al jugar sobre ellas la brisa, toman las formas de montañas, castillos encumbrados y colinas,

y umbríos valles, y arboledas, y peñascos escarpados; y algunas, que parecen lejanas, van navegando su camino brillante de sol en pliegues de plata.»

«Bien», me dije a mí mismo, dejando el volumen de Hyperion, en el que había estado hojeando en busca de reposo. «Yo también tengo un amigo, todavía no solterón sexagenario, pero solterón al fin. Tiene una de esas disposiciones bien aceitadas que giran sobre los goznes del mundo sin chirriar, salvo durante los vientos del este, y cuando no hay mantequilla en la casa. El apogeo de la vida ha pasado ya para él; pero su vejez (con perdón suyo) es soleada y gorjeante, y un corazón alegre anida todavía en su marco vacilante, como una golondrina que construye en una chimenea derruida. Es un declarado Escudero de Damas. El frufrú de una falda de seda es música para sus oídos, y su imaginación es continuamente guiada con linterna por algún fuego fatuo en forma de peto de dama. En su devoción al bello sexo —la muselina, como él la llama— es la gentil flor de la caballería. Es divertido ver con qué rapidez sigue el rastro del pañuelo de una dama. Una vez lanzado a la persecución, no hay manera de desviarlo. Su corazón se asoma por sus ojos; y su deleite interior le cosquillea hasta la cola de su levita. Le encanta

bañarse en el sol de una sonrisa; cuando puede respirar la dulce atmósfera de guantes de cabritilla y pañuelos de batista, su alma está en su elemento; y su supremo deleite es pasar la mañana, para usar su propia y pintoresca lengua, «haciendo visitas escurridizas y serpentear entre las damas». Sin embargo, hay algunos pequeños puntos en el cuadro que requieren retoque, y sobre todo una gran omisión que remediar. Es la pipa. ¿Qué sería el digno Abad sin su pipa? Tan incómodo como suponemos que estaría un perro sin su cola. Tan incompleto como un bos-

quejo de Napoleón sin sus botas y su sombrero de tres picos. Vedlo en una nube, y parece el mismísimo Primer Ministro de Nubelandia. Se decía de Staines, Lord Alcalde de Londres, que no podía prescindir de su pipa el tiempo suficiente para jurar el cargo sin una chupada; y se publicó una estampa que representaba a su señoría fumando en su carroza de gala; el portaespada fumando — el portamaza fumando — los cocheros fumando — los lacayos fumando — los postillones fumando — y, para colmo de todo — los seis caballos fumando también. El nueve de noviembre, en que ocurrió este acontecimiento, tuvo por fuerza que ser un día nublado.

Otro día nublado amaneció sobre Londres cuando estalló la gran peste, y en esta ocasión el humo del tabaco se mezcló con la lobreguez. En Reliquiae Hearnianae se afirma que «ninguno que tuviera tiendas de tabaquero padeció la peste. Es cierto que el fumar era tenido por un preservativo excelentísimo, hasta tal punto que incluso a los niños se les obligaba a fumar. Y recuerdo», continúa el autor, «que oí antaño a Tom Rogers, que era alguacil de alguaciles, decir que cuando él era aquel año en que la peste hacía estragos, un colegial en Eton, todos los muchachos de aquel colegio estaban obligados a fumar en la escuela cada mañana, y que

nunca fue azotado tanto en su vida como lo fue una mañana por no fumar». Podemos imaginar las experiencias de algunos de estos rapaces en su primer o segundo intento, y en recuerdo, quizá, de alguna experiencia similar propia, no vemos motivo para asombrarnos de que Tom Rogers no gustara de alzar su yarda de arcilla y ver los rizos de humo elevarse de las cenizas de la hierba que se consumía. Otro aficionado que floreció después de que el gran incendio hubiera quemado todo rastro de la gran peste, nos ha dejado el relato de su «día de humo», y de la paliza que recibió por hacer aquello por lo que Tom Rogers fue azotado por no hacerlo:

«Nunca olvidaré el día en que fumé por primera vez. Fue un día de exultación y humillación. Era domingo. Mi tío era un gran fumador. Comió con nosotros aquel día; y después de la comida, sacó su petaca, tomó un cheroot y lo fumó. Siempre me habían gustado los efluvios del tabaco, así que me acerqué a él y observé cómo se ponía el cheroot en la boca,

cómo aspiraba el humo, cómo lo echaba de nuevo, y las demás coqueterías de un fumador habitual. Envidié a mi tío, y me determiné a fumar yo mismo. El tío se durmió. Cómo, pensé, he aquí una ocasión que no ha de perderse. Sustraje quedamente tres cigarros de la petaca que estaba sobre la mesa, y me escabullí. Siendo un muchacho de disposición generosa, deseaba que mis hermanos y primos participaran también de los beneficios de un humo, así que les comuniqué el secreto, con lo que quedaron sumamente complacidos. Cuándo y dónde fumar fue la siguiente consideración. Se acordó que cuando los mayores hubieran ido a la iglesia por la tarde, fumaríamos en el cocherón. Éramos seis. Dividí los tres cigarros en mitades, y di a cada uno un trozo. ¡Oh, cómo nos palpitaban los corazones

de alegría! Se trajo fuego a hurtadillas de la cocina, y comenzamos a encender nuestros cigarros. Tales chupadas no las vi jamás. Después de cada chupada abríamos la boca muy grande, para dejar salir el humo. Al dar la primera chupada nos reímos de corazón — el humo que salía de nuestras bocas era tan gracioso. A la segunda chupada no nos reímos tanto, sino que comenzamos a escupir; pensamos que los cigarros eran muy amargos. Después de la tercera chupada nos miramos fijamente unos a otros — cada cual pensaba que el otro estaba pálido. No pude dar la voz de mando para otra calada. Me sentí ahogado, y los dientes comenzaron a castañetearme. Hubo un silencio sepulcral por un segundo. Nos avergonzábamos, o no podíamos declarar el estado de nuestros sentimientos. Charlie fue el primero que dio síntomas de rebelión en su estómago. Entonces hubo una revuelta general. Lo que ocurrió después no lo supe hasta que me levanté de la cama a la mañana siguiente, para experimentar las delicias de una buena flagelación. Después de aquello aborrecí el olor del tabaco — jamás quise mirar un cigarro ni pensar en él.» Todo esto ocurrió, según nos informó el narrador, a la edad de siete años — edad temprana, algunos imaginarán, que no saben que en Vizagapatam y otros lugares de las mismas costas, donde las mujeres fuman mucho, es cosa común que las madres apacigüen a sus chillones rapaces pasando el cigarro de su propia boca a la de sus criaturas. Estos pequeñuelos, acostumbrados al arte de chupar, sorben gloriosamente por un segundo, y luego se duermen.

Howard Malcom afirma «que en Birmania el consumo de tabaco para fumar es muy grande, no en pipas, sino en cigarros o cheroots, con envolturas hechas de las hojas del árbol Then-net. Al hacerlos, se añade un poco de la raíz seca, picada fina, y a veces una pequeña porción de azúcar. Se venden a una rupia el millar.

El fumar está más extendido que el mascar coon entre ambos sexos, y lo comienzan los niños casi en cuanto son destetados. He visto», continúa, «pequeñas criaturas de dos o tres años, completamente desnudas, tambaleándose con un cigarro encendido en la boca. No es raro que se hagan fumadores incluso antes de ser destetados — la madre tomando a menudo el cheroot de su boca y poniéndolo en la de la criatura.»

En China, la práctica es tan universal que toda mujer, desde la edad de ocho o nueve años, lleva, como añadido a su vestido, un pequeño bolsillo de seda para guardar tabaco y una pipa.

El uso del tabaco se ha vuelto universal en todo el imperio chino; hombres, mujeres, niños, todo el mundo fuma casi sin cesar. Atienden sus negocios diarios, cultivan los campos, montan a caballo y escriben constantemente con la pipa en la boca. Durante sus comidas, si se detienen un momento, es para fumar una pipa; y si despiertan de noche, seguro que se entretienen de la misma manera. Fácilmente se puede suponer, por tanto, que en un país que contiene, según el señor Hue, 300.000.000 de fumadores, sin contar las tribus de Tartaria y el Tíbet, que surten sus existencias en los mercados chinos, el cultivo del tabaco se ha vuelto muy importante. El cultivo es enteramente libre, siendo cada cual dueño de plantarlo en su jardín, o en los campos abiertos, en la cantidad que quiera, y después venderlo, al por mayor o al por menor, como le plazca, sin que el Gobierno intervenga en lo más mínimo. El tabaco más célebre es el que se obtiene en Leao-tong, en la Manchuria, y en la provincia de Sse-tchouen. Las hojas, antes de convertirse en artículos de comercio, pasan por diversos procesos preparatorios, según la práctica de la localidad. En el Sur, las cortan en extremadamente finos filamentos; la gente del Norte se contenta con secarlas y desmenuzarlas groseramente, y luego las meten de una vez en sus pipas.

Según la etiqueta y la costumbre de la corte, los príncipes persas deben tener siete horas para dormir. Cuando se levantan, comienzan a fumar el narghile o shishe, y continúan fumando todo el día. Cuando hay compañía, el narghile se presenta primero al jefe de la asamblea, quien, tras dos o tres chupadas, lo pasa al siguiente, y así va descendiendo; pero en general, los grandes sólo fuman con los grandes, o con forasteros de distinción. El Schali fuma solo, o sólo con uno de sus hermanos, el tombak, cuyo humo es de una clase muy superior, siendo el aroma exquisito. Es el mejor tombak de Shiraz.

El señor Neale dice: «Hablad de que los turcos son grandes fumadores; pues los siameses les dan mil vueltas. A menudo he visto a un niño apenas capaz de tenerse en pie, y ciertamente de no más de dos años, dejar el pecho de su madre para ir a tomar una chupada del cigarrillo de papá, o, como aquí se los llama, borees — cigarrillos hechos de la hoja seca del plátano, dentro de la cual se enrolla el tabaco.»

En el Japón, después de beber té, se trae el aparato para fumar, que consiste en una tabla de madera o latón, aunque no siempre de la misma estructura, sobre la cual se colocan un pequeño brasero con carbones, una vasija para escupir, una cajita llena de tabaco cortado menudo y algunas pipas largas con pequeñas boquillas de latón, así como otra tabla o almohadón charolado, con socano — esto es, algo que comer, como higos, nueces, pasteles y dulces. «No se traen a la habitación otras vasijas para escupir», dice Koempfer, «que las que vienen junto con el tabaco. Si se necesita más, usan pequeños trozos de bambú, cortándose de entre los nudos una banda ancha y alta que luego ahuecan».

En Nicaragua, el traje de los muchachos, desde los doce o catorce años hacia abajo, consiste generalmente en un sombrero de paja y un cigarro — este último a veces apagado y puesto detrás de la oreja, pero las más de las veces encendido y metido en la boca —, un atavío suficientemente airoso y pintoresco, y excesivamente barato. Las mujeres llevan el cabello trenzado en dos largos mechones que les cuelgan por la espalda y les dan un aire de colegialas, muy poco en armonía con la fría y deliberada manera con que saborean sus cigarros, lanzando de vez en cuando el humo a chorros por la nariz.*

En el Amazonas, todas las personas — hombres y mujeres — usan el tabaco en forma de humo; cuando faltan las pipas, hacen cigarillos con el tabaco fino, envuelto en una corteza parecida al papel llamada Toware; y uno de estos se pasa de mano en mano, tomando cada persona, hasta los niños pequeños, dos o tres chupadas a su vez.†

Los papúes se perforan las orejas y se insertan en el orificio adornos o cigarros de tabaco, liados en hoja de pandano, de los que son grandes consumidores.

Un español no conoce crimen tan negro que deba expiarse con la privación del tabaco. En La Habana, el presidiario a quien se priva de las comodidades ordinarias, o incluso de las necesidades de la vida, puede disfrutar de su cigarro, si puede mendigarlo o pedirlo prestado; si lo robara, la falta se consideraría venial. En la puerta de la mayoría de las tiendas cuelgan pequeñas cajas de hierro laminado llenas de carbones encendidos, donde el transeúnte puede encender sus cigarros; y en la balaustrada de la escalera de cada

* Squier, «Nicaragua». † Edwards, «Voyage up the Amazon».

casa hay un pequeño brasero para el mismo fin. El fuego para su cigarro es lo único por lo que un español no cree necesario pedir y agradecer con ceremoniosa cortesía. Si ha dejado apagar su cigarro, se acerca al primer hombre que encuentra — noble o galeote, según el caso — y este le tiende en silencio su encendido cigarro; pues es imposible que dos españoles se encuentren y no tengan un cigarro encendido entre ambos. Obtenida la luz, el que la recibió devuelve el cigarro al que se la dio en silencio. Un breve y brusco movimiento de la mano, al alargarse el cigarro, es el único reconocimiento de la cortesía. Jamás se omite, sin embargo. Las mujeres fuman tanto como los hombres; y en un vagón de ferrocarril lleno, puede verse fumar a todas las personas: hombres, mujeres y niños. Anunciar con carteles «prohibido fumar» y hacerlo cumplir, arruinaría la línea.

Un fumador habitual en Cuba consumirá quizá veinte o treinta cigarros al día, pero todos son frescos. Lo que nosotros llamamos un buen cigarro añejo, un cubano no lo fumaría.

En Manila, las mujeres fuman tanto como los hombres. Una manufactura emplea a unas 9.000 mujeres en la fabricación de los cigarros puros de Manila; otro establecimiento emplea a 3.000 hombres en la fabricación de cigarros de papel o cigarrillos. Los cigarros de papel los fuman principalmente los hombres; las mujeres prefieren los «puros», los más grandes que puedan conseguir.

Los binua de Johore, de ambos sexos, se entregan al tabaco. Es su lujo favorito. A menudo se ve a las mujeres sentadas juntas tejiendo esteras, cada una con un cigarro en la boca. Cuando hablan, lo trasladan a la perforación de la oreja. Cuando se las encuentra remando en sus canoas, rara vez falta el cigarro. Las mujeres mintira

son muy adictas al tabaco, pero no lo fuman.

En la América del Sur, muchas de las tribus se entregan libremente al tabaco; y esto se extiende también a las secciones femenina y juvenil de la comunidad. Una historia que el señor Calistro narró al señor Wallace durante sus viajes por el interior del Brasil demuestra que no era sino un suceso común que las niñas pequeñas fumaran. Esta historia es en sí interesante considerada aparte de toda circunstancia de veracidad. «Había un negro que tenía una esposa hermosa, a la cual otro negro era bastante atento cuando tenía oportunidad. Un día el marido salió a cazar, y la otra parte juzgó buena ocasión para visitar a la dama. El marido, sin embargo, regresó de manera bastante inesperada, y el visitante trepó a las vigas para quedar fuera de la vista, entre las tablas viejas y las cestas que allí estaban guardadas. El marido dejó su escopeta en un rincón, y llamó a su esposa para que le preparara la cena, y luego se sentó en su hamaca. Alzando los ojos hacia las vigas, vio una pierna que sobresalía de entre las cestas, y pensando que era algo sobrenatural, se santiguó y dijo: "¡Señor, líbranos de las piernas que aparecen sobre nuestras cabezas!" El otro, al oír esto, intentó recoger las piernas fuera de la vista; pero, perdiendo el equilibrio, cayó de repente al suelo frente al asombrado marido, quien, medio asustado, preguntó: "¿De dónde vienes?" "Acabo de

venir del cielo —dijo el otro—, y te traigo noticias de tu hijita María.

"¡Oh, esposa, esposa! ¡Ven a ver a un hombre que nos ha traído noticias de nuestra hijita María!" Luego, volviéndose al visitante, continuó: "¿Y qué estaba haciendo mi hijita cuando la dejaste?" "Oh, estaba sentada a los pies de la Virgen con una corona de oro en la cabeza, y fumando una pipa de oro de una yarda de largo." "¿Y te envió algún mensaje?" "Oh, sí; envió muchos recuerdos,

y te rogó que le enviaras dos libras de tu tabaco de la pequeña rhoosa; allá arriba no tienen ninguno ni la mitad de bueno." "¡Oh, esposa, esposa, trae dos libras de nuestro tabaco de la pequeña rhoosa, pues nuestra hija María está en el cielo, y dice que allá arriba no tienen ninguno ni la mitad de bueno!" Así se trajo el tabaco, y el visitante se marchaba, cuando le preguntaron: "¿Hay muchos hombres blancos allá arriba?" "Muy pocos —respondió—; todos están abajo con el diabo." "Ya me lo figuraba —replicó el otro, al parecer bastante satisfecho—; buenas noches."»

En el Orinoco, el tabaco ha sido cultivado por las tribus nativas desde tiempo inmemorial. Los amanacs y los maypures de la Guayana envuelven hojas de maíz alrededor de sus cigarros como hacían los mexicanos en tiempos de la llegada de Cortés; y como en Chile se hace hoy en día. Los españoles han sustituido el papel por las vainas de maíz, a imitación de ellos. Los pequeños cigarrillos de Chile se llaman _cigarras_. Tienen alrededor de dos pulgadas y media de largo, rellenos de tabaco groseramente pulverizado. Como su uso suele manchar los dedos del fumador, los elegantes jóvenes caballeros llevan un par de delicadas pinzas de oro para sostenerlos. El cigarro es tan pequeño que no requiere más de tres o cuatro

interrupciones para fumarlo. Sirven para animar

la conversación. En las tertulias, los caballeros a veces se retiran a un balcón para fumar uno o dos cigarros después de un baile.

Los indios de los bosques del Orinoco

creen que el humo del tabaco es un

excelente zumo, y lo usan no sólo para provocar

la transpiración, sino también para inducir un estado de

ensueño, al que llaman soñar con los ojos abiertos. En la corte de Moctezuma la pipa estaba

adornada con oro, mientras las narices se tapaban

con la otra, a fin de que el humo pudiera ser

más fácilmente tragado. Bernal Díaz también nos informa

que después de que Moctezuma hubo cenado, le presentaron

tres pequeñas cañas, muy ornamentadas, que contenían ámbar líquido, mezclado con una hierba que llaman

tabaco, y cuando hubo contemplado y

oído suficientemente a los cantores, tomó un poco del humo de

una de estas cañas, y luego se acostó a

dormir. Una tribu de indios que habitaba originalmente

Panamá perfeccionó este método, que ocupaba ambas manos y entrañaba considerable molestia;

el método adoptado por los caciques y grandes hombres de

esta tribu era emplear sirvientes para soplar humo de tabaco en sus rostros, lo cual era cómodo y

favorecía su indolencia; no se entregaban al

lujo del tabaco de ninguna otra manera.

Entre los indios de las Montañas Rocosas es una

práctica universal entregarse al fumado, y cuando lo hacen saturan sus cuerpos de humo.

Usan poco tabaco, mezclándolo con una planta

que hace el humo menos ofensivo. Es un

lujo social, para cuyo disfrute

forman un círculo, y sólo se usa una pipa. El

cacique principal comienza dando tres chupadas, la

primera de las cuales envía hacia arriba, y luego pasa

la pipa a la persona siguiente en dignidad, y de igual

manera el instrumento pasa de uno a otro hasta llegar

de nuevo al primer cacique. Éste da entonces cuatro chupadas,

la última de las cuales sopla por la nariz, en dos

columnas, en ascenso circular, como por una doble

chimenea; y sus pipas no son de la raza

estigmatizada por Knickerbocker como plebeya. Nada

del humo de esas villanas pipas cortas, que asciende continuamente en una nube alrededor de la nariz,

penetrando y empañando el cerebelo,

secando toda la benigna humedad del cerebro, y

volviendo vaporosas e irritables a las personas que las usan; o, lo que es peor, haciendo que de ser hombres robustos, bien formados y de aspecto rollizo, se conviertan como la

yeomanry holandesa que fumaba pipas cortas, en una raza de mandíbula hundida, secada por el humo y de piel curtida. El pueblo rojo, ya sea de las Montañas Rocosas o del Misisipi, pertenecía a la aristocracia de las pipas largas.

Esperemos que no hayan degenerado y se hayan

vuelto seguidores de las costumbres de los bárbaros

ultramarinos.

Hojea las páginas de «Westward Ho!» hasta

llegar al final del capítulo séptimo, y

lee luego sobre Salvation Yeo y su fogosa reputación, y su elogio: «pues cuando todas las cosas fueron

hechas, ninguna fue hecha mejor que ésta: ser compañía de un hombre solitario, amigo de un soltero, alimento de un hambriento, cordial de un triste, sueño de un desvelado y fuego de un hombre aterido, señor; mientras que, para restañar heridas, purgar reumas y asentar

el estómago, no hay hierba como ella bajo la bóveda del cielo.» La verdad de cuyo elogio

Amyas atestigua en años posteriores. Pero «adviértase entre tanto», dice uno de los veraces cronistas de quienes tomo estos hechos, escribiendo al parecer

en los días florecientes de la buena reina Ana y «no

teniendo (como dice) ante sus ojos el temor de aquel

misocápnico Salomón Jacobo I o de cualquier otro

Stuart mentiroso», «que no al sur de Devon, sino al norte;

no a sir Walter Raleigh, sino a sir Amyas

Leigh; no a las orillas del Dart, sino a las

orillas del Torridge, debe Europa el alba

de la edad posterior, esa edad de humo que perdurará y prosperará cuando la edad de bronce haya

desaparecido, como las de hierro y de oro, pues mientras

se dice que el señor Lane trajo a casa aquella divina

hierba (como bien la llama Spenser) de Virginia en

el año 1584, por la presente es indiscutible que mucho

tiempo antes, por el hermitaño de Bideford en la

ermita (la cual todos los verdaderos fumadores

considerarán como un lugar sagrado y punto de

peregrinación) primero centelleó aquel faro ardiente y

benéfico lucero del comercio bidefordiano, para

extenderse en lo sucesivo de puerto en puerto y de cumbre en cumbre, como los fuegos de vigilancia que anunciaron la llegada de la Armada y la caída de Troya, hasta las orillas del Bósforo, las cumbres del

Cáucaso y las islas más remotas del mar Malayo;

mientras Bideford, metrópoli del tabaco, veía

su dársena atascada de mercaderes virginianos, y

el pavimento de su calle Bridgeland gemía

bajo los sabrosos fardos de rollo de Trinidado, hoja

y pudín; y los graves burgueses, acorralados

y bloqueados fuera de sus propias casas por los barriles de pescado seco, apenas menos

sabrosos, que llenaban sótano,

sala y desván, se veían obligados a sentarse fuera de la

puerta, con una pipa de plata en cada fuerte mano derecha, y

cada mano izquierda haciendo sonar alegremente los doblones

profundamente alojados en las cavernas auríferas de sus

calzas abullonadas; mientras en aquellos anillos de hadas de fragante

niebla, que rodeaban sus contemplativas

frentes, revoloteaban gratísimas visiones de granjeros

de Wiltshire que acudían al mercado de Sherborne, con sus chelines más pesados en los bolsillos para comprar (a menos que el viejo

Aubrey mienta) la hoja de loto de Torridge por su

peso en plata, y sacar de allí, siguiendo el

ejemplo de los caciques del Darién, provisiones de
inspiración muy necesarias entonces, como ahora, en aquellas
regiones gothamitas. Y sin embargo, éstos mejoraron,
como ingleses, el método de aquellos salvajes paganos;
pues estos últimos (según refería Salvation Yeo
como verdad, y el cirujano de Dampier, el señor Wafer,
después de él), cuando quieren deliberar sobre guerra o
política, se sientan en círculo en la choza del cacique; donde,
una vez colocados, entra a ellos un muchacho pequeño con un
cigarro del tamaño de un rodillo, y atrae el humo de éste
al rostro de cada guerrero,
desde el mayor hasta el menor; mientras ellos,
poniendo la mano en forma de embudo alrededor de la boca,
atraen hacia las sinuosidades del cerebro aquel
vapor de profecía más que délfico; el cual muchacho cae luego desmayado, y siendo arrastrado
fuera por los talones y dejado a que se recobre, entra otro
a dar chupadas al sagrado cigarro, hasta que también es arrastrado
fuera, y así sucesivamente hasta que el tabaco se acaba, y
la semilla de la sabiduría ha brotado en cada alma hasta
el árbol de la meditación, que lleva las flores de
la elocuencia y, a su debido tiempo, el fruto de la valerosa
acción.» Y con este curioso hecho, narrado en
el estilo ampuloso de las crónicas, se cierra el

capítulo séptimo de los viajes y aventuras de

sir Amyas Leigh, bajo el estilo y título ya

mencionados, y tras cuya digresión el curso de

nuestra narración prosigue como antes.

Los habitantes del Yemen fuman sus muy amadas

pipas _dschihschi_, con largos tubos pasados

por agua, para que el humo llegue frío a

la boca; y las cuales, cuando se reúnen unos cuantos

fumadores inveterados, mantienen un ruido de hervor y borboteo, no muy distinto del de un cuerpo de tambores a lo lejos en plena ejecución.

En los dominios austriacos, los amantes de la

pipa pueden hallarse entre todas las clases de

la comunidad. Kohl escribe que, tras tomar dos

o tres pipas de tabaco con el pachá en Nueva

Orsova, fue al mercado, donde

encontró a varios mercaderes que lo invitaron a sentarse,

y de nuevo le presentaron una pipa.

Desde este lugar fue a una mezquita, pasando por

una escuela en su camino. «Los pequeños estudiantes

turcos armaban el ruido más pagano,

en contraste sorprendente con la quietud y

el apacible porte de su maestro, que yacía

sobre un banco, donde fumaba su pipa y no decía nada.» Después fue a ver las fortificaciones, y aquí y allá vio a un centinela, con el mosquete en una mano y la pipa en la otra. «Veinticinco soldados fueron vistos fu-

mando bajo un cobertizo, y en el suelo yacían varias bombas o balas huecas, que nos aseguraron estaban llenas de pólvora y otros combustibles; sin embargo, los soldados fumaban entre ellas con la mayor despreocupación y nos permitieron hacer lo mismo.» Un caballero de Constantinopla le contó que había visto casos peores de descuido en Asia Menor. Había estado allí un día en las tiendas de un pachá, donde se estaba secando cierta pólvora húmeda y convirtiéndola en cartuchos, y los hombres ocupados en la tarea fumaban todo el tiempo.

En la «Stettin Gazette» apareció últimamente un aviso de que las autoridades superiores habían pedido privadamente al clero prusiano que se abstuviera de fumar en público. No estamos acostumbrados a ello, y ciertamente nos parecería extraño ver a los clérigos recorriendo las calles con pipas cortas en la boca.

En todas las partes de los dominios del Sultán, la pipa o narghile tiene un tubo generalmente flexible, de unos seis pies de longitud; y de él chupa el dueño durante horas enteras. Puede verse a un hombre de viaje, montado en lo alto de un alto camello, con el cuerpo oscilando de un lado a otro como el de un marinero cuando rema, pero aun así ese hombre lleva sus dos varas de pipa ante sí. Puede verse a dos hombres calafateando el costado de un buque mientras este yace carenado cerca de la orilla. Metidos hasta la cintura en el agua, actúan conforme al principio de la división del trabajo; pues uno fuma mientras el otro maneja el martillo, y luego el trabajador toma su turno en el narghile. Los árabes sentados a su labor fijan sus pipas en la arena. En las alfarerías ambas manos deben estar ocupadas: ¿cómo, pues, puede fumar el alfarero? La necesidad es la madre de la invención. Un extremo de la pipa está suspendido por una cuerda del techo, el otro está en la boca del alfarero.

Al fumar, nos informa Lane, los habitantes de Egipto y de otros países de Oriente aspiran su aliento libremente, de modo que mucho del humo desciende a los pulmones; y los términos que emplean para expresar «fumar tabaco» significan «beber humo» o «beber tabaco», pues una misma palabra significa tanto humo como tabaco. Pocos de ellos escupen mientras fuman; rara vez los había visto hacerlo.

Fue algo así como beber humo lo que logró Napoleón en su fracasada campaña fumadora. Una vez se le antojó intentar fumar. Todo estaba preparado para él, y su Majestad tomó entre sus labios la boquilla de ámbar del narghile; se contentó con abrir y cerrar la boca alternativamente, sin aspirar en lo más mínimo. «El diablo —repuso—, ¡pues no hay resultado alguno!» Se le demostró que hacía mal el intento, y se le exhibió prácticamente el método adecuado. Por fin aspiró un bocado, cuando el humo —que había descubierto el medio de aspirar, pero no sabía expeler— se abrió camino hasta su garganta, y de allí por la nariz, casi cegándolo. Tan pronto como recobró el aliento, exclamó: «¡Fuera con ello! ¡Qué abominación! ¡Oh, el estómago se me revuelve!» En efecto, la molestia continuó por espacio de una hora, y renunció para siempre a un hábito que solo sirve para entretener a los perezosos.

Aunque Napoleón logró fracasar, miles menos poderosos han logrado triunfar. Hay una curiosa especie de leyenda mencionada en las Antigüedades de Brand, a fin de explicar el frecuente uso y la continuación de tomar tabaco, cuya veracidad declara que no afirmará. Cuando los cristianos descubrieron por primera vez el Nuevo Mundo, el diablo temió perder su dominio sobre aquellas gentes con la aparición del cristianismo. Se cuenta que dijo a algunos indios de su conocimiento que había encontrado la manera de vengarse de los cristianos por haberle desalojado de sus dominios, pues les enseñaría a tomar tabaco, del cual, una vez probado, se volverían esclavos perpetuos.

Sin atrevernos a autenticar esta extraña historia, en cuya moraleja Napoleón habría convenido —con una reserva mental en favor del rapé— tras la derrota arriba descrita, consolemos a los amantes del tabaco con que, mientras el éxito de la primera tentación cerró las puertas del Paraíso, el éxito de la segunda las abre de nuevo.

Lo siguiente, tomado de una antigua colección de epigramas, es en todos los sentidos digno del tema.

«Todos los manjares delicados desafío, que engordan a los hombres como a puercos; frugal es en verdad aquel hombre que con una hoja puede cenar.»

No necesita servilleta para sus manos, ni limpiarse las puntas de los dedos,

quien guarda su cocina en una caja

y la carne asada en una pipa."

En Hamburgo se fuman diariamente 40.000 cigarros en una población que apenas alcanza a 45.000 varones adultos. Y en Londres el consumo debe de ser considerable para proporcionar, con las ganancias de la venta al por menor, sustento a 1566 tabaqueros. En Inglaterra podemos presumir que la mayor fumadora de tabaco ha de ser la Reina, pues un inmenso horno en los docks, llamado la pipa de la Reina, se enciende de vez en cuando y se carga con quintales de tabaco averiado por el mar o echado a perder de otro modo, lanzando al mismo tiempo una nube

"que los turcos podrían envidiar, los africanos adorar."

El número total de cigarros consumidos en Francia en 1857 se dice que fue de 523.636.000; y

el ingreso total del Gobierno francés por el monopolio del tabaco se estima en 7.320.000 libras esterlinas anuales. En Rusia el ingreso es de 7.200.000 libras anuales; y en Austria cerca de 3.000.000. Son sumas cuantiosas las que se pagan por el privilegio de echar humo.

La Buffalo Democracy calcula el consumo anual de tabaco en 4.000.000.000 de libras. Todo ello se fuma, se masca o se aspira. Supongamos que todo se hiciera en cigarros, 100 por libra: produciría 400.000.000.000 de cigarros. Estos cigarros, con la longitud habitual de cuatro pulgadas, si se unieran entre sí, formarían un solo cigarro continuo de 25.253.520 millas de largo, que daría más de 1000 vueltas a la tierra. Cortado en trozos iguales de 250.000 millas de longitud, habría más de 1000 cigarros que se extenderían desde el centro de la tierra hasta el centro de la luna. Puestos estos cigarros en cajas de 10 pulgadas de largo, 4 de ancho y 3 de alto, 100 por caja, se necesitarían 4.000.000.000 de cajas para contenerlos. Apiladas estas cajas en una masa sólida, ocuparían un espacio de 294.444.444 pies cúbicos; si se apilaran a 20 pies de altura, cubrirían una finca de 338 acres; y si se co-

locaran lado a lado, las cajas cubrirían cerca de 20.000 acres. Suponiendo que este tabaco, en su estado no manufacturado, costara seis peniques la libra, tendríamos 100.000.000 de libras esterlinas gastadas anualmente en esta hierba; al menos una vez y media más se requiere para manufacturarla en forma comercial y venderla al consumidor. Con el cálculo más bajo, pues, la familia humana gasta cada año 250.000.000 de libras esterlinas en la satisfacción de un hábito adquirido, o una corona por cada hombre, mujer y niño sobre la tierra. Esta suma, calcula el autor, bastaría para construir 2 ferrocarriles alrededor del

mundo, o 16 ferrocarriles de 100.000 libras cada uno hasta el Pacífico. Construiría 100.000 iglesias, a 2.500 libras cada una, o 1.000.000 de viviendas a 25 libras cada una (¡más bien pequeñas!). Emplearía a 1.000.000 de predicadores y 1.000.000 de maestros, dando a cada uno un salario de 125 libras. Sostendría a 3 millones de jóvenes en la universidad, asignando a cada uno 75 libras al año para gastos.

¡Qué nube echaría la "familia humana" si cada uno tuviera su parte de las 4.000.000.000 de libras repartidas en cigarros en la mañana del 25 de diciembre, en el año de nuestro Señor de 1860! Uno se siente dubitativo sobre el número de los que se negarían a tomar su cuota, si no hubiera nada que pagar.

El doctor Dwight Baldwin afirma que en 1851 la ciudad de Nueva York gastó 3.650.000 dólares solo en cigarros, mientras que solo gastó 3.102.500 dólares en pan. El Gran Canal de Erie, de 364 millas de largo, el más largo del mundo, con sus dieciocho acueductos y ochenta y cuatro esclusas, se hizo en seis años, con un costo de 7.000.000 de dólares. La colina de cigarros de la ciudad de Nueva York lo habría pagado todo en dos años.

El número de fábricas de cigarros en América es de 1.400, y el número de operarios empleados en ellas, de 7.000 y más. La producción semanal total estimada de estas fábricas es de 11 millones y medio, y la anual de 840 millones. A 7 dólares por 1.000, valdrían 5 millones de dólares, y añadiendo un 50 por ciento por el mayorista y el minorista, el costo total para los consumidores sería de 7 millones y medio de dólares; añáda-

se a esto la suma pagada por los cigarros importados, 6 millones de dólares, y tenemos 13 millones y medio de dólares, el valor de los cigarros consumidos anualmente en los Estados Unidos, sin añadir la ganancia a los cigarros importados; de modo que, incluyendo la cantidad gastada en tabaco para fumar y mascar, y en rapé, el costo anual del tabaco consumido anualmente no es menor de 30 millones de dólares o 6.000.000 de libras esterlinas. Esto es poco más de lo que se

recauda anualmente en Gran Bretaña solo por el impuesto especial sobre el tabaco consumido en el país; pero debe recordarse que en América el tabaco está libre del impuesto de tres chelines y dos peniques por libra, y libre de los gastos de una travesía atlántica, de modo que el tabaco representado allí por 6 millones, estaría representado aquí por al menos seis veces esa cantidad.

La Tierra de las Nubes cuesta algo mantener su dignidad después de todo, pero la belleza es seductora, y también lo es el tabaco.

¡Sí! San Juan (Percy, queremos decir — no "el Divino"), debe de haber "magia en el cigarro". Entonces, para el marinero, en el ancho y agitado océano, ¿qué consuelo hay, sino en su vieja pipa? Mientras fuma su pulgada y media de arcilla, negra y pulida, su Susan o su Mary se le manifiesta; la ve, conversa con su espíritu — en el resplandor rojo de la cazoleta de ébano, mientras camina por la cubierta de noche, o se acuclilla sobre el molinete, se reflejan los brillantes y chispeantes ojos de su amada. La frutera irlandesa, el jaunting-car sin pasajero, el policía en su ronda tranquila, el soldado a sus anchas, todos se inclinan ante el poder místico del tabaco — todos reconocen los embelesos de la Tierra de las Nubes.

* Bentley's Magazine.

"Era su constante compañera y consuelo. ¿Estaba alegre? Fumaba. ¿Estaba triste? Fumaba. Su pipa nunca se apartaba de su boca; era parte de su fisonomía; sin ella sus mejores amigos no lo conocerían. Quitadle la pipa: bien podríais quitarle la nariz."

— Knickerbocker's New York.

Sémele, en una muerte por fuego, se hizo mártir del amor. Así Virginia se deja quemar por el bien del mundo. De las cenizas del viejo Fénix nació el joven Fénix. Del humo del Habano brotan nuevas visiones y elocuentes delicias. Así como los altares de los dioses recibían honor de los hombres, y los incensarios de donde ascendía el incienso ardiente eran sagrados para las deidades, ¿por qué no había de recibir honor la pipa, así como el hombre que la usa, o la hierba odorífera consumida en ella? Un entusiasta escribe de ella así: "Los filósofos han sacado sus mejores símiles de sus pipas. ¿Cómo habrían podido hacerlo, si primero les hubieran quitado las pipas? Vemos subir el humo — pensamos en la vida; vemos desvanecerse la espiral de humo — recordamos la nube de la mañana. Nuestra pipa se rompe — lloramos la fragilidad de los placeres terrenales. La fumamos hasta el final, y vaciando la ceniza, recordamos que 'polvo somos, y al polvo hemos de volver'. Si estamos enamorados, adornamos todo un soneto con imágenes sacadas del fumar, y primero encendemos la pipa, y luego la afinamos.

Esa chispa se enciende como su mirada, es rubicunda como su labio; esta esbelta arcilla, blanca como su mano y delgada como su cintura; hasta que su cabello de azabache se vuelva gris como estas cenizas, la amaré. Este perfume no es más dulce que su aliento, aunque más dulce que todo lo demás. El aroma asciende a mi cerebro, lo llena de todas las formas ígneas y deleitables, que entregadas a la lengua, que es el nacimiento, se vuelven deleitable ingenio."

Los instrumentos con que se consume la "hierba universal" son casi tan variables en forma y materia como las naciones que se entregan a su uso. La pipa de Holanda es de porcelana, y la de nuestra propia isla, de arcilla sin vidriar. Estas últimas se fabrican en grandes cantidades, tanto en el país como en el extranjero. Una fábrica en Saint-Omer emplea a 450 operarios y produce anualmente 100.000 gruesas, o cerca de quince millones de pipas; y otra fábrica en el mismo lugar emplea a 850 operarios y produce 200.000 gruesas, o cerca de treinta millones de pipas, consumiendo cerca de ocho mil toneladas de arcilla en su fabricación. La cantidad de pipas usadas anualmente en Londres se estima en 364.000 gruesas, o 52.416.000 pipas; se requieren 300 hombres, cada uno de los cuales hace 20 gruesas de cuatro docenas por semana, duran-

te un año, para hacerlas; cuyo costo es de 40.950 libras. La longitud media de estas pipas es de doce pulgadas y media; y si se colocaran en posición horizontal, unidas por los extremos, alcanzarían la extensión de 10.340 millas y 1.600 yardas; si se apilaran unas sobre otras perpendicularmente, alcanzarían 135.138 veces la altura de la catedral de San Pablo; pesarían 1.137 toneladas,

debo a la pipa de tabaco de los holandeses... el señor... de la fábrica de Gouda, en 1878, afirma que el maestro principal...

10 quintales, y se requerirían 104 toneladas, 9 quintales y 32 libras de tabaco para llenarlas. En 1857 importamos pipas de arcilla por valor de 7.614 libras, lo que no puede ser menos de 121.000 gruesas, o diecisiete millones y medio. Pero incluso entre nosotros, las pipas no fueron siempre de arcilla. Se dice que las primeras pipas usadas en Bretaña se hacían de una cáscara de nuez y una paja. El doctor Boyle describe una clase muy primitiva de pipa de arcilla usada por algunos de los naturales de la India — se presume que solo en casos de necesidad. "El aficionado hace dos agujeros, uno más largo que el otro, con un palo en un suelo arcilloso, inclinando el palo de modo que se encuentren; en el agujero más corto coloca el tabaco, y aplica la boca al otro, y así, mientras yace sobre el suelo, se deleita con los vapores de la hierba narcótica."

Las cazoletas turcas, o lules, se componen de la arcilla roja de Nish, mezclada con la tierra blanca de Roustchouck. Son muy gráciles de forma, y en algunos casos están ornamentadas con dorado. El "turco corriente" prefiere una cazoleta nueva cada día; por ello se recurre a las lisas por razón de economía. En Turquía y algunas otras partes de Oriente, no es raro calcular las distancias, o más bien la duración de un viaje, por el número de pipas que podrían fumarse en el tiempo necesario para realizarlo.

La pipa del alemán es, casi universalmente, la Meerschaum, esa pipa de fama tan codiciada por el fumador del Norte. Estos artículos se componen de una especie de tierra magnesiana, conocida por los tártaros de Crimea como kef-til. Pallas supuso erróneamente que esta clase de tierra se denominaba así por Caffa, y que por tanto el nombre significaba

"tierra de Caffa". Del "Diccionario Oriental de Memnski" parecería derivarse de dos palabras turcas que significan "espuma" o "espuma

de la tierra". El nombre francés, ecume de mer, o "escoria del mar", y el alemán "espuma de mar", tienen sin duda una relación íntima con este mismo "keff til" de los tártaros de Crimea.

La tierra de espuma de mar se encuentra en varias localidades de España, Grecia, Crimea y Moravia. La mayor cantidad procede de Asia Menor, pues se extrae principalmente en la península de Natolia, cerca de la ciudad de Coniah. Antes de la captura de Crimea, se afirma que esta tierra constituía un artículo de comercio considerable con Constantinopla, donde se empleaba en los baños públicos para limpiar el cabello de las mujeres. Antiguamente se daba la primera forma tosca a las cazoletas de las pipas en el mismo lugar donde se extraía el mineral, mediante presión en un molde; y estas toscas cazoletas se tallaban y acababan con mayor elegancia en Pesth y Viena. En la actualidad, la mayor parte de la espuma de mar se exporta en forma de bloques irregulares; estos se someten a una cuidadosa manipulación después de haber sido empapados en una preparación de cera y aceite. Una vez acabadas y vendidas en las ferias alemanas, algunas han adquirido, por el humo, un tinte tan exquisito, a juicio de los entendidos, que se han realizado por ellas de 40 a 50 libras esterlinas.

No han faltado intentos de imitar este material, hasta ahora no muy afortunados. La gran cantidad de recortes que quedan al labrar las cazoletas se ha aprovechado para la fabricación de las llamadas «cazoletas de masa», pero

no gozan de la reputación de las cazoletas de espuma de mar genuina.

Hay aún otro producto mineral cuyo uso los fumadores turcos, al menos, saben apreciar. Este es el ámbar. El turco gastará una suma casi fabulosa en una boquilla de ámbar para su narguile. Cuatro valiosas piezas de esta clase se exhibieron en el departamento turco de la Exposición de 1851, que valían juntas 1000 libras esterlinas, dos de ellas tasadas en 305 libras cada una. Existe en Turquía la creencia corriente de que el ámbar es incapaz de transmitir infección; y como se considera

una gran muestra de cortesía ofrecer la pipa a un extraño, esta presunta propiedad del ámbar explica en cierta medida la estima en que se le tiene.

El conocimiento del ámbar se remonta a una remota antigüedad, pues los fenicios de antaño lo traían de Prusia. Desde aquella época se ha obtenido allí sin interrupción, sin disminución alguna en la cantidad recogida anualmente. La mayor cantidad de ámbar se encuentra en la costa de la Prusia propiamente dicha, entre Konigsberg y Dantzic. De los lechos de ámbar de la costa de Dirschkeim, que se extienden bajo el mar, una tempestad arrojó, el 1 de enero de 1848, nada menos que 800 libras. La pesca del ámbar en Prusia producía antiguamente al rey unas 25.000 coronas al mes. Después de una tempestad, las costas del ámbar se llenan de recolectores, siendo arrojadas ocasionalmente por las olas grandes masas de ámbar. Al cavar un pozo en las minas de carbón cerca de Praga, los obreros descubrieron recientemente, entre el lecho de arenisca que forma el techo de aquella mina y la primera capa de carbón, un lecho de ámbar amarillo, al parecer de gran extensión. Se han extraído piezas que pesan de dos a tres libras. Hay dos clases: el terrestre, que se extrae en minas, y el marino, que es arrojado a la orilla durante las tempestades otoñales.

Las opiniones varían en cuanto al origen del ámbar. Tácito y otros lo han considerado una resina fósil exhalada por ciertos árboles coníferos, cuyas huellas se observan con frecuencia entre el ámbar, mientras que otros teóricos sostienen que es una especie de cera o grasa que ha sufrido un lento proceso de putrefacción, basándose esta última opinión en el hecho de que

los químicos pueden convertir sustancias grasas o cerosas en ácido succínico mediante oxidación artificial. Una cosa es, sin embargo, cierta: que el ámbar, en algún período de su historia, debió de existir en estado de fluidez, pues se encuentran numerosos insectos, especialmente de la clase de las arañas, incrustados en él; y se ha mostrado un ejemplar que encierra la pata de un sapo. Los sapos tienen la costumbre de vivir durante siglos, se nos informa, encerrados en la piedra y la roca; pero no sabemos que hasta ahora se haya encontrado ninguno de estos extraordinarios reptiles enterrado vivo en una masa de ámbar. Se han encon-

trado masas de ámbar que pesan de 4 a 6 libras, más que suficiente para contener uno o dos sapos de dimensiones ordinarias.

Para conocer las pipas del Egipto moderno, hemos de recurrir a las noticias del señor Lane, de quien tomamos las siguientes notas. La pipa (que recibe muchos nombres, como «shibuk», «ood», etc.) mide generalmente entre cuatro y cinco pies de largo. Algunas pipas son más cortas y otras de mayor longitud. La especie más común usada en Egipto está hecha de una madera llamada «garmashak». La parte principal del tubo está cubierta de seda, sujeta en cada extremo por hilo de oro, a menudo entrelazado con sedas de colores, o por un tubo de plata dorada; y en el extremo inferior de la cubierta hay una borla de seda. La cubierta fue ideada originalmente para humedecerse con agua a fin de refrescar la pipa y, por consiguiente, el humo por evaporación; pero esto solo se hace cuando la pipa es vieja o no es hermosa. Las pipas de tubo de cerezo, que nunca se cubren, son usadas por algunas personas, particularmente en invierno. En verano, el humo

sale de la pipa de tubo de cerezo como de las demás antes mencionadas. La cazoleta es de tierra cocida, de color rojo o pardo. La boquilla está compuesta de dos o tres piezas de ópalo, ámbar claro, unidas por adornos de oro esmaltado, ágata, jaspe, cornalina u otra sustancia preciosa. Esta es la parte más costosa de la pipa. Las de uso ordinario entre las personas de clase media cuestan de una a tres libras esterlinas. Un tubo de madera la atraviesa; este se cambia a menudo, pues se ensucia con el aceite del tabaco. La pipa requiere también limpiarse con mucha frecuencia, lo que se hace con estopa, por medio de un alambre largo. Muchos hombres pobres de El Cairo se ganan la vida limpiando pipas. Algunos egipcios usan la pipa persa, en la que el humo pasa a través del agua. La pipa de esta clase más comúnmente usada por las personas de las clases altas se llama «nargeeleh», porque el vaso que contiene el agua es la cáscara de un coco, de la cual «nargeeleh» es un nombre árabe. Otra clase que tiene un vaso de vidrio se llama «sheesheh», de la palabra persa que significa «vidrio». Cada una tiene un tubo muy largo y flexible.

Una clase de pipa comúnmente llamada «gozeh», que es similar a la nargeeleh, excepto que tiene un tubo corto de caña en lugar de la serpiente, y no tiene soporte. Esta es usada por los hombres de la clase más baja para fumar tanto el «turabak» o tabaco persa, como el cáñamo narcótico.

Los zulúes del África meridional tienen una especie de pipa o cuerno de fumar llamado «Egoodu», que está construido sobre un principio similar a la pipa persa. La hierba se coloca en el extremo de una caña introducida en el costado de un cuerno de buey, que está lleno de agua, y la boca se aplica a la parte superior o ancha del cuerno, pasando el humo por la caña y a través del agua.

Los delagoa del África oriental fuman el «hubble-bubble», un instrumento similar, que tiene la parte superior del cuerno cerrada, excepto un pequeño orificio en el centro de la cubierta por el que se aspira el humo.

Los cafres forman cazoletas de pipa de una piedra negra y también de una piedra verde; son de forma similar a las pipas holandesas y sin adorno. Los negros del África occidental tienen pipas de una tierra rojiza, algunas de ellas de formas muy toscas y singulares, otras imitaciones fieles de las cazoletas de pipa europeas. Una clase de pipa consiste en dos cazoletas colocadas una al lado de la otra sobre un solo tubo. Se han encontrado antiguas pipas indias en América, también labradas de piedra verde.

Los naturales de la costa suroeste del África, cerca de la bahía de Elizabeth, usan pipas en forma de tubo de cigarro, formadas de un mineral jaspeado verde o blanco de la familia magnesiana, exteriormente tallado u ornamentado toscamente.

Los marineros, cuando están de viaje, se hallan a menudo en apuros por falta de pipas. En tales circunstancias, se han empleado en diferentes ocasiones numerosos artificios para remediar el defecto; tales como pipas fundidas de plomo viejo o cortadas de madera.

Los marineros pertenecientes al H.M.S. Samarcmg, habiendo perdido sus pipas en el río Sarawak, se pusíëron a la obra y, en muy poco tiem-

po, fabricaron excelentes pipas con entrenudos de diferentes tamaños de los bambúes que crecían a su alrededor. En la India se usan pipas sencillas compuestas de dos piezas de bambú, una para la cazoleta cortada junto a un nudo, y otra más pequeña para el tubo.

Los aborígenes de la Guayana Británica usan una pipa, o más bien un tubo, llamado «Winna». Se asemeja exteriormente a una raíz, pero es hueco, de modo que contiene el tabaco. Se dice que está hecho de una especie del fruto de la palma manicot, que crece en el río Berbice. Por cuanto nos place tomar nuevas modas de naciones tan bárbaras como

«Winna» es una forma de tubo muy parecida a la

que se ha fabricado y vendido en las tabaquerías de la metrópoli de la vieja Inglaterra.

Entre el grupo de Bashee, y particularmente en la isla de Ibayat, los naturales forman pipas muy elegantes y cómodas con diferentes especies de conchas, rompiendo la columela y los septos de las convoluciones, e insertando un corto tallo de ébano en un agujero en el ápice de la espira. Estas se forman más generalmente con las conchas conocidas como mitra del obispo (Mitra episcopate) y mitra del papa (Mitra papalis). Especies de Terebra y Turbo se convierten también en pipas.

En China, donde el señor Bondot calcula que no hay menos de 100 millones, y el abate Hue 300 millones de fumadores, se fabrican pipas en cantidades inmensas. De estas hay tres clases: la pipa de agua, la pipa recta y la pipa de opio. Las pipas chinas, y en verdad las de todas las razas indochinas, incluidos los tártaros, chinos, coreanos y japoneses, están provistas de una pequeña cazoleta metálica y, por lo general, de un largo tubo de bambú; pues para las personas que tienen la costumbre de fumar a cortos intervalos todo el día, una cazoleta grande sería inadmisible. Al inhalar solo una pizca de tabaco en una ocasión, extienden la influencia de una pipa mayor sobre un espacio de tiempo más dilatado. En tales casos no sufren inconveniente alguno por la naturaleza del material de que se compone la cazoleta. Las naciones que fuman pipas más grandes adoptan alguna otra sustancia, pues el metal se calentaría demasiado; de ahí tenemos pipas de «loza samia» en Turquía, «meers-

chaum» en Alemania y arcilla en Inglaterra y otros lugares. Mi tío Toby habría quemado sus aspersorios con una pipa china de plata niquelada muchas veces y a menudo, y se habría requerido una gran cantidad de lógica para inducir al doctor Riccabocca a cambiar su compañera (su pipa, no su paraguas) por una cazoleta de fabricación japonesa.

Isaac Browne pensaba, hace un siglo, que había

algo en una pipa digno de escribirse, o nunca nos habría dado la siguiente

«ODA A UNA PIPA DE TABACO.

»Pequeño tubo de poderoso poder, encantador de una hora ociosa, objeto de mi ardiente deseo, labio de cera y ojo de fuego;

y tu cintura esbelta y nevada, con tu dedo suavemente ceñida, y tu linda cresta henchida, con tu pequeño tapón oprimida;

y la más dulce dicha de las dichas que alienta de tus balsámicos besos. Dichoso tres veces, y tres veces de nuevo, el más dichoso de los hombres dichosos;

quien, cuando de nuevo la noche vuelve, cuando de nuevo la vela arde, cuando de nuevo el grillo alegre (pequeño grillo lleno de juego),

puede permitirse alimentar su tubo con la fragante hierba india, placer para una nariz divina, incienso del dios del vino.

Dichoso tres veces, y tres veces de nuevo, el más dichoso de los hombres dichosos.»

En el país natal de Virginia, la pipa está

más cerca del hombre que su bota. Ningún salvaje

está más desprovisto sin su pipa que sin su espejo.

Para el nativo indio, la pipa suministra un importante

lugar de reunión: el tubo de la paz — su calumet — es el instrumento de una solemne

y terrible ceremonia, que ha visitado

a cada guerrero. A través de su rojizo

tallo ha pasado la irrevocable promesa de guerra y desolación.

Y aquí, también, el calumet que respira paz fue

adornado y guarnecido con las plumas del águila, que ha derramado sus emocionantes efluvios sobre la tierra y

calmado la furia del salvaje implacable. El

Gran Espíritu, en una época antigua, convocó a los guerreros indios y, de pie sobre el

precipicio de la roca de piedra de la pipa roja, arrancó de su pared un fragmento e hizo una enorme pipa, girándola

en su mano, que fumó sobre ellos, y hacia el

norte, el sur, el este y el oeste; y

les dijo que esta piedra era roja — que era

su carne — que debían usarla para sus pipas

de paz, que pertenecía a todos ellos, y que el

garrote de guerra y el cuchillo de desollar no debían

alzarse sobre su terreno. Al último soplo de su

pipa, su cabeza entró en una gran nube, y

toda la superficie de la roca, por varias millas, se

fundió y se vidrió. Dos grandes hornos se abrieron

debajo, y dos mujeres, espíritus guardianes del

lugar, entraron en ellos en un resplandor de fuego, y aún se las oye allí, respondiendo a las invocaciones de

los sacerdotes o hombres medicina, que los consultan

cuando visitan este lugar sagrado.

»De la piedra roja de la cantera, con su mano rompió un fragmento, lo modeló en una cabeza de pipa, la formó y la adornó con figuras. De la orilla del río tomó una larga caña para tubo de pipa,

con sus hojas verde oscuro sobre ella; llenó la pipa con corteza de sauce; con la corteza del sauce rojo; sopló sobre el bosque vecino, hizo que sus grandes ramas se frotaran entre sí, hasta que en llamas estallaron y se encendieron; y erguido sobre las montañas,

Gitche Manito, el poderoso, fumó el calumet, la Pipa de la Paz, como señal a las naciones», etc.

* Catlin, North American Indians, vol. ii., págs. 160.

Las tribus del Misuri hacen sus pipas de una clase de piedra llamada catlinita, de las canteras de piedra de pipa roja en las cabeceras de aquel río, cuyo color es rojo ladrillo. Estas piedras, cuando se sacan por primera vez de la cantera, son blandas y se trabajan fácilmente con un cuchillo, pero al exponerse al aire se endurecen y admiten buen pulimento. Las pipas de los indios de las Montañas Rocosas están algunas de ellas labradas con mucho trabajo e ingenio de una piedra arcillosa de textura muy fina, que se encuentra en el norte, de la isla de la Reina Carlota. Esta piedra es de color negro azulado y de carácter similar a la tierra roja de la cantera del Misuri.

La calumet o «pipa de la paz» de los indios sioux es descrita así por Irving. «La cazoleta era de una especie de piedra roja semejante al pórfido; el cañón tenía seis pies de longitud y estaba adornado con mechones de crin de caballo teñida de rojo. El portador de la pipa entró en el círculo, encendió la pipa, la sostuvo hacia el sol, luego hacia los distintos puntos del compass, tras lo cual la entregó al jefe principal. Este fumó algunas bocanadas y luego, sosteniendo la cabeza de la pipa en la mano, ofreció el otro extremo a su visitante y a cada uno sucesivamente en el círculo. Cuando todos hubieron fumado, se consideró que se había intercambiado una garantía de buena fe y amistad.» El uso del Uspogan o Calumet entre los Lythinyuwak no parece haber sido una práctica originaria de los Tinne, sino que fue introducido por los europeos junto con

el tabaco; mientras que entre los nppeways, la planta se cultiva desde los tiempos más remotos.

Entre los más incultos y salvajes de los pueblos, la pipa es un objeto en el que se ejercita todo su ingenio, y en cuya decoración se despliega casi todo su gusto. Casi podría clasificarse las razas del mundo por medio de una buena colección de sus pipas, sin apartarse mucho del orden que resulta de procesos más científicos.

En Oriente existe un hábito de fumar casi incesante; y la pipa es el preludio de todos los actos oficiales, de todas las conversaciones y de todas las relaciones sociales. El oriental toma su pipa por la mañana y apenas la abandona hasta que se acuesta. Aquí hay generalmente un funcionario especial —el portapipa— como accesorio de todos los oficiales. Cuando el Sultán sale, su portapipa lo acompaña. En las familias de respetabilidad, el cuidado de las pipas es atributo exclusivo de uno o más criados, que ocupan el grado más alto del establecimiento doméstico; y así se da dignidad a la pipa, incluso en un país donde se concede menos dignidad a la porción más hermosa de la comunidad que en países más cultivados.

En el Museo de los Jardines Botánicos de Hew hay pipas y cañones tallados en boj, como se usan en Suecia; también cazoletas de pino y otras maderas hechas por los indios nativos cerca de Sitka, en la América del Noroeste, y traídas a casa desde una expedición reciente. Estas últimas son toscas, pero bastante iguales en elegancia a muchas que adornan los escaparates de los tabaqueros de fantasía y de los divanes de cigarros en esta metrópoli del mundo civilizado.

De un cisma en las pipas de tabaco data Knickerbocker el origen de los partidos en los Niew Nederlandts. «Los burgueses ricos y engreídos, que habían hecho su fortuna y podían permitirse ser perezosos, se adhirieron a la moda antigua y formaron una especie de aristocracia, conocida como la de los Pipas-largas, mientras que el orden inferior, adoptando la reforma de William Kieft, por ser más conveniente en sus oficios manuales, fue marcado con el nombre plebeyo de Pipas-cortas.» Quién pueda considerarse como el

fundador de la escuela inglesa de la pipa corta, es más difícil de determinar; es, sin embargo, en los últimos años, muy popular, y supera considerablemente en número a la aristocracia de las pipas largas. La variedad de estos instrumentos es casi infinita. Los hay de todas clases de arcilla corta, cutties, St. Omer, Gambier, espuma de mar lavada, arcilla coloreada y arcilla de fantasía de todas las formas, grotescas, toscas, estúpidas y en algunos casos gráciles. Pipas también de madera, de ébano negro, ébano verde, raíz de brezo —sea lo que fuere—, raíz de cerezo, madera de tulipán, palo de rosa, etc. Pipas de vidrio, con depósitos y sin ellos, amigos de los fumadores y, si hemos de juzgar por su tamaño, amigos de los tabaqueros; cazoletas de espuma de mar, cazoletas de masa, cazoletas de porcelana, cazoletas de arcilla, de cabezas toscas y monstruosas, con ojos de vidrio y dientes esmaltados, junto con cañones cortos y monturas para arcillas rotas. Añádanse a estas no se sabe cuántas clases de tabaqueras, desde una doncella sonriente con todas las glorias de la crinolina hasta la cabeza separada del Poor Dog Tray. Los escaparates de los tabaqueros minoristas de hoy en día se parecen más a una tienda de juguetes, o a un puesto de fantasía de una arcada o bazar, que a los escaparates sobrios de un minorista de hace medio siglo. El señor Frank Fowler nos informa que los mismos gustos han emigrado a Australia. «La cutty es de todas formas, tamaños y tonos. Algunas son cabezas de negro, guarnecidas con hileras de dientes muy blancos; algunas son sirenas, que muestran sus mitades más presentables en la parte delantera de las cazoletas y guardan sus extremidades de algas bajo los cañones. Algunas son gorros turcos, algunas son calaveras rusas, algunas son huríes, algunas son prensas de los franceses, algunas son Margaret Catchpoles, algunas son tan pequeñas como el dedal de mi señora, otras tan grandes como una vieja taza de té de Chelsea. Todo el mundo tiene una, desde el colegial de delantal que ha renunciado a su *hardbake* por su rapé Hardham's, hasta el viejo veterano que llegó con el segundo contingente de convictos y recuerda el prólogo de George Barrington.

al viejo veterano que salió con la segunda remesa de convictos, y recuerda el prólogo de George Barrington. Los clérigos componen sus sermones sobre la pipa; los miembros del parlamento pasean por la veranda de la Cámara Legislativa de Sídney, con la negra cazoleta reluciente entre los dientes. Uno de los representantes metropolitanos estaba gravemente enfermo justo antes de mi partida, por haber fumado cuarenta pipas de Latakia de una sentada. Una cazoleta cutty, como el ojo de un criollo, se aprecia más cuanto más negra. Algunos fumadores envuelven las cazoletas reverentemente en cuero durante el proceso de coloración; otros las compran ya teñidas, y obtienen (supongo) la reputación de consumados fumadores de inmediato. Todo joven petimetre se enorgullece de su gabinete de sucias pipas de arcilla. Un amigo mío solía llamar a una caja de aquellas pequeñas cosas negras «la colección Iris & Stowe». El tabaco, debo añadir aquí, rara vez se vende en forma picada; cada hombre lleva consigo una pastilla, como un tarjetero; cada muchacho tiene su barra de Cavendish, como si fuera caramelo. Los cigarros que se fuman habitualmente son manilas, que son tan baratas y buenas como puedan encontrarse en cualquier parte del mundo. Lola Montez, durante su gira australiana, habló bien de ellos. ¿Qué más fuerte elogio podrían tener que el suyo?

«Es excelentísimo —dijo el monje—. Entonces hágame el favor —respondí— de aceptar la caja y todo; y cuando tome de ella un polvo, acuérdese a veces de que fue el presente de paz de un hombre que en otro tiempo le trató con desamor, pero no de corazón.»

Viaje sentimental de Sterne.

Todo el mundo, por supuesto, conoce todo acerca del franciscano y su tabaquera, con la que comienza este capítulo. Sterne lo narra en su vena más feliz, y todos cuantos lo leen de algún modo están seguros de recordarlo. Se intercambian cajas; el viajero queda a solas. Ahora moraliza: «Guardo esta caja como guardaría las partes instrumentales de mi religión para ayudar a mi mente hacia algo mejor. En verdad, rara vez salgo fuera sin ella; y a menudo y muchas veces he evocado por medio de ella el cortés espíritu de su dueño para regular el mío en los forcejeos del mundo. Habían encontrado pleno empleo para él, según aprendí de su historia, hasta cerca del [...] año de su edad, cuando, tras algunos servi-

cios militares mal recompensados, y encontrándose al mismo tiempo con un desengaño en la más tierna de las pasiones, abandonó la espada y el sexo juntos, y tomó santuario, no tanto en su convento como en sí mismo».

La palabra *snuff* es considerada por competentes autoridades como la inflexión verbal del antiguo vocablo septentrional [...] cuya última palabra existía mucho antes del invento o conocimiento de la substancia a la que ahora da su nombre. *En su primitiva significación, expresaba una fuerte inhalación por las narices, o describía cualquier impaciencia. De ahí surgieron las expresiones usadas en los siglos XVI y XVII, «tomar pimienta» o «tomar en rapé». Shakespeare hace un uso semejante de la frase en* Enrique IV*, en relación con una pequeña caja de perfume mostrada por un cortesano para fastidio de Hotspur.

«Iba perfumado como una modista;

y, entre el dedo y el pulgar, sostenía una caja de perfumes, que a cada instante acercaba a su nariz y apartaba de nuevo;

la cual, irritada con ello, cuando de nuevo llegó allí, lo tomó en rapé.»

En esta cita encontramos también la «caja de perfumes», que parece haber sido una cajita que tenía una cubierta «pounced» o perforada, que contenía perfumes, cuyo aroma, escapando por la labor calada de la parte superior, era considerado como preservativo contra el contagio. De la caja de perfumes se inhalaban los perfumes. Probablemente no fue hasta un siglo después de la introducción del tabaco cuando el polvo triturado estuvo comúnmente en uso, y hubo ocasión para la tabaquera.

Humboldt da cuenta de una curiosa clase de rapé, así como de un extraordinario método de inhalarlo, que llegó a su conocimiento mientras viajaba por América del Sur. «Los otomacos —dice— se sumen en un peculiar estado de embriaguez, podríamos decir de locura, por el uso del polvo de niopo. Recogen las largas vainas de una acacia (dada a conocer por él con el nombre de *Acacia niopo*), las cortan en trozos, las humedecen y las hacen fermentar. Cuando las

Tooke dice: «Snuff *es el participio pasivo de* to sniff*, aquello que es aspirado».

semillas reblandecidas empiezan a ennegrecer, se amasan como pasta, mezcladas con algo de harina de casava y cal obtenida de la concha de una helix (caracol), y toda la masa se expone a un fuego muy vivo, sobre una parrilla hecha de madera dura. La pasta endurecida toma la forma de pequeñas tortas. Cuando ha de usarse, se reduce a polvo fino y se coloca en un plato de cinco o seis pulgadas de ancho. El otomaco sostiene este plato, que tiene un mango en su mano derecha, mientras inhala el niopo por la nariz, a través del hueso ahorquillado de un ave, cuyas dos extremidades se aplican a las narices. Este hueso, sin el cual el otomaco cree que no podría tomar esta clase de rapé, tiene siete pulgadas de largo; parece ser el hueso de la pata de una gran especie de chorlito. El niopo es tan estimulante, que las más pequeñas porciones producen violentos estornudos en quienes no están acostumbrados a su uso.» Dice el padre Gumilla: «este diabólico polvo de los otomacos, suministrado por una planta de tabaco arborescente, los embriaga por las narices, les priva de la razón durante algunas horas, y los vuelve furiosos en la batalla».

Una costumbre análoga a esta observó La Condamine entre los naturales del Alto Marañón. Los omaguas, una tribu cuyo nombre está íntimamente ligado a las expediciones en busca de El Dorado, tienen, como los otomacos, un plato, y el hueso hueco de un ave, y un polvo llamado *curupa*, que se llevan a las narices por medio de estos, de una manera idéntica a la de los otomacos. Este polvo se obtiene también de la semilla de una especie de acacia, al parecer estrechamente emparentada con, si no la misma que, el niopo.

Un instrumento semejante al hueso de los otomacos y omaguas ya se ha mencionado como en uso en La Española, para inhalar por las narices el humo de las hojas de tabaco encendidas.

> *N. del T.*: el facsímil digitalizado trae este pasaje deshecho; se restituye desde la transcripción de dominio público de Project Gutenberg (eBook 60805), cotejada con Humboldt, *Personal Narrative*, vol. V.

El método de tomar rapé en Islandia lo describe Mad. Pfeiffer como distinto de los métodos arriba detallados, pero igualmente singular. La mayoría de los campesinos, y muchos de los sacerdotes, no tienen verdadera tabaquera, sino solo una caja hecha de hueso, y en forma de frasco de pólvora. Cuando toman rapé, echan la cabeza atrás, introducen la punta del frasco en la nariz y sacuden en ella una dosis de rapé. Luego lo ofrecen a su vecino, que repite la operación, lo pasa al suyo, y así va de ronda, hasta que vuelve de nuevo a su dueño. Si esta hubiera sido la costumbre en los días del «Rizo de la melena», Belinda no habría subyugado tan fácilmente al barón, como con un dedo y un pulgar: «Justo donde el aliento de vida sus narices atraía,

una carga de rapé la astuta virgen lanzó;

los gnomos dirigen, a cada átomo con justicia,

los acres granos del cosquilleante polvo.

Súbito, con lágrimas que brotan cada ojo se desborda,

y la alta cúpula hace eco a su nariz».

Los zulúes del África meridional usan una pequeña calabaza para llevar su rapé, y una pequeña cuchara de marfil con la que sacar el polvo. Recordamos hace muchos años a un caballero anciano que practicaba el plan zulú: su rapé lo llevaba suelto en el bolsillo del chaleco, de donde era conducido a su nariz por medio de una pequeña cuchara de plata, que estaba siempre a mano para tal fin.

Ya a principios del reinado de Jacobo I, un «tomador de tabaco» estaba provisto de un aparato semejante al de un moderno *mull* escocés, cuando se le surtía de todos los necesarios implementos. En 1609, Dekker, en su «Gull's Horn Book», dice: «Antes de que la carne venga humeando a la mesa, nuestro galán debe sacar su caja de tabaco, la cuchara para el rapé frío en la nariz, las tenazas y el hierro de encender; toda esta artillería puede ser de oro o plata, si puede alcanzar el precio de ella». En 1646, Howell describe el aparato y la práctica de tomar rapé como bastante comunes en otros países; pues, dice: «Los españoles e irlandeses toman el tabaco más en polvo o *smutchin*, y refresca poderosamente el

cerebro; y creo que se toma tanto de esta manera en Irlanda como en pipas en Inglaterra. Uno ve comúnmente a la criada sobre el tajo de lavar, y al zagal sobre la reja del arado, cuando están cansados de su labor, sacar sus cajas de *smutchin* y aspirarlo por sus narices con una pluma, y les infunde nuevos espíritus con un fresco vigor para volver a su trabajo».

La palabra impresa «smutchin» por Howell, se afirma que es más exactamente «sneeshin», un vulgar rapé que provoca estornudos; y de ahí [...] *mill* (a veces corrompido en «mull») es el nombre escocés de la tabaquera. El Diccionario Etimológico del Dr. Jameson puede considerarse como una autoridad en estas materias; y de él aprendemos [...] la palabra «mill» es el nombre vulgar de una tabaquera, especialmente de forma cilíndrica o semejante a un cono invertido. Ningún otro nombre [...] estaba antes en uso en Escocia; y la razón aducida para ello es que, cuando el tabaco se introdujo por primera vez en el país, quienes deseaban tomar rapé acostumbraban tostar las hojas de tabaco ante el fuego, y luego machacarlas con un trozo de madera en la caja, que de ahí fue llamada un «molino», porque el rapé se molía en ella. De todo esto es fácil percibir cómo un cuerno de carnero, por su forma cónica, llegó a ser una de las primitivas formas de la tabaquera escocesa, aunque posteriormente es a menudo una de las más costosas y lujosas.

En confirmación de esta última observación, solo es necesario referirse a un ejemplo en la Exposición de 1851. El Sr. W. Baird, de Glasgow, exhibió una cabeza de carnero bellamente montada, como tabaquera y petaca. Cuando vivo, debió de haber sido un noble carnero, pues los cuernos circulares medían no menos de 3 pies y 4 pulgadas de raíz a punta. La petaca estaba bellamente montada, teniendo en la parte superior una espléndida amatista escocesa, rematada con guirnaldas de cardo en oro y plata, y adornada con muchos finos cairngorms y pequeñas amatistas. La cavidad de la tabaquera ocupaba el centro de la frente, la tapa rematada por un espléndido cairngorm, y agrupada con guirnaldas de oro y plata y pequeñas piedras preciosas. En verdad, la cabeza presentaba un perfecto despliegue de los más bellos y graciosamente dispuestos ornamentos, y en conjunto el artículo era de lo más singular. Unido a ello había un fino martillo de marfil y cuchara de plata, punzón y rascador, con

una pata de liebre montada en plata. Corría sobre rodajas de marfil sobre una plataforma de palo de rosa, rematada por una campana de cristal. No había menos de novecientas piezas separadas de piedras preciosas y metales empleadas en la construcción de este adornado artículo.

Hasta mediados del siglo XVIII, el «cuerno de rapé», con su cuchara y su pie de liebre unidos a él por cadenas, parece haber sido considerado como una característica nacional tan completa, que cuando Baddeley representó a Gibby en «The Wonder», con Garrick, salió a escena con semejante aparato.

Los mongrabins y otras razas africanas, según Werne, son muy aficionados a tomar rapé. El rapé lo llevan por lo común en pequeñas cajas de forma ovalada hechas del fruto de la palmera doum; éstas tienen una abertura muy pequeña en un extremo, tapada con una clavija de madera; y el rapé no se toma en pellizcos, sino que se vierte sobre el dorso de la mano. El señor Campbell, mientras viajaba por el África meridional, dio a un bosquimano un pedazo de tabaco. Rápidamente fue convertido en rapé. Una de las hijas, después de molerlo entre dos piedras, lo mezcló con ceniza blanca del fuego; la madre tomó entonces un gran pellizco de la composición, poniendo el resto en un trozo de piel de cabra, entre el pelo, y lo dobló y guardó para uso futuro.

El rapé que se usa en África no siempre está hecho de tabaco. El señor Hutchinson afirma que vio en Panda, en la costa occidental, rapé hecho de las hojas pulverizadas del árbol del fruto del mono (Adansonia digitata). El de los zulúes se compone de las hojas secas del dacca o cáñamo narcótico mezcladas con el polvo de áloe quemado. Si era o no ésta la clase de rapé con que el señor Richardson fue derribado en su viaje a través del Gran Desierto, no estamos en condiciones de determinarlo; fuera lo que fuese, parece haber sido extremadamente poderoso. «Un mercader», dice, «me ofreció un pellizco de rapé, y por complacerle tomé un gran pellizco, empujando una porción de él hacia mis narices. Inmediatamente me sentí mareado y enfermo, y en poco tiempo vomité violentamente. La gente me miraba con asombro, y estaban aterrados fuera de sus sentidos, y pensaron que estaba a punto de entregar el espíritu. Nunca habían visto que el rapé produjera efectos tan terribles. Después de algún tiempo me sentí un poco mejor y regresé a casa. Este rapé

era de Souf, y se llama war (difícil). Se me había advertido de ello, y por lo tanto pagué caro por mi necedad; en verdad, el rapé de Souf es extremadamente poderoso.» Algunos de los estrictos mahometanos de Ghadames consideran que tomar rapé, así como fumar, está prohibido por su religión, y por lo tanto no se entregan a ello. El viajero sudamericano con el que el señor Lizars, el antagonista del tabaco, se topó una vez, evidentemente no era un estricto mahometano, pues primero se llenó las narices de rapé, que impidió que se cayera rellenando después con tabaco picado, y a esto lo llamó «plugging»; luego se puso en cada mejilla un rollo de tabaco de cuerda, al que llamó «quidding»; por último, encendió un cigarro de La Habana, que se puso en la boca, y así fumó y mascó a la vez, echando a un tiempo el humo del cigarro, y a otro expulsando el jugo de su boca. ¡Qué fenómeno! Aquel caballero debería haber agradecido cortésmente al sudamericano por permitirle ver una exhibición como quizá nunca tenga el placer de volver a ver. Y qué ilustración tan capital, ya preparada, para sus manos. Es casi igual a aquellos elaborados cálculos que se basan en la cantidad de tiempo consumido en tomar tantos pellizcos de rapé durante el día, y tantas repeticiones de la operación de sonarse la nariz.*

* Lord Stanhope hace el siguiente curioso cálculo: «Todo tomador de rapé declarado, inveterado e incurable, a un cálculo moderado, toma un pellizco cada diez minutos. Cada pellizco, con la agradable ceremonia de sonarse y limpiarse la nariz, y otras circunstancias incidentales, consume un minuto y medio. Un minuto y medio de cada diez, permitiendo dieciséis horas a un día de tomar rapé, asciende a dos horas y veinte minutos de cada día natural, o un día de cada diez. Un día de cada diez asciende a treinta y seis días y medio en el año; de ahí que, si suponemos que la práctica se persiste durante cuarenta años, dos años enteros de la vida del tomador de rapé se dedicarán a hacerle cosquillas en la nariz, y otros dos a sonársela.» También se menciona el gasto de rapé, cajas de rapé y pañuelos de mano, y se calcula que «con una aplicación adecuada del tiempo y del dinero que así se pierden para el público, podría constituirse un fondo para pagar la deuda nacional».

Un corresponsal del «Petersburg (Ya) Express» dice: — «Hay, quizá, en nuestro estado 125.000 mujeres, sin contar a las que no han echado los dientes y a las que los han perdido por la edad. De este número, el ochenta por ciento puede con seguridad ser catalogado como aficionado a mojar rapé. Cada cinco de estas usarán un papel de dos onzas de rapé al día, esto es, para las 100.000 aficionadas, 2.500 libras al día, lo que asciende a la enorme cantidad de 912.000 libras. En este número de consumidoras de rapé se incluyen todas las edades, colores y condiciones. Esta práctica prevalece generalmente en los distritos de pinos de Carolina del Norte, y en muchas partes de Carolina del Sur, Georgia, Alabama, Florida y el este de Tennessee. Puede describirse así: una mujer aficionada al rapé toma una vara corta y, humedeciéndola, la moja en su tabaquera, y luego frota el polvo recogido por toda la boca, en los intersticios de los dientes, etc., donde lo deja permanecer hasta que su fuerza ha sido completamente absorbida. Otras sostienen la vara así cargada de rapé en la mejilla, a la manera de un bocado de tabaco, y la chupan con un deleite decidido mientras se ocupan de sus labores ordinarias; mientras que otras simplemente llenan la boca con el rapé, y así imitan, a todos los efectos, las propensiones masticatorias de quienes, a falta de rapé, recurren invariablemente al tabaco como sustituto.»

Comparado con la "inmersión en rapé", esto es elegante. La reflexión más incómoda para el consumidor de rapé concierne a la probabilidad de que se condene a sí mismo a una condición de envenenamiento lento, y se calcula que por un espacio de tiempo y una suma de dinero considerables se ha constituido para el pago de la deuda nacional... no el resultado del tabaco puro, sino de sus impuros asociados en la caja. En cajas forradas con plomo muy fino, pero especialmente en casos en que el forro de plomo es más grueso, y que son muy usadas por los minoristas de París, tiene lugar una acción química cuyo resultado es cargar el rapé de subacetato de plomo. Este resultado fue sospechado por Chevalier, y ha sido confirmado por Boudet de París y Mayer de Berlín mediante cuidadosos experimentos. Mayer atribuye varias muertes y casos de parálisis saturnina a que el paciente había tomado rapé de paquetes cuyo envoltorio interior era de plomo en hoja delgada, en constante contacto con la hierba pulverizada. El grito que una vez se oyó de "muerte en la olla" requiere ahora ser cambiado por "muerte en la caja", y que Holbein nos dé

una nueva lámina de la forma esquelética emergiendo de un paquete o tabaquera que contiene el aromático rappee.

Investigaciones recientes han mostrado que no se practica una pequeña cantidad de adulteración con el rapé, y esto en algunos casos de la clase más peligrosa. De cuarenta y tres muestras de rapé examinadas por el Dr. Hassell, la mayoría estaban considerablemente adulteradas. Se detectaron cromato de plomo, óxido de plomo y bicromato de potasa, todos altamente venenosos. El Sr. Phillips también declaró ante el comité de adulteración que había encontrado en diferentes muestras turba común, como la que se obtiene de los pantanos de Irlanda, almidón, madera molida de diversas clases, especialmente fustete, extracto de palo de campeche, cromato de plomo, bicromato de potasa y diversas tierras ocreas. Muestras de rapé espurio, se presume que para el propósito de mezclar, se encontró que estaban compuestas de zumaque, sombra, marrón español y sal; otro tipo estaba hecho de turba molida, ocre amarillo, cal y arena, todos ellos más o menos aromatizados.

Las numerosas variedades de rapé deben su carácter principalmente a la peculiaridad del aroma y al método de preparación. Los perfumes usados son o bien el aceite esencial de bergamota o el otto de rosas, y en algunos casos raíz de iris en polvo o habas de Tonquín. Las hojas en polvo de la aspérula olorosa y el meliloto fragante han sido aludidas como usadas para el mismo propósito, también las hojas secas de algunas especies de orquídea (Orchis fusca, etc.).

Como sustituto del rapé, ya por preferencia o en casos en que el rapé de tabaco no podía obtenerse fácilmente, han entrado en uso diferentes producciones vegetales. En la India se usan para este propósito las hojas oxidadas en polvo de una especie de rododendro (R. campanulatum), y en los Estados Unidos el polvo marrón que se encuentra adherido a los pecíolos de varias especies de kalmia y rododendro, todas las cuales poseen propiedades narcóticas. Las hojas en polvo de la asarabaca han sido nombradas como la base de alguna clase de rapé cefálico. El “rapé para los ojos de Grimstone” ha gozado durante mucho tiempo de cierta popularidad, aunque no contiene una partícula de tabaco, sino que se compone principalmente de ingredientes tan inofensivos como raíz de iris en polvo, ajedrea, romero y lavanda.

Pero para volver al tema de la adulteración deletérea, encontramos en "Adulteraciones detectadas en los alimentos y la medicina" del Dr. Hassell varias páginas ocupadas con este tema realmente importante. Primero viene la narración de un caso de envenenamiento lento, con la autoridad del profesor Erichsen, por medio de rapé que contenía como adulteración... Luego siguen casos de lesiones sufridas por rapé que contenía plomo. A estos siguen otras instancias que muestran que todas las combinaciones de síntomas peligrosos y desastrosos, si se indulgen, cuando se mezclan con rapé, como demasiado a menudo, desgraciadamente, es el caso, como una adulteración, o, como antes se mostró, liable como resultado de empacar el rapé en plomo; o guardarlo en cajas forradas de plomo.

Consejo gratis. — Deje de tomar rapé, o, si propone ligeras objeciones a este curso, entonces compre tabaco en hoja y fabrique su propio rapé, y habiéndolo hecho, guárdelo en una tabaquera de oro, o si tiene razones de peso para preferir la plata, no hay objeción a ese metal, o incluso al humilde cuerno del franciscano de Galais.

Nuestros antepasados pensaban en la caja, así como en el rapé, y a veces pagaban por su pensamiento. A principios del siglo XVIII, las tabaqueras de moda habían alcanzado el punto más alto de lujo y variedad. El Toiler de marzo de... menciona varias tabaqueras de oro que "salieron el último trimestre", pero que "una nueva edición se publicaría el sábado siguiente, que sería la única en boga hasta después de Pascua. El caballero", continúa el aviso, "que dio 50 libras por la caja engastada con diamantes, puede mostrarla hasta el domingo, siempre que vaya a la iglesia, pero no después de ese tiempo, habiendo una que se publicará el lunes que costará ochenta guineas. Estos costosos artículos, tan felizmente satirizados por Steele, son representados como producciones de un juguetero de moda, llamado Charles Mather, popularmente conocido bajo el nombre de "Bubble Boy".

Tampoco debemos olvidar la tabaquera de ámbar de la que Sir Plume, en "La violación del rizo", estaba tan justamente vanidoso; en 1711 "habló, y golpeó la tapa". En 1733, Dodsley menciona cajas hechas de concha montada en oro y plata. Últimamente hemos hecho conocimiento con varias tabaqueras de concha; algunas de estas estaban hechas de la

concha de tigre, montadas en plata; de una pequeña especie de Turbo, limpiadas y pulidas, y de conchas de arpa, ya montadas en plata o en metal más bajo. En diferentes partes del globo, los gustos difieren en cuanto a los materiales de que deben componerse las tabaqueras. Un caballero envió un trozo de carbón de cannel de Inglaterra a China, para que allí fuera tallado por los ingeniosos chinos en una tabaquera; esta tarea se cumplió, y la caja se mostró en la Exposición de 1851; también, en el departamento turco, una tabaquera de esquisto bituminoso. Quizá en la nueva Exposición de 1862, pueda encontrarse un artículo similar, tallado en pedernal de Gravesend, por nativos del Territorio del Río Orange; o uno de coprolito de Suffolk, ejecutado por mujeres cipayas rebeldes encarceladas en los pontones de Portsmouth.

En la India, las tabaqueras se hacen de cáscara de coco pulida, o de las semillas de Entada gigalobium, o purscetha; o en Nepal, de una pequeña especie de calabaza o calabacín, que aparentemente se asemejan a las usadas para el mismo propósito, a una distancia de 5.000 millas, en el sur de África; excepto que en algunos casos, las calabazas de Nepal y de Scinde están ornamentadas con monturas de oro o plata, un lujo en el que el africano no se permite. En la misma parte de África, entre los zulúes-kafirs, otros tipos de tabaqueras, de menor tamaño, están en uso común. Estas están hechas de las semillas de una especie de Zamia, ornamentadas con hileras de pequeñas cuentas, y se llevan suspendidas como pendientes de las orejas de los nativos.

En China, se usan frascos, de la forma y tamaño de un frasco de sales; estos son de diferentes clases de material, algunos tallados en cristal de roca, y otros hechos de porcelana y sustancias plásticas similares. Los consumidores de rapé son menos numerosos en China que los fumadores de tabaco; en polvo, o como el... "humo para la nariz" es poco usado, excepto por los tártaros manchúes y mongoles, y entre los mandarines y las clases letradas. Los tártaros son verdaderos aficionados, y el rapé es para ellos un objeto de la más importante consideración. Para la aristocracia china, por el contrario, es un mero lujo — un hábito que intentan adquirir como un capricho. La costumbre de tomar rapé fue introducida en China por los antiguos misioneros que residían en la Corte. Solían obtener el rapé de Europa para sí mismos, y algunos de los mandarines

lo probaron y lo encontraron bueno. Por grados la costumbre se extendió; las personas que deseaban parecer a la moda, gustaban de tomar este ”humo para la nariz“, y Pekín es todavía por excelencia la localidad de los consumidores de rapé. Los primeros comerciantes en él hicieron inmensas fortunas. El tabaco francés era el más estimado; y como sucedió en este tiempo que tenía por sello el antiguo emblema de las tres flores de lis, la marca nunca ha sido olvidada, y las tres flores de lis están todavía en Pekín, el único signo de un comerciante de tabaco. Los chinos han fabricado ahora, desde hace mucho tiempo, su propio rapé, pero no lo someten a ninguna fermentación, y no vale mucho. Simplemente pulverizan las hojas, ciernen el polvo hasta que es tan fino como la harina, y después lo perfuman con flores y esencias. Un curioso método de tomar rapé, que no requiere ni caja ni frasco, se menciona en los ”Viajes e investigaciones del Adventure y el Beagle“. En Otaheite, una sustancia no muy diferente del ruibarbo en polvo en apariencia pero de una fragancia muy agradable, se frota sobre un trozo de piel de tiburón extendida sobre madera, y un anciano que tenía una de estas varas de rapé en... la valoraba tanto, que no pudo ser inducido a desprenderse de ella.

Cajas de construcción muy ruda se hacen en Francia y Alemania de corteza de abedul, y... en las calles de París y otras ciudades continentales.

a razón de medio penique cada una. Estas se han visto últimamente en las tiendas de los tabaqueros de Londres, bajo el nombre de «cajas alemanas», a cerca del triple del precio antedicho. Se usan en el extranjero ya para el tabaco, ya para el rapé. También se hacen cajas de cuerno, sea de búfalo negro, sea de cuerno prensado transparente —este último a una tasa mucho más barata que el primero—. Santa Elena contribuyó a la Gran Exposición con cajas de rapé hechas del sauce bajo el cual reposaron los restos de Napoleón hasta su traslado a Francia, y también de un sauce plantado por él en Longwood. La Tierra de Van Diemen contribuyó con una caja hecha del diente del cachalote, así como con cajas de varias maderas indígenas.

Las cajas de rapé escocesas son justamente celebradas por la perfección de su bisagra y lo ajustado de su tapa. Se hacían originariamente en Lawrencekirk, pero la manufactura se ha extendido ahora a diversas

partes de Escocia. La madera empleada principalmente en la fabricación de estas cajas es el sicómoro (o plátano de Escocia). El señor W. Chambers afirma «que de un bloque en bruto de esta madera, que vale veinticinco chelines, pueden hacerse cajas de rapé por valor de tres mil libras».

El modus operandi en la fabricación de estas cajas se describe como sigue: — La caja se hace de un bloque macizo de madera; la primera operación consiste en practicar una serie de excavaciones circulares muy próximas entre sí, por medio de una broca de centro, o de una broca que gira en un torno; el interior se escuadra luego por medio de gubias y cinceles, y se alisa después con limas y papel de vidrio; la célebre bisagra se forma en parte de la sustancia misma de la caja, y en parte de la de la tapa, prestando la mayor atención en su construcción al ajuste exacto de las diversas piezas

unas con otras. La caja se forra por dentro con fuerte hoja de estaño, y se pinta por fuera con varias capas de color, cada una de las cuales se alisa con papel de vidrio antes de aplicar la siguiente. Está entonces dispuesta para recibir los diversos estilos de ornamento, que en algunos casos se producen por la mano del artista, y en otros por medios mecánicos. La decoración más usual consiste en los patrones de tartán, cuyas líneas componentes se trazan separadamente, con plumas fijas en una máquina de reglar, sobre la caja misma, si está limitada por planos o superficies ligeramente curvas; aunque tales líneas se trazaban también antiguamente por medio de un torno de rosas en las cajas circulares, ahora se halla más conveniente la práctica de reglar las líneas sobre papel, y luego adherir el papel a las cajas. Otro estilo de ornamentación, conocido como el escoto-ruso, es de introducción más reciente, e imita, en grado remoto, las hermosas cajas de rapé de plata esmaltada por las que Rusia ha sido largamente famosa. En estas, el exterior de la caja se cubre primero con fuerte hoja de estaño, luego se pinta completamente toda la superficie, y después se coloca en la máquina de reglar, que traza sobre ella un intrincado patrón de líneas curvas y rectas, por medio de una herramienta plana y afilada. Este instrumento penetra completamente a través de la pintura, pero solo raspa la hoja de estaño, que queda muy brillante, y semeja plata incrustada. Se aplican luego varias ca-

pas de barniz copal, cada una de las cuales se pule sucesivamente, para completar la caja de rapé.

El boj, la raíz de boj, la madera de rey, el ébano y toda clase de maderas duras; el estaño, el latón, el peltre, el plomo, la plata y toda suerte de metales se emplean para las cajas de rapé, algunas de ellas baratas y toscamente labradas, otras elaboradas y costosas; unas forradas de concha o de cuerno, otras de hoja de estaño o de plomo; y

la invención se ha puesto a contribución para producir toda clase de ornamentación.

Se dice que la práctica de usar rapé vino a Inglaterra después de la Restauración, y que fue traída de Francia; pero es bien sabido que el hábito del mero tomar rapé no se originó con la introducción del tabaco, pues hay recetas para hacer rapé de hierbas en las más antiguas obras medicinales que existen. El uso del rapé de tabaco se ha referido a la época de Catalina de Médicis, y fue recomendado a su hijo, Carlos IX, para sus dolores de cabeza crónicos. El tomar rapé fue antiguamente característico de la profesión médica; y el bastón de puño dorado y la caja de rapé de oro vinieron a ser los emblemas peculiares de los doctos en el arte de curar.

Hay una variedad casi infinita de rapés como de narices, siendo el más puro el «escocés», hecho enteramente de los tallos separados de la hoja en el curso de su preparación para el cigarro, o de tallos con una pequeña cantidad de hoja. Se afirma que el «galés» y el «Lundyfoot» deben sus cualidades principalmente, si no del todo, a secarse casi hasta quemarse; de ahí que se les haya dado el nombre de rapés «muy secos». Los «rapés» y otros rapés oscuros se fabrican con las hojas más oscuras y ásperas. El aromatizado, que se da a los rapés oscuros, también proporciona nombres y clientela a numerosas variedades.

Welsh y «Lundyfoot» deben sus cualidades principalmente, si no por completo, a la circunstancia de secarse casi hasta chamuscarse; de ahí que hayan recibido el apelativo de «rapés de secado alto». Los «Kappees» y otros rapés oscuros se fabrican con las hojas más oscuras y ás-

peras; el olor que despiden los rapés oscuros les procura también nombres y clientes para numerosas variedades. Corre una historia según la cual el célebre «Lundyfoot» tuvo su origen en un accidente: una versión afirma que el hombre encargado de las hornadas se embriagó, descuidó su deber e hizo la fortuna de su amo; otra, que un incendio accidental hizo por la casa lo que en el otro caso se afirma que logró un vaso extra de grog. Nada tiene de sorprendente, y cualquiera de las dos narraciones puede ser cierta; la mayoría de las cosas de este género, como el blanqueo del azúcar con arcilla, tuvieron su origen en accidentes. Cierta cantidad de rapé, en la preparación, se pasa de punto en alguno de los pasos del proceso, en algún momento u otro, y la casa resuelve, quizá, que, como no es del todo inútil, probará a sacarle algún provecho. La peculiaridad cosquillea ciertas narices, y en adelante no desean otro que el rapé echado a perder; lo que al principio se echó a perder por accidente, ahora se echa a perder a propósito, para satisfacer las demandas del mercado incluso a un precio más alto que el ordinario, y el nombre de Lundyfoot se inmortaliza entre las ancianas por todas las generaciones sucesivas. Qué otros experimentos y otros accidentes de exceso de sal o de cal hayan logrado, no ha trascendido; y quién será el próximo que sepa sacar partido de las circunstancias, de modo que lo que ordinariamente se consideraría una desgracia se convierta en buena fortuna, solo el tiempo lo dirá.

1 John Hardham era subtesorero de Garrick y tenía una tienda de rapé en Fleet Street, en la enseña del León Rojo, donde logró introducirse en el gusto del público con un particular poudre de tabac, aún conocido como el rapé de Hardham. Stevens, mientras visitaba a diario a Johnson en Bolt Court, a propósito de su codirección de Shakespeare, nunca dejaba de rellenar su tabaquera en la tienda de un hombre que durante años fue el blanco de sus ingeniosidades. Hardham murió soltero el 20 de septiembre de 1772 y legó 5000 libras —los ahorros de una vida afanosa— en beneficio de los pobres de su ciudad natal, Chester.

Como un pellizco de rapé acaba en un estornudo, así el sorber acaba en estornudo, y con un estornudo cordial llevamos nuestro pellizco de rapé a un final repentino. Qué consuelo y consolación hay a veces en un estornudo cordial, nadie lo sabe mejor que quien acaba de hacer dos o tres

intentos y ha fracasado sin gloria. Con los ojos entornados, la boca abierta y el aliento contenido —una vez— dos veces— tres veces— ¡no! no se dejará engañar— ¡psh-h-h-h-haw! «¡Dios te bendiga!»

«El año 750», dice un escritor en el Gentleman's Magazine, «se cuenta comúnmente como la era de la costumbre de decir Dios te bendiga a quien estornuda». Se dice que, en tiempos del pontificado de San Gregorio Magno, el aire estaba lleno de una influencia tan deletérea que quienes estornudaban expiraban al instante. Ante esto, el devoto pontífice dispuso una fórmula de oración y un deseo que se dijera a las personas que estornudaban para apartarlas de los efectos fatales de esta malignidad. Fábula urdida contra todas las reglas de la probabilidad, siendo cierto que esta costumbre subsiste desde tiempo inmemorial en todas las partes del mundo conocido. Según la mitología, la primera señal de vida que dio el hombre artificial de Prometeo fue por estornudo. Se dice que este supuesto creador robó una porción de los rayos solares y, llenando con ellos una redoma, la selló herméticamente. Voló al instante de regreso a su autómata favorito y, abriendo la redoma, la sostuvo cerca de la estatua; los rayos, conservando aún toda su actividad, se insinuaron por los poros y pusieron al hombre facticio a estornudar. Prometeo, transportado por el éxito, ofreció una plegaria con votos por la conservación de tan singular ser. El autómata lo observó y, recordando sus exclamaciones, fue cuidadoso, en ocasiones semejantes, de ofrecer estos votos en favor de sus descendientes, quienes lo perpetuaron de padre a hijo en todas sus colonias. Los rabinos fijan también una fecha muy antigua a la costumbre. Plinio dice que estornudar hacia la derecha se tenía por afortunado; hacia la izquierda, y cerca de un lugar de sepultura, lo contrario. Tiberio, por lo demás hombre adusto, cumplía este rito de bendecir con la mayor puntualidad a los demás, y esperaba lo mismo de los otros para consigo. Aristóteles tiene un problema: «Por qué estornudar desde el mediodía hasta la medianoche era bueno, pero desde la noche hasta el mediodía desafortunado». San Agustín nos dice que los antiguos acostumbraban volver a la cama si estornudaban mientras se ponían el zapato.

Cuando Temístocles sacrificaba en su galera antes de la batalla de Jeres, uno de los asistentes, a la derecha, estornudó; Eufrántides el adivino

presagió la victoria de los griegos y el derrocamiento de los persas.

Cuando los griegos deliberaban sobre su retirada en tiempos de Ciro el Joven, ocurrió que uno de ellos estornudó, y al ruido de ello el resto de los soldados invocó a Júpiter Soter.

Brand nos dice que cuando el rey de Mesopotamia estornuda, se hacen aclamaciones en todas las partes de sus dominios. Los siameses desean larga vida a las personas que estornudan. Y los persas miran el estornudo como un presagio feliz, especialmente cuando se repite a menudo.

Un escritor reciente nos ofrece la siguiente «Filosofía de un estornudo», de la que solo él es responsable. «La nariz recibe tres conjuntos de nervios: los nervios del olfato, los del sentimiento y los del movimiento. Los primeros comunican al cerebro las propiedades odoríferas de las sustancias con que puedan entrar en contacto, en estado difuso o concentrado; los segundos comunican las impresiones del tacto; los terceros mueven los músculos de la nariz; pero la fuerza de estos músculos es muy limitada. Cuando ocurre un estornudo, todas estas facultades se excitan en alto grado. Un grano de rapé excita los nervios olfativos, que despachan al cerebro la inteligencia de que "el rapé ha atacado la fosa nasal". El cerebro envía al instante un mandato por los nervios motores a los músculos, diciendo "¡echadlo fuera!", y el resultado es inequívoco. Tan ofensivo se tiene al enemigo que sitia la fosa nasal, que la nariz no queda librada a su propia defensa. Sería demasiado débil para lograrlo. Un ejército aliado de músculos se suma al rescate: casi la mitad del cuerpo se alza contra el intruso; desde los músculos de los labios hasta los del abdomen, todos se unen en el esfuerzo por expulsar el grano de rapé.»

«Surgió un tercer partido, capitaneado por los descendientes de Robert Chetwit, el compañero del gran Hudson. Estos desecharon las pipas por completo y se dieron a mascar tabaco; de ahí que fueran llamados Quids.» — Knickerbocker's New York.

Cualquiera que se tome la molestia de leer las «Curiosidades de la comida» pronto quedará convencido, por los ejemplos que el señor P. L. Simmonds ha reunido tan asiduamente de todas las partes del mundo, de que no hay modo de dar cuenta de los gustos. Qué cosas extraordinarias

admiten los hombres entre sus dientes para satisfacer sus apetitos es casi para dar dentera a uno mismo. El tabaco no es ciertamente más nauseabundo ni repugnante que, para nosotros, lo serían muchas de las delicadezas servidas a la mesa por algunos de la raza bípeda. «Algunos europeos», observa el autor, «mascan tabaco; el hindú se da al betel y la cal, mientras el patagón halla contento en un trozo de guano, y los estirios engordan y se ponen rubicundos con arsénico. Los niños ingleses se deleitan con dulces y azúcar cande, mientras los de África prefieren la sal de roca. Al francés le gustan las ranas y los caracoles, y nosotros comemos anguilas, ostras y bucinos. Para los esquimales, el aceite de ballena es la única delicadeza. El ruso se regala con su cuero y su sebo; el chino con ratas, perritos y aletas de tiburón; el cafre con pie y trompa de elefante o filetes de león, mientras el isleño del Pacífico coloca al misionero frío por encima de todo otro comestible. ¿Por qué, pues, habríamos de sorprendernos de que los hombres se alimenten de serpientes de cascabel y de monos, y los proclamen manjares excelentes?» Nada es más extraordinario que el hábito de comer tierra y mascar cal, ya sea por sí solos o en combinación con otras sustancias. Pero de esto hablaremos luego. El tabaco, como masticatorio, podría igualmente causar sorpresa si no ocurriera a diario a nuestras puertas. La cantidad usada en esta forma no admite comparación con la que se consume en humo, pero aun así es considerable. En América, la costumbre llega a un extremo muy desagradable, y si fuera la única forma en que pudiera entregarse uno a la planta, hay buen fundamento para presumir que quedaría muy por debajo de la popularidad que ha alcanzado.

Alguien, con una fuerte antipatía al pig-tail y al picado fino, ha emprendido ciertas investigaciones y cálculos en el Philadelphia Journal, que han resultado de esta guisa. Si un mascador de tabaco masca durante cincuenta años y usa cada día de ese período dos pulgadas de tabaco en cuerda macizo, consumirá casi una milla y cuarto de longitud de tabaco macizo, de media pulgada de grosor y dos pulgadas de ancho, que costará 2094 dólares, o unas 500 libras. ¡Feo de veras el pig-tail! Por el mismo proceso de razonamiento, un estadístico calcula que si un hombre expulsa un cuarto de litro de saliva al día durante cincuenta años (hazaña que, cabe presumir, requeriría a un yanqui para lograrla), el total se elevaría a casi 2300 galones: todo un lago respetable, ¡y casi bastante

para hacer flotar al «Great Eastern»! En verdad, hermano Jonathan, hay más cosas en el cielo y en la tierra de las que sueña nuestra filosofía.

Otro cálculo muestra que si todo el tabaco que el pueblo británico ha consumido durante los últimos tres años se trabajara en pig-tail de media pulgada de grosor, formaría una línea de 99 470 millas de largo; o bastante para dar casi cuatro veces la vuelta al mundo; o si el tabaco consumido por el mismo pueblo en el mismo período se colocara en un platillo de la balanza, y la catedral de San Pablo y la abadía de Westminster en el otro, los edificios eclesiásticos levantarían el fiel.

«¡Oh, las criaturas asquerosas!», exclama alguna señora. «¿Quién había de suponer que hicieran tal cosa, y además hasta tal punto, como para quemar, mascar y fumar en tres años tabaco suficiente para dar cuatro veces la vuelta al mundo?» Es asombroso, querida señora Partington, hemos de confesarlo; pero comparemos con ello el consumo de té durante el mismo período, y hallaremos que en los últimos tres años hemos consumido unos 205 500 000 de libras de té, que, si se empaquetaran en paquetes de un cuarto de libra cada uno —siendo tales paquetes de 4½ pulgadas de largo y 2½ pulgadas de diámetro—, puestos uno tras otro, alcanzarían 59 428 millas; o, con los mismos principios que los adoptados para el pig-tail, ceñirían la tierra dos veces con un cinturón de té de 21 pulgadas de diámetro, o veinticinco veces el del susodicho pig-tail. Bastante para hacer ríos de té lo bastante fuertes para que los disfrute cualquier anciana del reino, y lo bastante profundos para que se bañen en ellos todas las ancianas del reino.

* Tabaco declarado para consumo interno.

1856 1857 1858

32.579.166 lbs. 32.851.365 lbs. 34.110.850 lbs.

Total 99.541.381 lbs.— o 44.438 toneladas.

t Té introducido para el consumo interior en—

1856 1857 1858

63.295.643 lbs. 69.159.640 lbs. 73.217.483 lbs.

Todo esto, hemos de confesarlo, no hace que la costumbre de mascar sea más justificable ni respetable, aunque la practiquen algunos miembros del sexo más delicado. En el Paraguay, por ejemplo, un viajero americano nos informa que todo el mundo fuma, y que casi todas las mujeres y muchachas mayores de trece años mascan tabaco. Una magnífica Hebe, ataviada de satén y centelleante de diamantes, os detiene con una mano delicada, mientras con los finos y afilados dedos de la otra se saca el tabaco de la boca antes de que la saludéis. Un extranjero demasiado delicado se aparta con un estremecimiento de repugnancia en tales circunstancias, y recibe el epíteto de «el salvaje» de labios de la belleza ofendida por su sensible remilgo. Sin embargo, pronto se acostumbra uno a estas cosas en el Paraguay, donde por fuerza de la costumbre se ve uno obligado a besar a cada dama a la que le presentan, y la mitad de las que se encuentran son realmente lo bastante tentadoras para hacerle a uno despreocuparse de las consecuencias.

No supongáis que el Paraguay es un caso aislado en el que las damas sientan predilección por este masticatorio. En Siberia, que está geográficamente lo bastante lejos para impedir cualquier connivencia, o que la influencia del ejemplo ejerza su poder, el capitán Cochrane dice que los tchuktchi comen, mascan, fuman y aspiran rapé al mismo tiempo. Vio entre ellos a niños y niñas de nueve o diez años que se metían en la boca una gran hoja de tabaco sin permitir que se les escapara saliva alguna, ni apartaban el tabaco si se les ofrecía carne, sino que continuaban consumiendo ambos juntos.

Las mujeres mintira y otras razas del gran archipiélago indio son adictas a mascar tabaco. Entre los nubios, la costumbre es más común que fumar. De las tribus sudamericanas, los sercucumas del Erevato, y los caura, vecinos de los blanquecinos taparitos, se tragan el tabaco picado menudo, e impregnado de otros jugos estimulantes.

En África, el hábito no es en absoluto poco común. Los turcos y árabes de Egipto son grandes fumadores, pero no así las otras tribus. Los mongrabinos apenas conocen el uso de la pipa, o el método de fabricar un cigarro, y sin embargo el tabaco es bien conocido, y mascar es la orden del día. Con ellos cada pieza de tabaco se mezcla con una porción de natrón. Amo y criado, ricos y pobres, todos llevan consigo una bolsa de tabaco,

con trozos de natrón dentro. Estas gentes no llevan la mascada en la mejilla, como hacen los europeos que se entregan al hábito, sino delante, entre los dientes y el labio superior. I

Los negros de Gesira tienen otro método de disfrutar este lujo. Hacen una infusión fría de tabaco, y disuelven en ella el natrón. Esta mezcla se llama «bucca». Los naturales toman un bocado de ella de la taza de bucca, que se pasan enjuagando y agitando en la boca durante un cuarto de hora antes de expulsarla. Tanto se deleitan en ello, que se considera el mayor obsequio que un hombre puede ofrecer a sus amigos más queridos el invitarles a sorber la bucca con él. Se dan fiestas de bucca, como en algunas localidades se honran las fiestas de té. Todos se sientan en solemne silencio mientras la taza va pasando, cada uno tomando un bocado, y no se oye nada salvo el gorgoteo y el trabajo interior de las bocas cerradas. En tales ocasiones las cuestiones más importantes no reciben respuesta, pues abrir la boca y responder sería perder la apreciada «bucca».

En Islandia, el tabaco se masca y se aspira con tanta asiduidad como se fuma en otros países; y en los estados septentrionales de Europa, o en algunos de ellos, la hoja en polvo, que para la mayoría de la gente se considera una preparación para la nariz, se coloca, pizca a pizca, sobre la lengua.

---

pizca a la vez, sobre la lengua. Acerca de la afirmación de Joubert apenas sabemos qué opinión sostener. Dice: «Cuando un extranjero llega a Groenlandia, al instante se ve rodeado por una multitud de naturales, que le piden el favor de chupar el aceite empireumático del depósito de su pipa. Y se afirma que los groenlandeses no fuman sino por el placer de beber aquel detestable jugo que tanto repugna a los fumadores europeos». El finlandés se complace en mascar. De tiempo en tiempo se saca la mascada, la pega detrás de la oreja y luego vuelve a mascarla. Esto nos recuerda una circunstancia narrada por un amigo, ocurrida cuando era muchacho. Su maestro era mascador. Después de haber masticado un «quid» durante algún tiempo, se lo sacaba de la boca y lo arrojaba contra la pared, donde quedaba pegado; llamábase entonces al aprendiz

para que escribiese junto a él la fecha en que allí había sido arrojado, a fin de que pudiera descolgarse a su debido turno, después de bien seco, para volver a mascarlo.

«Y entonces intentó cantar el Todo va bien,

mas no pudo aunque lo intentó;

se le volvió la cabeza, y así mascó

su coleta hasta que murió».

De todos los mascadores de tabaco, ninguno puede competir con el yanqui — ni siquiera nuestros propios Jack Tars. Son la mismísima perfección de los masticadores y también de los escupidores, si hemos de fiarnos de las narraciones de los viajeros en general y de Dickens en particular. «Como Washington puede llamarse el cuartel general de la saliva teñida de tabaco, ha llegado el momento en que debo confesar, sin disfraz alguno, que la prevalencia de estas dos odiosas prácticas de mascar y expectorar comenzó, por esta época, a ser cualquier cosa menos agradable, y pronto se volvió sumamente ofensiva y nauseabunda. En todos los

lugares públicos de América se reconoce esta inmunda costumbre. En los tribunales de justicia, el juez tiene su escupidera, el pregonero la suya, el testigo la suya y el prisionero la suya, mientras que se provee a los jurados y a los espectadores, como a tantos hombres que, por curso natural, han de desear escupir incesantemente. En los hospitales, se ruega a los estudiantes de medicina, mediante avisos en la pared, que viertan su jugo de tabaco en las cajas dispuestas a tal efecto, y que no descoloren las escaleras. En los edificios públicos se implora a los visitantes, por el mismo medio, que lancen la esencia de sus «quids» o «plugs», como los he oído llamar a caballeros doctos en esta clase de golosina, en las escupideras nacionales, y no en torno a las basas de las columnas de mármol. ¡Pero en algunas partes esta costumbre está inseparablemente mezclada con cada comida y cada visita matinal, y con todas las transacciones de la vida social! El extranjero que siga la ruta que yo mismo tomé, la encontrará en todo su esplendor y gloria en Washington; y no se persuada (como yo lo hice una vez para mi vergüenza) de

que los viajeros anteriores han exagerado su extensión. La cosa misma es una exageración de la porquería que no puede superarse.

»A bordo del vapor había dos jóvenes caballeros, con los cuellos de la camisa vueltos, como de costumbre, y armados de muy grandes bastones, que plantaron dos asientos en medio de la cubierta, a una distancia de unos cuatro pasos uno de otro, sacaron sus tabaqueras y se sentaron frente a frente a mascar. En menos de un cuarto de hora, estos esperanzadores jóvenes habían derramado en torno suyo, sobre las limpias tablas, una copiosa lluvia amarilla, despejando de ese modo una especie de círculo mágico, dentro de cuyos límites ningún intruso osaba entrar, y que nunca dejaban de refrescar y refrescar antes de que un punto se secara. Siendo esto antes del desayuno, me dispuso más bien, lo confieso, a

la náusea; pero, mirando atentamente a uno de los expectoradores, vi claramente que era novato en el mascar y que él mismo se sentía interiormente inquieto. Un resplandor de deleite me invadió ante este descubrimiento, y al observar cómo su rostro se volvía más y más pálido, y ver la bola de tabaco en su mejilla izquierda temblar con su agonía reprimida, mientras aún escupía y mascaba, y escupía de nuevo, en emulación de su amigo más viejo, habría podido echarme sobre su cuello e implorarle que continuara durante horas.

»El senado es un cuerpo digno y decoroso, y sus deliberaciones se conducen con mucha gravedad y orden. Ambas cámaras están bellamente alfombradas; pero el estado a que estas alfombras se ven reducidas por el desprecio universal de la escupidera, con que se acomoda a cada honorable miembro, y las extraordinarias mejoras del dibujo que se lanzan y embadurnan sobre ella en todas direcciones, no admiten descripción. Solo observaré que recomiendo encarecidamente a todos los extranjeros que no miren al suelo; y si se les cae algo, aunque sea su bolsa, que no lo recojan con mano desenguantada por ningún motivo. Es algo notable, además, ver a tantos honorables miembros con el rostro hinchado; y es apenas menos notable descubrir que esta apariencia es causada por la cantidad de tabaco que logran acomodar en el hueco de la mejilla. Es bastante extraño también ver a un honorable caballero recostado en su silla inclinada, con las piernas sobre el pupitre ante él, dando forma a un

cómodo plug con su navaja, y cuando ya está listo para el uso, disparando el viejo de su boca como de una cerbatana y encajando el nuevo en su lugar. Me sorprendió observar que incluso los mascadores viejos y constantes de gran experiencia no siempre son buenos tiradores, lo que me ha inclinado más bien

a dudar de esa destreza general con el rifle de la que tanto hemos oído en Inglaterra. Varios caballeros me hicieron visita, quienes, en el curso de la conversación, fallaban con frecuencia la escupidera a cinco pasos; y uno (pero ciertamente era corto de vista) tomó el bastidor cerrado por la ventana abierta a tres. En otra ocasión, cuando comí fuera y estaba sentado con dos damas y algunos caballeros alrededor del fuego antes de la cena, uno de la compañía se quedó corto del hogar seis veces distintas. Me inclino a pensar, sin embargo, que esto se debía a que no apuntaba a aquel objeto, pues había un hogar de mármol blanco ante el guardafuego, que era más conveniente y puede haber servido mejor a su propósito».

En el Cabo de Buena Esperanza crece una planta, emparentada con la planta del hielo de nuestros invernaderos, y que es nativa del Karroo*, la cual parece poseer propiedades narcóticas. Los hotentotes la conocen con el nombre de Kou, o Kauw-goed. Recogen y machacan juntos la planta entera, raíces, tallo y hojas, luego la retuercen como tabaco en cuerda, tras lo cual dejan fermentar la masa y la guardan para mascarla, especialmente cuando tienen sed. Si se masca inmediatamente después de la fermentación, es narcótica y embriagadora. Los colonos la llaman raíz cannar.

En Laponia, la raíz de angélica (Archangelica officinalis, Linn.) se seca y se masca del mismo modo y sirve para el mismo propósito que el tabaco. Es cálida y estimulante, y no narcótica, ni deja aquellas evidencias desagradables y antiestéticas de su uso que pueden observarse en torno a la boca del verdadero devoto del quid.

La nuez de areca y la pimienta de betel, que en la península malaya y otras partes del

* Mesembryanthemum tortuosum, Linn.

Este, se usan como masticatorio, recibirán especial atención más adelante.

Lightfoot dice que los escoceses son muy aficionados al «dulse», pero lo prefieren seco y enrollado, cuando lo mascan como tabaco, por el placer que surge del hábito. Esta es la única referencia a la costumbre que hemos encontrado, y requiere mayor confirmación.

El duque de Marlborough tiene el crédito de ser el primer hombre distinguido que hizo famoso el mascar tabaco; quién fue el último no es tan fácil de declarar, ya que los hombres distinguidos generalmente no se distinguen mucho en este departamento de las «bellas artes». Se cuenta de un mono que, mientras viajaba de regreso a casa desde algún clima tropical en el que había sido hecho prisionero, notó a un marinero que tenía la costumbre de ir a su baúl y sacar un quid, enrollarlo y colocarlo en su boca. Al encontrar, un día, que el camino estaba despejado y el baúl sin cerrar, Jocko se sirvió una muy respetable torcida, que se puso en la boca, y con ella escapó a la cubierta. Pronto comenzó a mascar y escupir, y, sin éxito en el experimento, el quid, que no resultó tan agradable como se había anticipado, fue arrojado. El pobre animal pronto se puso terriblemente enfermo, se sujetó el estómago y gimió lastimeramente, pero al final se recuperó. Aprendió una lección, sin embargo, cuya impresión nunca se borró; pues desde entonces evitó el baúl, y la vista u olor del tabaco lo hacían escabullirse a los obenques.

«Concedo a vuestra merced que es un bribón, señor; pero sin embargo, líbreme el cielo, señor, de que un bribón no haya de tener algún favor a petición de sus amigos. Un hombre honrado, señor, es capaz de hablar por sí mismo, cuando un bribón no lo es». — Enrique IV, parte 2.

Es la desgracia de los reinos estar sujetos a rebeliones, y de los monarcas ver la llegada de pretendientes, como es el destino del oro ser imitado en metales más viles, y de los billetes de banco ser falsificados. Se supone que una regla se fortalece por una excepción, y que el oro probado brilla con mayor esplendor junto a su falsificación —

«Que aquello que no tiene contraste que lo realce».

Así, el tabaco, en medio de todo su éxito y prosperidad, ha sido envidiado e imitado por pretendientes más obtusos a la virtud que pregona, de entre los moradores más humildes del mundo vegetal. Por supuesto, estos pretendientes no han tenido éxito; pues de haberlo tenido, ya no habrían sido marcados con el nombre más vil, sino que se habrían elevado al rango de benefactores y patriotas. Tal es la costumbre del mundo.

Las siguientes son las sustancias que se

dice se emplean para la adulteración del tabaco, principalmente en forma de «picado» y «en rollo». El doctor Hassell las divide —

Primero, en sustancias vegetales, como las hojas de la romaza, el ruibarbo, el tusilago, la col, la patata, la achicoria, la endibia, el olmo y el roble; los cummings de malta, es decir, las raíces de la malta en germinación; la turba, que consiste principalmente en musgo descompuesto; las algas marinas, la raíz de achicoria tostada, el trigo, la harina de avena, el salvado, el catecu o tierra japónica, la estopa y el tinte de palo de Campeche.

Segundo, en sustancias sacarinas, como el azúcar de caña, la melaza, la miel, el regaliz y los residuos de remolacha.

Tercero, en sales y tierras, como el nitro, la sal común, el sal amoníaco o hidroclorato de amoníaco, el nitrato de amoníaco, el carbonato de amoníaco, los álcalis, como la potasa, la sosa y la cal; el sulfato de magnesia, el sulfato de sosa o sales de Glauber, la ocre amarilla, la sombra, la tierra de batán, el rojo veneciano, la arena y el sulfato de hierro.

Y la experiencia del fisco, según puede colegirse del testimonio del señor Phillips ante la comisión de adulteraciones, armoniza con la lista anterior. «Por lo que respecta al tabaco —dice—, hemos encontrado en el tabaco picado azúcar, regaliz, goma catecu, salitre y diversos nitratos; ocre amarillo, sal de Epsom, sal de Glauber, vitriolo verde, arenisca roja, trigo, harina de avena, granos de malta, achicoria y las hojas siguientes: tusilago, ruibarbo, achicoria, endibia, roble, olmo; y en el tabaco de fantasía encontré una vez lavanda y una hierba llamada artemisa. Es una hierba fragante, que sugiere más bien la nuez moscada. En el tabaco en rollo hemos encontrado hojas de ruibarbo, endibia y hojas de romaza,

azúcar, regaliz y un tinte hecho de palo de Campeche y sulfato de hierro.»

Consuélense, sin embargo, los consumidores de tabaco ante esta formidable lista, con la seguridad que da el eminente experimentador en artículos de alimento, etc., antes nombrado, de que «ninguna de las cuarenta muestras de tabaco picado manufacturado que examinó estaba adulterada con hoja extranjera alguna, ni con sustancia extraña insoluble u orgánica de ninguna clase, salvo con azúcar u otra materia sacarina, que estaba presente en varios casos».

Dejando que las adulteraciones se cuiden de sí mismas, hallamos que un artículo de uso muy antiguo se fuma todavía ocasionalmente en lugar de la hierba virginiana. La planta a que se hace referencia es el tusilago (Tussilago farfara, Linn.), una hierba muy común en los suelos calcáreos y pedregosos. Plinio lo menciona y ordena que se queme el follaje y que el humo que de él se levanta se aspire por la boca a través de una caña y se trague. Estas hojas se han fumado largo tiempo para las afecciones del pecho, y se dice que forman el principal ingrediente del tabaco de hierbas británico.

Las hojas del milenrama o aquilea (Achillea millefolium), otra planta tan común como la anterior, se han recomendado a los fumadores en lugar del tabaco, y ocasionalmente se han usado con ese fin. Añadidas a la cerveza, la vuelven embriagadora o más intoxicante.

Las hojas de ruibarbo las fuman ocasionalmente quienes son demasiado pobres para procurarse un suministro regular de tabaco, y quienes las han usado declaran que, aunque desprovistas de fuerza, no son mal sustituto cuando no se puede obtener tabaco. Con el mismo fin se recogen y se usan en el Tíbet y en las laderas del Himalaya.

Las hojas de una planta común en los pantanos y suelos cenagosos de Europa y América del Norte, llamada trébol de agua (Menyanthes trifoliata, Linn.), se usan en el norte de Europa cuando escasea el lúpulo, para dar un sabor amargo a la cerveza, y se han recomendado y adoptado como sustituto del tabaco.

Un jornalero agrícola cerca de Blois pretende que las hojas de la remolacha hacen un excelente tabaco.

Plantas no descritas llamadas Aldl y Trouna son usadas por los árabes de Argelia para hacer más suave su tabaco.

En algunas partes de Europa, las hojas de la salvia común del jardín han servido para el mismo propósito; mientras que en algunas partes de Suiza se recogen las hojas del tabaco de montaña (Arnica montana, Linn.) para usarlas como tabaco, o se secan y pulverizan para usarlas como rapé. Esta es sin duda una planta virulenta, y tiene la reputación de ser un narcótico acre y poderoso.

Los sustitutos del tabaco en América del Norte son más numerosos de lo que habríamos esperado hallar en la tierra natal del verdadero tabaco. Una decocción de las hojas del acebo (Ilex vomitoria, Linn.) la beben los indios creek nativos, con el nombre de «bebida negra», al abrir sus consejos, a causa de sus peculiares propiedades. Este arbusto es llamado también Cossena por los indios, y las hojas se usan para fumar como sustituto del tabaco. «A menudo —dice uno de los primeros colonos— he fumado una pipa de cossena con sus majestades Toma Chaci y Senoaki su reina, en su palacio de barro, a unas tres millas de Savanacke.»

El zumaque de Virginia o de cuerno de ciervo, que se encuentra casi por todos los Estados Unidos, suministra hojas que se secan y usan algunas de las tribus nativas como tabaco.

Los indios del Misisipi y del Misuri usan las hojas de otro zumaque (Rhus copallina), y se supone que el tabaco indio (Lobelia inflata, Linn.) debe su nombre al hecho de que fue una de las plantas fumadas por los indios en lugar de la genuina «hierba». Con el nombre de «a tombeki», la hoja de una especie de Lobelia se fuma en partes de Asia. Se fuma en un narghile, y es sumamente narcótica, tanto que por lo general se remoja en agua para debilitarla antes de usarla; y siempre se fuma estando húmeda.

No hace muchos años se tomó una patente en Washington para fabricar tabaco con cáscaras de maíz, remojadas en una solución de cayena. Se

afirmaba que era igual en sabor al verdadero tabaco, y sin ninguna de las propiedades deletéreas que se han atribuido a aquella planta.

Los indios miliceti, de Nuevo Brunswick, raspan la corteza de las ramitas jóvenes del abedul y, una vez seca, la mezclan con su tabaco para fumar. Son muy aficionados a la mezcla, cuyo olor, se afirma, es mucho más agradable que el del tabaco puro.

El señor Molhausen fumaba hojas de sauce entre las Montañas Bocky; y el uso de estas hojas para el mismo propósito se menciona en «Hiawatha».

La gayuba (Arctostaphylus uva ursi), común en muchas partes de Norteamérica, se encuentra en el valle del Oregón, donde los indios chenook recogen las hojas y las mezclan con su tabaco. Los crees también las emplean para el mismo fin, y entre ellos se llama Tchakaslie-pukh. Los chepewyanes, que la denominan Kleh, y los esquimales al norte de Churchill (por quienes es llamada Attung-a-wi-at) la destinan a igual uso. De la costumbre de los oficiales de la Compañía de la Bahía de Hudson de llevarla en bolsas para el mismo empleo, los viajeros le dieron el nombre de Sac-a-commis.

Últimamente un escritor en un periódico de las Indias Occidentales llamó la atención sobre una novedosa aplicación de las bayas del pimento (Eugenia pimento), conocido comercialmente por ese nombre o como pimienta de Jamaica. «He sido», dice, «fumador durante los últimos veinte años, y he consumido muchas libras de honey-dew en ese período; pero sólo hace poco tiempo descubrí que el pimento constituye con mucho un artículo más agradable para fumar; y cualquiera que nada sepa de la fragancia de un paseo de pimentos cuando están en plena floración, puede formarse alguna idea de ella con una pipa cargada y encendida con la baya seca, simplemente desmenuzada en trozos gruesos. Toda dama siente aversión al olor del tabaco. Mientras puede verse ahuyentada del salón por sus humos y su olor, el pimento, por el contrario, invitaría su presencia. A modo de experimento sobre el gusto de otros fumadores, puedo mencionar que el otro día tenía dos hombres (gran-

des amantes del tabaco) empleados en mi jardín. “Joseph”, le dije, “¿dónde está tu pipa hoy?”. “Sin tabaco, masa”, fue su respuesta. “Bueno, aquí hay algo muy costoso; dame tu opinión cuando lo hayas probado”. Para evitar engaños, cargué yo mismo su pipa y le ordené encenderla. Así lo hizo, y se elevó un gracioso rizo de humo. Joseph no quedó poco complacido, y dándome las gracias por este costoso tabaco, dijo que era “de primera”, y deseó que le informara cuánto por libra podría haber costado. Le dije que crecía bastante cerca de su choza, y al abrir mi petaca y revelarle que ese “tabaco de primera” no era más que pimento secado, puede imaginarse su sorpresa. “Un hombre nunca es demasiado viejo para aprender”, exclamó, y pronto comunicó la buena nueva a su compañero de labor».

Con toda deferencia a la opinión de Joseph y de su amo, hemos experimentado con este maravilloso pretendiente, y sostenemos la opinión de que es indigno de sus elogios conjuntos. Un amigo que también lo ha probado lo considera, sin embargo, muy agradable, y un sustituto aceptable. Parecería, por tanto, que hay algo que decir en ambos sentidos.

La corteza de cascarilla, producto del Croton elmteria en las Bahamas, se usó primero para mezclar con tabaco, a causa del agradable olor que difunde al arder. Se supone también que posee propiedades narcóticas cuando se usa de este modo. En Sudamérica, Humboldt afirma que las hojas de Polygonum hispida se emplean como sustituto del tabaco.

Las contribuciones africanas a nuestra lista son también bastante extensas, especialmente de los alrededores del Cabo. Las hojas de cierta planta (Tarchonanthus camphoratus, Linn.) que posee un olor alcanforado, son masticadas por los mahometanos, y fumadas por los hotentotes y bosquimanos en lugar de tabaco, y, como el «dagga», exhiben ligeros síntomas narcóticos. Esto puede deberse al alcanfor que contienen. El alcanfor común, en cantidades un poco superiores a una dosis media, produce indefinición de ideas, incoherencia del lenguaje, una inquietud indescriptible, derramamiento de lágrimas, una sensación de miedo y pavor; luego el cuerpo se siente más ligero que de costumbre — existe la idea de que volar no sólo será fácil, sino una fuente de

El dagga silvestre (Leonotis leonurus, P. Br.) crece silvestre en las arenosas llanuras del Cabo. Tiene un olor peculiar y un sabor nauseabundo, y parece producir efectos narcóticos si se usa incautamente. Los hotentotes son particularmente aficionados a él, y lo fuman como tabaco. En los distritos orientales del Cabo, una especie aliada (Leonotis ovata) tiene similar reputación, y se usa para igual propósito.

En la Mauricio las hojas de la Culen (Psoralea glandulosa) se secan y se fuman, mientras que en la costa occidental de Sudamérica se usan en decocción como bebida, en lugar del té.

En Asia, los sustitutos del tabaco tienen sólo uno o dos representantes. Uno de ellos ya ha sido aludido, otro consiste en las largas hojas de una especie de Tupistra, llamada «Purphiok», que se recogen en Sikkim, se pican y se mezclan con tabaco para la hookah. Las hojas del nenúfar se secan y se usan en China para mezclar con tabaco de fumar, para hacerlo más suave.

Cigarros de estramonio, beleño y belladona pueden comprarse al mismo precio que los hechos de tabaco genuino, en las tiendas de químicos y herbolarios — nunca habiéndolos probado, no tenemos experiencia de su sabor.

La mayoría de los sustitutos del tabaco son, después de todo, muy pobres pretendientes — capaces, quizá, de levantar humo, pero desprovistos tanto de propiedades aromáticas como estimulantes; y los que contienen propiedades activas de algún tipo son de carácter tan peligroso, que su uso extensivo resulta extremadamente arriesgado. En la primera clase podemos clasificar el tusilago, la salvia, la milenrama, el ruibarbo y el haba de puerco; y en la segunda, el estramonio, el beleño, la belladona, el árnica y la lobelia. Quienes han estado largo tiempo acostumbrados al uso del tabaco, rara vez, salvo en tiempos de escasez o privación de esa planta, recurren al uso de cualquier otra. Este es el caso en la metrópoli. En la Colonia del Cabo, el testimonio unánime de los viajeros prueba que los cafres están dispuestos a hacer cualquier sacrificio por el tabaco, y lo prefieren a cualquiera de sus propios sustitutos indígenas.

Cuando se ha hallado que el tabaco es demasiado fuerte, se ha sabido que fumadores incipientes contrarrestan sus efectos y disminuyen su poder mezclando con él flores de manzanilla, que antaño gozaron de gran reputación como medicina útil. Otros, en ausencia de tabaco, han recurrido al papel marrón o a la estopa, que, fumados en una pipa vieja o sucia, se dice que llevan con su humo algo del sabor del tabaco, y son infinitamente mejores que no fumar nada. Los juveniles a veces, con un trozo de caña o una tira de clemátide, imitan a sus mayores y, en imaginación, disfrutan del lujo de un cigarro de La Habana.

Una curiosa anécdota de un párroco de Buckinghamshire aparece en «Lilly's History of his Life and Times», a la que antes hemos hecho referencia. «En este año también vivía William Breedon, párroco o vicario de Thornton en Bucks, profundo teólogo, pero absolutamente el párroco más cortés para las natividades de aquella edad, adhiriéndose estrictamente a Ptolomeo, a quien bien entendía; tuvo mano en componer la "Defensa de la astrología judicial" de Sir Christopher Heydon, siendo entonces su capellán; estaba tan entregado al tabaco y a la bebida, que cuando no tenía tabaco (y supongo que demasiada bebida) cortaba las cuerdas de las campanas y las fumaba».

Habiendo desenmascarado a «la raza de pretendientes», y mostrado los títulos sobre los que buscan establecer sus pretensiones, con Charles Lamb nos despedimos ahora del Tabaco.

«Pues debo, (ni te aflija,

amabilísima de las plantas, que deba) dejarte;

por tu causa, Tabaco, yo

haría cualquier cosa menos morir;

y sólo buscaría extender mis días

lo bastante para cantar tus alabanzas.

Mas como ella, que una vez ha sido

consorte de un rey, es reina

para siempre, ni cederá

un ápice de su estado,

aunque viuda, o divorciada,

así yo, forzado de tu trato,

retengo el antiguo nombre y estilo,

una legítima Catalina de España;

y un asiento, también, entre las alegrías

de los bienaventurados muchachos del Tabaco;

donde, aunque yo, por un médico severo,

me veo privado del pleno disfrute

de tus favores, pueda atrapar

algunos dulces colaterales, y arrebatar

olores de soslayo, que dan vida,

como miradas de la esposa del vecino;

y vivir aún en los rincones,

y en los suburbios de tus gracias;

y en tus confines deleitarme,

inconquistado cananeo».

«¡MASH ALLAH!» — EL DON.

«Adiós, oh olores de la tierra que mueren,

pasando como el suspiro de un amante;

mi festín es ahora del árbol Tooba,

cuyo perfume es el aliento de la eternidad».

Lalla Rookh de Moore.

Que el opio es el jugo lechoso de las cápsulas de una especie de adormidera, evaporado por exposición a la luz y al aire, es un hecho tan bien conocido, que apenas requiere repetición. Esta especie de adormidera contiene dos variedades bien marcadas, la negra y la blanca, circunstancia notada por Hipócrates hace ya bastante tiempo. La variedad negra deriva su nombre del color de sus semillas. El hogar original de la adormidera es Asia y Egipto. Pero se cultiva extensamente por su jugo en la India británica, Persia, Egipto y Asia Menor, y podría cultivarse, si fuera más remunerativo, en Inglaterra, Francia y Alemania, donde se han obtenido experimentalmente buenas muestras de opio. El doctor Royle afirma que la variedad negra se cultiva en el Himalaya, pero generalmente se prefiere la blanca. La adormidera se cultiva en Europa por las cápsulas y la semilla: de esta última se extrae un aceite suave.

El cultivo de la adormidera en la India británica se limita principalmente a la gran comarca del Ganges, de unos seiscientos millas de longitud y doscientas millas de profundidad, que se extiende desde Goruckpore en el norte hasta Hazareebaugh en el sur; y desde Dingepore en el este hasta Agra en el oeste. Esta extensión de país contiene las dos agencias de Behar y Benarés, enviando la primera al mercado cerca del triple de la cantidad de la segunda. En la agencia de Benarés hay unos 21.500 cultivadores, y el número total de cultivadores subordinados de la adormidera del opio es de 106.147.

Tras todos los preliminares de preparar la tierra, sembrar y cultivar la planta, todo lo cual es mucho más interesante para las partes concernidas que para nosotros, si todo va bien, todo el campo de adormideras presenta una sábana de flor blanca, que generalmente ocurre hacia el mes de febrero. Cuando están casi listas para caer, se recogen los pétalos blancos y se hacen tortas circulares; éstas se conservan para formar las envolturas exteriores de las bolas de opio. Pocos días después de recogidas las «hojas» de la flor, las cápsulas o cabezas de adormidera están listas para la operación. Desde las tres hasta las cuatro de la tarde, los individuos entran en los campos y raspan o cortan las cabezas de adormidera con instrumentos de hierro llamados «nushturs». Este instrumento consiste en tres o cuatro tiras delgadas y estrechas de hierro de unas seis pulgadas de largo, y del grosor y anchura de una navaja de bol-

sillo en un extremo, pero extendiéndose en anchura hasta casi una pulgada en el extremo opuesto, donde está profundamente muescado. Estas láminas se atan juntas por medio de hilo, manteniéndose cada lámina a poca distancia de su vecina mediante hilo pasado entre ellas. Así completado, presenta el aspecto de un escarificador con cuatro hojas paralelas. Este instrumento, cuyos ángulos están afilados, tiene una de sus series de puntas que se desliza por la cápsula de la adormidera de arriba abajo, o más bien hacia arriba, desde la base hasta la cima, practicando tres o cuatro incisiones paralelas, correspondientes al número de hojas de la cabeza de la adormidera. Estas solo atraviesan la cubierta exterior o pericarpio. Cada cápsula es escarificada de dos a seis veces, según su tamaño, mediando entre cada operación dos o tres días. En Asia Menor se sigue un procedimiento distinto. Se practica una incisión horizontal que rodea casi por completo la cápsula, con una sola hoja. Tras la escarificación de las cápsulas, el jugo exuda y se espesa sobre ellas durante la noche, y se recoge a primera hora de la mañana siguiente por medio de pequeños instrumentos de hierro llamados «seetooahs», que se asemejan a pequeñas paletas cóncavas. Cuando se ha recogido suficiente en la paleta, se vierte en una vasija de barro que el recolector lleva al costado.

Cuando se ha recogido todo el opio que las plantas pueden dar, se recogen las cápsulas y se rompen, y se conserva la semilla para la extracción de su aceite. Con estas semillas se hacen también confites semejantes a los confites de alcaravea y, sin duda, son de gran consuelo para los desnudos y chillones hindúes siempre que puedan obtenerse. Tras la extracción del aceite, la torta seca, llamada Khari, se convierte en tortas ácimas para los muy indigentes, o se alimenta con ellas al ganado, o cuando la necesidad lo requiere, se transforman en cataplasmas a la manera de la harina de linaza.

En los distritos pobres, donde la gente no puede permitirse el lujo del opio, las cápsulas rotas se preparan en decocción y se beben en su lugar, dice el señor Impey. Este líquido se denomina «post», por el nombre persa de la cápsula. Hay también otro

«¡mash allah!»: el don. 117

uso para las cápsulas. Se muelen hasta obtener un fino polvo y se venden con el nombre de «boosa», y se espolvorean sobre los buttees de opio para impedir su adherencia. En la agencia de Benarés, los tallos y las hojas, cuando están perfectamente secos, se recogen y se trituran hasta obtener un polvo grueso llamado «poppy trash», que se emplea para empaquetar las tortas de opio.

Un acre de terreno bien cultivado produce de 70 a 100 libras de «chick» o jugo inspisado, cuyo precio varía de seis chelines a doce chelines la libra; de modo que un acre produce de veinte a sesenta libras de opio en una cosecha. Tres libras de chick producen una libra de opio, perdiéndose en la evaporación de un tercio a un quinto del peso.

Recién recogida, la masa de jugo es de color rosáceo. Se coloca en vasijas poco profundas para que escurra. Se escurre un líquido de color café llamado «pussewah», que se usa para cementar las hojas de adormidera alrededor de las tortas de opio, con el nombre de lewah. Tras la exposición al aire en la agencia de Benarés, el opio se forma en bolas. En Turquía es costumbre batir el jugo con saliva. En Malwa se sumerge, según se recoge, en aceite de linaza. En Benarés se lleva a la consistencia requerida solo mediante la exposición a la sombra.

El opio se prepara en distintas formas, en las diversas localidades para el mercado. El opio de Bengala se hace en bolas de unas 3 libras de peso y se empaqueta en cajas, cada una de las cuales contiene cuarenta bolas. Son aproximadamente del tamaño de la cabeza de un niño, recubiertas exteriormente con pétalos de adormidera, aglutinados con lewah hasta un grosor de media pulgada aproximadamente. El opio de Garden Patna está en tortas cuadradas, de unas tres pulgadas de diámetro y una pulgada de grosor, envueltas en finas láminas de mica. El opio de Malwa está en tortas redondas aplanadas, de unas diez onzas de peso, empaquetadas

en «boosa», o en pétalos de adormidera groseramente pulverizados, o en algunos casos sin revestimiento alguno. El opio de Cutch está en pequeñas tortas de algo más de una pulgada de diámetro, envueltas en fragmentos de hojas. El opio de Kandeish se importa en tortas redondas aplanadas, de aproximadamente media libra de peso. El opio egipcio se

presenta en tortas redondas aplanadas, de unas tres pulgadas de diámetro, cubiertas con vestigios de alguna hoja. Este tipo es muy seco, pero se considera inferior en calidad a los tipos turcos. El opio persa tiene forma de barras de unas seis pulgadas de longitud y media pulgada de diámetro, envueltas en papel liso y brillante, y atadas con algodón. El opio de Esmirna se presenta en masas redondeadas o aplanadas regulares, de diversos tamaños, que rara vez exceden las dos libras de peso, a veces cubiertas con las cápsulas de una especie de romaza. El opio de Constantinopla está en tortas grandes e irregulares, o en pequeñas tortas regulares de forma lenticular, cubiertas con hoja de adormidera, y de dos a dos pulgadas y media de diámetro.

Antiguamente las bolas de opio de Bengala se cubrían con hojas de tabaco; pero el señor Flemming introdujo la práctica de cubrirlas con pétalos de adormidera, cuyo servicio reconoció la Corte de Directores de la Compañía de las Indias Orientales obsequiándole con 50.000 rupias. A veces estas bolas son tan blandas que revientan su piel, y entonces se pierde mucho del opio líquido. La cantidad de opio producida anualmente en Bengala excede de cinco millones de libras, y la renta que de esta fuente deriva la Honorable Compañía de las Indias Orientales no es menor de 5.003.162 libras esterlinas.

Las clases de opio más aprobadas en el mercado inglés son la de Esmirna, y en China y en el Oriente en general se da la preferencia al producto de la India. Antes de que lo use el fumador de opio, el extracto sufre un curso de preparación, siendo el siguiente el método que se sigue en Singapur, según lo describe el señor Little.

Entre las tres y las cuatro de la mañana se encienden los fuegos. Ábrese entonces un cofre por uno de los oficiales del establecimiento del arrendatario del opio, y se entrega a los operarios el número de bolas proporcionado a la demanda. Divídense luego las bolas en mitades iguales por un hombre, que saca con los dedos la parte interior o blanda y la arroja a una vasija de barro, humedeciéndose y lavándose con frecuencia durante la operación las manos en otro recipiente, cuya agua se conserva cuidadosamente. Cuando toda la parte blanda ha sido cuidadosamente

extraída de las pieles o cascos endurecidos, éstos se rompen, se hienden, se dividen y se desgarran, y se arrojan a la vasija de barro que contiene el agua ya mencionada, reservando los extremos exteriores, que no se mezclan con los demás, sino que se desechan, o a veces se venden para adulterar el chandu en Johore y en el interior de la isla.

La segunda operación consiste en hervir los cascos con suficiente cantidad de agua en una olla grande, poco profunda y de hierro, por todo el tiempo que sea necesario para deshacer completamente los cascos y disolver el opio. Cuélase luego por pliegos de papel de China, extendidos sobre un armazón de mimbre, y sobre el papel se coloca un paño. El fluido colado se mezcla entonces con el opio sacado en la primera operación, y se pone en una olla grande de hierro, donde se cuece hasta reducirlo a la consistencia de melaza espesa. En esta segunda operación, el residuo del colado del casco hervido se cuece de nuevo en agua, se filtra por papel, y el fluido filtrado se añade a la masa que ha de convertirse en chandu. El residuo se arroja fuera y se le presta poca atención. Se seca y se vende a los chinos que van a China, desde diez a diecisiete chelines el quintal, quienes lo muelen y adulteran con él el buen opio. El papel que se ha empleado en el colado contiene una pequeña cantidad de opio; se seca cuidadosamente y los chinos lo usan como medicamento.

En la tercera operación, el opio disuelto, reducido a la consistencia de melaza, se cuece a fuego de carbón, de temperatura fuerte y constante, pero no violenta, durante cuyo tiempo se trabaja con el mayor cuidado, se extiende luego, se vuelve a trabajar una y otra vez por el operario que lo vigila, a fin de expeler el agua y, al mismo tiempo, evitar que se queme. Cuando ha llegado a la consistencia debida, se divide en media docena de porciones, cada una de las cuales se extiende como un emplasto sobre una olla de hierro casi plana, hasta una profundidad de media a tres cuartas partes de pulgada, y luego se marca en todas direcciones para que el calor se aplique por igual a todas sus partes. Colócase entonces una olla tras otra sobre el fuego, se la hace girar rápidamente, se la vuelve, de modo que el opio mismo quede expuesto a todo el calor del fuego rojo. Esto se repite tres veces; el tiempo necesario y el calor conveniente los juzga el operario por el efluvio y el color, y aquí se requiere la mayor destreza, pues un poco más de fuego, o un poco menos, destruiría

el trabajo de la mañana, u ochenta o cien libras de opio. Los operarios principales son hombres que han aprendido su oficio en China y que, por su gran experiencia, reciben altos salarios.

La cuarta operación consiste en disolver de nuevo este opio tostado en gran cantidad de agua y hervirlo en vasijas de cobre hasta reducirlo a la consistencia del chandu que se usa en las tiendas. El grado de tenacidad es el índice de su completa preparación, que se juzga sacándolo con varillas de bambú.

Por este largo proceso se eliminan muchas de las impurezas del opio, que quedan en el residuo desechado, tales como materia vegetal, parte de la resina y del aceite, con la materia extractiva. Por el proceso de cocción, el aceite y la resina se disipan casi por completo, de modo que el chandu, comparado con el opio crudo, es menos irritante y más soporífero. La cantidad de chandu que se obtiene del opio blando es de unos setenta y cinco por ciento, pero del opio, incluido el casco, no más de 50 a 54 por ciento.

El calor que los hombres han de soportar durante esta operación es muy grande, y sólo puede tolerarse cuando la costumbre los ha endurecido a él. A uno de estos hombres lo describe gráficamente el señor Little. Era todo un carácter a su manera. «Desde las tres de la mañana hasta las diez del mediodía está de pie ante el caldero hirviente, con un abanico en una mano y una pluma en la otra; con esta última quita la espuma que se forma, mientras que con el abanico impide que el fluido se derrame al hervir. Nunca habla, sino que siempre sonríe; ni se mueve, sino para apagar su sed en un cubo de agua colocado a su lado. Sus pantalones son su única prenda de vestir, el suelo su lecho, un poco de arroz su alimento. Cuando ha terminado su labor, su goce es beber arrack hasta quedar insensible, de cuyo estado se le despierta por la mañana para su trabajo. No tiene más que una idea, y es la perspectiva de embriagarse con su bebida favorita; pues su trabajo se hace mecánicamente y no le cuesta un pensamiento, no más que al perro que hace girar el asador. Pero sonríe al pensar en la juerga de la noche; y con toda su alma absorta en aquella dicha imaginada, no hace caso de los días que pasan. Es un ser singular, y en otro país sería el interno de un manicomio.»

El método de preparación en China y Hong-Kong es idéntico al que se sigue en Singapur. Cuando se consume el chandu o extracto preparado de opio, deja un residuo compuesto de carbón, aceite empyreumático, algunas de las sales del opio y parte del chandu no consumido. Una onza de chandu da cerca de media onza del residuo llamado Tye o Tinco. Éste lo fuman o lo tragan las clases más pobres, que no pueden costear el extracto puro, y por él pagan sólo la mitad del precio del chandu. Fumado, produce un nuevo residuo llamado Samshing, que contiene una cantidad muy pequeña del principio narcótico. Este último nunca se fuma, pues no puede dar humo alguno, sino que se traga, y no rara vez mezclado con arrack. El Samshing lo usa la clase más pobre e indigente — los mendigos y los desheredados, y aquellos que, por larga costumbre, no pueden existir sin algún estímulo de la droga, pero no pueden procurarse sino la forma más barata en que pueda obtenerse alguno de los efectos del narcótico.

El opio se llama en árabe «Afiyoon», y el comedor de opio «Afiyoonee». En estado crudo, el opio lo toman generalmente quienes no hace mucho que se han entregado a su uso, en dosis de tres o cuatro granos, y la dosis se aumenta por grados.

Los egipcios hacen varias conservas compuestas de eléboro, cáñamo y opio, y varias drogas aromáticas que están en uso mucho más común que el simple opio. Una de estas conservas se llama «magoon», y la persona que la hace o la vende se llama «magoongee». La clase más común se llama «harsh» o «berck». Hay una clase que, según se dice, hace que la persona que la toma manifieste su placer cantando, otra que le hará charlar, una tercera que excita a danzar, una cuarta que afecta particularmente la visión de manera placentera, y una quinta que es simplemente de naturaleza sedante. Éstas se venden en cierta clase de tiendas llamadas «mahsheshehs», destinadas exclusivamente a la venta de preparaciones intoxicantes.

Así, en diferentes países, hallamos que el opio se usa de diferentes maneras. En la Gran Bretaña, por ejemplo, o se usa en estado sólido, hecho píldoras, forma en que se emplea algo extensamente en ciertos de nuestros distritos manufactureros, donde se afirma que los boticarios tienen provisión de estas píldoras ya hechas para satisfacer la demanda, o se

usa en forma de tintura en el estado común de láudano, forma en que no sólo se emplea como medicamento, sino, según sabemos, algo largamente como medio de indulgencia, o, más bien deberíamos decir, con alguna restricción, largamente para un país en el que muchos se empeñan en suponer que no se usa en absoluto para tales fines. Se usa también en forma de elixir paregórico, y se da insidiosamente a los niños bajo diversas formas de charlatanería, como el cordial de Godfrey, etc. Con la autoridad de un reverendo caballero, se afirma que en la ciudad de Preston, en 1843, había más de mil seiscientas familias en las que el cordial de Godfrey se empleaba habitualmente, o algún otro compuesto igualmente perjudicial. El profesor Johnston ha señalado una comunicación que apareció en el «Morning Chronicle», que describe los efectos del opio sobre la salud de los niños: «El niño cae en un estado de bajo torpor, se consume hasta quedar en un esqueleto, excepto el estómago, produciendo lo que se conoce como vientre abultado. Una mujer decía: "La droga para dormir los tenía de tal modo que siempre estaban amodorrados y nunca se cuidaban de la comida; se consumían, la cabeza se les agrandaba y morían."»

En la India, el opio puro se disuelve en agua y así se usa, o se enrolla en píldoras. Es allí práctica común darlo a los niños cuando son muy pequeños, por madres que necesitan trabajar y no pueden al mismo tiempo amamantar a su prole. Los naturales de la costa occidental de África tienen un curioso artificio mecánico por medio del cual se libran de la necesidad del opio en estos casos. Las muchachas llevan un «kankey», o joroba artificial en la espalda, tan pronto como pueden andar, a fin de aprender a tiempo a llevar a sus menores, que cabalgan a horcajadas sobre dichas protuberancias. Su utilidad consiste en permitir a las madres trabajar con sus infantes de este modo a la espalda, mientras que en Inglaterra se excusan del trabajo con el pretexto de un infante en brazos, o bien las indefensas criaturitas son drogradas con la droga para dormir, y su cabeza crece, y mueren.

En China, el opio se ingiere o se fuma en forma de Tye. En Bally se adultera primero con papel de China y luego se enrolla con las fibras de una clase particular de plátano. Después se introduce en un orificio practicado en el extremo de un pequeño bambú y se fuma. En Java y Sumatra se

mezcla a menudo con azúcar y con el fruto maduro del plátano. En Turquía se toma por lo general en píldoras, y quienes así lo hacen evitan beber agua después de haberlas ingerido, pues se dice que esto produce un cólico violento; pero para hacerlo más apetecible, se mezcla a veces con jarabes o con jugo espesado; en esta forma, sin embargo, es menos embriagador y se asemeja al hidromiel. Se toma entonces con cuchara, o se seca en pequeñas tortas, con las palabras «Mash Allah», «la Obra de Dios» o «el Don de Dios» impresas en ellas. Cuando la dosis de dos o tres dracmas al día ya no produce la beatífica embriaguez tan ansiosamente buscada, mezclan con el opio sublimado corrosivo hasta que la cantidad alcanza los diez granos al día.

En Singapur hay representantes de casi todas las naciones orientales, entregándose al lujo según la moda del país del que es nativo cada uno. El hindú, recién llegado del continente, prefiere el modo allí en uso y se traga la píldora que sosiega el alma; mientras que el chino, con un gusto con el que ningún adorador de la espuma de mar puede competir, aspira el humo, no solo en la boca, sino en los pulmones, donde se convierte en aliento de su aliento, y donde, retenido, actúa sobre las fibras nerviosas que se extienden sobre la extensa membrana que reviste cada célula de los pulmones hasta que, exhalado por nariz y boca —sí, incluso en algunos casos por oído y ojo—, es reemplazado por otra bocanada.

A medida que el cuerpo se acostumbra por hábito a soportar dosis mayores de opio que antes de haberse formado el hábito, la enorme cantidad que algunas personas han tomado resulta asombrosa y sorprendente. El doctor Christison, en su obra sobre los venenos, se refiere a algunos de estos casos. «Una mujer que murió de tisis a la edad de cuarenta y dos años había tomado cerca de una dracma de opio sólido al día durante diez años. Un conocido personaje literario, de unos cincuenta años, ha tomado láudano durante veinticinco años, con breves interrupciones ocasionales, y a veces una cantidad enorme, pero goza de una salud corporal tolerable. Una dama de unos cincuenta y cinco años, que goza de buena salud, ha tomado opio muchos años y actualmente usa tres onzas de láudano al día. Lord Mar, tras usar láudano durante treinta años, a veces hasta la cantidad de dos o tres onzas diarias, murió a la edad de cincuenta y siete años de ictericia e hidropesía. Una mujer que

tenía la costumbre de tomar cerca de dos onzas de láudano al día durante muchísimos años murió a la edad de sesenta o más. Un eminente personaje literario que murió no hace mucho, de unos sesenta y tres años, tenía la costumbre de beber láudano en exceso desde la edad de quince años, y su ración diaria era a veces un cuarto de galón de una mezcla compuesta de tres partes de láudano y una de alcohol. Una dama hoy viva, a la edad de setenta y cuatro años, ha tomado láudano en la cantidad de media onza diaria entre treinta y cuarenta años. Una anciana murió no hace mucho en Leith a la edad de ochenta años, que había tomado cerca de media onza de láudano al día durante casi cuarenta años, y gozó de una salud tolerable todo el tiempo. Visrajee, un célebre jefe cutchee mencionado por el doctor Burnes, había tomado opio en gran cantidad toda su vida, y vivía a la edad de ochenta años con la mente intacta.» A estos ejemplos podemos añadir la confesión de De Quincey: «Yo, que he tomado la felicidad tanto en forma sólida como líquida, tanto hervida como sin hervir, tanto de la India Oriental como turca —yo, que he conducido mis experimentos sobre este interesante asunto con una especie de batería galvánica, y que, para beneficio general del mundo, me he inoculado, por así decirlo, el veneno de ocho mil gotas de láudano al día—, yo, ha de admitirse, debo de saber seguramente ahora qué es la felicidad, si alguien lo sabe. Cincuenta y dos años de experiencia del opio, como recurso mágico bajo todos los modos de sufrimiento corporal, puedo ahora pretender haber tenido. Según la frase de la jerga moderna, había usado, en la etapa meridiana de mi carrera con el opio, cantidades "fabulosas". En cuanto a las cantidades —no en opio sólido, sino en la tintura (conocida por todos como láudano)—, mi ración diaria era de ocho mil gotas. Si usted escribe esa cantidad a la manera ordinaria como 8000, ve de un vistazo que puede leerla como ocho cantidades de mil, o como ochocientas cantidades de diez; o, por último, como ochenta cantidades de cien. Ahora bien, una sola cantidad de cien llenará aproximadamente una cucharilla de té muy anticuada y obsoleta, de ese orden que todavía encuentra usted entre los pobres respetables. Ochenta de esas cantidades habrían llenado ochenta de tales cucharillas antidiluvianas, es decir, habría sido la dosis hospitalaria común para trescientos veinte pacientes adultos.» Y añade solemnemente que «sin

el opio, hace treinta y cinco años, sin duda alguna, estaría en mi tumba».

---

persistiendo entre los pobres respetables. Ochenta de tales cantidades, por lo tanto, habrían llenado ochenta de aquellas cucharas antediluvianas, es decir, habría sido la dosis común de hospital para trescientos veinte pacientes adultos.» Y añade solemnemente que «sin el opio, hace treinta y cinco años, sin duda alguna, yo estaría en la tumba».

No es tarea muy fácil determinar la plena extensión de la indulgencia con el opio en la patria; pero hay más verdad que ficción en aquel pasaje de *Alton Locke*, donde el héroe, camino de Cambridge, coincide en el vehículo de cierto labrador de la comarca de los Fens y entabla conversación con él, en el curso de la cual tiene lugar el siguiente diálogo.

«¡Quereros yo entonces! Los que no toman aguardiente por allí, toman su pennord de elevación, pues — las mujeres especialmente.»

«¿Qué es elevación?»

«¡Oh! ¡jo! ¡jo! Usted va a la tienda del droguero el día de mercado, en Cambridge, y verá las cajitas, docenas y docenas, dispuestas en el mostrador; y no pasa mujer de hombre alguno que no entre a pedir su pennord de elevación, para que le dure toda la semana. ¡Oh! ¡jo! ¡jo! Pues bien, mantiene quietas a las mujeres, eso sí; y es cosa mortalmente buena contra los dolores de la fiebre.»

«Pero ¿qué es?»

«¡Opio, hombre vivo, opio!»

«¿Pero no arruina su salud? Yo lo tendría por la peor especie de embriaguez.»

«¡Oh, bien, usted puede decir eso — las pone muy delgadas, eso hace; pero ¿qué puede hacer la gente con la fiebre? Pero es cosa mala, lo es.»

Es bien sabido que en la comarca de los Fens se usa el opio extensamente bajo la presunción o excusa de que es bueno para la fiebre intermiten-

te. En Wisbeach, según averiguamos por ciertos documentos médicos oficiales, se vende y consume más opio, en proporción a la población, que en cualquier otra parte del reino. En otras partes de Cambridgeshire y Lincolnshire se venden regular y habitualmente grandes cantidades de opio en pequeñas dosis entre la población trabajadora. En Manchester, algunos años atrás, se experimentó una afluencia semejante hacia el opio, pero no como cura de la fiebre intermitente. Varios fabricantes de algodón declararon a nuestra autoridad que sus operarios adquirían rápidamente la práctica de comer opio; hasta tal punto, que un sábado por la tarde los mostradores de los drogueros estaban sembrados de píldoras de uno, dos o tres granos, en preparación para la demanda conocida de la tarde. La ocasión inmediata de esta práctica se declaró ser la bajeza de los salarios, que en aquel tiempo no les permitía entregarse a la cerveza o a los licores; de ahí que adoptaran el opio como sustituto.

Hubo un pecado de que fuimos culpables en la edad de Butler, y del que aún no nos hemos librado; probablemente es en cierto modo universal. Sea o no, ciertamente no son pocos los que —

«Compensan los pecados a que se inclinan,

condenando los que no tienen ganas de cometer.»

La indulgencia con el opio es, después de todo, muy poco inglesa, y nunca ha sido ni será notablemente popular; y si nosotros mismos fumamos nuestras pipas de tabaco, mientras estamos en medio de las nubes, no podemos dejar de expresar nuestro asombro ante los chinos y otros que se entregan al opio. Podemos compadecerlos, quizá, considerándolos mientras tanto como miserables criaturas, pero no obtienen nuestras simpatías. Los filántropos, en concurridas asambleas, denuncian, sin términos mesurados, «las iniquidades del comercio del opio», y luego se van a casa a su pipa o cigarro, teniéndolos por perfectamente

«¡mash allah!» — el don.

legítimos, ya sea el producto del trabajo esclavo o del libre. Es el mismo género de sentimiento que inspiran los hashasheens de Oriente, y en verdad todos los que tienen predilección por otros narcóticos que aque-

llos en que se deleita Johnny Englishman, reciben su parte de su desprecio.

Una corneja estaba una vez entregada a un festín con el cadáver de una buena rata gorda que acababa de ser atrapada en un granero vecino y arrojada al camino. Una paloma torcaz, que había terminado su comida en un campo de guisantes cercano, pasó por allí en aquel momento y vio a su amiga la corneja en pleno disfrute de su rata. «No puedo imaginar», dijo la paloma, «cómo puedes comer una criatura tan repugnante como esa de la que estás haciendo tu desayuno — el verla me revuelve el estómago.» «Es cuestión de gusto», dijo la corneja, «y creo que llevo ventaja; mi comida es jugosa y dulce, esta rata ha vivido del mejor maíz del granjero, y el granjero disfrutaría del banquete él mismo, estoy convencida, si supiera qué desayuno tan delicioso haría. Deberías tener libre un acre de guisantes cada día, si me trajeras un plato como este. Además, si yo no me la comiera, pronto se putrefactaría y llenaría el aire de olores repugnantes, de modo que soy, en mí misma, una perfecta junta de sanidad, trabajando por el bien de la sociedad, mientras que tú no eres más que una vagabunda, que roba a la sociedad su pan cotidiano.» «He oído decir», añadió la paloma, «que fuisteis tú y tus compañeras las que destruisteis todo un campo de nabos hozando tras los gusanos — supongo que eso fue un beneficio para la sociedad.» «Ve a comer tus guisantes», dijo la corneja, «y déjame disfrutar de mi rata en paz.»

Los cálculos sobre el número de personas que se entregan al uso del opio están necesariamente expuestos a objeciones; una persona afirma que en China, por

ejemplo, no menos de veinte millones de personas se entregan al opio, mientras que otros consideran que dos millones y medio es todo lo que puede calcularse. El número que Johnston estima como la proporción de la raza humana que usa opio es de cuatrocientos millones, o cerca de la mitad del número de los que se entregan al tabaco. Esta es, quizá, la aproximación más cercana que puede hacerse, pero una que debe basarse en la cantidad producida, deduciendo de ella el número necesario para consumirla, más bien que en cualquier detalle del consumo, al que no puede llegarse.

Hay un hecho importante y bien autenticado respecto al consumo chino de opio: que en el año 1854, el valor del opio importado en China excedió el valor de todo el té y la seda exportados de China a la Gran Bretaña y sus colonias.

Al despedirnos del «don de Dios» para atravesar los portales del Paraíso, hagámoslo con las palabras de aquel más célebre de los comedores de opio ingleses, Thomas de Quincey: — «¡Oh justo, sutil y omnipotente opio! que a los corazones de ricos y pobres por igual, por las heridas que nunca sanarán, y por los punzantes dolores que "tientan al espíritu a rebelarse", traes un bálsamo que los alivia; ¡elocuente opio! que con tu potente retórica robas los propósitos de la ira, abogas eficazmente por la piedad que se enternece, y a través del sueño celestial de una noche devuelves al hombre culpable las visiones de su infancia, y las manos lavadas puras de sangre. ¡Oh justo y recto opio! que a la cámara de los sueños llamas, para los triunfos de la inocencia desesperada, falsos testigos, y confundes el perjurio, y revocas las sentencias de jueces inicuos; tú edificas sobre el seno de las tinieblas, con la fantástica imaginería del cerebro, ciudades y templos, más allá del arte de Fidias

y Praxíteles — más allá de los esplendores de Babilonia y de Hecatómpilos; y de la "anarquía del sueño que sueña" llamas a la luz del sol los rostros de bellezas largo tiempo sepultadas, y los benditos semblantes del hogar, limpios de las "deshonras de la tumba". Tú solo das estos dones al hombre, y tú tienes las llaves del Paraíso, ¡oh justo, sutil y poderoso opio!»

«Tú solo das estos dones al hombre; y tú tienes las llaves del Paraíso, oh justo, sutil y poderoso opio.» — *Confesiones de un comedor de opio*.

Según la opinión común de los árabes, hay siete cielos, uno sobre otro. Se cree que la superficie superior de cada uno es casi plana, y generalmente se supone circular, de quinientos años de camino de anchura. El primero se describe formado de esmeralda; el segundo de plata blanca; el tercero de grandes perlas blancas; el cuarto de rubí; el quinto de oro rojo; el sexto de jacinto amarillo; y el séptimo de luz resplandeciente. Algunos afirman que el Paraíso está en el séptimo cielo; otros declaran que sobre el séptimo cielo hay siete mares de luz, luego un número inde-

finido de velos, o separaciones de diferentes sustancias, siete de cada especie, y luego el Paraíso, que consta de siete estancias, una sobre otra. La primera es la morada de la gloria, de perlas blancas; la segunda, la morada de la paz, de rubí; la tercera, el jardín del reposo, de crisólito verde; la cuarta, el jardín de la eternidad, de coral verde; la quinta, jardín de las delicias, de plata

blanca; la sexta, el jardín del Paraíso, de oro rojo; la séptima, el jardín de la morada perpetua o Edén, de grandes perlas — esta dominando todas las anteriores, y cubierta por el trono del Compasivo.

El camino más directo y el vehículo más rápido hacia el Paraíso, según el testimonio de todos los opiófagos confirmados, es por medio de aquella sutil droga, el opio. La forma más común en que se toma es la de vapor, inhalado a través de una pipa construida de manera peculiar. Las que usan los siameses se asemejan en forma al narghile común, o hubble-bubble del Levante. Consisten en una cáscara vacía de coco, en un orificio de cuya parte superior se inserta un tubo hueco de madera, y la abertura se cierra herméticamente, de modo que impide la salida tanto del aire como del humo. En otro agujero en el costado de la cáscara de coco, se fija firmemente un pequeño tubo común de bambú, de unas dieciocho pulgadas de largo; un pequeño cuenco de barro, perforado en el fondo como un cedazo, se llena de opio, y colocados sobre él uno o dos trozos de fuego, este cuenco se ajusta en lo alto del tubo de madera. El hombre que hace circular esta pipa sostiene con una mano el fondo del coco (que está medio lleno de agua), y con la otra presenta el tubo de bambú al fumador, quien, llevándolo a la boca, inhala tres o cuatro bocanadas de este narcótico sumamente embriagador. El efecto es casi instantáneo. Se hunde suavemente contra el cojín colocado a su espalda, se vuelve insensible a lo que pasa a su alrededor. La pipa pasa de boca en boca, de modo que media hora transcurre generalmente entre la primera bocanada del primer fumador y el último suspiro exhalado por el último hombre al volver en sí de su breve y placentero sueño, en el que las bocanadas lo han sumido. Un viejo e inveterado fumador siamés declaró a un reciente residente entre ellos que, si supiera

que su vida se perdería por el acto, no podría resistir la tentación más de lo que podría contener un corcel fogoso con un freno de hilo. Lo llevaba

al séptimo cielo — oía y veía cosas que ninguna lengua podría expresar, y sentía como si su alma se elevara tan alto sobre las cosas terrenales, durante aquellos preciosos momentos de olvido, que hubiera volado más allá del alcance de su pesada y gravosa jaula.

El consumo de opio no se practica generalmente con un plan tan sociable. Los siameses pueden considerarse una excepción a la regla general. El método seguido en Hong-Kong, del que hemos recibido un relato de una autoridad competente, es más bien un tipo del fumador de opio en general, y del método que sigue.

En postura reclinada, sobre tablones colocados sobre caballetes, dispuestos alrededor de largas y repugnantemente sucias salas, pueden verse, a todas horas del día, mendigos macilentos, con llagas putrefactas, cuyos miserables sentimientos de desesperación y aflicción los impulsan aquí para obtener un alivio parcial, sumiendo sus sentidos en el olvido. El cañón de la pipa empleada para fumar es de madera dura, y se tomaría por una regla de papel inglesa, de unas dieciocho pulgadas de largo y una pulgada de diámetro. La cazoleta o cabeza de barro se enrosca y desenrosca, a unas tres pulgadas del extremo. Un ayudante del diván, sentado en un rincón de la sala, se ocupa constantemente de raspar y limpiar estas cabezas, que, por el pequeño tamaño del orificio a través del cual se aspira el opio (aproximadamente del tamaño de la cabeza de un alfiler), suelen obstruirse. La cantidad de opio que se pretende fumar, variable cada vez entre veinte y cien granos, se saca con cuidado de pequeñas vasijas, se coloca sobre una hoja y se cobra a razón de un dólar la onza. El opio se usa mojando en él el extremo puntiagudo de un alambre pequeño, que luego se aplica

a la llama de una lámpara. Al encenderse, se infla formando una burbuja, y entonces, con una destreza que solo se obtiene con la práctica constante, se enrolla sobre la cabeza de la pipa hasta que toma la forma y el tamaño de una pequeña pepita de naranja cortada por la mitad, y la dureza de la cera. Se coloca entonces sobre el orificio de la cabeza de la pipa, como una pequeña chimenea, a través de la cual la llama de la lámpara se aspira hacia la cazoleta, convirtiendo el opio, en su paso, en un humo azul, que se inspira en largas y continuas bocanadas, y sin retirar la pipa de la boca, se respira por las fosas nasales. Dos o tres pipas

pueden tomarse por personas no acostumbradas al hábito sin dejar otra sensación desagradable que una aspereza en la garganta. Hay en Hong-Kong diez divanes regulares autorizados para fumar opio, y casi todos ellos están en la parte china de la ciudad.

Este cuadro quedaría, sin embargo, incompleto sin algunos pormenores más acerca de los individuos que se entregan a la indulgencia en la droga. Y para ello debemos buscar de nuevo la ayuda de un médico experimentado, que durante años vivió y trabajó en medio de los fumadores de opio. «Nada en la tierra», afirma, «puede igualar el aparente y tranquilo goce del fumador de opio. Al entrar en el miserable escenario de su futura éxtasis, recoge su calderilla, el trabajo, o la mendicidad, o el robo del día, con la que se provee de su cantidad de Chandu; luego, tomando la pipa, que se le facilita gratis, se reclina sobre un tablón cubierto con una estera, y con la cabeza apoyada en una almohada de madera o de bambú, comienza a llenar su pipa. Al entrar, su aspecto era la imagen de la miseria, sus ojos hundidos, su andar desgarbado, su paso tembloroso y su voz trémula, con un tinte cetrino en el semblante y una mirada apagada e impresionante. El

que corre podría leer que es un fumador de opio, y, ahondando aún más bajo las apariencias, lo declararía un sufridor de opio. Pero ahora, con la pipa en la mano, el opio a su lado y una lámpara ante él, su ojo ya brilla, y sus facciones se suavizan en su expresión, mientras prepara el lujo venidero. Por fin está listo, y aplicada la pipa a la lámpara, se oye un ruido sordo, como con una calada plena y vigorosa, aspira todo lo que el opio y el aire pueden dar. Lentamente se relaja la inspiración, pero no hasta que todo el opio que hay en la pipa se ha consumido; entonces, dejando que el vapor, impregnado de la influencia narcótica, permanezca en su pecho hasta que la naturaleza le obliga a respirar, lo deja escapar suavemente, pareciendo escatimar la pérdida de cada salida sucesiva, hasta que todo se ha ido, cuando exhausto y calmado —

«Como aquel que se envuelve en el ropaje de su lecho y se tiende a sueños placenteros».

retira la pipa, reclina la cabeza y se entrega al primer efecto calmante de la droga. Su siguiente intento confirma el bienestar, y ya no se queja de miembros desgarrados ni de huesos doloridos; ya no le manan los ojos, y se afloja la opresión del pecho, mientras se recrea con tierno afecto en la pipa inspiradora. Terminada su segunda pipa, puede ya mirar en torno y tiene tiempo de contemplar lo que ocurre; pero su alma sigue envuelta en la dicha que anticipa de lo que resta de su ración, pues no es hasta la tercera o cuarta bocanada cuando surgen las sensaciones de placer positivo. Entonces se siente una ligereza de cabeza, un hormigueo en cada miembro; los ojos parecen agrandarse y los oídos aguzarse para oír; se experimenta una elasticidad, una inclinación a remontarse; todos los dolores se han ido, y el placer ahora

permanece; toda fatiga ha desaparecido y la frescura ocupa su lugar. La repugnancia por la comida que poco antes se experimentaba se trueca en gusto por lo picante, y con frecuencia se siente un gran deseo de algún alimento en particular. La lengua se desata ahora y cuenta su historia. Pues cuanto es secreto se vuelve manifiesto, y lo que se destinaba a uno llega a conocimiento de todos. Aun así no hay excitación, sino una calma suave, sosegadora y sedante. No sueña sueños, ni piensa en el mañana sino con una sonrisa en el ojo; llena su pipa con lo último de su ración; aspirándola lentamente, parece avivarse. La sonrisa que chispeaba en su ojo se extiende a los demás rasgos, y su aspecto es de un goce completo, aunque plácido. Al poco, la pipa se aparta lentamente o cae a su lado; la cabeza, si erguida, se posa ahora sobre el almohadón; rasgo tras rasgo abandona su sonrisa; el ojo se vidria; ahora cae el párpado superior, y desciende la barbilla con el labio inferior; inspiraciones cada vez más profundas se suceden; toda percepción se ha ido; los objetos pueden herir el ojo, pero no se ven visiones; los sonidos pueden llegar al oído, pero no se excita sensación alguna. Así pasa al sueño, inquieto y quebrado, del cual el miserable despierta a la plena concepción de su miseria. «¡Dormir, tal vez soñar!» — ¡y qué sueños! — ¡qué deleites extáticos! — ¡qué arrobamientos! — ¡qué ilusiones!

«Cosas

vistas por primera vez, y cosas vistas

hace mucho, que ya nunca volverán a verse, se mezclan

extraña y fragmentariamente con cosas espantosas

como las que oímos en la infancia, despreciamos en la juventud

y dudamos en la madurez, salvo cuando las vemos.»

En la narración del viaje del H.M.S. Samarang, el Sr. A. Adams nos informa que en un gran

caravasar perteneciente a la aldea malaya cerca de Singapur, tuvo ocasión de observar los efectos del opio en el aspecto físico del malayo. Uno de estos era un anciano débil y consumido, con un brillo sobrenatural en el ojo. Su cuerpo estaba encorvado hacia adelante y sumamente enflaquecido; su rostro estaba consumido, pálido y macilento; su largo brazo escuálido, sus dedos consumidos y sus uñas puntiagudas semejaban más la garra de alguna ave rapaz que la mano de un señor de la creación; su cabeza se balanceaba y temblaba; su piel estaba arrugada y amarilla, y sus dientes eran unos pocos colmillos cariados, puntiagudos y manchados de negro. Al acercarse a él, incorporó el cuerpo de la estera sobre la que reposaba. Había algo interesante y a la vez melancólico en el físico del anciano, que ahora en harapos parecía, por los adornos de plata que llevaba y por su chaqueta bordada, haber sido en otro tiempo persona de cierta distinción; pero la fascinante influencia de la droga mortífera se había apoderado de él, y un jergón en un caravasar era la recompensa de su complacencia consigo mismo. «En mi experiencia del opio»,

dice el Sr. , «que no ha sido, sin embargo, muy

extensa, no puedo decir que haya hallado tanto placer como el comedor de opio inglés en sus Confesiones nos haría creer que le cupo en suerte. Tras tres o cuatro pipas chinas de opio, encontré mi cerebro muy desconcertado y rebosante de pensamientos mal ordenados, que se perseguían unos a otros en un jugueteo caprichoso y ensoñador, sin orden ni conexión, estando el sistema circulatorio muy excitado, el cuerpo tembloroso, los globos oculares fijos y una sensación peculiar y agradable de estremecimiento extendiéndose por los nervios. La misma sucesión de

imágenes que se agolpan unas sobre otras, y de pensamientos que se deleitan en extraño desorden, continúa por algún tiempo, durante el cual la persona parece hallarse en la condición del

loco aludido por Dryden en su comedia del

«Fraile español».

«Delira, sus palabras son sueltas

como montones de arena, y se dispersan lejos del sentido;

tan alto se ha encumbrado en su trono etéreo,

que ahora el viento se le ha metido en la cabeza

y le ha convertido los sesos en frenesí.»

Sentimientos de melancolía indecible suceden a este período de excitación algo placentero, pero un suave languor se desliza poco después por los sentidos, y el individuo medio envenenado se queda dormido. Al día siguiente hay grandes náuseas y malestar de estómago, dolor de cabeza y una sed atormentadora, que hace maldecir el opio y exclamar, con el «Rey Juan» de Shakespeare:

«Y ninguno de vosotros mandará venir al invierno

a hundir sus dedos helados en mis entrañas;

ni dejará que los ríos de mi reino sigan su curso

por mi pecho abrasado, ni rogará al Norte

que haga besar sus vientos desolados mis labios resecos

y me consuele con frío.»

El Dr. Madden probó experimentalmente los efectos del opio: comenzó con un grano, que no produjo efecto perceptible; a este añadió después otro grano. A las dos horas de comenzada la operación, sus ánimos se excitaron. «Mis facultades», escribe, «parecían ampliadas; todo cuanto miraba parecía aumentar de volumen.

Ya no sentía el mismo placer cuando cerraba los ojos que cuando los tenía abiertos; me parecía que solo los objetos externos eran afectados por la imaginación y magnificados en imágenes de placer; en suma, era la tenue y exquisita música de un sueño en un momento de vigilia. Me dirigí a casa lo más aprisa posible, temiendo a cada paso cometer alguna

extravagancia. Al caminar, apenas era consciente

de que mis pies tocaran el suelo; parecía que me deslizaba por la calle, impulsado por algún agente invisible, y que mi sangre se componía de algún fluido etéreo que hacía mi cuerpo más ligero que el aire. Me metí en la cama en el momento de llegar

a casa. Las más extraordinarias visiones de deleite

llenaron mi cerebro toda la noche. Por la mañana me levanté pálido y desanimado, me dolía la cabeza, mi cuerpo estaba tan debilitado que me vi obligado a permanecer en el sofá todo el día, pagando bien caro mi primer ensayo de comer opio.» Hasta aquí, el comedor de opio y el fumador de opio parecen coincidir en los principales

resultados del uso de la droga.

De las comunicaciones del Dr. Medhurst

pueden aprenderse muchos hechos importantes relativos a este hábito en China. Día tras día y año tras año, la práctica de fumar opio prevalece cada vez más entre este pueblo, y andando el tiempo sin duda tendrá un poderoso efecto sobre los destinos

del país. Se dice que el difunto Emperador usaba la droga; es cierto que la mayoría de los oficiales del gobierno lo hacen, y sus innumerables servidores están en la misma categoría. El opio se usa como lujo en todas las clases, y en gran medida, tanto que no puede dejar de mostrar sus efectos rápidamente sobre la masa de los habitantes. En las familias ricas, aun cuando el cabeza de familia no use la droga, los hijos pronto aprenden a usarla, y casi todos están expuestos a la tentación de emplearla, pues muchos de sus amigos y conocidos tienen el hábito de fumar; y se considera una muestra de cortesía ofrecer la pipa a un amigo o visitante. Muchas personas recurren al uso de la pipa cuando se ven en

apuros, y cuando padecen enfermedades crónicas o dolorosas, insomnio, etc. Varias personas que fueron atendidas por tumores malignos fueron víctimas de la droga, por usarla para calmar el dolor

y la angustia que tenían que soportar. Los mendigos están, en gran medida, bajo su influencia; pero solo usan los residuos y raspaduras de la droga a medio consumir, que se retira de la cazoleta de la pipa cuando se limpia. La causa más común de que los chinos recurran al uso de la pipa de opio es no saber cómo emplear sus horas de ocio cuando han terminado los negocios del día: no hay literatura periódica que atraiga su atención.

Sus familias no presentan suficientes atractivos para retenerlos en casa, y vagando por las tardes, sin nada que ocupar la mente, son fácilmente tentados a entrar en las tiendas de opio, donde seguro se encuentra tal o cual conocido que los invita al uso de la droga.

Muchos de las clases medias disipan su dinero en este vicio, y entre las clases bajas, los que se entregan al uso del opio quedan reducidos a la más abyecta pobreza. Al no tener propiedades, muebles ni ropa de que disponer, venden a sus mujeres e hijos para satisfacer su apetito cada vez mayor de la droga; y cuando estos se han ido, con fuerzas muy disminuidas para el trabajo, ya no pueden ganar lo suficiente para sus propias necesidades y se ven obligados a mendigar el pan de cada día. En cuanto al suministro de opio, deben depender de las raspaduras de las pipas ajenas, y en cuanto, mendigando, son incapaces de obtener las necesidades de la vida junto con el opio a medio quemar, del que depende su propia vida, se marchitan y mueren al borde del camino, y son enterrados a expensas de los caritativos.

Dos jóvenes respetables, hijos de un oficial de alto rango, bien informados, que habían recibido una buena educación, acostumbrados a la buena sociedad y que despertaban gran interés en quienes entraban en contacto con ellos, murieron hace poco. Tan

inveterado era su hábito de fumar opio, y tan grande la cantidad necesaria para mantener el estímulo, que sus fondos se agotaron. Los amigos los ayudaron y aliviaron sus necesidades una y otra vez; pero era impo-

sible darles pan y opio a la vez, y posteriormente murieron, uno tras otro, en la más abyecta y desvalida condición.

En Shanghái, justo dentro de la puerta norte, frente a un templo, una de tales personas desvalidas, incapaz de procurarse comida u opio, yacía en el último estertor, mientras otras dos o tres, con las cabezas caídas, estaban sentadas cerca, con aspecto de que pronto quedarían también postradas. Al día siguiente, el primero del grupo yacía muerto y rígido, con una estera basta enrollada al cuerpo como sudario. Los demás yacían sin poder levantarse. Al tercer día otro había muerto, y los restantes casi lo estaban. La ayuda era vana, y la compasión era el único sentimiento que podía permitirse.

Puede juzgarse la extensión del consumo de opio en China por los informes de los teapoas nativos, incluidos en el Informe de Sir J. Bowring. Los habitantes del Chung-wan (bazar Central) son unos 5.800. El número de los que fuman opio, meramente porque les gusta, asciende a más de 2.600. En el Hall-wan (bazar de Cantón) hay más de 1.200. El número de los que fuman opio, meramente porque les gusta, asciende a más de 600. En Sheong-wan el número de residentes varones es de 13.000; hay 3.000 fumadores de opio. En Tai-ping-shan el número de habitantes es de 5.300 hombres; de ellos, más de 1.200 fuman opio porque les gusta. El número de habitantes en Ting-loong-chow es de 2.500; el número de fumadores de opio se calcula en 400. Así, pues, de 27.800 habitantes, 7.800 de ellos, o sea el 26 por ciento, son fumadores de opio.

El doctor McPherson, al escribir sobre los shikhs, nos informa que la mayor parte de los shirdars están bajo la influencia de los licores o del opio durante dieciocho horas de las veinticuatro. El uso temprano, tanto del licor como de la droga, los hace indispensables durante toda la vida. Si se les priva de su dosis habitual, el shikh es uno de los seres más desdichados que puedan imaginarse. Antes de entregarse a cualquier festín, el shikh toma su opio, por el cual queda por un tiempo excitado, y a esto sigue pronto el languidecimiento y la inactividad. Hablando de Runjeet Sing, que en aquel tiempo padecía una parálisis de la que eventualmente murió, dice que aún usaba opio, de modo que poco podía esperarse de los medios curativos.

Los shikhs tienen prohibido el uso del tabaco por los preceptos de su religión, pero encuentran un sustituto fácil en el opio, que se consume en grandes cantidades en todo el Punjaub, así como entre los estados shikhs protegidos. Mientras está bajo los efectos de esta droga, el shikh es una persona muy distinta del mismo individuo antes de haberla tomado. En el primer caso, es activo y hablador; en el segundo, perezoso y estúpido.

Se ha imaginado que la preparación del opio tiene un efecto perjudicial sobre quienes se dedican a ella; pero el doctor Eatwell, de la Agencia de Benares, declara que «entre los miles de individuos, cultivadores y empleados, con quienes se llena la factoría durante las temporadas de recepción y manufactura, nunca se oyen quejas de efectos perjudiciales resultantes de la influencia de la droga, mientras que todos ellos permanecen tan libres de enfermedades generales como las personas no relacionadas con el establecimiento general — en realidad, si acaso, más. Ocasionalmente sucede que un visitante casual de la factoría se queja de vértigo o dolor de cabeza; pero los oficiales europeos empleados en el departamento, que pasan la mayor parte del día con el termómetro entre 95° y 105° Fahrenheit, entre toneladas de la droga, nunca experimentan efecto malo alguno por ella. El purkhea nativo se sienta habitualmente desde las seis de la mañana hasta las tres de la tarde, diariamente, con la mano y el brazo sumergidos casi todo el tiempo en la droga, que está constantemente oliendo, y sin embargo no siente incomodidad alguna por ello. Me ha informado que, al comienzo de la temporada, experimenta por lo general una sensación de entumecimiento en los dedos; pero creo que esto es más resultado de la fatiga, consecuencia del uso incesante del brazo y de los dedos, que de efecto alguno del opio. En las grandes cubas de cuajado, se emplea a hombres para vadear la droga hasta la rodilla durante varias horas de la mañana, y permanecen de pie en ella durante la mayor parte del resto del día, sirviendo el opio a brazadas, con los cuerpos desnudos, a excepción de un paño ceñido a los lomos. Estos hombres se quejan de una sensación de somnolencia hacia el final de sus labores diarias, y declaran que son vencidos por el sueño temprano en la noche, pero no se quejan de que el efecto sea desagradable o perjudicial.

»Con frecuencia pueden verse infantes, de pocos meses de edad, tendidos sobre el suelo untado de opio, bajo las cubas, en cuya peligrosa posición los dejan sus despreocupadas madres; pero, cosa extraña, sin que jamás ocurra accidente alguno. He aquí hechos abundantes para mostrar que la salud de los empleados en la factoría de opio, y en la manipulación de la droga, no está expuesta a riesgo alguno; mientras que la impunidad con que la droga es manejada por cientos de individuos, durante horas enteras, prueba que no tiene acción endémica, pues me inclino a considerar el efecto soporífero que experimentan los pisadores de las cubas como producido por los pulmones, y no por la piel». Esto puede considerarse, por tanto, como zanjar la cuestión por completo, y demostrar el hecho de que los trabajadores de la factoría no son víctimas de ella.

Según una petición china presentada en una ocasión al Emperador, se cree que los ingleses, al introducir el opio en aquel país, lo hicieron como medio para subyugarlo, presumiendo, podemos suponer, que los Celestiales eran invencibles, salvo por algún medio cabalístico semejante. «En la Historia de Formosa», dice este documento, «encontramos el siguiente pasaje: “El opio se produjo por primera vez en Kaoutsinne, que algunos dicen ser lo mismo que Kalapa o Batavia. Los naturales de este lugar eran al principio vivaces y activos, y, siendo buenos soldados, siempre salían victoriosos en la batalla. Pero el pueblo llamado Hung-maou (de cabellos rojos) llegó allí, y habiendo manufacturado opio, sedujo a algunos de los naturales al hábito de fumarlo. De éstos, la manía se propagó rápidamente por toda la nación; de modo que con el tiempo los naturales se volvieron débiles y enervados, se sometieron al dominio extranjero y, por último, fueron completamente subyugados. Ahora los ingleses”, continúa, “son de la raza de extranjeros llamados Hung-maou. Al introducir el opio en este país, su propósito ha sido debilitar y enervar al Imperio Central. Si no despertamos pronto al sentido de nuestro peligro, nos hallaremos, en breve, en el último escalón hacia la ruina.”»

La degradación o subyugación de los chinos es mucho más probable que sea afectada por un hábito del que oímos menos, pero que es infinita-

mente más desastroso que la indulgencia en el opio. Éste es la costumbre de beber aguardiente del norte. Esta horrible bebida, destilada del mijo, es el deleite del chino, y la traga como agua. Muchos se arruinan con el aguardiente, como otros lo hacen con el opio. En compañía, o incluso a solas, pasan días y noches enteros bebiendo sucesivas copitas de él, hasta que su embriaguez los hace incapaces de llevar la copa a los labios. «El juego y la embriaguez», dice el abate Hue, «son las dos causas permanentes de la pauperización en China.»

Es desgraciadamente costumbre que los destiladores provean aguardiente a crédito por un año entero, de modo que un bebedor puede seguir durante mucho tiempo sacando de esta fuente inagotable. Sus problemas sólo comenzarán en la última luna: el plazo legal de pago. Entonces, en efecto, debe pagar, y con usura; y como el dinero no suele hacerse más abundante en un hombre por el hábito de emborracharse cada día, tiene que vender su casa y sus tierras, si las tiene, o llevar sus muebles y sus ropas al monte de piedad. En el sur hay menos aguardiente y más juego; pero entre ambos hay poco que elegir, pues cualquiera de los dos empobrece a quienes se consagran a su servicio, y a los que incluso el fumar opio es preferible.

El señor Meadows, intérprete del Gobierno chino en Hong-Kong, dice: «En cuanto a la moralidad de la cuestión del opio, tengo la fortuna de poder dar al lector de la metrópoli, por analogía y en pocas palabras, una idea tan exacta de ella como la que yo mismo tengo. Fumar un poco de opio a diario es como tomar una o dos pintas de cerveza, o unos vasos de vino al día; fumar más opio es como tomar aguardiente además de cerveza y vino, o una gran ración de estos últimos; fumar mucho opio es como el excesivo beber aguardiente y ginebra, que lleva al delirium tremens y a la muerte prematura. Tras frecuente consideración del asunto durante trece años, los dos últimos pasados en la metrópoli, sólo puedo decir que, aunque las sustancias son diferentes, en cuanto a la moralidad de producirlas, venderlas y consumirlas, no veo diferencia alguna; mientras que la única diferencia que puedo observar en las consecuencias del consumo es que el fumador de opio no es tan violento, tan llorón ni tan repugnante como el borracho. Las ropas y el aliento del fumador confirmado y constante están más o menos marcados por el pe-

culiar olor penetrante del opio, y con el tiempo se vuelve descuidado en lavarse de las manos las manchas de su pipa. Pero todo esto no es más desagradable que el olor a cerveza, a vino o a ginebra, y la falta de limpieza que caracterizan al borracho confirmado. En todos los demás respectos, el contraste es en desventaja del borracho.»

Sin llevar más adelante esta cuestión, evidentemente hay una fascinación en la pipa para el fumador de opio, hasta un grado del que el más ardiente amante de una pipa de tabaco tiene sólo una vaga idea. En la proporción en que la indulgencia en la droga produce un estado de felicidad que trasciende con mucho todo lo que experimenta el devoto de la hierba, así aumenta su influencia sobre él; y si es difícil para el fumador habitual de tabaco renunciar al placer de su acostumbrada pipa, es por tanto diez veces más difícil para el fumador o comedor de opio renunciar para siempre a una costumbre que trae consigo, aunque sea en imaginación, placeres diez veces mayores y un goce más extático. Ésta es la evidencia universal de todos los que han sido interrogados, y de todos los que han tenido trato con opiófagos en todas partes del mundo.

Qué influencia tan fascinante tiene este Paraíso en perspectiva sobre quienes se entregan a viajes hacia él, puede imaginarse por el notorio hecho de que en Bristol, Coleridge llegó hasta el punto de contratar hombres —mozos de cuerda, cocheros de alquiler y otros— para oponerse por la fuerza a su entrada en cualquier botica de droguero. Pero como la autoridad para detenerlo derivaba sólo de él mismo, estos pobres hombres se vieron en un aprieto; pues cuando llegaban el momento y la inclinación, él se dirigía a la tienda, y al ofrecer ellos resistencia, él, el mismo que les había instruido para impedir su entrada, insistía ahora en que le dejasen pasar, anulaba todas las instrucciones anteriores, y con la autoridad de quien pagaba sus servicios, exigía su ejercicio como le parecía oportuno, y las puertas del Paraíso se abrían.

Según Darwin, incluso las aves de corral han subido la escala hasta pocos peldaños del Elíseo; pues aquel digno autor nos informa que se las alimentaba para el mercado de Londres mezclando ginebra y opio con su comida, y manteniéndolas en la oscuridad, pero que «deben ser muertas tan pronto como estén cebadas, o se vuelven débiles y enflaquecidas, como los borrachos humanos». No tenemos ninguna polluela que

nos informe de las visiones de la familia del corral bajo la influencia de la droga beatífica, ni «Confesiones de un gallo» que cuenten los dolores que sucedieron a una indulgencia demasiado libre en las píldoras; todo lo que aprendemos del relato es que la visión del Paraíso precedió muy de cerca a su realidad, pues los bípedos emplumados fueron dosificados y muertos. El bípedo humano continúa su sueño durante medio siglo —y durante todo ese período no es sino un sueño—, pero que es feliz mientras está bajo su influencia no puede dudarse; y cuando se ha recostado en su lecho, ha obtenido su pipa y se ha hundido en el olvido beatífico tan codiciado por el asiático, podemos imaginarlo exclamando con la Peri, tras obtener la lágrima que se desliza:

«¡Gozo, gozo por siempre! Mi tarea está cumplida;

las puertas se han pasado, y el cielo se ha ganado.

¡Oh! ¿No soy feliz? Lo soy, lo soy.

Para ti, ¡dulce Edén!, cuán oscuras y tristes

son las torres de diamante de Shadukram,

y los fragantes vergeles de Amberabad.

¡Gozo, gozo por siempre! Mi tarea está cumplida;

las puertas se han pasado, y el cielo se ha ganado.»

«Ese jugo de la tierra, veneno y bendición del corazón y el cerebro del hombre:

ese brebaje de hechicería, que trae fantasmas de hermosas cosas prohibidas cuyas gotas, como las del arco iris, sonríen sobre las nieblas que rodean al hombre, iluminando no sólo la tierra, sino abarcando también el cielo en su extensión.»

Lalla Rookh.

La leyenda mahometana de la ascensión de su profeta al cielo, donde recibió instrucciones para la fe y la conducta de sus seguidores, corre así entre ellos.

Mahomet estaba reclinado sobre la piedra sagrada en el templo de La Meca; Gabriel vino a él y le abrió el pecho desde el esternón hasta la ingle, y le sacó el corazón, y lo lavó en una vasija de oro llena del agua de la Fe, y luego lo restituyó a su lugar. Después le fue traída una bestia blanca, menor que una mula y mayor que un asno, llamada Al-Borak. Tenía rostro humano, mejillas de caballo, sus ojos eran jacintos tan brillantes como estrellas. Tenía alas de águila todas de luz, y su cuerpo estaba adornado con gemas y piedras preciosas. Sobre ésta fue llevado Mahomet. Gabriel procedió con él al primer cielo de plata, y llamó a la puerta; tras alguna conversación fue bienvenido, y la puerta se abrió. Aquí Mahomet saludó a Adán. Pasaron luego al segundo cielo, todo de acero pulido y deslumbrante esplendor, y saludaron a Noé. Entraron después en el tercer cielo, tachonado de piedras preciosas y demasiado brillante para ojos mortales. Aquí se veía a Azrael, el Ángel de la Muerte, escribiendo continuamente en un libro los nombres de los que han de nacer, y borrando los de los que han de morir. Subieron al cuarto cielo, de la más fina plata, donde vieron al Ángel de las Lágrimas, que estaba destinado a llorar por los pecados de los hombres y a predecir los males que les aguardaban. El quinto cielo era de oro purísimo. Aquí Mahomet fue recibido y saludado por Aarón. Este cielo estaba habitado por el Ángel Vengador. Se sentaba en un trono rodeado de llamas, y ante él había un montón de cadenas al rojo vivo. El sexto cielo estaba compuesto de una piedra transparente, donde moraba el ángel guardián del cielo y de la tierra. Aquí Moisés lloró al ver al profeta que había de tener más seguidores que él. Mahomet entró luego en el séptimo cielo de luz divina, donde vio muchas cosas maravillosas, que relató para instrucción de los fieles. Entró en Al Mainour, la casa de la Adoración, y al entrar le fueron ofrecidos tres vasos: uno que contenía vino, otro leche y un tercero miel. Él bebió de la leche. «¡Bien has hecho!», exclamó Gabriel. «Si hubieras bebido del vino, tu pueblo se habría extraviado todo.» El Profeta regresó entonces a la tierra, tal como había ascendido al cielo.

El Al-Borak de los musulmanes modernos es el opio; por medio de este vehículo, el más milagroso de todos, ascienden al cielo de los cielos.

Cuáles son los verdaderos efectos del opio se exponen mejor

descrito por un eminente médico, que ha estudiado bien los resultados que producen todas tales influencias sobre el cerebro. La imaginación parece ser afectada, independientemente del peculiar torpor, acompañado de sensaciones de satisfacción y de la ausencia de toda comunicación con el mundo externo. Los sentidos no transmiten falsas impresiones al cerebro; todo lo que se ve, se oye o se siente está fielmente delineado, pero la imaginación reviste cada objeto con su propio ropaje fantástico. Exagera, multiplica, colorea, da formas fantásticas; surge una nueva condición de la percepción ordinaria, y la razón, abandonándose a la imaginación, no resiste el deleite de entregarse a visiones. Si los ojos se cierran y nada se presenta que excite los sentidos externos, se despliega todo un cortejo de vívidos sueños. Un teatro se ilumina en el cerebro; gráciles danzarinas ejecutan las evoluciones más cautivadoras; una música de carácter sobrenatural flota en el ambiente; la poesía, cuyos armoniosos números y cuyos temas excitantes están muy por encima del poder de la mente humana, se derrama incesantemente. La memoria, sin embargo, está generalmente dormida; todas las pasiones, afecciones y emociones han perdido su dominio. Todo es una exquisita indolencia, durante la cual los sueños surgen espontáneamente, brillantes, hermosos y estimulantes. Hay orden, armonía, tranquilidad. Si un solo objeto ha sido vívidamente impreso en el ojo, es multiplicado mil veces por la imaginación; vastas procesiones pasan ante él en sus ensueños con fúnebre pompa.

Que ésta es la doctrina de la verdadera iglesia sobre la materia del opio, podemos aprenderlo de De Quincey, de cuya iglesia se reconoce él mismo Papa y legado autodesignado a latere para todos los grados de latitud y longitud.

«A menudo caía en tales ensueños después de tomar opio, y muchas veces me ha sucedido en una noche de verano, cuando estaba sentado ante una ventana abierta desde la cual podía contemplar el mar a una milla por debajo de mí y, al mismo tiempo, dominar la vista de alguna gran ciudad situada en un radio diferente de mi prospecto circular, pero a casi la misma distancia, que desde el ocaso hasta el amanecer, a través de todas las horas de la noche, he permanecido inmóvil, como helado, sin conciencia de mí mismo como de un objeto en modo alguno distinto

de la multiforme escena que contemplaba desde lo alto. Tal escena, en todos sus elementos, no rara vez se realizaba para mí en la suave eminencia de Everton. Oblicuamente a la izquierda yacía la ciudad de muchas lenguas, Liverpool; oblicuamente a la derecha, el multitudinario mar. La escena misma era en cierto modo típica de lo que ocurría en tal ensueño. La ciudad de Liverpool representaba la tierra, con sus dolores y sus tumbas dejados atrás, pero no fuera de la vista ni del todo olvidados. El océano, en eterna pero suave agitación, aunque cobijado por una calma de paloma, no podía tipificar de modo impropio la mente y el humor que entonces la dominaba. Pues me parecía como si entonces por primera vez estuviera a distancia, apartado del estruendo de la vida, como si el tumulto, la fiebre y la contienda estuvieran suspendidos; como si se concediera un respiro de las cargas secretas del corazón, algún sábado de reposo, algún descanso de los trabajos humanos. Aquí estaban las esperanzas que florecen en los caminos de la vida, reconciliadas con la paz que hay en la tumba; movimientos del intelecto tan incansables como los cielos, pero para todas las ansiedades una calma de alcíone; tranquilidad que no parecía producto de la inercia, sino como si resultara de poderosos y equilibrados antagonismos, actividades infinitas, reposo infinito.»

Y ahora sigámosle a la Ópera. El difunto Duque de Norfolk solía decir: «El próximo lunes, si el viento y el tiempo lo permiten, me propongo emborracharme»; y, de igual manera, yo solía fijar de antemano cuántas veces, dentro de un tiempo dado, cuándo y con qué circunstancias accesorias de alegría festiva, cometería una orgía de opio. Esto era rara vez más de una vez cada tres semanas, pues en aquel tiempo no me habría atrevido a pedir cada día (como después hice) un vaso de negus de láudano, caliente y sin azúcar.

«No: una vez cada tres semanas bastaba; y el tiempo elegido era o un martes o un sábado por la noche, cuya razón era ésta: martes y sábado fueron durante muchos años las noches regulares de función en el teatro de la ópera, y allí en aquellos tiempos cantaba Grassini, y su voz me deleitaba más allá de todo lo que jamás había oído. Estremecedor era el placer con que casi siempre la oía. Temblando de expectación me sentaba cuando se acercaba el momento de su áurea epifanía, temblando me

levantaba de mi asiento, incapaz de reposo, cuando aquella voz celestial y semejante a un arpa cantaba su propia bienvenida victoriosa en su preludio threttanelo — threttanelo. Los coros eran divinos de oír; y cuando Grassini aparecía en algún intermedio, como a menudo hacía, y derramaba su alma apasionada como Andrómaca ante la tumba de Héctor, etc., dudo que ningún turco, de todos los que jamás entraron en el paraíso de los comedores de opio, haya tenido la mitad del placer que yo tuve. Pero, en verdad, honro demasiado a los bárbaros al suponerlos capaces de placeres que se aproximen a los intelectuales de un inglés. Un coro de elaborada armonía desplegaba ante mí, como en un tapiz de arras, toda mi vida pasada, no como si fuera evocada por un acto de memoria, sino como si estuviera presente e encarnada en la música; ya no dolorosa de contemplar, sino con el detalle de sus incidentes eliminado o fundido en alguna abstracción brumosa, y sus pasiones exaltadas, espiritualizadas y sublimadas. Y por encima de la música del escenario y de la orquesta tenía a mi alrededor, en los intervalos de las funciones, la música de la lengua italiana hablada por mujeres italianas —pues la galería solía estar llena de italianos—, y la escuchaba con un placer como aquel con que Weld, el viajero, yacía y escuchaba en Canadá la dulce risa de las mujeres indias; pues cuanto menos se entiende una lengua, más sensible se es a la melodía o a la aspereza de sus sonidos.»

---

el escenario y la orquesta los tenía a mi alrededor, en los intervalos de las representaciones, la música de la lengua italiana hablada por mujeres italianas —pues la galería solía estar atestada de italianos— y yo escuchaba con un placer, semejante a aquel con que Weld, el viajero, yacía y escuchaba en Canadá, la dulce risa de las mujeres indias; pues cuanto menos se comprende una lengua, tanto más sensible se es a la melodía o a la aspereza de sus sonidos.»

Busque el lector que desee conocer sus otras experiencias de los sábados por la noche, vagando por los mercados y recorriendo los intrincados laberintos de callejuelas y callejones, búsquelo en sus «Confesiones».

Un inglés que despierta una mañana se encuentra en Hong-Kong, en medio del opio y de los fumadores de opio. Se asombra de que el chino

ame el opio como no ama ninguna otra cosa; no puede pensar por qué su gusto viciado no se había fijado en algo más noble, por qué no se aficiona al aguardiente británico. ¡Pero no! Ama el opio. Y un parsi lo lleva a ver las maravillas, y es tan cortés que conduce al extranjero a su almacén y abre dos cofres de opio, para que vea la droga tal como pasa al comercio. De estos, el primero consistía en bolas, que describe del tamaño de una gran bola de masa de manzana, y al cortarlas se halla que la masa es sólida. El otro estaba lleno de objetos que un comandante de la marina ordenó a sus hombres devolver a los dueños de una junco apresado: «¿No os avergonzáis, muchachos, de saquear un montón de miserables quesos holandeses?» Los «quesos holandeses» eran opio de Patna, que valía unas 5 libras cada uno. Globos de espesa gelatina oscura encerrados en una corteza no muy distinta de la corteza de un queso. El parsi golpeó uno con un fragmento de un cierre de hierro de un cofre, y extrajo cerca de una cucharada de la droga. No era

el opio lo que ocupaba la atención del viajero, era el efecto que producía sobre los coolíes que lo rodeaban. Nunca antes había visto la excitación en el rostro de un chino. Los había visto juzgados con pena de muerte y condenados a muerte. Los había visto poner a prueba la paciencia tan sufrida del señor Tudor Davies en el juzgado de policía de Hong-Kong, donde aquel caballero se ocupaba a diario en laboriosos esfuerzos por extraer la verdad de mentiras contradictorias. Los había visto reír de corazón ante un gesto en un canto; y una vez vio a un testigo sonreír con gran deleite al ver inesperadamente a su amigo más íntimo, un comerciante de riqueza reputada, entre una multitud de prisioneros en el banquillo. Pero estos coolíes, cuando vieron que el opio abría sus ojos horizontales y rasgados, hasta volverse redondos y saltones, sus miembros, tan flojos y lánguidos cuando no están en pleno esfuerzo del trabajo, se pusieron rígidos de excitación, cada cabeza se inclinaba hacia adelante, cada mano parecía pronta a aferrar. Había la posibilidad de que lo pusieran sobre el alféizar de la ventana, cerca de la cual estaban el extranjero y su amigo parsi — y podía verse la sombra de dedos prontos a deslizarse. Era casi seguro que lo arrojarían a un lado — y estaba la gran esperanza de una orgía de opio gratis, y este era el estado de ánimo que la esperanza creaba. ¡Y oh, qué arrobamientos, qué deleites, qué sueños! Ya, en imaginación, se deleitaban en escenas como las que el ojo des-

pierto de mortal alguno jamás vio, y como las que nunca concibió mente humana.

«Un paraíso de bóvedas enramadas iluminadas por flores que miran hacia abajo,

y senderos acuosos que serpentean entre desiertos calmos y verdes,

poblados de formas demasiado brillantes para verlas y reposar, tras haberlas contemplado; algo semejante a ti

que caminas sobre el mar y cantas melodiosamente.»

No podemos comprender este fascinación en que el opio tiene a su devoto en toda su extensión; y sin embargo, en cierto modo, el amante del tabaco, privado de su pipa o de su mascada, puede en cierto modo comprenderlo mejor que cualquier otro inglés, exceptuados los opiófagos. Colóquese al admirador de su hierba en circunstancias en que no pueda entregarse a aquel lujo, y los anhelos internos por su compañero querido son afines a los del fumador de opio sin su droga. Se ha sabido de algunos fumadores inveterados de tabaco que declaraban que preferirían renunciar a su comida acostumbrada antes que a su bocanada; esto lo profesan a veces, pero esto el devoto del opio lo cumple a menudo. Los casos están lejos de ser raros de fumadores de opio que mueren de inanición, habiendo negado a sus cuerpos el sustento que requerían, para procurarse su muy amado chandu. Mártires de su amor al opio.

Como el opio es generalmente consumido por las clases bajas, en establecimientos llamados tiendas de opio, o de otro modo Papan Mera, una o dos palabras les corresponden. En Singapur, estas tiendas están limitadas por las regulaciones a cuarenta y cinco en la ciudad y seis en el campo. Cada una tiene una tabla roja, que el vendedor debe colgar fuera de su tienda, con el número en ella, tal como lo recibió del arrendatario del opio. De ahí el nombre de Papan Mera, o «tabla roja», y las tiendas son conocidas por ese nombre por todas las clases de nativos. Están esparcidas en todas direcciones por la isla; y dondequiera que se congrega un número de chinos, allí hay una o más. El arrendatario es el más interesado en la venta del opio, y en la extensión de las tiendas y del comercio. Un hombre va a él generalmente, ya conocido previamente o re-

comendado, y dice que desea abrir un Papan Mera; por supuesto, el arrendatario del opio desea que lo haga, y que tenga éxito, y venda

mucho opio, pues todo el opio se compra al arrendatario del opio, no siendo permitido a nadie más vender opio en la isla, y por cuyo privilegio contrata anualmente con el Gobierno una suma considerable. El hombre obtiene la tabla roja, por la que paga dos chelines. Si el número limitado de cuarenta y cinco está completo, no necesita tabla, pero no se le niega el privilegio de abrir una tienda. En este caso, cuelga una estera en lugar de la puerta, por la cual una tienda de opio es conocida por todos, mientras que el hecho se anuncia mediante una inscripción china. No se paga nada por una licencia, no se otorgan fianzas, pero el nuevo hombre compra al arrendatario cierta cantidad de chandu, o opio preparado, y según sus facilidades para venderlo, así es el precio. Si la tienda ha de abrirse en la ciudad, donde hay más clientes, y si está cerca de donde abundan los artesanos chinos, entonces paga unas ocho chelines por tael (1¼ onza), o a razón de seis chelines la onza. Si a poca distancia, unos cinco chelines y seis peniques la onza. Aún más lejos de la ciudad, cinco chelines, luego cuatro chelines y seis peniques. Es más, incluso desciende a una fracción por encima de tres chelines la onza. Esta última es la suma que paga el Nacodah de un junco chino, que toma una gran cantidad a la vez, pues dos tercios de su tripulación son generalmente consumidores, y la facilidad para el consumo ilícito es grande. Se espera que los propietarios del Papan Mera lo vendan al por menor a sus clientes a un poco más del precio al que lo compraron. Si en la ciudad, donde pagan diez peniques por cheen o seis chelines la onza, entonces cobran once peniques por cheen o apenas siete chelines la onza, a quienes vienen a comprarlo o usarlo en el local. El arrendatario del opio no recibe nada del dueño de la tienda, excepto el dinero por su opio; el dueño no recibe nada del arrendatario sino el

opio por su dinero, y a veces un descuento del ocho por ciento. Ni pagan los fumadores de opio más en las tiendas por su opio que si lo compraran directamente al arrendatario. ¿Cómo, entonces, se las arregla el dueño de la «tabla roja» para vivir? ¿Cómo paga el alquiler, a veces hasta 2 o 3 libras al mes? ¿Cómo puede mantener a su mujer, y a las peque-

ñas «tablas rojas», y a uno o dos coolíes? ¡Ecce! Hace todo esto con los residuos del chandu, el Tye o Tinco, vendido a los pobres.

Del Tinco y el Samshing dependen casi por completo para su sustento los dueños de muchas de las tiendas de opio. Con su venta se paga el alquiler, se mantiene a la familia y se conserva a los criados. Si un hombre vende tres taels, o tres onzas y tres cuartos de chandu al día, habrá cerca de la mitad de esa cantidad de Tinco, o una onza y tres cuartos; este es el residuo no consumido que queda en la pipa después de fumar, y que es propiedad del dueño del Papan Mera, y del consumo de este obtiene un residuo ulterior de poco más de tres cuartos de onza, que se llama Samshing. Si vende su Chandu por veinticinco chelines, con su Tinco y su Samshing realizará cerca de doce chelines y seis peniques al día, y esta es su renta. Pocos, sin embargo, venden tanto, y menos aún reciben otro tanto.

El «Papan Mera» es de todas clases, desde una choza hasta una casa de ladrillo de dos pisos, por la que se pagan 3 libras mensuales de alquiler. Hablando en general, el lujo de la pipa es todo lo que al fumador le importa, y todas las demás cosas, como aposentos cómodos, muebles elegantes y ventilación adecuada, se desatienden. En algunas casas hay aposentos además de los que tienen entrada desde la calle. Las regulaciones de policía ordenan que a las nueve de la noche todos abandonen sus pipas. Pero ¿se atiende siempre al sonido del toque de queda? «Más pronto el viajero jadeante, bajo un sol abrasador, cuando han transcurrido horas desde que sus labios resecos se humedecieron, arrojaría de su boca el cáliz antes de que su sed estuviera medio saciada, que el fumador de opio ser esclavo del tiempo.» Si llegan las nueve y no ha alcanzado su clímax, entonces se retira a una cámara interior, donde, a gusto y sin ser molestado, puede realizar aquel goce y consumar aquella dicha de la que el dueño de «casaca azul y botones brillantes» lo privaría. Así se desliza al Paraíso mientras el Peri y el «pelador» permanecen fuera desconsolados.

Nuestro hombre del Papan Mera es un buen hombre, y su mujer es una buena mujer, así que echamos un vistazo puertas adentro, arriba, detrás de las escenas, el aposento donde las laches están en casa de jure, no siendo quizá permitido fumar en casa de facto. Por supuesto, el visitante

común no tiene entrada. En el centro se alza una gran cama, sentada en ella una mujer, la espalda apoyada en cojines. Es joven, es hermosa —sí, hermosa en extremo, y vestida con los hábitos de la tierra florida. Cerca de ella hay una mesa, sobre la que hay té y dulces. Ella también es devota de la droga; con ojos soñolientos medio cerrados, aspira el vapor inspirador, luego se hunde hacia atrás sobre los cojines, inconsciente de que la estamos mirando, sus oscuras trenzas desgreñadas colgando por encima, pero apenas ocultando el seno que se alza, único signo de vida.

Aunque se supone que solo hay cuarenta y cinco tiendas de opio con licencia en la ciudad de Singapur, hay más de ochenta; dondequiera que hay chinos, allí puede también encontrarse el Papan Mera. Ciertos oficios se congregan juntos —tiene usted carpinteros en una calle, herreros en otra, plateros y orfebres en una tercera, y así sucesivamente. Entre algunos oficios, el hábito de fumar opio es más

comunes que en otras, los principales consumidores se encontrarán entre carpinteros, herreros, barberos, revendedores, coolíes, barqueros, plantadores de gambier y jardineros. Nada menos que el ochenta y cinco por ciento de las personas dedicadas a estos oficios están entregadas a la droga. Zapateros, sastres y panaderos son, por lo general, menos adictos al hábito; entre los dos primeros, no más del veinte por ciento son fumadores. Dondequiera que haya carpinteros, herreros, etc., en abundancia, habrá también en abundancia tiendas de opio. En muchas calles hay seis de estas tiendas. En una calle hay doce. En la calle de Cantón hay ocho casas, y dos de ellas tienen licencia para el opio. En Hong-Kong y en Cantón ocurre lo mismo. Ciertas calles se consagran a ciertos oficios, y ciertos oficios al opio.

El señor abate Hue comunica algunos datos adicionales sobre el opio en China. En la actualidad compra este país anualmente a los ingleses opio por valor de siete millones de esterlinas; el tráfico es de contrabando, pero se practica a lo largo de toda la costa del Imperio, y especialmente en las inmediaciones de los cinco puertos abiertos a los europeos. Grandes y hermosos buques, armados como naves de guerra, sirven de depósitos a los comerciantes ingleses, y el comercio está protegido no solo por el Gobierno inglés, sino también por los mandarines del Imperio chino. La ley que prohíbe fumar opio bajo pena de muerte no ha sido, en

verdad, jamás derogada; pero todo el mundo fuma a sus anchas a pesar de ello. Pipas, lámparas y todos los aparatos se venden públicamente en cada ciudad, y los propios mandarines son los primeros en violar la ley y dar este mal ejemplo al pueblo, incluso en los tribunales de justicia. Durante todo el largo viaje del abate por China, no encontró sino un tribunal

donde no se fumara opio abierta y impunemente.

Los chinos preparan y fuman su opio echados, unas veces sobre un costado, otras sobre el otro, diciendo que es esta la posición más favorable; y los fumadores de distinción no se toman toda la molestia de la operación, sino que se hacen preparar las pipas.

Desde hace varios años algunas de las provincias meridionales se dedican activamente al cultivo de la adormidera y a la fabricación del opio. Los comerciantes ingleses confiesan que el producto chino es de excelente calidad, aunque inferior al de Bengala; pero el opio inglés sufre tal adulteración antes de llegar a la pipa del fumador, que en realidad no es tan bueno como el que los propios chinos preparan. Este último, sin embargo, aunque se entrega perfectamente puro, se vende a bajo precio y lo consumen los fumadores de la clase más baja.

El de los ingleses, a pesar de su adulteración, escribe así el abate Hue, es muy caro y está reservado a los fumadores de distinción; capricho que solo puede explicarse por la vanidad de los ricos chinos, que tendrían a menos fumar opio de producción nativa y que no fuera de precio ruinoso; lo que viene de lejos debe evidentemente ser preferible. Es muy probable que los chinos cultiven pronto la adormidera en gran escala y fabriquen en su casa todo el opio necesario para su consumo.

Es cierto que los ingleses no pueden ofrecer un artículo igualmente bueno al mismo precio; y, si la moda cambiara, la India británica sufriría un gran revés en su comercio de opio con China. El abate hace referencia al crecido consumo de opio en Inglaterra, tanto en forma líquida como sólida, cuyo progreso califica de alarmante, y concluye luego el asunto con el

siguiente extraordinario párrafo: — «Curioso e instructivo sería, en verdad, que viéramos algún día a los ingleses ir a comprar opio a los puertos de China, y a sus buques traer de vuelta desde el Celeste Imperio esta sustancia deletérea para envenenar Inglaterra. Bien podríamos exclamar en tal caso: "Dejad el juicio a Dios."»

«Escenas de dolor,

regiones de tristeza, lúgubres sombras, donde la paz y el reposo nunca pueden morar, la esperanza nunca llega, la que a todos llega.» — Milton.

El lado nocturno del consumo y de fumar opio debe verse, así como el día brillante y soleado, antes de que lo colmemos de elogios como algunos de sus adeptos se han permitido. Puede haber un paraíso al que el theriaki pueda elevarse, pero también hay un abismo en el que puede caer. Lord Macartney nos informa que los javaneses, bajo una dosis extraordinaria de opio, se vuelven furiosos además de desesperados. Adquieren un valor artificial; y cuando sufren por la desgracia y la decepción, no solo apuñalan a los objetos de su odio, sino que salen a atacar de igual manera a toda persona que encuentran, hasta que la propia conservación hace necesario destruirlos. Mientras corren gritan Amok, amok, que significa ¡matad, matad!, y de ahí la frase running a muck. La práctica de correr amok apenas se conoce en Pinang ni en ninguno de los tres establecimientos de los Estrechos. El capitán Low no pudo recordar más de dos casos en aquel lugar, incluida Province Wellesley, en un período de diecisiete años, y el último de que había oído hablar, que ocurrió en tierra en Singapur, fue muchos años atrás. Un hombre corrió amok —o, como lo llaman los malayos, meng amok—. Había jugado mucho, según se decía, y había matado a uno o más individuos de su familia. A continuación se administró opio y se lanzó por las calles con un kris o puñal desenvainado en la mano, perseguido por la policía. El mayor Farquhar, entonces residente, al oír el alboroto, salió de su casa, donde el hombre enfurecido, que estaba a punto de pasar por delante, se abalanzó sobre él y lo hirió en el hombro; pero un cipayo que estaba de centinela en la puerta recibió al desesperado en su bayoneta en el mismo instante e impidió un segundo golpe.

Al capitán Beeckman le contaron de un javanés que corrió amok por las calles de Batavia y había matado a varias personas, cuando se topó con un soldado que lo atravesó con su pica. Pero tal era la desesperación del hombre enfurecido, que se empujó hacia adelante sobre la pica hasta que estuvo lo bastante cerca para apuñalar a su adversario con un puñal, y ambos expiraron juntos.

Pero el peor Pandemonio que sufren quienes se entregan al opio es el de la mente. El opio conserva en todo momento su poder de excitar la imaginación, siempre que se tomen dosis suficientes; pero cuando se ha continuado tanto tiempo como para provocar enfermedad en la constitución, los sentimientos placenteros se desvanecen y son sucedidos por otros de muy distinta especie. En lugar de disponer la mente a la felicidad, actúa sobre ella como el hechizo de un demonio y hace surgir fantasmas de horror y repugnancia. La fantasía, aún tan poderosa, cambia de dirección. Antes revestía todos los objetos con la luz del cielo; ahora los reviste con los atributos del infierno. Duendes, espectros y toda clase de visiones enfermizas acechan la mente, poblándola de imágenes lúgubres y repulsivas. El sueño ya no se alegra con sus anteriores visiones de felicidad. Sueños espantosos ocupan su lugar, hasta que por fin la persona se convierte en víctima de una miseria casi perpetua.

De Quincey reconoce la verdad de todo esto cuando escribe sobre los dolores del opio. Casi todas las circunstancias se transforman en fuente de terror. Las visiones del pasado siguen presentes en los sueños, pero ya no rodeadas de un halo de placer. La desterrada Ann y el malayo errante vuelven para atormentarlo con su continua presencia. Todo esto está contado en un lenguaje tan gráfico que sería casi criminal intentar describirlo en cualquier otro. El Sueño de Piranesi es citado como un tipo de los que ahora sufría: «Muchos años atrás, mientras hojeaba las *Antigüedades de Roma* de Piranesi, Coleridge, que estaba a mi lado, me describió una serie de láminas de aquel artista, llamadas sus *Sueños*, y que registran el paisaje de sus propias visiones durante el delirio de la fiebre. Algunas de ellas representaban vastos salones góticos; en el suelo se alzaban máquinas —ruedas, cables, catapultas, etc.—, expresivas de un poder enorme puesto en acción y de una resistencia vencida. Trepando por los muros, o más bien por las paredes, se percibía una escalera;

y, subiendo por ella, estaba Piranesi mismo. Siguiendo la escalera un poco más lejos, se veía que terminaba abruptamente, sin barandilla y sin permitir ningún paso al pie que se aventurara más allá del extremo. Al pensar en lo que debe suceder al pobre Piranesi, al menos suponéis que ahora debe terminar de algún modo su ascenso. Elevad de nuevo la vista y he aquí un segundo tramo de escaleras, del cual de nuevo es Piranesi el que sube. Alzad otra vez los ojos y se descubre un tramo aún más aéreo; y allí está de nuevo el delirante Piranesi, afanado en sus aspiraciones labores; y así sucesivamente, hasta que las escaleras inacabadas y el desesperanzado Piranesi se pierden ambos en la penumbra superior de la sala. Con el mismo poder de crecimiento sin fin y de autorreproducción procedía mi arquitectura en sueños. En la etapa temprana de la enfermedad, las esplendideces de mis sueños eran, en efecto, principalmente arquitectónicas, y contemplaba tal pompa de ciudades y palacios como nunca ha contemplado el ojo despierto, salvo en las nubes. De un gran poeta moderno cito parte de un pasaje que describe como una apariencia realmente contemplada en las nubes lo que, en muchas de sus circunstancias, yo veía con frecuencia en el sueño:

«La apariencia, revelada instantáneamente, era la de una ciudad poderosa —atreveos a decir un desierto de edificios, que se hunde lejos y se retira en sí mismo hacia una profundidad maravillosa, hundiéndose lejos en un esplendor sin fin! Fábrica parecía de diamante y de oro, con cúpulas de alabastro y agujas de plata, y deslumbrante terraza sobre terraza, alta y elevada; aquí, serenos pabellones brillantes, dispuestos en avenidas; allí, torres ceñidas de almenas, que en sus frentes inquietas llevaban estrellas —¡iluminación de todas las gemas! Por naturaleza terrenal había sido obrado el efecto sobre los oscuros materiales de la tormenta ya pacificada; sobre ellos, y sobre las calas y las pendientes y cumbres de las montañas, adonde los vapores se habían retirado —tomando allí su estación bajo un cielo cerúleo.»

Otras confesiones describen las características de algunas de estas visiones opiáticas en relación con tierras tropicales. «Bajo el sentimiento conectivo del calor tropical y de las luces verticales del sol, reuní a todas las criaturas —aves, bestias, reptiles—; junto con árboles y plantas, usos y apariencias que se encuentran en todas las regiones tropicales, y los

congregué en China o el Indostán. Por sentimientos afines, sometí a Egipto y a sus dioses a la misma ley. Fui mirado con fijeza, abucheado, burlado, parloteado por monos, por periquitos, por cacatúas. Corrí hacia pagodas y quedé fijo durante siglos en la cumbre, o en cámaras secretas. Yo era el ídolo —yo era el sacerdote— fui adorado —fui sacrificado. Huí de la ira de Brahma por todos los bosques de Asia —Vishnu me odiaba— Seeva me acechaba. Me topé de repente con Isis y Osiris. Había hecho, decían, una acción ante la cual el ibis y el cocodrilo temblaban. Miles de años viví, y fui enterrado en ataúdes de piedra, con momias y esfinges, en estrechas cámaras, en el corazón de pirámides eternas. Fui besado con besos cancerosos por cocodrilos, y fui depositado, confundido con todos los abortos indecibles, entre juncos y lodo del Nilo.»

De nuevo dice: «El maldito cocodrilo se convirtió para mí en objeto de más horror que todos los demás. Me vi obligado a vivir con él, y (como era siempre el caso en mis sueños) durante siglos. A veces escapaba y me encontraba en casas chinas. Todos los pies de las mesas, sofás, etc., pronto cobraron vida; la abominable cabeza del cocodrilo, y sus ojos lascivos, me miraban, multiplicados en diez mil repeticiones; y yo permanecía odiando y fascinado. Tan a menudo esta hideosa reptil frecuentaba mis sueños, que muchas veces el mismísimo sueño se interrumpía del mismísimo modo. Oía voces suaves que me hablaban (lo oigo todo cuando duermo), e instantáneamente despertaba; era pleno mediodía, y mis hijos estaban de pie, de la mano, junto a mi lecho, venidos a mostrarme sus zapatos de colores, o sus vestidos nuevos, o a dejarme verlos vestidos para salir.» Ninguna experiencia fue tan espantosa para mí, y al mismo tiempo tan patética, como esta abrupta traslación desde la oscuridad de lo infinito al aire veraniego y chillón del más alto mediodía, y desde los abortos indecibles de gigantescos vermes mal creados, a la vista de la infancia y de las inocentes criaturas humanas.

Y aún otra vez: «En algún lugar, pero no sabía dónde —de algún modo, pero no sabía cómo— por algunos seres, pero no sabía por quién— una batalla, una lucha, una agonía recorría todas sus etapas —se desarrollaba como la catástrofe de algún drama poderoso, con el cual mi simpatía era tanto más insoportable cuanto más se ahondaba la confusión sobre su escena local, su causa, su naturaleza y su indescifrable desenlace. Te-

nía el poder, y sin embargo no tenía el poder de decidirlo. Tenía el poder, si podía elevarme a quererlo; y sin embargo de nuevo no tenía el poder, pues el peso de veinte Atlánticos estaba sobre mí, o la opresión de una culpa inexpiable. "Más profundo de lo que jamás sonó la sonda", yacía inactivo. Entonces, como un coro, la pasión se ahondaba. Algún interés mayor estaba en juego —alguna causa más poderosa que cuantas jamás había alegado la espada o proclamado la trompeta. Luego venían alarmas súbitas, carreras de un lado a otro, temblores de innumerables fugitivos, no sabía si de la buena causa o de la mala; tinieblas y luces; tempestad y rostros humanos; y al fin, con la sensación de que todo estaba perdido, formas femeninas, y los rasgos que valían para mí todo el mundo; y solo un momento concedido, y manos entrelazadas, con quebrantos de corazón, despedidas, y luego —¡despedidas eternas! Y con un suspiro como el que suspiraron las cavernas del infierno cuando la madre incestuosa pronunció el aborrecido nombre de la Muerte, el sonido fue reverberado —¡despedidas eternas! Y de nuevo y aún de nuevo, reverberado —¡despedidas eternas!

»Y desperté entre luchas y grité en voz alta: "¡No dormiré más!"».

Estas visiones, y las de semejante carácter, en las que el malayo y la muchacha desterrada aparecen y reaparecen, casi se repiten de nuevo en una obra de años más recientes, producción de otra mente y de carácter muy distinto. Quien haya leído *Alton Locke* de Kingsley no puede dejar de haberse sentido impresionado por los vívidos sueños, semejantes a los del opio, que pasan por el cerebro del héroe cuando es derribado por la fiebre. Casi podría uno imaginar que su autor había sufrido él mismo algunas de las espantosas experiencias que De Quincey narra. En estas, el lugar que antes ocupaban las dos personas arriba nombradas lo usurpan la prima y Lillian; cambiad los nombres, y aparte de la íntima conexión de ambos entre sí, casi podría uno creerse leyendo una continuación de aquellos sueños que un desgraciado accidente impidió al opiófago inglés dar al mundo.

«Vagaba yo por la cresta inferior del Himalaya. A mi derecha, la línea de cumbres nevadas se mostraba como una sierra rosada contra el claro cielo azul de la mañana. Frambuesas y ciclámenes asomaban entre la nieve en torno mío. Al mirar hacia los abismos, podía ver muy abajo, a

través de los tenues velos de bruma azul que vagaban por las cañadas, las agujas plateadas de los gigantescos deodaras y los enormes rododendros, que brillaban como árboles de llama. El anhelo de toda mi vida de contemplar aquella cuna del género humano quedó satisfecho. Mis ojos se deleitaban en la inmensidad, mientras recorrían la ancha y llana jungla al pie de la montaña, una desolada sábana de oscuras y gigantescas gramíneas surcada por las sendas del búfalo y del rinoceronte, con áridos cauces arenosos, desoladas lagunas y, aquí y allá, un árbol solitario, raquítico por la malaria, destrozado por las inundaciones de la montaña; y mucho más allá, las vastas llanuras del Indostán, enlazadas por miríadas de ríos y canales de plata, estanques y arrozales, ciudades con sus mezquitas y minaretes, que relucían entre los señoriales palmerales a lo largo del horizonte sin límites. Sobre mí había un templo hindú, tallado en la arenisca amarilla. Subí hasta el piso superior de columnas, entre monstruosas figuras de dioses y demonios que me vociferaban, se retorcían y se burlaban de mí, esforzándose por liberarse de su lecho de roca. El toro Nundi se alzó y trató de cornearme; dioses de cien manos blandían discos y sables en torno a mi cabeza; y Kali dejó caer el cráneo de sus fauces chorreantes de sangre para aferrarme como presa. Entonces vino mi madre, y agarrando las columnas del pórtico, las dobló como juncos; un terremoto sacudió las colinas — grandes sábanas de bosque se deslizaron rugiendo y estrellándose hacia los valles. Un tornado barrió las salas del templo, que se mecían y agitaban como una nave en la tormenta: un estruendo — una nube de polvo amarillo que llenó el aire — me ahogó — me cegó — me quemó —

»Y Eleanor vino y tomó mi alma en la palma de su mano, como el ángel hizo con la de Fausto, y la llevó a una caverna junto al mar y la dejó caer; y yo caí y caí por siglos. Y todos los musgos aterciopelados, las flores de roca y las brillantes espatas y minerales cayeron conmigo, en torno mío, en lluvias de diamantes, torbellinos de esmeralda y rubí, y tamborilearon en el mar que gemía abajo y se apagaron; y la luz disminuyó sobre mí hasta una pequeña chispa, y se desvaneció; y yo estaba en tinieblas, y volví de nuevo a mi polvo.

»Arena — arena — ¡nada más que arena! El aire estaba lleno de arena, que se arremolinaba sobre templos de granito, y reyes pintados y triun-

fos, y los cráneos de un mundo anterior, y yo era un avestruz que huía enloquecido ante el viento simún, y las gigantescas columnas de arena que avanzaban por la llanura cazándome sin tregua. Y Lillian era una reina amazona, hermosa, y fría, y cruel; y montaba un caballo encantado, y llevaba tras ella en su silla una onza manchada, que era mi primo; y cuando me acercaba a ella, le hacía saltar y perseguirme. Y corrimos leguas y días por la interminable arena, hasta que él saltó sobre mí y me derribó. Y mientras yo yacía temblando y muriendo, ella detuvo su caballo sobre mí y me miró con hermosos ojos despiadados; y un árabe salvaje arrancó las plumas de mis alas, y ella las tomó y las trenzó en su cabello dorado. El ancho sol rojo como la sangre se hundió bajo la arena, y el caballo, la amazona y las plumas de avestruz brillaron rojo-sangre en sus lívidos rayos.

»Era un simio pequeñuelo en las selvas de Borneo, posado entre fragantes lianas y fantásticas flores de orquídea; y al mirar hacia abajo, bajo el techo verde, hacia las aguas claras, pavimentadas de desconocidos nenúfares sobre los que el sol jamás había brillado, vi mi rostro reflejado en el estanque — un semblante melancólico y pensativo, de grandes cejas salientes — bien pudiera haber sido el de un niño negro. Y sentí que se agitaban en mí los gérmenes de una conciencia nueva y superior — anhelos de amor hacia la madre simia, que me alimentaba y me llevaba de árbol en árbol. Pero crecí y crecí; y entonces el peso de mi destino cayó sobre mí. Vi año tras año cómo mi frente retrocedía, mi cuello se ensanchaba, mi mandíbula se proyectaba, mis dientes se convertían en colmillos — carnosas carúnculas crecían de mis mejillas — las facultades animales en mí se tragaban las intelectuales. Observaba en mí mismo, con estúpido asco de mí propio, la temible degradación que se opera de la juventud a la vejez en toda la raza de los monos, especialmente en los que más se acercan a la forma humana.

---

raza de monos, especialmente en aquellos que más se aproximan a la forma humana. Largos abatimientos melancólicos, estériles esfuerzos por pensar, sucedíanse periódicamente con frenesíes salvajes, agonías de lujuria y ferocidad sin objeto. Me lanzaba sobre mis hermanos los

monos, y era ahuyentado a heridas. Corría aullando hacia los jardines de la aldea, destruyendo cuanto encontraba. Atrapaba las aves y los insectos, y los hacía pedazos con salvaje regocijo. Un día, estando sentado entre las ramas, vi a Lillian que avanzaba por un sendero florido — ataviada como Eva pudo estarlo el día en que volvió la espalda al Paraíso. Pieles de aves espléndidas ceñían su cintura; su cabello estaba trenzado con fragantes flores tropicales. Sobre su pecho yacía un niño — era el de mi primo. La conocí, y la odié. La locura se apoderó de mí. Ansiaba saltar de la rama y despedazarla miembro a miembro; pero un terror brutal, el miedo al hombre que es la condena de las bestias, me mantuvo clavado en mi sitio. Luego llegó mi primo, un misionero cazador; y le oí hablarle con orgullo del nuevo mundo de civilización y cristianismo que estaba organizando en aquella selva tropical. Escuché con una oscura comprensión celosa — no de las palabras, sino de los hechos. Los veía instintivamente, como en un sueño. Ella me señaló con terror y disgusto, mientras yo estaba sentado rechinando los dientes y farfullando sobre su cabeza. Él alzó el cañón de su rifle con despreocupación y disparó — caí muerto, pero consciente aún. Supe que mi cadáver fue llevado al asentamiento; y observé mientras un cirujano sonriente y riente me diseccaba, hueso por hueso, y nervio por nervio. Y mientras él hurgaba en mi corazón, y disertaba burlonamente sobre los sueños de Van Helmont acerca del Archæus, y del espíritu animal que mora dentro del plexo solar, Eleanor pasó de nuevo como un ángel, y extrajo mi alma del nudo de nervios, con la punta de un dedo de terciopelo.

He aquí sueños que, por naturales que sean en su realización para los opiófagos, bastan para provocar una sincera exclamación de aquellos versos de Keats: —

«¡Oh sueños del día y de la noche! ¡Oh formas monstruosas! ¡Oh efigies del dolor! ¡Oh espectros afanosos en una fría, fría penumbra! ¡Oh Fantasmas de orejas lacias de negras charcas de hierba!»

La «fuga de sueños» del autor de las «confesiones» es un sueño diurno — espléndido — pero el tipo de muchos otros sueños, quizá, que habían recorrido la mente de su escritor bajo la influencia de la sutil droga. Casi podría uno aventurar la afirmación de que nadie sino el «comedor de opio» podría haber concebido y escrito aquella «fuga». Pero «apartaos,

sombras», aún tenemos duras realidades del Pandemonium del opio. ¡La mente sufre y reacciona sobre el cuerpo! Aunque los cuadros de las aflicciones tanto mentales como corporales de los que se entregan al opio son propensos a ser contemplados con algo de escepticismo, y con razón también, en estos tiempos de prejuicio y clamor contra el comercio del opio, sin embargo el obstinado hecho mira al escepticismo hasta hacerle bajar el rostro, en muchos de los detalles de los excesos de las víctimas del insinuante jugo de la adormidera. Algunos de estos hechos nos llegan con tan alta autoridad y son tan a menudo repetidos que el ojo y el oído se niegan a cerrarse y a ser ciegos y sordos a los dolores que suceden a los placeres del opio.

Un joven águila dijo a un búho reflexivo y muy estudioso: «Se dice que hay un ave llamada Merops que, cuando se eleva en el aire, vuela con la cola primero y la cabeza mirando hacia la tierra. ¿Es un hecho?»

«De ningún modo» (dijo el búho), «no es sino una ficción vana de los hombres. El hombre mismo es el Merops, pues querría remontarse al cielo sin perder de vista el mundo ni por un instante.»

El doctor Medhurst describe así al fumador de opio de China: — «Las apariencias exteriores son palidez del cutis, mejillas y labios sin sangre, ojos hundidos, con un círculo oscuro alrededor de los párpados, y en conjunto un semblante macilento. Hay una apariencia peculiar en el rostro de un fumador que no se observa en ninguna otra condición; la piel asume un aspecto pálido y cerúleo, como si toda la grasa hubiera sido extraída de debajo de la piel. Las cavidades del semblante, los párpados, la fisura y las comisuras de los labios, la depresión en el ángulo de la mandíbula, las sienes, etc., toman una apariencia oscura peculiar, no como la que resulta de diversas enfermedades crónicas, sino como si alguna materia oscura estuviera depositada debajo de la piel. Hay también una plenitud y protrusión de los labios, provenientes quizá del uso continuado de la gran boquilla peculiar de la pipa de opio. En fin, un fumador de opio confirmado presenta una apariencia sumamente melancólica, macilenta, abatida, con un ojo sin brillo, y un andar desaliñado, débil y endeble.»

Mustapha Shatoor, un comedor de opio de Esmirna, tomaba diariamente tres dracmas de opio en bruto. Los efectos visibles en el momento eran los ojos centelleantes y una gran exaltación de espíritu. Halló que el deseo de aumentar su dosis crecía en él. Parecía veinte años mayor de lo que en realidad era — su cutis era muy pálido — sus piernas pequeñas — sus encías carcomidas, y sus dientes desnudos hasta las cuencas. No podía levantarse sin tragar primero media dracma de opio. Este caso se detalla en las «Philosophical Transactions», y de su veracidad responden los filósofos.

Pouqueville dice: «Siempre fuera de sí, los theriakis son incapaces de trabajar, no parecen ya pertenecer a la sociedad. Hacia el fin de su carrera, sin embargo, experimentan dolores violentos, y son devorados por un hambre constante, ni puede su paregórico aliviar en modo alguno sus sufrimientos; se vuelven horribles de contemplar, privados de sus dientes, sus ojos hundidos en sus cabezas, en un temblor constante, dejan de vivir mucho antes de dejar de existir.

Heu Naetse, un natural Celeste, en su discurso al Sagrado Emperador, el hermano del Sol y de la Luna, informa a su majestad imperial que «cuando alguno está largamente habituado a inhalar opio, se hace necesario recurrir a él a intervalos regulares, y el hábito de usarlo, siendo inveterado, es destrucción del tiempo, perjudicial a la propiedad, y sin embargo querido para uno aun como la vida. De aquellos que lo usan con gran exceso, el aliento se vuelve débil, el cuerpo consumido, el rostro pálido, y los dientes negros. Los individuos mismos ven claramente los efectos malignos de ello, y sin embargo no pueden abstenerse. Se hallará en el examen que los fumadores de opio son vagabundos ociosos y perezosos, que no tienen ningún propósito útil ante ellos.»

El señor Ball afirma «que por todos los distritos de China pueden verse esqueletos andantes — familias desdichadas y arruinadas por padres y maridos drogados — multitudes que han perdido casa y hogar muriendo en las calles, en los campos, en las orillas del río, sin siquiera un extraño que cuide de ellos mientras viven, y cuando muertos dejados expuestos a la vista hasta volverse masas repugnantes.»

Un cirujano de Pinang dice «que los hospitales y las casas de pobres están principalmente llenos de fumadores de opio. En uno que tuve a mi cargo, los internos promediaban sesenta diarios, cinco sextos de los cuales eran fumadores de chanclu. Los efectos de este hábito sobre la constitución humana se manifiestan conspicuamente por estupor, olvido, deterioro general de todas las facultades mentales, emaciación, debilidad, cutis pálido, lividez de labios y párpados, languidez y falta de brillo del ojo; apetito o destruido o depravado. Por la mañana estas criaturas tienen una apariencia sumamente miserable, sin mostrar síntoma alguno de ser refrescados o vigorizados por el sueño, por profundo que sea. Hay una notable sequedad o ardor en la garganta, que los urge a repetir el fumar opio. Si la dosis no se toma a la hora acostumbrada, hay gran postración, vértigo, torpor, y flujo de agua de los ojos. Si la privación es completa, tiene lugar una serie de fenómenos aún más formidable — se siente frío por todo el cuerpo, con dolores punzantes en todas partes, sobreviene la más horrible sensación de miseria, y si el veneno es retenido, la muerte pone término a los sufrimientos de la víctima. El fumador de opio puede ser conocido por sus ojos inflamados y su semblante macilento, por sus miembros flacos y marchitos, su andar vacilante, su rostro pálido, su voz débil, y la mirada de su ojo presagio de muerte. Parece la criatura más desamparada que pisa la tierra.»

El abate Hue escribe: «nada puede detener a un fumador que ha hecho mucho progreso en este hábito, incapaz de atender a cualquier clase de negocio, insensible a toda necesidad, la más horrible pobreza; y la vista de una familia sumida en la desesperación y la miseria no puede excitarlo a la menor acción, tan completa es la repugnante apatía en que está hundido.»

El testimonio de Ho King Shan es que «impide el regular desempeño de los negocios; los que están en lugares de confianza que fuman dejan de atender personalmente incluso a sus más importantes oficios. Los comerciantes que fuman dejan de acudir a sus citas, y todos sus asuntos quedan atrás. Por el desperdicio del tiempo y la destrucción del negocio, la pipa no tiene rival.»

Oppenheim declara «que cuando el hábito funesto se ha confirmado, es casi imposible romperlo. Sus tormentos, cuando se le priva del estimu-

lante, son tan terribles como completa es su dicha cuando lo ha tomado. La noche trae los tormentos del infierno, el día la dicha del paraíso; y tras largo entregarse, se vuelve sujeto a dolores nerviosos, a los que el opio mismo no trae alivio. Rara vez alcanza la edad de cuarenta años, si ha comenzado la práctica temprano.»

También el doctor Madden: — «La debilidad, tanto moral como física, que acompaña a la excitación producida por el opio es terrible; el apetito pronto se destruye, cada fibra del cuerpo tiembla, los nervios del cuello se ven afectados, y los músculos se vuelven rígidos. Varios de estos he visto en este lugar en diversas ocasiones, que tenían cuellos torcidos y dedos contraídos, pero aún no pueden abandonar la costumbre; son miserables hasta que llega la hora de tomar su dosis diaria; y cuando su deliciosa influencia comienza, están todos fuego y animación.»

Un literato nativo de Hong-Kong afirma «que de los robustos que fuman, la carne es gradualmente consumida y gastada, y su piel cuelga como bolsas; los rostros de los débiles que fuman son cadavéricos y negros, y sus huesos desnudos como leños.»

También el doctor Oxley de Singapur: «El uso inmoderado de la droga ciertamente produce una decrepitud prematura, destructiva de ciertos poderes relacionados con el aumento de la especie, y un estado morboso de todas las secreciones. Pero he visto a un hombre que había usado la droga durante cincuenta años con moderación sin efectos malignos, y uno que recuerdo en Malaca que así la había usado tenía más de ochenta. Varios con el hábito de fumar me aseguraron que, con moderación, ni menoscababa las funciones ni acortaba la vida, al mismo tiempo que admitían plenamente los efectos deletéreos del demasiado.»

El doctor Little visitó en una ocasión una tienda de opio, y encontró allí a dos mujeres fumando la droga — una de ellas era fumadora desde hacía diez años. Por la mañana, cuando despierta, dice: «Me siento como una muerta. No puedo hacer nada hasta que el tubo se ha consumido. Mis párpados están vidriosos, de modo que no pueden abrirse; mi nariz segrega abundantemente. Siento una opresión en el pecho, con sensación de sofocación. Mis huesos están doloridos, mi cabeza me duele y está aturdida, y aborrezco hasta la vista de la comida». En una hora po-

dría yo producir mil de esas criaturas; y si me situara a la puerta de una tienda de opio y observara a los que entran, de cada cien se hallarían al menos setenta y cinco u ochenta cuya apariencia no requeriría la confesión de que su salud está destruida y su mente debilitada desde el día en que fueron maldecidos con el primer sabor de un tubo de opio. Para terminar este asunto, permítaseme consignar mi opinión, resultado de una extensa investigación: que el uso habitual del opio no sólo hace miserable la vida del hombre, sino que es un poderoso medio de acortarla.

Contra la última conclusión hay muchos objetores; y este asunto se ha debatido tanto como cualquier otro en relación con el hábito. Algunos años atrás tuvo lugar un juicio a consecuencia de la muerte del conde de Mar, que era opiófago, y la sociedad de seguros se negó por este motivo a pagar el dinero a sus representantes. El doctor Christison, tras detallar los hechos, añade: «en conjunto, ciertamente tenderían más bien a mostrar que la práctica de comer opio no es tan perjudicial, ni la vida de un comedor de opio tan poco asegurable, como comúnmente se piensa». El resultado del juicio arriba mencionado fue que hubo que pagar el dinero.

Antes de pasar de esta región plutónica, puede tomarse el testimonio de una buena autoridad para mostrar

cuán propenso es el prejuicio a imputar a la «sutil droga» efectos aún peores de lo que las circunstancias autorizan. Se visita una guarida de opio; los miembros de esta sociable reunión son de buen humor y comunicativos. «Uno era un culí de silla, otro un pequeño comerciante, un tercero un corredor en el yanum de un mandarín; todos eran de esa clase de población urbana que está justo por encima de la más baja. No estaban, sin embargo, ni demacrados ni enfermizos. El culí de silla era un mozo robusto, bien capaz de tomar su parte en el transporte de un mandarín de dieciséis stone; el corredor parecía bien capaz de correr, y el comerciante, que dijo tener treinta y ocho años, fue recordado por todos nosotros como un hombre de aspecto singularmente joven para su edad. Había fumado opio durante siete años. Al pasar de las guaridas de opio, entramos en un jardín de té chino — un patio sucio y empedrado, con algunos arbolillos y flores en macetas — y se nos presentó un propietario muy demacrado y bostezante. “El hombre se ha destruido con el

opio", dijo un clérigo inglés que nos acompañaba. Interrogado el hombre, declaró que jamás en su vida había fumado un tubo de opio — un mal tiro, del que nadie se divirtió más que el reverendo caballero que lo había disparado.

»Yo sólo tomo el experimento por lo que vale. Debe de haber muchísimos especímenes lamentabilísimos de los efectos de la entrega a esta viciosa práctica, aunque no tuviéramos ocasión de ver ninguno aquella mañana. No son, sin embargo, tan universales, ni siquiera tan comunes, como los viajeros que escriben en apoyo de alguna tesis, o que no están por encima de adular los prejuicios populares en Inglaterra, gustan de decir que son. Pero si nuestra visita fue un fracaso en un aspecto, fue plenamente instructiva en otro. En la primera casa que visitamos, ningún hombre gastaba por término medio menos de 80 cash al día en su

tubo de opio. Un hombre dijo que gastaba 120. El culí de silla gasta 80, y sus ganancias medias son 100 cash al día. Médicos ingleses, no vinculados a las sociedades misioneras, me han asegurado que el culí fumador de opio muere, no de opio, sino de inanición. Si se mata de hambre por su tubo, no necesitamos preguntar qué le ocurre a su familia.» (Times.)

Fal. No abuse, Hal.

Poins. ¡No abuse!

Fal. No abuse, Ned, en el mundo; honesto Ned, ninguno. Lo censuré ante los malvados, para que los malvados no se enamoraran de él; con lo cual he hecho el papel de amigo cuidadoso y de súbdito leal. No abuse, Hal; ninguno, Ned, ninguno; no, muchachos, ninguno. — Enrique IV, parte II.

Apenas hay una flor que hermosee la tierra, o un árbol que ondee en las selvas, cuyo carácter haya sido tan despiadadamente atacado como el de la adormidera. Ninguno de los simples o compuestos de la botica del químico, incluyendo incluso el arsénico y la estricnina, ha sido tan estrictamente interrogado en cuanto a lo honorable y deshonroso de sus

intenciones. Es motivo de sorpresa que la Compañía de las Indias Orientales no se haya visto obligada, por autoridad de una ley del Parlamento, a imprimir el decálogo, al menos en lengua china, sobre cada pastel o bola de opio que sale de sus almacenes. Dad crédito a todo cuanto algunos hombres os digan, y no habría lugar para la duda, si el siguiente informante afirmara que, a la llegada de un cargamento de opio a tal puerto, en tal día, la población entera se degolló unos a otros a causa del pestilente miasma difundido por dicho cargamento. Cuáles sean realmente los efectos morales de fumar opio, mejor puede colegirse de una exposición de hechos, sacando el lector sus propias inferencias: son, en todo caso, bastante malos sin el auxilio de la exageración.

En Singapur se alza una casa de corrección en la que, durante el mes de julio de 1847, podían encontrarse cuarenta y cuatro criminales chinos; y de estos, treinta y cinco eran fumadores de opio — no fumadores moderados, sino entregados al exceso — no limitándose a lo que podían obtener con el dinero que les sobraba de sus jornales, sino, en algunos casos, consumiéndolo todo en tragos o en humo, y en ciertos casos incluso más que sus jornales.* El monto total de los jornales mensuales de diecisiete de estos hombres era de £16 0s. 10d., o individualmente 18s. 10½d. El consumo mensual de opio de estos hombres ascendía en valor a £20 16s. 3d., o individualmente a £1 4s. 5½d., de modo que cada uno de estos hombres, además de gastar todos sus jornales, mendigaba, pedía prestado o robaba 5s. 7d. mensuales, solo para completar su cantidad de opio, sin referencia a ninguna otra necesidad. A uno de estos hombres, que gastaba £1 5s. mensuales y cuyos jornales apenas alcanzaban la mitad de esa cantidad, se le pidió que explicara cómo podía justificarse. ¿No habría algún error en el cálculo, o estaba engañando a la persona a quien se detallaban las circunstancias? ¿Cómo era posible que, con un ingreso de solo 12s. 6d., pudiera gastar £1 5s.? La respuesta fue gráfica y muy al punto: — ¿Por qué estoy aquí dentro? Por supuesto, los inquilinos de una cárcel pueden explicar tales discrepancias en la aritmética. Los delitos

* Véase la Tabla XV en el Apéndice.

por los que estas personas estaban confinadas eran de los que figurarían en un calendario bajo la categoría de vagabundos, sospechosos, perso-

nas que intentan robar y similares — los crímenes cometidos siendo contra la propiedad y no contra las personas. Esta distinción merece atención, pues servirá de base para algunas sugerencias futuras.

Al recorrer la columna de la tabla en que ocurren los casos anteriores, se verá que un plantador, cuyo ingreso era de doce chelines y seis peniques, gastaba en opio seis veces esa cantidad; y otro, cuyo ingreso no se indica, pero que no excedería mucho al anterior, gastaba doce veces esa cantidad en la droga. Ocasionalmente ocurren casos en que, cuando el ingreso llegaba a doce chelines y seis peniques, el gasto ascendía solo a una bagatela más; y cuando el ingreso era de dieciséis chelines y ocho peniques, el gasto era solo de ocho chelines y cuatro peniques o diez chelines.

El inspector de la institución arriba mencionada declara: «Durante el curso de estas investigaciones, encontré algunos fumadores de opio que declaraban que sus jornales solo igualaban el valor del opio consumido, y en la mayoría de los casos apenas lo excedían; más aún, encontré casos, y no pocos, en que el valor del opio consumido mensualmente era mayor que la totalidad de los jornales recibidos. Se me ocurrió entonces la idea de que debía haber una afinidad entre el fumar opio y el crimen; pues una vez formado el hábito, no puede romperse, mientras el deseo aumenta con el consumo. Forzoso es que los jornales del individuo lleguen al fin a ser inadecuados para satisfacer su deseo, aun suponiendo que, tras una prolongada carrera de indulgencia, fuera capaz de ganar la misma cantidad de dinero que cuando, fuerte, vigoroso e intacto, comenzó su disipación. Por lo tanto, no me sorprendió en absoluto, al ir a la casa de corrección, encontrar que tres cuartas partes de los presos eran fumadores de opio.»

Un examen de los presos en la cárcel en julio del mismo año, bajo diferentes condenas, mostró que de cincuenta y un presos chinos, solo quince no eran fumadores de opio. El setenta por ciento eran adictos al vicio, consumiendo cada uno cantidades que iban de doce a ciento ochenta granos por día. Se visitó de nuevo la misma cárcel y se examinó a los presos un mes después; varios criminales nuevos habían entrado, otros habían sido puestos en libertad. En esta ocasión había sesenta y nueve criminales, y de estos solo treinta y uno eran fumadores de opio, siendo

solo el cuarenta y cinco por ciento frente al setenta por ciento de la visita anterior.

Una cantidad de criminales de Pinang bajo condena de deportación mostró, al examen, los siguientes resultados: — De veintiún criminales, chinos y malayos, ocho no fumaban. Los crímenes de estos hombres eran asesinato, apuñalamiento con intención de matar, allanamiento de morada y hurto. Diez de estos hombres eran chinos, de los cuales todos fumaban menos uno. De estos nueve, ocho fueron condenados por delitos contra la propiedad, solo uno contra la persona. De las nueve personas de las veintiuna que fueron convictas por delitos contra la persona, cuatro no fumaban, tres fumaban poco. De ahí la conclusión es inevitable: que los criminales del peor grado, o los que cometen delitos contra la persona, o no son fumadores en absoluto, o lo son solo en medida moderada. Otras estadísticas muestran que, para crímenes de este carácter, robo en despoblado y allanamiento de morada, solo del cuarenta al cincuenta por ciento se entrega al opio; mientras que para vagancia, faltas y hurto menor, del setenta al ochenta

por ciento se entregaba al uso de la droga, y a menudo en grado extraordinario.

¿Por qué hallamos que los acusados de los delitos más graves son los menos adictos al opio? ¿No será que esta clase de criminal requiere cierta inventiva, una dosis de método y cálculo, y un vigor mental y excitación de las pasiones mayores de los que posee el envilecido fumador de opio, cuya carencia, por tanto, lo incapacita para llevar a cabo cualquier empresa que requiera tales auxilios, dejándolo solo capaz de ser un criminal en pequeña escala? Es bien sabido que los chinos son empedernidos jugadores; pero no es en conexión con la pipa, sino con la copa de arrack, como se entrega a este vicio. Las influencias del opio son sedantes y calmantes, las del arrack estimulantes y excitantes; este último, por tanto, como puede suponerse, es el compañero del jugador, más bien que el primero. Hay otras fases en que los dos vicios del fumar opio y la embriaguez pueden compararse. El abuso de los licores ardientes conduce a crímenes contra la persona; el abuso del opio conduce a crímenes contra la propiedad. La víctima de los licores ardientes comete sus crímenes mientras está bajo su influencia; el devoto del opio, mientras está

bajo la suya, está en paz con todo el género humano, y sueña solo con su propia felicidad. El borracho, cuando no está bajo la influencia del licor, puede ser un miembro moral de la sociedad, y a menudo contrito; el fumador de opio, en ese momento, a menudo está tramando la violación de las leyes morales y sociales, que, una vez efectuada, lo convierte en criminal, pero le permite gratificar su apetito.*

* El doctor Hobson declara, en una comunicación oficial al Gobierno, «No conozco ninguna enfermedad mortal por el opio que corresponda al delirium tremens por el alcohol. Nunca he sido llamado a atender accidentes resultantes del opio similares a los que ocurren tan frecuentemente por hábitos de intoxicación

De Quincey compara los dos hábitos, no tanto con el propósito de mostrar la tendencia de uno u otro al crimen, sino para probar que el opio no produce embriaguez más de lo que lo haría un filete de vaca. «El placer que da el vino siempre está montando rápidamente, y tendiendo a una crisis, tras la cual declina con igual rapidez; el del opio, una vez generado, es estacionario durante ocho o diez horas. El primero — tomando prestada una distinción técnica de la medicina — es un caso de placer agudo, el segundo de placer crónico; uno es una llama vacilante, el otro un resplandor constante y uniforme. Pero la principal distinción estriba en esto: que mientras el vino desordena las facultades mentales, el opio, por el contrario (si se toma de manera adecuada), introduce entre ellas el orden, la legislación y la armonía más exquisitos. El vino roba al hombre la posesión de sí mismo; el opio la sostiene y refuerza. El vino desquicia el juicio, y da una brillantez preternatural y una vívida exaltación a los desprecios y las admiracciones, a los amores y los odios del bebedor; el opio, por el contrario, comunica serenidad y equilibrio a todas las facultades, activas o pasivas, y con respecto al temperamento y los sentimientos morales en general, da simplemente esa especie de calor vital que aprueba el juicio, y que probablemente acompañaría siempre a una constitución corporal de salud primigenia o antediluviana. El vino lleva constantemente al hombre al borde de la absurdidad y la extravagancia, y más allá de cierto

ción por el licor. El fumador de opio, cuando está bajo la plena influencia de su deliciosa droga, no vocifera ni fanfarronea en las calles públi-

cas, como un borracho, para molestia de los transeúntes, sino que reposa tranquilamente en su lecho, sin molestar a quienes lo rodean.»

También el doctor Traill, de Singapur, por su propia experiencia, no ha hallado que el fumar opio sea en modo alguno tan poderoso promotor de enfermedad como el uso habitual de licores embriagantes.

punto, es seguro que volatiliza y dispersa las energías intelectuales; mientras que el opio siempre parece componer lo que había estado agitado, y concentrar lo que había estado distraído. En resumen, para decirlo todo en una palabra, un hombre que está ebrio, o tendiendo a la ebriedad, está, y siente que está, en una condición que llama a la supremacía la parte meramente humana, y demasiado a menudo brutal, de su naturaleza; pero el comedor de opio, simplemente como tal, suponiendo que se halla en un estado normal de salud, siente que la parte divina de su naturaleza es primordial, es decir, que los afectos morales están en un estado de serenidad sin nubes, y muy por encima de todo, la gran luz del majestuoso intelecto.»

No es de extrañar que el abuso del opio sea una fuente fecunda de pobreza, cuando tanto del jornal de muchos de sus adeptos se consagra a él. Este hábito morboso es progresivo, y la cantidad que se toma debe aumentarse diariamente para producir los efectos necesarios; pero la capacidad de proporcionar los medios no guarda el paso con el deseo de consumo. El coolí que, cuando fuerte y vigoroso, podía ganar veinticinco chelines al mes, no tiene más que empezar a fumar opio, y en dos años no recibirá más de dos tercios de esa cantidad, mientras sigue fumando su cantidad de opio; y a medida que pasan los años, halla que, principalmente a causa del vicio que ha adoptado, ya no puede soportar la fatiga que antes le era apenas como juego de niños; y como la cantidad de excitación ha de mantenerse todavía con un ingreso disminuido, tiene que reducir sus gastos en vestido, y luego en comida, y por último, la cantidad de opio mismo; hasta que, agotado, exhausto y enfermo, se encuentra interno de una cárcel o de un asilo de pobres. Triste reflexión, en verdad, pero historia repetida una y otra vez, con poca

variación, en la vida de miles de chinos y malayos.

Si la pobreza fuera socorrida en los lugares donde más se congregan esta clase de personas, como lo es en la patria, miles se convertirían en carga pública; pero allí la mano de la caridad se ha cerrado, y los manantiales de la compasión por los pobres se han secado. En Singapur, no fue sino hasta que el horrible espectáculo de miserables chinos que se arrastraban diariamente ante sus puertas, exponiendo sus asquerosas llagas y cuerpos leprosos, y contaminando el aire que respiraban; no fue sino hasta que estos seres desdichados, sin alimento ni amigos, y privados de la facultad de mantenerse por sí mismos, se tendieron a morir en las calles, de enfermedad y de inanición, cuando, por la activa filantropía de dos o tres individuos, se erigió un cobertizo para mantener a estos indigentes fuera de la vista. Pasada la novedad, decayó la filantropía, y la contribución mensual se redujo a unas tres libras, que era la suma total de la caridad pública de los residentes europeos en favor de los pobres enfermos de Singapur. En este cobertizo se hallaban dos clases de personas, unidas en los mismos individuos, los pobres enfermos. Éstos son el único género de pobres que excita alguna simpatía en tales lugares, y un examen de los internos del cobertizo dará alguna idea de las propensiones de esta clase. De 125 socorridos en aquel momento, 70 eran fumadores de opio y 55 no lo eran (o no querían confesarlo). De estos 70, algunos, antes de su admisión, se veían reducidos a la alternativa de Tye o Sams /tiny, o nada de opio. El consumo total de estos indigentes antes de su admisión ascendía a más de cuatro libras (2022 granos) diarios, dando un consumo diario medio a cada fumador de más de 28 granos, que es casi el consumo medio del fumador de opio en general, en circunstancias más favorables.

OPIUM MORALS.

El mayor consumo de cualquiera de estos individuos había ascendido a 120 granos, pero a ese paso sus finanzas pronto le faltaron, y tuvo que contentarse con una cuarta parte de esa cantidad poco antes de quedar inválido. Sesenta y dos de estos hombres consumían opio por un valor mensual de £38 7s. 6d., mientras que su ingreso agregado ascendía en el mismo período a sólo £50 11s. 3d.; o, individualmente, el valor del consumo mensual de opio de cada hombre era de 12s. d.,

y su ingreso era de sólo 16s. 6d., quedándole apenas unos 4s. mensuales, o 1s. por semana, para alimentarse, vestirse y alojarse, y en realidad, para cualquier otro fin para el que se requiere dinero. Algunos de éstos no se limitaban a esto. Quince de ellos (como se verá en la Tabla XVI) consumían todo, o más que su ingreso, en opio. Ciertamente, tales hombres eran dignos no sólo de un hospital de indigentes, sino también de una cárcel.

Estos indigentes recibieron en un tiempo todos incluso más que la cantidad media de salario, suficiente para haberlos vestido y alimentado a ellos y a sus familias, y mantenido cómodos, mientras que en aquel tiempo dependían de una caridad que les permitía existir con el arroz que se les suministraba, y cinco doits al día o alrededor de un chelín al mes. Otros miles, no incapacitados tanto por la enfermedad como para no poder trabajar y por tanto no internos del hospital, no estaban mejor, pues lo que tenían lo gastaban en chandu.

Los comisionados holandeses informan que «el uso del opio es tanto más peligroso, porque una persona que una vez se ha entregado a él nunca puede dejarlo. Para satisfacer esa inclinación lo sacrificará todo, su propio bienestar — la subsistencia de su mujer e hijos, y descuidará su trabajo. La pobreza es la consecuencia natural, y entonces le resulta indiferente por qué

medios pueda contentar su insaciable deseo de opio; de modo que al fin ya no respeta ni la propiedad ni la vida de su prójimo.»

Un chino, que él mismo es fumador y consume opio por valor de 2 libras mensuales, dice que de cada cien chinos en Hong-Kong y Singapur, setenta fuman, y que todos los coolíes lo hacen en mayor o menor grado. Si un coolí gana 1 libra al mes, 4 chelines se destinan a la comida, 10 peniques al alquiler de la casa, un pequeño desembolso para una chaqueta y unos pantalones una vez cada seis meses, y todo lo demás se va en opio. Por su propia experiencia y por lo que ha visto en otros, diría que si un hombre se ha acostumbrado a fumar opio durante siete u ocho años y lo abandona por un día, se ve atacado de diarrea, mientras que

durante el tiempo en que fuma ocurre lo contrario. Y quien usa seis granos al día pronto necesitará doce.

Abandonar el consumo de opio, una vez iniciado, todos declaran que es una empresa muy difícil. Un malayo que fue aprehendido por algún cargo criminal hace algunos años, al ser encerrado, antes del interrogatorio fue, como es natural, privado del opio durante algunos días; se consumió tan rápidamente que, aunque solo estuvo cuatro o cinco días en la casa de reclusión, no pudo salir de ella al ser liberado, sino que fue sacado en brazos, habiendo entrado en el lugar como un hombre tan fuerte y musculoso como puede encontrarse.

El doctor Oxley afirma «que la clase baja de los chinos, cuando se les priva de su ración, son muy propensos a volverse hidrópicos. El efecto de la privación parece producir al principio desesperación, una desolación desgarradora, algo semejante al estado abatido del delirium tremens, pero que difiere en muchos aspectos de esa dolencia. Ciertamente ocurre la muerte por privación, y generalmente por hidropesía.»

Muchísimas mujeres fuman, generalmente las esposas de los fumadores de opio. Un cirujano descubrió en Singapur a una mujer en una tienda de opio, en el piso de arriba, fumando a sus anchas, como lo hacía desde hacía tres años, a razón de treinta y seis granos al día. Declaró que tenía dos hijos, pero que eran muy enfermizos y siempre lloraban. ¿Y cómo acallaba sus llantos? Trasladaba de sus labios a los del niño el vapor de opio recién aspirado, que el bebé inspiraba. Esto se repitió dos veces, tras lo cual cayó como una masa insensible en brazos de su madre y le permitió terminar tranquilamente su impía comida. A este recurso había acudido a menudo, pues su hijo era muy molesto, y añadió que no era cosa rara que las madres lo hicieran.

Otro inveterado fumador de opio hace su «confesión»: que después de consumida su cantidad, no siente deseo de dormir hasta las doce o las dos de la madrugada, cuando cae en un sueño agitado que dura hasta las ocho o las nueve. Al despertar, tiene la cabeza mareada, confusa y dolorida; la boca seca, gran sed, no tiene apetito, no puede ni leer ni escribir, sufre dolores en todos los huesos y músculos, jadea por falta de aire; desea bañarse, pero no soporta el sobresalto. Este estado continúa

hasta que toma su pipa matinal, cuando puede comer y beber un poco, y después de eso atender a sus negocios. La fuerza del ejemplo le enseñó este hábito, y no conoce ninguna clase de gente exenta de él excepto los europeos. «Mirad», dice, apelando a sí mismo, «yo era, antes de entregarme a este maldito vicio, robusto, fuerte y capaz para cualquier cosa. Amaba a mi mujer y a mis hijos, atendía a mis negocios y era feliz; pero ahora estoy flaco, macilento y desdichado. No puedo recibir goce de nada excepto de la pipa, mis pasiones se han ido, y si me insultan y me maltratan como a un perro, no devuelvo una palabra airada.»

Aunque el consumo de opio se lleva a tal exceso entre algunos coolíes chinos, sin embargo no hay juego entre ellos en las tiendas de opio de Singapur. Es cierto que este vicio ha sido suprimido, pero no se entrega a él en secreto; y un caballero que fue antiguamente arrendatario del opio dice «que el consumo de opio se ve poco afectado por el juego, ya que el arrack o el samshu son el medio embriagador empleado, un instrumento mucho mejor para suscitar la excitación y estimular al juego excesivo que el opio, cuyos efectos son mucho más sedantes que excitantes.»

La consideración de la moral y de la influencia de estas costumbres nos lleva a un pasaje notable de una de las obras del señor Quetelet; se refiere a la certeza de las leyes naturales en los estados así como en los individuos: «Todas aquellas cosas que parecen quedar al libre albedrío, a las pasiones o al grado de inteligencia de los hombres, están reguladas por leyes tan fijas, inmutables y eternas como las que gobiernan los fenómenos del mundo natural. Nadie sabe el día ni la hora de su propia muerte; y nada parece más enteramente accidental que el nacimiento de un niño o de una niña en un caso dado. Pero cuántos de un millón de hombres que viven juntos en un mismo país habrán de morir en diez, veinte, cuarenta o sesenta años; cuántos niños y niñas nacerán en un millón de nacimientos; todo esto es tan cierto, más aún, mucho más cierto, que cualquier verdad humana.»

La estadística de los tribunales de justicia nos ha revelado la repetición regular de los mismos crímenes, y ha establecido el hecho —incomprensible para nuestro entendimiento, porque no conocemos los eslabones que los conectan— de que en todo país grande el número de delitos, y de

cada clase de delito, puede predecirse para cada año venidero con la misma certeza que el número de nacimientos y de muertes naturales. De cada 100 personas acusadas ante el tribunal supremo en Francia, 61 son condenadas; en Inglaterra, 71. Las variaciones, en promedio, apenas alcanzan la décima parte del total. Podemos predecir con confianza, para los próximos quince años, el número de suicidios en general, el de los casos de suicidio por armas de fuego y el de los casos de suicidio por ahorcamiento.

Todo gran número de fenómenos de la misma especie, que suben y bajan periódicamente, conduce a una proporción fija. Esta es la ley de los grandes números a la que todas las cosas y todos los acontecimientos, sin excepción, están sujetos. Estas leyes nada tienen que ver con la esencia del vicio y de la virtud en el mundo moral, sino con las causas externas y con los efectos que producen en la sociedad humana. Nadie niega la influencia de la educación y de los hábitos de trabajo y de orden en la conducta de los hombres, pero nadie piensa en considerar esta conducta moral como mero resultado de aquellos hábitos. La buena educación y el cultivo mejorado disminuyen el número de delitos, así como el de las muertes anuales en nuestras tablas de mortalidad.

Los resultados, por tanto, de una colección de información estadística cuidadosamente ordenada para Singapur, una de las localidades más inveteradas en el opio, deberían, al compararse con los resultados obtenidos de otras partes, mostrar que el porcentaje de muertes es mayor, el porcentaje de nacimientos menor; el porcentaje de criminales más alto y el de suicidios mayor, en esta población de fumadores de opio, que en cualquier otro país de iguales condiciones en que se indulga en el opio; o no queda probado que el hábito tiende a acortar la vida, disminuir la producción, aumentar el crimen e inducir al suicidio, todas las cuales acusaciones se le han hecho.

Con esta evidencia no estamos por ahora satisfactoriamente provistos. Que la opinión tiene una influencia, aunque probablemente solo secundaria, en el desarrollo moral y social, no ha de negarse. Porque el hombre es de tal modo una criatura de relación, que nada le es insignificante. «Si los movimientos del astro más remoto que brilla en los cielos afectan a los de nuestra tierra, ayudan a determinar su posición en el es-

pacio, su clima, sus producciones y así influyen en la suerte del hombre, que es criatura de estas circunstancias; ¿qué combinaciones que subsisten sobre la superficie de la tierra, o que se desarrollan en el seno de la sociedad, pueden juzgarse del todo indiferentes a su conducta y sin poder sobre su bienestar y su felicidad?»

Si, como observó recientemente el doctor Lyon Playfair, es digno de observación que el carácter de las naciones por las que pasó el doctor Livingstone en sus recientes viajes dependía de los hábitos de los pueblos en la adquisición de su alimento, así como del alimento mismo, podemos esperar encontrar también al opio ejerciendo su influencia. Si, por ejemplo, los cafres que vivían de la caza y eran comedores de carne eran salvajes y belicosos; y los wampoos, que vivían principalmente de grano, eran de disposición más quieta y pacífica. Luego, de nuevo, los bechuanos, que vivían del grano, eran más civilizados que los cafres, y los macololos, que combinaban como alimento el grano y la carne, no perdieron el carácter belicoso e hicieron incursiones contra sus vecinos más débiles. Era un axioma entre estos últimos pueblos que si no fuera por el gaznate (aludiendo a sus apetitos) no habría guerra ni lucha entre los hombres. En aquellas partes, como Loando, donde la gente vivía de variedades feculentas de alimento, se habían vuelto de estatura diminuta; y esto se aplicaba no solo a los naturales, sino también a los colonos portugueses allí, pues habían perdido los caracteres físicos de sus antepasados y se habían vuelto femeninos en sus cuerpos y costumbres, y esto se extendía incluso a su escritura. Donde se tomaba alimento más nitrogenado, el carácter físico de la gente no había sufrido ese cambio tan marcado. Si el alimento ejerce esta influencia sobre los pueblos de un país o distrito, no podemos dudar de que cualquier hábito, como fumar tabaco u opio, mascar betel o coca, debe ejercer alguna influencia sobre las naciones que así se entregan a él, sea esa influencia buena o mala.

¿Quién dirá que el tabaco no tiene parte en la formación del carácter alemán? Sin embargo, los sutiles y profundos alemanes no exhiben ninguna evidencia extraordinaria en su carácter nacional de las influencias nocivas sobre su desarrollo moral y social por su entrega a este hábito. Compáreseles con los turcos y los chinos, y que se muestre la balanza en favor de los más elevados en los rangos de la civilización. Pero los más

deficientes deben reclamar la influencia de otras circunstancias igualmente potentes en atenuación, pues ni el opio ni el tabaco moldean todo el carácter nacional, es solo una de muchas influencias. Póngase al papú junto al chino y al turco, y a pesar del opio, el nivel papú exhibirá una lastimosa deficiencia. Las aguas del gran río Amazonas deben ejercer alguna influencia sobre las corrientes del Atlántico, pero nadie se atreverá a afirmar que por ello la afluencia de tal masa de agua, vasta en sí misma, pero pequeña en comparación con el todo, es la causa de la corriente del Golfo. El beber té guardará justamente tal relación con las corrientes en la vida de las naciones que se entregan a ese lujo, pero ¿quién declarará que los soldados chinos huyen de las puntas de las bayonetas británicas, o son expertos en tallar bolas de marfil, porque se entregan a una bebida admirada por otras viejas que ni corren ni tallan? Ni porque ciertos javaneses o malayos, bajo la influencia de una sobredosis de opio, «corran amok», u otros árabes, intoxicados con hachís, hayan hecho que el nombre de asesino se convierta en objeto de pavor, ha de concluirse de ahí que todos los hombres que se entregan al uso de cualquiera de estos narcóticos serán miembros peligrosos de la sociedad, o que se precipitarán en las fauces de la muerte sin un estremecimiento ante la vista de sus colmillos.

¿Es porque el escocés ama el whisky por lo que es generalmente tan cauto y astuto en sus negocios que se granjea un nombre? ¿Es porque el cockney bebe copiosas libaciones de cerveza negra o ginebra de Londres, por lo que la empresa y el comercio de aquellos grandes ciudadanos del mundo se han hecho la envidia de las naciones vecinas? ¿O es porque el ruso persistió en su amor por el nabo crudo y el kvas agrio, por lo que Malakoff y Sebastopol pasaron a manos del francés comedor de ranas y del inglés comedor de carne?

¿No podemos atribuir a la carne y el tabaco, la ginebra y el opio, la cerveza negra y el cáñamo, resultados infinitamente superiores a su poder?

El doctor Eatwell escribe: «Ha sido demasiado la práctica de los narradores que han tratado el tema contentarse con trazar el triste cuadro del libertino consagrado al opio, sumido en el último grado de postración moral y física, y, habiendo formado las premisas de su argumento a partir de esta excepción, proceder de inmediato a envolver toda la práctica

en una condena absoluta. Pero no es esta la manera en que puede tratarse el asunto; tan racional sería pintar los horrores del delirium tremens y, sobre esa evidencia, condenar de una vez el uso entero de las bebidas alcohólicas. La cuestión a determinar no es cuáles son los efectos del opio usado en exceso, sino cuáles son sus efectos sobre la constitución moral y física de la masa de los individuos que lo usan habitualmente y con moderación, ya como estimulante para sostener el cuerpo bajo la fatiga, ya como restaurativo y sedante tras el trabajo, corporal o mental. Habiendo pasado tres años en China, séame permitido exponer los resultados de mi observación, y puedo afirmar hasta aquí que los efectos del abuso de la droga no caen muy frecuentemente bajo la observación; y que cuando se presentan casos, se halla con frecuencia que el hábito ha sido inducido por la presencia de alguna dolorosa enfermedad crónica, de cuyos sufrimientos el paciente ha huido a este recurso. Que no siempre es este el caso, sin embargo, estoy perfectamente dispuesto a admitirlo, y hay, sin duda, muchos que se entregan al hábito hasta un extremo pernicioso, llevados por los mismos impulsos mórbidos que inducen a los hombres a convertirse en borrachos incluso en los países más civilizados; pero estos casos no llegan, en todo caso, ante el ojo público. No se requiere una búsqueda laboriosa en la civilizada Inglaterra para descubrir pruebas de los efectos perniciosos del abuso de las bebidas alcohólicas: nuestros abiertos y concurridos palacios de ginebra, y nuestras calles, ofrecen abundante testimonio sobre el particular; pero en China esta prueba abierta de los efectos malignos del opio al menos falta. En cuanto a los efectos del uso habitual de la droga sobre la masa del pueblo, debo afirmar que no se ven resultados injuriosos. El pueblo es por lo general una raza musculosa y bien formada, siendo la porción trabajadora capaz de un esfuerzo grande y prolongado bajo un sol ardiente, en un clima insalubre. Su disposición es alegre y pacífica, y las riñas y pendencias rara vez se oyen incluso entre las clases inferiores, mientras que en inteligencia general ocupan merecidamente un alto lugar entre los orientales.

»Las pruebas aún faltan para mostrar que el uso moderado del opio produce efectos más perniciosos sobre la constitución que el uso moderado de los licores espirituosos, mientras que al mismo tiempo es cierto que las consecuencias del abuso de aquel son menos espantosas en su

efecto sobre la víctima, y menos desastrosas para la sociedad en general, que las consecuencias del abuso de estos. Comparad al furioso loco, sujeto al delirium tremens, con el postrado libertino, víctima del opio; al violento borracho, con el soñador sensualista intoxicado de opio; este último es al menos inofensivo para todos excepto para su miserable persona, mientras que el primero es con demasiada frecuencia una molestia peligrosa y un abierto mal ejemplo para la comunidad en general.»

«Si vuestro deseo es el reposo, la lechuga y el vino de primavera probatum est.»

Pope.

Antes de describir cualquiera de las imitaciones del opio, o sus sustitutos en cualquier forma, no estará fuera de lugar señalar brevemente las tinturas de uso popular en las que dicha droga constituye un ingrediente prominente. El láudano es la infusión espirituosa, y contiene los principios activos de la duodécima parte de su peso de opio. El elixir paregórico escocés es una solución en espíritu amoniacado, y solo tiene una quinta parte de la fuerza del láudano, conteniendo, por tanto, una parte entre sesenta de opio. El paregórico inglés es una tintura de opio y alcanfor, y es aún cuatro veces más débil. La gota negra y el licor sedante de Battler se cree que son soluciones de opio en ácidos vegetales, y que poseen, una de ellas, cuatro, y la otra, tres veces la fuerza del láudano. Aunque algunas buenas autoridades consideran este un cálculo exagerado de la fuerza de estas dos últimas, y que no tienen más de la mitad de dicha fuerza.

Hay otras varias preparaciones farmacéuticas en las que el opio entra como componente, pero a las que es innecesario referirse. Las ya nombradas, como antes se ha insinuado, se usan no poco para acallar los sonidos de aquellos minúsculos órganos humanos tan desagradables a los oídos de los solteros. La práctica, desgraciadamente tan extendida, de calmar a los infantes con preparaciones de opio, no puede ser demasiado deplorada. Estamos dispuestos a expresar nuestra sorpresa de que las madres orientales transfieran sus cigarros de sus propias bocas a las

de sus infantes, para que las indefensas criaturitas disfruten del lujo de una chupada, mientras que, al mismo tiempo, las estamos habituando al uso de un veneno mucho más insidioso y mortífero. Más bien, en lo sucesivo, cuando nos inclinemos a imputar esto como un crimen a otros, recordemos aquella escena que tuvo lugar hace mil ochocientos años, y la reprensión con que concluyó, en palabras escritas con el dedo sobre el suelo: «Aquel de vosotros que esté sin pecado, arroje la primera piedra contra ella.»

Uno de los más importantes sustitutos del opio se deriva de una planta en sí misma no solo inocua, sino extensamente usada como artículo alimenticio: es el lactucario u opio de lechuga, y se prepara generalmente a partir de la lechuga silvestre, aunque propiedades similares existen en menor medida en las variedades cultivadas que llegan a nuestras mesas.

No hay certeza sobre la época en que la lechuga fue introducida en este país, aunque el tiempo se ha fijado en 1520, cuando se afirma que fue traída de Flandes. En la parte temprana del reinado de Enrique VIII, cuando la reina Catalina deseaba una ensalada, despachaba un mensajero a Holanda o Flandes; en aquel período, por tanto, muy pocas mesas inglesas podían jactarse

del honor de una ensalada. En los gastos del bolsillo privado de Enrique VIII, en 1530, aparece una partida de la que sabemos que el jardinero de York Place recibió una recompensa por llevar «lechugas» y cerezas a Hampton Court. Esto era política por parte del Rey, pues su real consorte tenía afición a las ensaladas, ya que resultaba bastante costoso además de tedioso enviar por ellas a los jardines de Brabante.* En 1600, guisantes, habas y lechugas estaban en uso común en Inglaterra; y en 1652, un escritor de la época habla de la lechuga como una planta con la que el público en general había estado familiarizado desde hacía mucho tiempo. Una variedad de la lechuga cultivada se derivó sin duda de la isla de Cos, pues aún conserva ese nombre.

Las lechugas eran conocidas por los antiguos. Dioscórides y Teofrasto hablan de ellas como cultivadas por los griegos, y también usadas en medicina; la lechuga espinosa se encuentra todavía silvestre en las colinas más altas de Grecia, y fue probablemente una de las especies a las

que se refieren los autores antiguos arriba nombrados. Varias variedades de la lechuga de huerto eran usadas en ensaladas tanto por griegos como por romanos. El orgullo del jardín de Aristóxeno eran sus lechugas, y las regaba con vino.

Dos especies de lechuga silvestre se encuentran en Bretaña, la acre y la espinosa, ambas poseen propiedades similares, produciendo un jugo del que puede prepararse lactucario. Otras dos especies silvestres son solo ocasionales. El lactucario

* El Dr. Doran dice que una ensalada era un artículo tan escaso durante la primera parte del siglo pasado, que Jorge I se vio obligado también a enviar a Holanda para procurarse una lechuga para su reina. Estas verduras debieron, por tanto, volverse impopulares antes de esa época, o el cultivo se había interrumpido por alguna causa, pues de otro modo no podemos reconciliar esto con el hecho de que las lechugas eran bastante comunes un siglo antes de que un Jorge se sentara en el trono inglés.

de la Farmacopea de Londres se prepara solo a partir de la lechuga de huerto, pero se afirma que la lechuga acre produce una cantidad mucho mayor y de calidad superior. Una sola planta de lechuga de huerto producirá solo 17 granos de lactucario, en promedio, mientras que una planta de lechuga acre produce nada menos que 56 granos, o más de tres veces esa cantidad; y aunque la lechosidad del jugo aumenta hasta el mismo final del tiempo de floración, o hasta el mes de octubre en este clima, el valor del lactucario se deteriora después de la mitad del período de floración, pues posteriormente, mientras el jugo se vuelve más espeso, se produce una disminución material en la proporción de extracto amargo contenido en él.

El lactucario es una sustancia de color marrón rojizo con un olor narcótico y sabor amargo, que tiene una considerable semejanza con el opio. Al analizarlo produce una sustancia cristalina blanca como la nieve llamada lactucina, que es narcótica en sus efectos. El Dr. Duncan recomendó el uso del lactucario como sustituto del opio, cuyas propiedades anodinas posee, sin ir seguido de los mismos efectos perjudiciales. En Francia, se destila un agua de la lechuga, y se usa como sedante suave. Los experimentos de los efectos del opio de lechuga sobre los animales

son detallados por Orfila, quien afirma que tres dracmas introducidas en el estómago de un perro lo mataron en dos días, sin causar ningún síntoma notable; dos dracmas aplicadas a una herida en el lomo indujeron vértigo, ligero sopor y muerte en tres días; y treinta y seis granos inyectados, en estado de solución, en la vena yugular causaron embotamiento, debilidad, ligeras convulsiones y muerte en 18 minutos.

En América del Norte la lechuga espinosa es más común que entre nosotros, y de ella se extrae el lactucario americano. En Guinea se encuentra silvestre una especie de

lechuga, que posee propiedades precisamente similares, y es aplicable a un uso semejante. Esta planta es ampliamente usada por los negros como ensalada y también como opiáceo.

Las plantas cultivadas por su jugo se crían en un suelo rico, con exposición meridional. En tal situación prosperan vigorosamente, y echan tallos florales gruesos y jugosos. Tan pronto como estos han alcanzado una altura considerable, y antes de que las flores se abran, se corta una porción de la parte superior. El jugo lechoso exuda rápidamente de la herida, mientras el calor del sol lo vuelve tan viscoso que, en lugar de fluir hacia abajo, se concreta sobre el tallo en una escama pardusca. Después de haber adquirido una consistencia adecuada se retira. Como el jugo cierra los vasos de la planta, se hace otro corte más abajo en el tallo, y el jugo vuelve a fluir libremente y se forma otra escama. El mismo proceso se repite mientras la planta proporcione jugo. Al jugo crudo, así obtenido, se le ha dado el nombre de lactucario.

«Esta», dice Johnston, «es uno de esos narcóticos en los que muchos de nosotros nos entregamos inconscientemente. El que come lechuga verde como ensalada, toma una porción de él en el jugo de las hojas que traga; y muchos de mis lectores, después de que esto se les señale, descubrirán que sus cabezas no quedan sin afectar tras entregarse copiosamente a una ensalada de lechuga. Comida de noche, la lechuga causa sueño; comida durante el día, calma y sosiega y alivia la tendencia a la irritabilidad nerviosa. Y sin embargo, el amante de la lechuga lo tomaría muy a mal si se le dijera que comía sus hojas verdes, al menos en parte, por la misma razón que el turco o el chino toma su bocanada de la pequeña

pipa de opio: que, en resumen, no era mucho mejor que un comedor de opio, y su proveedor que el contrabandista de opio en la costa de China.»

Para que esto no ocasione alguna alarma en los pechos de aquellos que prefieren sus langostas con ensalada, esforcémonos por administrar un poco de consuelo. Hemos visto que la lechuga cultivada o de huerto no contiene ni siquiera un tercio de la cantidad de lactucario producida por la especie silvestre; deben comerse, por tanto, diez buenas lechugas antes de que se haya consumido extracto suficiente para haber matado a un perro en dos días. Esto es bajo la presunción de que las lechugas comidas como ensalada están en precisamente la misma condición, y son capaces de proporcionar la misma cantidad de extracto que cuando se cultivan especialmente para ese propósito; pero este no es el caso, no es hasta justo antes de la floración cuando la cantidad total de jugo está contenida en la planta, de la cual solo existe un porcentaje en las plantas más jóvenes según se recogen para la mesa. Ni es esa cantidad de la misma calidad narcótica que en la planta más madura, que ha reunido, en ese período, toda su fuerza para producir adecuadamente, y llevar a la perfección, sus flores y fruto.

«Nada ha llegado tan lejos,

Pero el hombre lo ha atrapado y guardado como su presa.

Sus ojos desmontan la estrella más alta.

Él está en la pequeña esfera toda.

Las hierbas gustosamente curan nuestra carne, porque ellas atan su parentesco allí.

»Más servidores esperan al hombre De los que él advertirá: en cada sendero

Pisa aquello que le hace bien,

Cuando la enfermedad lo vuelve pálido y lívido.

¡Oh, poderoso amor! El hombre es un mundo, y tiene Otro que lo atiende.»

Las plantas lacticíferas o portadoras de leche están casi todas ellas conectadas por vínculos muy importantes con el hombre y la civilización. Los fenómenos mismos son bien dignos de estudio, y su

su asociación con la humanidad, repleta de interés. Estas plantas no están en modo alguno restringidas a un género o familia, ni son sus propiedades del mismo carácter. La única circunstancia de secretar un jugo blanco semejante a la leche en apariencia es casi todo lo que tienen en común. En la amapola se convierte en opio, en la lechuga en lactucario. Constituye bebidas refrescantes, obtenidas en grandes cantidades, en los soleados climas de Asia, del árbol de la vaca de América del Sur, el kiriaghuma y el hya-hya de la Guayana Británica, la Euphorbia balsamifera de las Islas Canarias, cuyo jugo, como leche dulce, o evaporado hasta convertirse en jalea, se tiene por un gran manjar, y el árbol de Banyan, todos los cuales, hasta cierto punto, suplen el lugar de la vaca, en lugares y condiciones en que no se encuentran vacas. Jugos similares se recogen en forma de caucho de la India o caoutchouc, sustancia tan inestimable en las artes de la vida. Exudan de las higueras, euforbias y cactos, en las Indias Orientales, América del Sur y África, desde todos cuyos lugares se exporta una gran cantidad del jugo consolidado a los mercados de Europa y América del Norte. La mayor cantidad de estos jugos lactescentes se elabora en los Trópicos. La gutapercha y sustancias afines se producen de manera similar, y en efecto, numerosas plantas poseen esta clase de secreción, que aún no se han hecho disponibles para fines económicos, pero que pueden llegar a ser igualmente conocidas y útiles para las generaciones sucesivas. Las propiedades narcóticas no parecen ser tan comunes en estos jugos como las irritantes o acres, que abundan en algunas plantas euforbiáceas, y las propiedades inertes, y cuando coaguladas y secas, elásticas que se encuentran en las sifonias, higueras y plantas sapotáceas.

En Santo Domingo, se cree que una especie de Muracuja posee cualidades muy similares al opio,

del cual, y de una planta afín, el doctor Hamilton cree que la savia concentrada, recogida en el momento oportuno, colada, evaporada y debidamente preparada, resultaría un excelente sustituto del costoso opio, a un precio más barato. La especie indígena de Jamaica se conoce como

bullhoof o láudano del holandés. En una época en que el opio escaseaba, por alguna causa accidental, en la isla de Jamaica, un cirujano holandés encontró en esta planta un sustituto exitoso. La planta es común en Jamaica y en algunas otras de las islas de las Indias Occidentales. Es una elegante trepadora, que da brillantes flores escarlatas, algo parecidas a una flor de la pasión. Browne dice que las flores son las que se emplean principalmente, y que, infusionadas o mezcladas en estado de polvo con vino o licores, se consideran un narcótico seguro y eficaz.

El doctor Landerer afirma que la ruda siria es una planta muy estimada en Grecia. Esta planta parece haber sido conocida por los antiguos, y mencionada por Dioscórides. Sus propiedades son narcóticas, semejantes a las del cáñamo indio. Los turcos maceran las semillas en scherbet o boosa, administrando la infusión internamente. También sirve en la preparación de un tinte amarillo. Las semillas son a veces usadas por los turcos como especia, y ese mismo pueblo también recurre a ellas para producir una especie de intoxicación. Se dice que el emperador Solimán se mantenía en un estado de intoxicación por su uso. Los fenómenos peculiares de esta intoxicación no han sido, que sepamos, descritos, pero se nos informa que la propiedad de producirla existe en las cáscaras de las semillas, de las cuales se ha obtenido un principio químico de naturaleza narcótica.

Hay otra planta, originaria de Arabia, y de la familia de las solanáceas, tan prolífica en narcóticos, cuyas semillas son usadas por algunos de los asiáticos para

producir esos ensueños mentales y esa excitación tan codiciados. Estas semillas, producto de una planta conocida por los botánicos con el nombre de Scopolia muticci, también se tuestan y se infusionan para formar una especie de bebida, en la que los árabes y algunos otros se deleitan.

Se dice que las semillas de una especie de Sterculia son usadas por los naturales de Silhet como sustituto del opio. Las nueces de cola, tan estimadas por los negros de Guinea, son el producto de una Sterculia. Los naturales atribuyen propiedades muy extraordinarias a estas semillas, algo análogas a las que los peruanos atribuyen a la hoja de la coca, afirmando que, si se mastican, sacian el hambre y previenen el natural an-

helo de alimento, y que con este fin llevan algunas consigo cuando emprenden un largo viaje. También se afirma que mejoran el sabor de cualquier cosa que se coma después, si se toma una porción de una de ellas antes de las comidas. Antiguamente eran incluso más estimadas que en la actualidad. En aquellos tiempos, cincuenta de ellas bastaban para comprar una esposa. Estas semillas son planas, de color parduzco y sabor amargo. Se ha supuesto que sus propiedades tónicas son iguales a las de las famosas semillas de Cedrón de la Guayana, y a la más famosa corteza de Cinchona de los Andes. Probablemente una investigación más amplia y elaborada demostrará que estas maravillosas semillas poseen ligeras propiedades beneficiosas como tónico, aunque quizá inferiores a las de las raíces de la genciana, u otras partes de algunas de nuestras plantas indígenas.

En los Estrechos, las hojas del árbol «Beah» son usadas por los fumadores de opio como sustituto del opio, cuando esa droga no se puede procurar. Estas hojas aserradas, producto de no sabemos precisamente qué árbol, salvo por el nombre nativo arriba citado, se venden ocasionalmente en los bazares o mercados a un cuarto de rupia por catty, o a

razón, anglicanizada, de cuatro peniques y medio por libra.

Además de las sustancias que hacen las veces de opio a sabiendas y deliberadamente, hay otras que entran en su composición en forma de adulteración, a las que los escritores sobre materia médica han llamado la atención, y en última instancia el doctor Hassell. Estas también merecen, con mucha mayor propiedad, la designación de falsos profetas, pues, prometiendo los vislumbres del paraíso que se cree que da el opio, solo

cumplen la promesa en los labios

y la rompen en el corazón.

La primera sofisticación, dice Pereira, que recibe el opio es la que practican los campesinos que lo recogen, y que ligeramente raspan la epidermis de las cápsulas para aumentar el peso. Esta operación añade alrede-

dor de una duodécima parte de materias extrañas, que los chinos eliminan en su método de preparar el opio y convertirlo en chandu.

Según el doctor Eatwell, las impurezas más groseras que suelen mezclarse con la droga para aumentar su peso son lodo, arena, carbón en polvo, hollín, estiércol de vaca, pétalos de adormidera machacados y semillas machacadas de diversas clases. Todas estas sustancias se descubren fácilmente deshaciendo la droga en agua fría, decantando la porción más ligera y examinando el sedimento. La harina es un artículo muy predilecto de adulteración, pero se detecta con facilidad. El opio así adulterado se vuelve agrio, se rompe con una fractura corta y desigual, cuyos bordes son mates y no rosados y translúcidos como deberían ser. La harina de la patata cocida no se emplea con poca frecuencia; la ghee y el ghour (una melaza impura) se usan también ocasionalmente, por ser artículos

de que disponen la mayoría de los cultivadores. Su presencia se revela por el olor y la consistencia peculiares que comunican a la droga. Además de lo anterior, diversos jugos vegetales, extractos, pulpas y materias colorantes se mezclan ocasionalmente de forma fraudulenta con el opio, como el jugo inspisado de la chumbera, los extractos preparados de la planta del tabaco, la chirimoya y el cáñamo índico. Las exudaciones gomosas de diversas plantas se emplean con frecuencia; y de las pulpas, las más comúnmente empleadas son las del tamarindo y del fruto del bael. Para dar color a la droga se emplean diversas sustancias, como catecu, cúrcuma, las flores en polvo del árbol mowha, etc. He aquí una lista lo bastante larga para satisfacer a cualquier anticuario, que contiene delicadezas de todas clases, cuya esencia mejoraría cualquier jarabe calmante o cordial de Godfrey, con los que, bajo el nombre de opio, pueden incorporarse, ya consistan en jugo de tabaco, estiércol de vaca o mala melaza.

Ampliemos aún más la colección con la experiencia del doctor Normandy, eminente en análisis químico: «Se encuentra a menudo en el comercio opio del que se ha extraído la morfina; por otra parte, esta valiosa droga se halla con frecuencia adulterada con almidón, agua, regaliz español, lactucario, extracto de hojas de adormidera, de adormidera marina y otros extractos vegetales, mucílago de goma tragacanto u otras

gomas, arcilla, arena y grava. A menudo el opio se mezcla en Asia y Egipto, cuando está fresco y blando, con uvas finamente machacadas, a las que se han quitado los granos; a veces se añade también al opio, en ciertas proporciones, una mezcla fabricada machacando juntas las pieles exteriores de las cápsulas y tallos de la adormidera con clara de huevo, en un mortero de piedra. En efecto, esta droga valiosísima, ciertamente

una de las más importantes y más frecuentemente usadas en medicina, es también una de las más extensamente adulteradas.»

El doctor Landerer ha descrito una adulteración de una muestra de opio obtenida directamente de Esmirna; consistía en polvo de salep en grandes proporciones, y después se le informó de que esta es una adulteración muy común, practicada para hacer el opio más duro y acelerar el proceso de secado. El doctor Pereira habla de un opio que contenía una sustancia gelatiniforme, y el señor Morson encontró opio en el que estaba presente una sustancia similar. El doctor Landerer afirma también que el extracto obtenido hirviendo las plantas de adormidera se añade comúnmente al opio de Esmirna.

El doctor Hassell halló «que de veintitrés muestras de opio analizadas, diecinueve estaban adulteradas y solo cuatro eran genuinas, muchas de ellas, según mostraba el microscopio, adulteradas en gran medida; siendo las adulteraciones predominantes con cápsulas de adormidera y harina de trigo», además de lo cual dos muestras de opio de Esmirna y dos de opio egipcio estaban adulteradas con arena, azúcar y goma.

Del análisis de cuarenta muestras de opio en polvo, halló también «que treinta y tres de las muestras estaban adulteradas y solo una era genuina; siendo las principales adulteraciones, como en el caso anterior, con cápsula de adormidera y harina de trigo. Que cuatro de las muestras estaban además adulteradas por la adición de madera en polvo, introducida, sin duda, en el proceso de molienda.»

El doctor Thomson declaró en su testimonio ante el Comité Parlamentario que había conocido extracto de opio mezclado con extracto de sen, y de un treinta a un sesenta por ciento de agua.

El doctor O'Shaughnessy halló de un 25 a un 21 por

ciento de agua en el opio índico (agencia de Behar), y un 13 por ciento en el opio de Patna.

El doctor Eatwell, examinador de opio en el distrito de Benarés, halla que la proporción de agua varía de un 30 a un 24,5 por ciento en el opio de aquel distrito.

En 1838, se presentó a la Sociedad de Farmacia de París un ejemplar de opio semejante al de Esmirna, que formaba parte de una cantidad considerable introducida en el comercio en París y El Havre. No exhibía el menor vestigio de morfia. Estaba en rollos, bien cubierto de hojas, tenía una sección negruzca y una consistencia ligeramente elástica. Se volvía lechoso al contacto con el agua. Su olor y sabor eran análogos al opio, pero más débiles. Estaba adulterado con tanta habilidad que incluso bajo una lupa aparecían lágrimas aglutinadas, carácter que hasta entonces se había considerado decisivo para detectar el opio puro, pero que con este suceso perdió su valor. El mismo artículo parece haberse encontrado también en los Estados Unidos.

Un escritor de Singapur afirma: «Hace poco vi a un chino llevado a la policía por fabricar bolas de opio. Las bolas de imitación se componían de una piel o cáscara formada con hojas de tabaco de Madrás; dentro había arena, que evidentemente estaba destinada a formar la figura de las bolas hasta que la cubierta exterior hubiera fraguado lo suficiente; el conjunto estaba cuidadosamente cosido con vendas de calicó, que se quitarían cuando el tabaco pudiera conservar su forma propia, entonces se extraería la arena y se sustituiría por una mezcla de gambier y opio, mientras que el exterior se frotaría con una solución acuosa de chandu. Por estos medios los comerciantes nativos son engañados mucho y a menudo.»

«La radiante Helena mezcló una copa que inspira alegría,

templada con drogas de soberano uso, para calmar

el hirviente pecho de la tumultuosa rabia;

para despejar la nublada frente de la arrugada preocupación

y secar el lagrimoso cauce de la desesperación.»

Pope, Homero.

La influencia del clima en la modificación de los caracteres de las plantas es una circunstancia conocida de todos los estudiantes de botánica. La misma planta, en regiones templadas y bajo los trópicos, exhibe propiedades diferentes o, más bien deberíamos decir, en un caso desarrolla más intensamente ciertas propiedades que en el otro yacen casi dormidas. El sorgo recién introducido, del que se nos ha prometido un suministro infalible de excelente azúcar, no alcanza en el norte de Francia aquel grado de madurez, ni desarrolla de tal modo sus secreciones sacarinas que puedan servir para la fabricación de un azúcar cristalizable. La hierba flotante dulce (Glyceria fluitans) en Polonia y Rusia suministra semillas farináceas que, con el nombre de sémola de maná, se consumen como alimento; pero en casa no se producen de la misma planta semillas algunas aprovechables para tal fin, aunque crece

libremente. El sabor de la cebolla, tal como se cultiva en Egipto, es, se nos asegura, mucho más suave y enormemente distinto de los bulbos cultivados en Bretaña. El olor de las violetas y otras flores cultivadas para perfumería y otros usos en Niza tiene un aroma más rico y delicioso que cuando se cultivan en suelo inglés, sujeto a nuestro variable clima. Pero el efecto más extraordinario de todos, producido por estas influencias sobre las plantas, ocurre en el caso del cáñamo, que en Europa desarrolla sus cualidades fibrosas hasta tal punto que produce una materia para cordaje hasta ahora insuperada; pero en la India, aunque deficiente en este respecto, desarrolla secreciones narcóticas hasta tal punto que ocupa una posición prominente entre los principales narcóticos del mundo.

Durante algún tiempo se supuso que el cáñamo índico o narcótico era una especie diferente de la que se cultiva con fines textiles; e incluso ahora se le caracteriza a menudo con un nombre específico distinto, lo que parecería suponer que las especies son distintas. Esto, sin embargo, lo niegan los más célebres de nuestros botánicos. Se declara que la diferencia no es de especie, sino de clima, y solo de clima. La patria originaria de la planta del cáñamo es asignada por el doctor Lindley a Persia y las colinas del norte de la India, de donde ha sido introducida en otros países. Burnett dice: «La semilla de cáñamo es nutritiva y no narcótica;

tiene la muy singular propiedad de cambiar el plumaje de los camachuelos y jilgueros de rojo y amarillo a negro, si se les alimenta con ella durante demasiado tiempo o en demasiada cantidad.» No habiendo probado el experimento, no tenemos fundamento para disputar ni autoridad para verificar estas observaciones. Si tal es, sin embargo, el caso, la semilla de cáñamo posee alguna propiedad, si no narcótica, que las semillas de canario y de adormidera, debemos suponer, no poseen.

Johnny Englishman, con su habitual genio para el

descubrimiento y la invención, ha sido descubierto llenando su pipa a bordo del barco con estopa, cuando las provisiones de tabaco se han agotado; pero no quedando satisfecho por sus propios experimentos de la superioridad del cáñamo, en aquella forma, sobre el tabaco de su hermano Jonathan, se atiene por tanto a este último. Considera el cáñamo una cosa excelente cuando se trenza en un buen cable, pero no le gusta como «twist» en la acepción masticatoria del término; ni admira en absoluto el twist de Ben Battle, cuando

«Alrededor de su melancólico cuello una cuerda enroscó,

y por segunda vez en su vida

se alistó en la línea.

»Un extremo ató a una viga,

y luego se quitó las clavijas;

y como sus piernas estaban fuera, por supuesto

pronto estuvo sin piernas.

»Y allí colgó hasta que estuvo muerto

como cualquier clavo de la ciudad;

pues aunque la angustia lo había cortado,

no pudo cortarlo a él.»

El cáñamo es una de aquellas plantas que se adapta bien a cualquier clima: apenas hay país en Europa donde no pueda, o no pudiera, cultivar-

se. Desde Polonia y Rusia en el norte hasta Italia en el sur, la fibra se suministra a nuestros mercados. En América del Norte se cultiva por su fibra, y en América del Sur por sus propiedades narcóticas. En toda África puede encontrarse principalmente como artículo para la pipa. En la mayor parte de Asia es conocido, y se ha cultivado en Australia. Así, en su distribución, puede considerarse ahora casi universal.

Hace veinticinco siglos, Heródoto escribió sobre su cultivo por los escitas: «Tienen una

Una especie de cáñamo que crece en este país muy parecido al lino, salvo en grosor y altura; en este respecto el cáñamo es muy superior —crece tanto espontáneamente como de cultivo, y de él hacen los tracios vestidos muy semejantes al lino, ni nadie que no esté bien versado en tales materias distinguiría si están hechos de lino o de cáñamo; pero quien nunca ha visto este cáñamo, pensaría que el vestido estaba hecho de lino.» Sigue luego una descripción del uso del cáñamo como narcótico: «Los escitas, transportados por el vapor, gritan en alta voz.» La antigüedad es favorable a este narcótico, y su uso con tal propósito antes que cualquier otro, excepto quizá la adormidera, era conocido, o al menos de los que ahora se usan. Se ha supuesto que el nepentes de Homero fue esta planta, o uno de sus productos. El uso del cáñamo se había hecho tan general entre los romanos en tiempos de Plinio, que comúnmente hacían de él cuerdas y cordajes. La práctica de masticar las hojas para producir la intoxicación existía en la India en edades muy remotas, de donde fue llevada a Persia, y antes de mediados del siglo XIII, esta costumbre fue adoptada en Egipto, pero principalmente por personas de las clases inferiores.

Las propiedades narcóticas del cáñamo se concentran en un jugo resinoso, que en ciertas estaciones y en los países tropicales exuda, y se concreta sobre las hojas, los tallos delgados y las flores. Esto constituye la base de todas las preparaciones de cáñamo a las que son atribuibles todos los poderes de la droga; en la India central, la resina de cáñamo llamada churrus, se recoge durante la estación calurosa de la manera siguiente. Hombres vestidos con trajes de cuero corren por los campos de cáñamo, rozando las plantas con toda la violencia posible; la resina blanda se adhiere al cuero y luego es raspada y amasada en bolas, que se

venden desde cinco a seis rupias el seer, o alrededor de cinco o seis chelines por libra. Una especie aún más fina, la momeca o churrus cerosa, se recoge a mano en Nepaul, y se vende por casi el doble del precio de la especie ordinaria. El doctor McKinnon dice — «En Nepaul, se prescinde del atavío de cuero, y la resina se recoge sobre la piel de coolies desnudos.» En Persia el churrus se obtiene presionando la planta resinosa sobre paños bastos, y luego raspándolo de estos y fundiéndolo en una olla con un poco de agua tibia. Mirza considera el churrus de Herat el más poderoso de todas las variedades de la droga. La resina de cáñamo, cuando es pura, es de color gris negruzco, con un olor narcótico fragante, y un sabor ligeramente cálido, amargo y acre.

La planta de cáñamo seca que ha florecido, y de la que se ha eliminado la resina, se llama en la India gunjah. Se vende desde doce annas a una rupia el seer, o desde nueve peniques a un chelín por libra, en los bazares de Calcuta. Se vende principalmente para fumar, en manojos de dos pies de largo y tres pulgadas de diámetro, que contienen veinticuatro plantas. El color es verde oscuro, el olor agradablemente narcótico, la planta entera resinosa y adhesiva al tacto.

Las hojas más grandes y las cápsulas sin los tallos, se llaman Bang, Subjee o Sidhee en la India, y han sido traídas al mercado de Londres bajo el nombre de Guaza. Se usan para hacer una bebida intoxicante, para fumar, y en la conserva llamada Majoon. El bang es más barato que el gunjah, y aunque menos poderoso, se vende a un precio tan bajo que por medio penique puede comprarse lo suficiente para intoxicar a una persona habituada.

Los gunjah consumidos en Bengala proceden principalmente de Mirzapore y Ghazeepur, siendo cultivados cerca de Gwalior y en Tirhoot. Los naturales cortan la planta cuando está en flor, la dejan secar durante tres días, y luego la colocan en manojos que promedian dos libras cada uno, los cuales se distribuyen a los comerciantes autorizados. Las mejores clases se traen de Gwalior y Bhurtpore, y se cultiva de buena calidad en los jardines alrededor de Calcuta.

El Majoon o confite de cáñamo, es un compuesto de azúcar, mantequilla, harina, leche y bang. La masa se divide en pequeñas piezas en forma

de pastilla; un dracma intoxicará a un principiante, tres dracmas a uno experimentado en su uso. El sabor es dulce y el olor agradable. La mayoría de los animales carnívoros lo comerán con avidez, y muy pronto se emborracharán de manera ridícula, pero rara vez sufriendo peores consecuencias.

El confite llamado el mogen usado entre los moros parece ser similar, si no idéntico, al majoon de la India.

Los antiguos sarracenos y los modernos árabes en algunas partes de Turquía y generalmente en toda Siria, usan preparaciones de cáñamo todavía conocidas por el nombre de *haschisch* o *Hashash*. El señor Adolph Stuze, el boticario de la corte en Bucarest, describe así el *haschisch*, por cuyo nombre general son bien conocidas en todo el Oriente todas las drogas intoxicantes cuyo principal constituyente es el cáñamo. Las puntas y toda la parte tierna de la planta de cáñamo se recogen después de la floración, se secan y se guardan para su uso. Hay varios métodos de usarlo.

I. Hervido en grasa, mantequilla o aceite, con un poco de agua, el producto filtrado se emplea en toda clase de pastelería.

II. Pulverizado para fumar. De cinco a diez granos del polvo se fuman en una pipa común con tabaco ordinario, probablemente la hoja de una especie de Lobelia (Tombuki) que posee fuertes propiedades narcóticas.

III. Formado con mucílago de tragacanto en pastillas, que se colocan sobre una pipa y se fuman en dosis similares.

IV. Convertido en electuario con dátiles o higos y miel. Esta preparación es de un color pardo oscuro o casi negro.

V. Otro electuario se prepara con los mismos ingredientes, con el añadido de especias, clavos, canela, pimienta, ámbar y almizcle. Esta preparación se emplea como afrodisíaco.

El confite más en uso entre los árabes se llama Daivamese. Este se mezcla con otras sustancias estimulantes, de modo que sirve a las satisfac-

ciones sensuales, que parecen ser el summum bonum de la existencia oriental.

El extracto de hachís tiene aproximadamente la consistencia del jarabe, y es de un color verde oscuro, con un olor narcótico y un sabor amargo y desagradable.

Una famosa secta herética entre los mahometanos llevó el nombre de Asesinos, y se estableció en Persia en 1090. En Siria poseían una gran extensión de tierra entre las montañas del Líbano. Asesinaron a Luis de Baviera en 1213, fueron conquistados por los tártaros en 1257 y extirpados en 1272. Su jefe asumió el título de «Anciano de la Montaña». Estos hombres, según nos informan algunas autoridades, se llamaban Hascliiscliins porque el uso del hachís era común entre ellos en la realización de ciertos ritos, y que la forma antigua se ha corrompido en la que ahora está en uso. El señor de Sacy afirma que la palabra «asesino» se ha derivado del nombre árabe del cáñamo. También se ha declarado que durante las guerras de las Cruzadas, algunos del ejército sarraceno, mientras se hallaban en estado de intoxicación por el uso de la droga, se lanzaban furiosamente al campamento cristiano, cometiendo gran estrago, sin tener ellos mismos temor alguno a la muerte, y que estos hombres eran llamados Hashasheens, de donde ha surgido nuestra palabra «asesino». El término «hashash», dice el señor Lane, significa «un fumador o un comedor de cáñamo», y es un apelativo de

oprobio; la gente ruidosa y pendenciera es a menudo llamada «hashasheen», que es el plural de ese apelativo, y el origen de nuestra palabra «asesino».

Benjamín de Tudela dice: «En las cercanías del Líbano residen las gentes llamadas Asesinos, que no creen en los dogmas del mahometanismo, sino en los de uno a quien consideran semejante al Profeta Kharmath. Cumplen cuanto él les manda, ya sea cuestión de vida o muerte. Se le conoce con el nombre de Sheikh-al-Hashishin, o su anciano, por cuyo mandato se regulan todos los actos de estos montañeses. Los Asesinos son fieles unos a otros, por mandato de su anciano, y se hacen el espanto de todos, porque su devoción les lleva gustosamente a arriesgar sus vidas y a matar incluso a reyes, cuando se les manda.

En el centro del territorio persa, así como del asirio de los Asesinos, es decir, tanto en Alarnut como en Massiat, se hallaban situados, en un espacio rodeado de muros, espléndidos jardines — verdaderos paraísos orientales — había macizos de flores y espesuras de árboles frutales, surcados por canales; paseos sombreados y claros verdes, donde el arroyo centelleante burbujea a cada paso; glorietas de rosas y viñedos, suntuosos salones y quioscos de porcelana, adornados con alfombras persas y telas griegas, donde vasos para beber de oro, plata y cristal brillaban sobre bandejas de los mismos costosos materiales; encantadoras doncellas y hermosos mancebos, de ojos negros y seductores como las huríes y los mancebos del paraíso de Mahoma, suaves como los cojines sobre los que reposaban, e intoxicantes como el vino que presentaban; la música del arpa se mezclaba con los cantos de las aves, y los melodiosos acentos de la cantora armonizaban con el murmullo del

nnTi L~eK?ffhinS breathed PWe> raptae,

Un joven a quien se consideraba digno, por su fuerza y resolución, de ser iniciado en el servicio asirio, era invitado a la mesa y a la conversación del gran maestre o gran prior; era entonces intoxicado con beleño (hachís) y llevado al jardín, que, al despertar, creía que era el paraíso. Todo cuanto le rodeaba, las huríes en particular, contribuía a confirmar su ilusión. Después de haber experimentado tanto de los placeres del paraíso — que el profeta ha prometido a los bienaventurados — como su fuerza podía admitir, después de apurar deleite enervante de los ojos de las huríes y vino intoxicante de las copas centelleantes, caía en el letargo producido por la debilidad y el opiáceo, al despertar del cual, tras algunas copas, se hallaba de nuevo junto a su superior. Este procuraba convencerle de que corporalmente no se había apartado de su lado, sino que espiritualmente había sido arrebatado al paraíso, y había entonces gustado un anticipo de la dicha que aguarda a los fieles, que consagran sus vidas al servicio de la fe y a la obediencia de su jefe. Así estos jóvenes infatuados se dedicaban ciegamente como instrumentos de asesinato, y buscaban ansiosos una ocasión de sacrificar su vida terrenal para llegar a ser partícipes de la vida eterna.»

Hasta el día de hoy, Constantinopla y El Cairo muestran qué increíble encanto ejerce el opio con beleño sobre la somnolienta indolencia del

turco y la ardiente imaginación del árabe, y explican la furia con que aquellos jóvenes [buscan] el disfrute de estos ricos pasteles (hachís), y la confianza que en ellos se produce, de que son capaces de emprender cualquier cosa o todo. Por el uso de estos pasteles se les llamó Hashishin (comedores de hierba), que, en boca de griegos y cruzados, ha sido transformado en la palabra Asesino, y, siendo

sinónimo de asesinato, ha inmortalizado la historia de la orden en todas las lenguas de Europa. *Esta es la versión que da Marco Polo, tal como la repite Von Hammer en su «Historia de los Asesinos». A esto añadamos además la del señor Sylvestre de Sacy, tomada de una memoria leída ante el Instituto de Francia: — «No tengo duda alguna de que esa denominación fue dada a los ismaelitas, a causa de usar un líquido o preparación intoxicante, todavía conocido en Oriente con el nombre de* hashish*. Las hojas de cáñamo, y algunas otras partes del mismo vegetal, forman la base de esta preparación, que se emplea de diferentes maneras, ya en líquido o en forma de pasteles, mezclada con sustancias sacarinas, o incluso en fumigación. La intoxicación producida por el hachís causa un éxtasis similar al que los orientales producen por el uso del opio; y por el testimonio de un gran número de viajeros, podemos afirmar que quienes caen en este estado de delirio imaginan que disfrutan de los objetos ordinarios de sus deseos, y gustan la felicidad a bajo precio. No se ha olvidado que cuando el ejército francés estaba en Egipto, el general en jefe Napoleón se vio obligado a prohibir, bajo las más severas penas, la venta y el uso de estas sustancias perniciosas, cuya costumbre ha llegado a ser una necesidad imperiosa en los habitantes de Egipto, particularmente en las clases bajas. Quienes se entregan a esta costumbre son hasta el día de hoy llamados Hashishin, y estas dos expresiones diferentes explican por qué los ismaelitas fueron llamados por los historiadores de las Cruzadas unas veces Assissini y otras Assassini.»

Como ejemplo de la ciega sumisión de estos devotos seguidores a la voluntad de su jefe, se narra que Jelaleddin Melekshah, sultán de los

*Historia de los Asesinos de Von Hammer.

Seljúcidas, habiendo enviado un embajador al jeque de los Asesinos para requerir su obediencia y fidelidad, el hijo de Sahab llamó a su presencia a varios de los iniciados. Haciendo una seña a uno de ellos, le dijo: «Mátate», y al instante se apuñaló a sí mismo; a otro: «Arrójate desde la muralla»; al instante siguiente yacía como un cadáver mutilado en el foso. Ante esto, el gran maestre, volviéndose hacia el enviado, que estaba desfallecido de terror, dijo: «De este modo me obedecen setenta mil fieles súbditos. Sea esa mi respuesta a tu señor».

De la comparación de estas notas se desprenderá, por tanto, que la orden de los Hashishans usaba el hachís como medio para inducir a los jóvenes a consagrarse a su causa. Que lo usaba el jefe por sus propiedades intoxicantes e ilusorias, probablemente sin conocimiento de los miembros de la orden, sino como un secreto cuya divulgación habría frustrado su designio, y que no se entregaban a él habitualmente los de la orden; sino que, por su uso en estos ritos iniciáticos, vinieron a ser llamados Haschishans, después corrompido en Asesinos. Y, en último término, que sus actos homicidas procuraron a todos cuantos en tiempos futuros los imitaron el honor de su nombre.

Pero para volver de esta larga digresión, todavía encontramos el nombre de Haschisch y Hashaskeen en Egipto, y también preparaciones de cáñamo, que se cree, como antaño, transportan a quienes se entregan a ellas a escenas como las que se supone que solo el paraíso ofrece.

«Doquiera alcanzaba su vista, bellas estructuras, de colores del arcoíris, se alzaban; y ricos pabellones por los bosques abiertos brillaban desde sus ondulantes cortinas de oro soleado; y serpenteando por el valle verde,

fluían arroyos de luz líquida, y los cipreses acanalados erguían sus obeliscos vivos, y los plátanos de anchas hojas en largas columnatas, sobre deliciosos paseos arqueados, donde en torno a sus troncos la vid de mil zarcillos se enredaba, y colgaba las ramas con guirnaldas más verdes, y racimos que no eran suyos.»

El señor Rouyer, de la Comisión de Egipto, dice que con las hojas y las puntas, recogidas antes de madurar, los egipcios preparan una conser-

va, que sirve como base del berch, el diasmouk y el hemaouy. Las hojas de cáñamo reducidas a polvo e incorporadas con miel o revueltas con agua, constituyen el berch de las clases más pobres.

El doctor Livingstone encontró el cáñamo en uso entre los naturales del África meridional bajo el nombre de mutokuane.

Entre los hotentotes se conoce como Dacha, y otra planta usada para fines similares entre ellos se llama la Dagga o Dacha silvestre. El uso del cáñamo como narcótico parece ser muy general en todas las partes de África.

El D'amba posee numerosos títulos nativos, pero solo se le conoce por aquellos términos distintivos que los negros le dan en sus respectivos países. Por la gente de Ambriz y Musula se pronuncia como Dyambah, mientras que para las diversas razas de Kaffraria es más generalmente conocido bajo el nombre hotentote de Dakka o Dacha. Esta planta es cultivada extensamente por los Dongos Damarfis y otras tribus al sur de Benguela. Entre los ambundas o aborígenes de Angola, la planta seca es debidamente apreciada no solo por sus efectos narcóticos, sino también a causa de algunas virtudes medicinales que se le han atribuido. Los mercados de San Pablo de Loanda se abastecen principalmente de los

Dongos y otras tribus adyacentes, y de San Salvador y las ciudades de las cercanías del Alto Kongo.

El modo en que se prepara para la venta consiste en separar cuidadosamente de las hojas y semillas los tallos mayores, conservando solo los tallos menores, que se comprimen en una masa cónica, que varía de dos a cuatro pulgadas de diámetro y de uno a dos pies de longitud, estando el conjunto cubierto por alguna materia vegetal seca, firmemente sujeta con mimbres delgados. La sustancia así manufacturada se emplea ordinariamente para fumar, y está dotada de poderosos principios estimulantes e intoxicantes; por consiguiente, es proporcionalmente apreciada por aquellas naciones que están familiarizadas con esas peculiares cualidades, y probablemente es vista más bien como un lujo, debido a la ausencia de toda otra fuente de excitación, para la cual, quizá, era el único sustituto disponible.

Los cafres zulúes y los delagoanos de la costa sudoriental lo usan con los mismos o parecidos nombres. Entre los primeros la hierba se pulveriza y se usa como rapé. El verdadero tabaco se conoce entre ellos y se cultiva hasta cierto punto, pero el uso del cáñamo, tanto para fumar como para aspirar, es mucho más común. Quizá, al requerir menos cultivo, se adapta mejor a sus hábitos indolentes.

Los más eminentes autores persas y árabes remiten el origen de la intoxicación por el cáñamo a los naturales del Indostán. Pero pocas huellas de su uso primitivo pueden hallarse en parte alguna de la India.

En el «Rajniguntu», tratado de materia médica cuya fecha se estima vagamente en unos seiscientos años atrás, hay una clara relación de esta droga. Los nombres con que allí se la conoce son «Bijoya», «Ujoya» y «Joya», que significan promotores del éxito; «Brijputta» o el fortalecedor; «Chapola», el que causa el andar vacilante; «Ununda», o el que mueve a risa; «Hur», el excitador del deseo sexual.

En otro tratado en sánscrito, de fecha posterior, se repite lo anterior; y en un tratado religioso llamado el Tantra hindú, se afirma que el sidhee es más embriagador que el vino.

En el quinto capítulo de las Instituciones de Menú, se prohíbe a los brahmanes usar el pabandoo o cebollas, el gunjara o gunjah, y cuantos condimentos tengan olores fuertes y picantes.

Los escritores persas y árabes dan, sin embargo, una relación más completa y particular del uso primitivo de esta sustancia. Makrisi trata del cáñamo en su descripción de los antiguos jardines de recreo en las inmediaciones de El Cairo. Este barrio, tras muchas vicisitudes, es ahora un montón de ruinas. En él se hallaba situado un valle cultivado, llamado Djoneina, que fue teatro de todas las abominaciones concebibles. Era famoso, sobre todo, por la venta del *hasheesha* o *haschisch*, que todavía consumen ciertos de la plebe, y de cuyo consumo nacieron aquellos excesos que dieron origen al nombre de «asesino», en tiempo de las Cruzadas. Este autor afirma que la obra más antigua en que se menciona el cáñamo es un tratado de Hassan, quien refiere que en el año de la Hégira 608, el jeque Djafar Shirazi, monje de la orden de Haider, aprendió

de su maestro la historia del descubrimiento del cáñamo. Haider, jefe de los ascetas y de los que se castigan a sí mismos, vivía en rígida privación en una montaña entre Nishabor y Rama, donde estableció un monasterio de fakires. Diez años había pasado en este retiro, sin abandonarlo un momento, hasta que un abrasador día de verano se dirigió a los campos. A su regreso, un aire de alegría y regocijo se imprimía en su semblante; recibió las visitas de sus hermanos y alentó su conversación. Al ser interrogado, declaró que, impresionado por el aspecto de una planta que danzaba con el calor como si de alegría, mientras todo el resto de la creación vegetal estaba aletargado, había recogido y comido de sus hojas. Llevó a sus compañeros al lugar: todos comieron, y todos quedaron excitados de igual modo. Una tintura de hoja de cáñamo en vino o en licores parece haber sido la fórmula favorita en que el jeque Haider se complacía. Un poeta árabe canta la copa de esmeralda de Haider, evidente alusión al rico color verde de la tintura de la droga. El jeque sobrevivió diez años al descubrimiento, y se sustentó principalmente de esta hierba; y a su muerte, sus discípulos, conforme a su deseo, plantaron una enramada en la que crecía en torno a su tumba. Desde este santo sepulcro se afirma que el conocimiento de los efectos del cáñamo se difundió por el Jorasán. En Caldea fue desconocido hasta el año mahometano 728, durante el reinado del califa Mostansir Billah. Los reyes de Ormuz y de Bahrein lo introdujeron entonces en Caldea, Siria, Egipto y Turquía.

En el Jorasán parece que la fecha del uso del cáñamo se considera, no obstante lo anterior, muy anterior a la era de Haider. Biraslan, peregrino indio, contemporáneo de Cosroes (quienquiera que sea este mismo Cosroes, pues es nombre que ocurre a menudo y se aplica como César o Zar a más de una generación), se afirma que introdujo y difundió la costumbre por el Jorasán y el Yemen.

En 780 d. C. se dictaron en Egipto muy severas ordenanzas contra esta práctica de entregarse al cáñamo. El jardín de Djoneina fue arrancado de raíz, y a todos los convictos del uso de la droga se les sometió a la extracción de los dientes. Pero en 792 d. C. la costumbre se restableció con más que su vigor original. Makrisi da un vivo cuadro del vicio y de sus víctimas: «Como consecuencia general, siguióse gran corrupción de sen-

timientos y costumbres, desapareció el pudor, se entregaron abiertamente a toda pasión baja y malvada, y sólo la nobleza de la forma externa quedó a aquellos infatuados seres». En las «Hermanas de antaño» se hallarán algunas memorias más de la historia primitiva de este extraordinario narcótico.

No sólo su poder embriagador, sino muchas otras propiedades —unas verdaderas, otras fabulosas— eran conocidas en las épocas arriba citadas. Insístese en las cualidades contrarias de la planta —sus efectos estimulantes y sedantes—: «Al principio alegran los espíritus, causan jovialidad, dan color al rostro, provocan la embriaguez, excitan la imaginación hasta las ideas más arrebatadas, producen sed, aumentan el apetito, excitan la concupiscencia; después, los efectos sedantes empiezan a predominar, los espíritus decaen, la visión se oscurece y debilita, y la locura, la melancolía, el temor, la hidropesía y otras dolencias semejantes son la secuela.» Mirza Abdul Kussac dice de ella: «Produce un apetito voraz y estreñimiento, detiene las secreciones, excepto la del hígado, excita imaginaciones desenfrenadas, una sensación de ascenso, el olvido de todo cuanto acontece durante su uso, y tal exaltación mental que los espectadores la atribuyen a inspiración sobrenatural.» A lo cual añade también: «Los inexpertos, al tomarla por primera vez, quedan a menudo sin sentido durante un día; algunos enloquecen, otros, se sabe, mueren.»

Ya sea con el propósito de aumentar su poder, ya por alguna otra razón que desconocemos, en la India se mezclan las semillas de Datura con el cáñamo al componer algunas de las confecciones, así como el polvo de nuez vómica. Esto es, sin embargo, excepcional, pues ninguna de estas sustancias entra en la composición del majoon de Bengala, como tampoco el sublimado corrosivo forma proporción de las píldoras de uso general entre los opiómanos de Constantinopla.

Es costumbre de algunas gentes culpar sin límite a quienes se entregan a estimulantes nerviosos de naturaleza distinta de la suya, aunque sirvan al mismo propósito. Así, quien piensa que la Providencia jamás destinó su cuerpo a convertirse en un barril de cerveza ambulante, se abs-

tiene de todas las bebidas alcohólicas, pero al mismo tiempo no se abstiene de abusar de quienes tienen a bien permitirse un poco de vino por el bien de su estómago, o un trago de porter por sus dolencias corporales. Estos mismos abstemios siguen aferrados a su té y su café, y aunque inocuos en grado suficiente como dietéticos, sirven en parte a los propósitos para los que otros emplean estimulantes alcohólicos. Un eminente químico afirma que las personas acostumbradas al uso del vino, cuando toman aceite de hígado de bacalao, pierden pronto el gusto y la inclinación por el vino. Las Sociedades de Templanza deberían, por tanto, canonizar el aceite de hígado de bacalao.

Es verdad que miles han vivido sin conocimiento del té ni del café; y la experiencia diaria enseña que, en ciertas circunstancias, puede prescindirse de ellos sin desventaja para las meras funciones vitales animales. «Pero es un error —escribe Liebig—, ciertamente, concluir de esto que pueda prescindirse por completo de ellos en lo tocante a sus efectos; y es cuestión de si, no teniendo té ni café, el instinto popular no buscaría y descubriría los medios de reemplazarlos. La ciencia, que tanto nos reprocha en estos respectos, tendrá que averiguar en primer lugar si depende meramente de inclinaciones sensuales y pecaminosas el que todo pueblo del globo haya apropiado algún medio semejante de actuar sobre la vida nerviosa —desde la orilla del Pacífico, donde el indio se retira de la vida por días, para gozar de la dicha de la embriaguez con la coca, hasta las regiones árticas, donde el kamchatkadal y los koriakos preparan una bebida embriagadora con un hongo venenoso. Pensamos, por el contrario, que es muy probable, por no decir cierto, que el instinto del hombre, al sentir ciertos vacíos, ciertas necesidades de la vida intensificada de nuestros tiempos, que no pueden satisfacerse ni colmarse con la mera cantidad, ha descubierto en estos productos de la vida vegetal el verdadero medio de dar a su alimento la cualidad deseada y necesaria. Toda sustancia, en cuanto tiene parte en los procesos vitales, actúa de cierta manera sobre nuestro sistema nervioso, sobre los apetitos sensuales y la voluntad del hombre.» Así, aunque algunos no tienen tabaco, hallan en el uso del cáñamo o del opio un sustituto de aquel vegetal que la naturaleza les ha negado. No puede haber duda de que, si nunca hubiéramos conocido el tabaco ni la ginebra, habríamos descubierto y usado algún otro narcótico en lugar del uno, y una forma de alcohol no menos

ardiente y nociva en lugar de la otra. Hablar de los degradados chinos como bárbaros que se entregan al opio en espantosa medida, y del ignorante hindú y del árabe como locos que se deleitan en francachelas de confecciones de cáñamo, es evidencia de los efectos de los mismos prejuicios de miras estrechas bajo los cuales algunos que se abstienen de los estimulantes alcohólicos denuestan y vociferan contra aquellos cuyos sentimientos y costumbres yacen en dirección opuesta, imputando a los goces de muchos los excesos de pocos. Amigo Brooklove, bebe tu té, y reconsidera tu veredicto.

«¡Oh, amable y dichosa burla, cuando el reo esposado, sobre su lecho de paja, es transportado al hogar de su inocente infancia, y la doncella que languidece y ha sido abandonada es feliz con su amante tierno y fiel —y el pobre tiene abundancia— y el moribundo goza de salud— y la desesperación tiene esperanza— y los que padecen necesidad son como si no la padecieran— y los que lloran son como si no lloraran—. Pero la apariencia de estas cosas pasa.»

«En su casa» puede significar que ha pasado el día de pago con todos sus terrores, las cuentas están saldadas, las facturas archivadas, los recaudadores de impuestos satisfechos, y el horizonte de las finanzas claro y sin nubes. No hay temor de acreedores ni de médicos, y John Thomas anuncia «en su casa». O puede significar que, habiéndonos vestido con bata y zapatillas, llenado y encendido nuestra pipa, sentándonos en un sillón, colocado los pies firme y contentamente sobre la alfombra del hogar, y comenzado a envolvernos en una nube como aquella en que Juno transportó al vencido Paris del campo a la presencia de la más hermosa de las hijas de Grecia, sentimos, con respecto a nosotros mismos y a despecho del resto del mundo, que estamos «en nuestra casa». O puede significar que, habiendo hecho el «grand tour», cruzado el desierto en camello, o visto las maravillas de Singapur, Hong-Kong y Shanghái, estamos una vez más en nuestro suelo natal, y ya no tememos a los bandidos italianos ni a la peste turca, a las tormentas de arena ni a los cocodrilos, a los envenenadores chinos ni al pastel de perro, sino que respiramos de nuevo y estamos «en nuestra casa». O puede significar media docena de cosas además. Pero ver a un hombre en su casa es verlo en to-

das las gradaciones de luz y sombra, de sol y de penumbra, más brillantes y más profundas, que cuando se cubre la cabeza y sale a mirar el sol.

La gunja no está en su casa en Europa. A pesar de los esfuerzos hechos en Inglaterra y Francia por introducir el cáñamo indio en la práctica médica, y de las afirmaciones de los médicos de la India británica, que han ensalzado su poder como narcótico y anodino, nunca se ha asentado en suelo europeo. Los fármacos ya en uso para producir sueño y aliviar el dolor siguen ocupando su antigua popularidad, sin perturbarse por la visita de un extraño que, hallando la acogida demasiado fría, se ha retirado. En Francia se hicieron ciertos experimentos, y con permiso del doctor Moreau nos aprovecharemos de ellos, y del Journal of Psychological Medicine, para averiguar los efectos de este fármaco en quienes lo han usado.

Desde los días de Prosper Albinus, doctos e indoctos han escuchado con asombro los maravillosos efectos de aquellos «soporíferos jarabes del Oriente», cuando —

«Dejando la opaca esfera de la tierra, el alma exultante se eleva a cada brillante reino que la fantasía conjura, y vestida de matices de belleza, allí se mezcla con espíritus risueños en la verde pradera a la luz de la luna; o vaga con ángeles por las cortes del cielo, y capta la música que fluye de sus lenguas.»

En Asia Menor se ha tragado desde tiempo inmemorial un extracto del cáñamo indio con la mayor avidez, como medio de producir el más extático deleite, y de procurar una satisfacción de carácter incluso más elevado que la que allí se sabe que sigue al uso del opio. Una dosis pequeña parece influir sólo en las facultades morales, dando a las potencias intelectuales mayor vivacidad y momentáneo vigor. Una dosis mayor parece despertar una nueva sensibilidad y poner en acción capacidades de goce adormecidas. No sólo se excita la imaginación, sino que una intensidad de energía penetra todas las pasiones y afecciones de la mente. La memoria no sólo recurre con facilidad al pasado, sino que incorpora a él delirios, pues por mucha exactitud con que se recuerden los hechos, se pintan con colores ardientes y se convierten en fuentes de placer. Los sentidos se vuelven también instrumentos de engaño; el ojo y el oído no

sólo están vivos a toda impresión, sino que engañan a la razón y perturban el cerebro con los delirios a que quedan sujetos. Puede producirse la alegría, o una melancolía calmante, según se presenten vistas o sonidos agradables o desagradables.

Tan vivos están los que tragan hachís al efecto de los objetos externos sobre las potencias perceptivas, que generalmente se retiran a lo más profundo del harén, donde las almas, o mujeres educadas para este propósito, añaden, con los encantos de la música y la danza, a las falsas percepciones que engendra el estado desordenado del cerebro. Insensiblemente la razón y la voluntad quedan del todo vencidas, y se entregan a la imaginería fantástica que procura tal deleite. ¿Podemos asombrarnos de que tales gentes produzcan y admiren todas las extravagancias de las «Mil y una noches»? ¿Podemos sorprendernos de su creencia en un paraíso futuro que, en el mejor de los casos, no es sino el sueño de un voluptuoso?

Al comienzo de la embriaguez producida por el cáñamo, hay la más perfecta conciencia del estado de las facultades desordenadas. Existe el poder de analizar las sensaciones, pero la mente parece reacia a reasumir su poder rector y controlador. Es consciente de que todo no es sino un sueño, y sin embargo siente deleite en el perfecto abandono al falso goce. No intentará despertar del ensueño, sino más bien entregarse a él hasta la mayor extensión de que es capaz. Parece haber una existencia ideal, pero es demasiado placentera para sacudirla —penetra en los más íntimos recessos del cuerpo— lo envuelve. Los sueños y fantasmas de la imaginación parecen parte del ser vivo; y sin embargo, durante todo esto, permanece la convicción interna de que el mundo real es abandonado por una existencia ficticia e imaginativa, que tiene encantos demasiado deliciosos para resistirlos. A la extremada rapidez con que las ideas, sensaciones y deseos cruzan el cerebro, puede atribuirse la singular retardación del tiempo, que parece alargarse hasta la eternidad. Efectos semejantes, procedentes sin duda de las mismas o semejantes causas, se advierten en las Confesiones de un opiómano, donde habla de minutos que se vuelven como edades.

El doctor Moreau da singulares ilustraciones de este peculiar estado. En una ocasión tomó una dosis de *haschisch* antes de ir a la ópera, y se fi-

guró que tardaba más de tres horas en encontrar el camino por el pasillo que a ella conducía. M. de Baulcy tomó una dosis de *haschisch*, y cuando se recobró, le pareció que había estado bajo su influencia cien años.

Mientras una sensación indescriptible de felicidad se apodera del individuo, y el gozo y la exultación se sienten casi demasiado grandes para

en absoluto, la mente parece completamente incapaz de explicarlo o de determinar de qué fuente particular brota. Hay una sensación positiva de contento universal, pero es vano intentar explicar la naturaleza del goce. El movimiento peculiar parece del todo inexplicable. Un sentido de algo insólito penetra cada fibra, pero todos los intentos de analizarlo o describirlo se declaran vanos. Transcurrido cierto tiempo, el sistema parece ya incapaz de mayor felicidad, la sensibilidad parece completamente agotada, un suave sentimiento de lasitud, física y moral, sucede gradualmente — una apatía, un descuido, una calma absoluta, de la que ningún objeto exterior puede despertar el torpe cuerpo. Estas son las grandes características de esta etapa. La inteligencia más alarmante o aflictiva se escucha sin excitar emoción alguna. La mente está completamente absorta, la percepción parece embotada, los sentidos apenas transmiten impresión alguna al cerebro. Una reacción ha tenido lugar, pero el colapso no va acompañado de ningún sentimiento desagradable. Las energías están todas postradas, pero no hay ninguno de esos síntomas depresivos que acompañan las últimas etapas de la embriaguez ordinaria. Todo lo descrito es una inefable tranquilidad del alma, durante la cual es perfectamente inaccesible al dolor o a la pena.

«El comedor de hachís es feliz», continúa el doctor Moreau, «no como el glotón, o el hombre hambriento cuando satisface su apetito, o el voluptuoso en la gratificación de sus deseos amatorios; sino como aquel que oye nuevas que le llenan de alegría, o como el avaro que cuenta sus tesoros, el jugador que tiene éxito en el juego, o el ambicioso que está embriagado por el éxito.»

No todos los que han hecho el experimento hablan en términos tan encendidos de los resultados. El señor de Saulcey, que lo probó en Jerusalén, dice: — «El

experimento, al que recurrimos para pasar nuestro tiempo, resultó tan sumamente desagradable que puedo decir con seguridad que ninguno de nosotros volverá a sentirse tentado de repetirlo. El hachís es un veneno abominable que solo beben y fuman en el Este las heces de la población, y que tuvimos la necedad de tomar, en dosis demasiado grande, en la víspera del día de Año Nuevo. Nos figurábamos que íbamos a pasar una velada de goce, pero casi morimos por nuestra imprudencia. Como yo había tomado una dosis mayor de este pernicioso fármaco que mis compañeros, permanecí casi insensible durante más de veinticuatro horas, tras lo cual me encontré completamente quebrantado por espasmos nerviosos y sueños incoherentes.»

No es raro que ocurran ilusiones y alucinaciones durante la primera etapa, cuando los sentidos han perdido su poder de comunicar fielmente al cerebro las impresiones que reciben.

El doctor Auber, en su obra sobre la peste, narra varios casos de delirios ocurridos en el curso de su administración de preparados de cáñamo como alivio en aquella enfermedad. Un oficial de la marina veía títeres danzando sobre el techo de su camarote — otro creía que había sido transformado en el pistón de una máquina de vapor — un joven artista imaginaba que su cuerpo estaba dotado de tal elasticidad que le permitía entrar en una botella y permanecer allí a su gusto. Otros escritores hablan de individuos afectados de modo semejante: uno, de un hombre que creía haberse convertido por entero en vidrio quebradizo, y vivía en constante temor de que lo cascaran o lo rompieran, o de que le arrancaran un dedo de la mano o del pie; otro, de un joven que creía crecer y dilatarse hasta tal punto, que juzgaba inevitable que la habitación en que se hallaba fuera demasiado pequeña para contenerlo, y que debía, durante la expansión, empujar el techo hacia el cuarto de arriba.

---

expansión, fuerzan el techo hacia la habitación superior. El doctor Moreau, en una ocasión, creyó que se derretía por el calor del sol; en otra, que todo su cuerpo se inflaba como un globo, que podía elevarse y desvanecerse en el aire. Las ideas que generalmente se le presentaban en estas ilusiones eran que los objetos tomaban la apariencia de figuras

fantasmagóricas, pequeñas al principio, luego gradualmente agrandándose, y después volviéndose de repente enormes y desvaneciéndose. A veces estas figuras le causaban alarma. Un pequeño enano horrible, vestido con el traje del siglo XIII, le persiguió durante algún tiempo. Consciente del engaño, suplicó que se retirara el objeto que mantenía la ilusión —eran un sombrero y un abrigo sobre una mesa vecina—. Un viejo criado de setenta y un años fue, en otra ocasión, representado por su ojo al cerebro como una joven doncella, adornada con toda la gracia de la belleza, y su cabello blanco y sus arrugas transformados en atractivos irresistibles. Un amigo que le presentó un vaso de limonada fue pintado a su imaginación desordenada como un horno de carbón ardiente. A veces la felicidad se veía interrumpida por engaños que le aterrorizaban. Así, habiéndose entregado a su dosis acostumbrada, todo objeto despertaba su terror y alarma, que ni la convicción de su propia mente ni las explicaciones tranquilizadoras de sus amigos podían disminuir, y estuvo durante un considerable lapso bajo las más temibles impresiones.

«A través de la oscuridad extendida en torno, la tierra abierta vomitó entonces legiones de formas repugnantes y espantosas, que se cernían sobre su vuelo.»

Estos son los efectos inmediatos producidos por esta sustancia tan extraordinaria. Hay otros,

sin embargo, aún más singulares, que han atraído la atención de los viajeros y se han convertido en objeto de intensa curiosidad. Son de una naturaleza desconocida en relación con cualquier otra sustancia, y han formado la base de numerosas narraciones maravillosas que han asombrado incluso a los incrédulos. Quienes han visto los temibles síntomas que se manifiestan durante el delirium tremens, y han oído a los enfermos declarar que veían ante sí genios, hadas, demonios, saben cómo los sentidos pueden convertirse en fuente de engaño, y por ello pueden juzgar a qué estado de desorden del intelecto puede conducir. Una vez que el cerebro se ha desordenado por el uso del cáñamo narcótico, queda para siempre después sujeto a alucinaciones y engaños, distintos de los producidos por cualquier otra cosa, salvo los licores embriagantes tras un ataque de delirium tremens. La mente entonces cree que ve visiones, y contempla seres con quienes puede conversar. Los fenómenos se

desarrollan gradualmente, hasta que las ilusiones ocupan el lugar de las realidades y se apoderan firmemente de la mente, que parecería en todos los demás puntos estar sana y vigorosa, pero en este punto, demente. Tan firme y tan fija se vuelve la creencia, que ni el argumento convence ni el ridículo sacude al individuo de su fe, en la cual una naturaleza preocupada o demasiado crédula le confirma aún más.

Los árabes, especialmente los de Egipto, son sumamente supersticiosos, y apenas hay persona, incluso entre los mejor informados, que no crea en la existencia de los genios. Según su creencia, hay tres especies de seres inteligentes, a saber: ángeles, creados de luz; genios, creados de fuego; y hombres, creados de tierra. La opinión predominante es que los Sheytans (demonios) son genios rebeldes. Se dice que Dios creó a los genios dos mil años antes de Adán, y que entre ellos hay creyentes e infieles como entre los hombres. Se sostiene que son animales aéreos con cuerpos transparentes, que pueden asumir cualquier forma. Que están sujetos a la muerte, pero viven muchas edades. Las siguientes son tradiciones del Profeta concerning ellos. Los genios son de diversas formas, teniendo las formas de serpientes, escorpiones, leones, lobos, chacales, etc. Son de tres clases: una en la tierra, una en el mar, una en el aire. Constan de cuarenta tropas, cada tropa de seiscientos mil. Son de tres clases: una tiene alas y vuela; otra son serpientes y perros; y la tercera se desplaza de un lugar a otro como los hombres. Las serpientes domésticas, según la misma autoridad, se afirma que son genios. Si serpientes o escorpiones se introducen ante los fieles en la oración, el Profeta ordena que se les mate, pero en otras ocasiones, primero amonestarlos a que se marchen, y luego, si permanecen, matarlos. Se relata que Aisheeh, la esposa del Profeta, habiendo matado una serpiente en su cámara, se alarmó por un sueño, y temiendo que hubiera sido un Jinnee musulmán, ya que no entró en su cámara cuando ella estaba desvestida, dio en limosna, como expiación, cerca de trescientas libras, el precio de la sangre de un musulmán. Los genios se aparecen a la humanidad más comúnmente en forma de serpientes, perros, gatos o seres humanos. En el último caso, son a veces de la estatura de los hombres, y a veces de un tamaño enormemente gigantesco. Si son buenos, generalmente son resplandecientemente hermosos; si malos, horriblemente horribles. Se vuelven invisibles a voluntad (por una rápida extensión o rarefacción de las par-

tículas que los componen) o desaparecen súbitamente en la tierra o el aire, o a través de un muro sólido.

El Sheykh Ivhaleel El Medabighee relató la siguiente anécdota de un Jinnee. Tenía, decía, un gato negro favorito, que siempre dormía al

pie de su cortina de mosquitero. Una vez, a medianoche, oyó un golpe en la puerta de su casa, y su gato fue y abrió la contraventana colgante de la ventana, y llamó: «¿Quién está ahí?». Una voz respondió: «Soy fulano» (mencionando un nombre extraño), «el jinnee, abre la puerta». «La cerradura», dijo el gato del Sheykh, «tiene pronunciado sobre ella el nombre». Es costumbre decir: «En el nombre de Dios, el compasivo, el misericordioso», al cerrar la puerta con llave, al cubrir el pan, al acostar la ropa por la noche y en otras ocasiones, y creen que esto protege sus bienes de los genios. «Entonces arrójame», dijo la voz, «dos tortas de pan». «El cesto del pan», respondió el gato en la ventana, «tiene pronunciado sobre él el nombre». «Bien», dijo el extraño, «al menos dame un trago de agua». Pero se le respondió que la jarra de agua había sido asegurada de la misma manera, y se le preguntó qué iba a hacer, viendo que probablemente moriría de hambre y sed. El gato del Sheykh le dijo que fuera a la puerta de la casa vecina, y fue también allí él mismo, y abrió la puerta, y poco después regresó. A la mañana siguiente el Sheykh se desvió de una costumbre que había observado constantemente; dio al gato la mitad de la fateereh con la que desayunaba en lugar del pequeño bocado que solía darle, y después dijo: «Oh, gato mío, tú sabes que soy un hombre pobre; tráeme entonces un poco de oro», ante cuyas palabras el gato desapareció inmediatamente, y no lo vio más. Tales son las historias que creen y narran de estos genios; y apenas hay un consumidor de hachís cuya imaginación no le lleve a creer que ha visto o ha tenido comunicación con alguno de estos seres.

El señor Lane, traductor de las «Mil y una noches», tuvo una vez un cocinero humorístico entregado a la intoxicación

con hachís, de quien relata la siguiente circunstancia: «Poco después de haber entrado a mi servicio, le oí, una tarde, murmurar y exclamar en la escalera como sorprendido de algún suceso, y luego decir cortésmente: "Pero ¿por qué está usted sentado aquí en la corriente? Hágame el favor

de subir a la cocina y amenizarme un poco con su conversación". No siendo respondida la cortés alocución, fue repetida y variada varias veces, hasta que llamé al hombre y le pregunté a quién hablaba. "El efreet de un soldado turco", respondió, "está sentado en la escalera, fumando su pipa, y se niega a moverse; subió desde el pozo de abajo; le ruego que venga a verlo". Al ir yo a la escalera y decirle al criado que no veía nada, solo observó que era porque yo tenía la conciencia limpia. Mi cocinero profesaba ver a este efreet frecuentemente después».

El doctor Moreau enumera muchas instancias, de sus propios seguidores inmediatos, de videntes de genios entre los consumidores de hachís. Su dragomán, que había estado adscrito en esa calidad a Champollion, el capitán de la nave y varios marineros, no solo tenían una firme creencia en los genios o efreets, sino que en realidad habían recibido visitas suyas, y ni el argumento ni el ridículo podían sacudir su convicción. El capitán había, en dos ocasiones, visto un jinnee; se le apareció bajo la forma de una oveja. Al regresar una tarde algo tarde a su casa, el capitán encontró una oveja extraviada balando con un ruido inusual. La llevó a casa, la esquiló por su largo vellón, y estaba a punto de matarla, cuando de repente la oveja se alzó hasta la altura de veinte pies, en forma de un hombre negro, y con voz de trueno se anunció como un jinnee.

Uno de los marineros, Mansour, un hombre que había hecho cerca de veinte viajes con europeos, contó su entrevista con un genio bajo la

apariencia de una joven de ocho o diez años de edad. La encontró por la tarde a orillas del Nilo, llorando deplorablemente porque había perdido su camino. Mansour, tocado de compasión, la llevó consigo a casa. Por la mañana la montó en un asno para llevarla a sus padres. Al entrar en un bosquecillo de palmeras, oyó detrás de él algunos suspiros temibles; al volverse para averiguar la causa, vio, para su horror, que la niña se había apeado, que sus extremidades inferiores se habían vuelto de una longitud enorme, semejantes a dos serpientes espantosas, que arrastraba tras de sí en la arena. Sus brazos se alargaron, su rostro se elevó hasta los cielos, negro como el carbón, su inmensa boca, armada de dientes de cocodrilo, vomitaba llamas. El pobre Mansour cayó de repente sobre la tierra, donde, vencido por el terror, pasó la noche. Por la mañana se

arrastró a casa, y dos meses de enfermedad atestiguaron el hecho del desorden del cerebro.

Muchos tales relatos se cuentan, y todos narrados por los enfermos con la más firme creencia y la más sincera convicción de su verdad; cada uno, por su propio engaño, fortaleciendo y confirmando a los demás. Todos aquellos que habían visto visiones tenían sus mentes enfermas por el uso del hachís, mientras que los que no se entregaban al hábito estaban libres de estas extraordinarias ilusiones. Estas alucinaciones parecen manifestarse independientemente de cualquier afección del cerebro existente entonces, y el individuo aparece, en otras circunstancias, apto para las ocupaciones habituales de la vida. Pueden ser solo síntomas de un intelecto previamente desordenado, pero también pueden ser el punto de partida desde el cual se desarrolla la locura. En todos los casos en que ocurren estas alucinaciones, es necesaria la vigilancia, ya que, en la mayoría de los casos, terminan finalmente en un trastorno del cerebro hasta el extremo generalmente denominado demencia.

Otros curiosos resultados del uso de este narcótico son detallados por el doctor O'Shaughnessy, según los exhibieron pacientes en la India, a quienes lo había prescrito en su calidad de médico practicante, y otros experimentos que hizo.

Un perro, al que se administró algo de churrus, en media hora se volvió estúpido y somnoliento, dormitando a intervalos, sobresaltándose, moviendo la cola como si estuviera sumamente satisfecho; comía con avidez, al ser llamado se tambaleaba de un lado a otro, y su semblante asumió la apariencia de una embriaguez completa e impotente. En seis horas estos síntomas habían desaparecido, y estaba perfectamente bien y vivaz.

Un paciente al que se había administrado cáñamo, de repente profirió una fuerte carcajada, y exclamó que cuatro espíritus saltaban con su cama por los aires. Los intentos de calmarlo fueron en vano, su risa se volvía momentáneamente más y más incontenible. En poco tiempo exhibió síntomas de esa peculiar condición nerviosa que los mesmeristas nos han hecho conocer mejor en los últimos años bajo el nombre de catalepsia. En cualquier actitud imaginable en que se colocaran sus brazos

y piernas, se volvían rígidos y permanecían así. Una figura de cera no podría ser más flexible ni más inmóvil en cada posición, por contraria que fuera a la influencia natural de la gravedad sobre la parte. Se le administró una fuerte bebida estimulante, y su intoxicación dio lugar a exclamaciones tan ruidosas que hubo que trasladarlo a una habitación separada, donde pronto se tranquilizó; en menos de una hora sus miembros habían recuperado su condición natural, y en dos horas dijo que estaba perfectamente bien y muy hambriento.

Un coolie reumático fue sometido a la influencia de media grano de resina de cáñamo. En dos horas el buen señor se volvió locuaz y musical, contó varias historias y cantó canciones a un círculo de oyentes sumamente deleitados, comió las cenas de dos personas, suscritas para él en la sala, y finalmente cayó en un sueño profundo, y así continuó hasta la mañana siguiente. A mediodía estaba perfectamente libre de dolor de cabeza o de cualquier secuela desagradable; a su petición, se repitió la medicina, y se le complació con ella durante unos días, y luego fue dado de alta.

Un estudiante de medicina tomó alrededor de un cuarto de grano de la resina en forma de tintura. Un grito de risa fuerte y prolongada inauguró los síntomas, y se produjo un estado de catalepsia durante dos o tres minutos. Luego representó el papel de un Rajah dando órdenes a sus cortesanos; no podía reconocer a ninguno de sus compañeros de estudios o conocidos — todos a su mente parecían tan alterados como su propia condición; habló de que muchos años habían pasado desde sus días de estudiante, describió a sus maestros y amigos con una viveza que un dramaturgo envidiaría, detalló las aventuras de una serie imaginaria de años, sus viajes, su consecución de riqueza y poder. Entró en discusiones sobre temas religiosos, científicos y políticos, con asombrosa elocuencia, y reveló una extensión de conocimiento, lectura y un ingenio pronto y oportuno, para lo cual quienes mejor lo conocían no estaban en absoluto preparados. Durante tres horas y más mantuvo el carácter que al principio asumió, y con un grado de soltura y dignidad perfectamente adecuados a su alta situación. Esta escena terminó casi tan abruptamente como comenzó, y no siguió dolor de cabeza, enfermedad ni otros síntomas desagradables al exceso.

Sin detallar los casos en que se exponen sus virtudes como agente medicinal, o nombrar casos de hidrofobia en los que se administró y fracasó, o de tétanos en los que se recurrió a ella con éxito, apenas podemos dejar de notar el hecho de que a un infante de solo 60 días de edad hubo que administrarle 130 gotas de la tintura para producir narcotismo, mientras que 10 gotas produjeron esos efectos en el estudiante arriba nombrado, que se creía un Rajah importante.

La información más reciente que tenemos de los efectos del hachís la proporciona el profesor K. D. Schroff. Se refiere a una clase llamada «Birmingi», la productora de risa («macht keif») obtenida de Bucarest.

Esta preparación estaba en forma de tabletas, duras y difíciles de romper, exteriormente casi negras y lisas, con apenas un ligero olor. El sabor no era ni amargo ni aromático, sino más bien insípido. Al masticarla prolongadamente, la masa muy tenaz se volvía gradualmente pastosa, y finalmente se disolvía en la saliva, dejando una sustancia sólida que se desmenuzaba. Producía irritación en la garganta cuando se masticaba durante mucho tiempo.

El Dr. Heinrich tomó diez granos de esta preparación en mayo de 1859, a eso de las cinco y media de la tarde. Masticó esta cantidad durante cerca de una hora, durante la cual se disolvió gradualmente y fue tragada; solo el residuo insoluble, unos dos granos, fue escupido. Le sobrevino irritación de la garganta y una ligera náusea. El intento de fumar un cigarro al aire libre tuvo que abandonarse a causa de la sequedad y aspereza de la garganta. El Dr. H. caminó hacia la ciudad y miró los escaparates de las imprentas sin percibir cambio alguno en sí mismo. Al cabo de una hora y media, hacia las siete, se encontró con un conocido, con quien habló toda clase de necedades sin sentido e hizo las comparaciones más necias; desde entonces, todo cuanto miraba le parecía ridículo. Este estado de excitación duró unos veinte minutos, durante los cuales su rostro y sus ojos se pusieron cada vez más rojos. De pronto le sobrevino un gran grado de tristeza; todo le resultaba demasiado estrecho —adquirió un aspecto perturbado y palideció. Su

tristeza se acrecentó hasta convertirse en un sentimiento de ansiedad, acompañado de la sensación de que su sangre fluía en estado hirviente hasta su cabeza; la sensación de que su cuerpo se elevaba y de que estaba a punto de volar hacia arriba era particularmente característica. Su ansiedad y debilidad le vencieron hasta tal grado, que se vio obligado a reunir todo el poder de su voluntad, y su compañero tuvo que sujetarle firmemente por el brazo para poder llevarlo adelante, lo cual se hizo con toda premura, pues temía un nuevo ataque y deseaba, si era posible, llegar a un lugar donde pudieran cuidarlo; pero en el transcurso de tres minutos, mientras aún caminaba, el ataque se presentó con mayor violencia.

Solo con gran dificultad llegó al Instituto —allí bebió de inmediato dos pintas de agua fría y se lavó la cabeza, el cuello y los brazos con agua fresca, con lo cual se sintió algo mejor. La mejoría, sin embargo, duró solo unos cinco minutos. Se sentó en una silla y se tomó el pulso, que encontró muy pequeño y lento, con intervalos muy largos. Ya no estaba en condiciones de sacar su reloj para determinar con mayor exactitud la frecuencia de su pulso, pues el sentimiento de ansiedad volvió a sobrecogerle y con él trazó los síntomas premonitorios de un nuevo y violento ataque. Fue llevado a la cámara contigua, se despojó en parte de sus ropas y entregó sus cosas, disponiendo lo que debía hacerse con ellas después de su muerte, pues estaba firmemente convencido de que su última hora había sonado, y clamaba continuamente: «Me muero; pronto seré diseccionado en la sala de los muertos». El nuevo ataque fue más violento que los anteriores, de modo que el paciente solo conservó un grado imperfecto de conciencia, y en el colmo del paroxismo, incluso este desapareció. Tras el acceso, también, la conciencia regresó pero de forma imperfecta: solo quedó tanto

en su recuerdo, que las imágenes que surgían dentro de él aumentaban constantemente en horror, hasta que cedían al estado inconsciente, y que gradualmente, con el retorno de la conciencia, figuras menos formidables aparecían en su lugar. Posteriormente declaró que le parecía como si fuera transportado de la superficie llana a una colina, de allí a un precipicio escarpado, de allí a una roca pelada, y por último a la cresta de una colina, con un abismo inmenso ante él. Desde este momento,

ya no podía controlar el curso de las ideas que se sucedían unas a otras con impetuosa prisa, y no podía evitar hablar sin interrupción hasta que sobrevenía un nuevo ataque, que le privaba por completo de la conciencia durante algunos minutos. El flujo de sus ideas tenía ahora curso libre; y a pesar de su locuacidad, solo podía articular unas pocas palabras de lo que imaginaba. Todos sus pensamientos y acciones desde su infancia acudían a su mente. Los sentidos de la vista y el oído estaban intactos, pues cuando abría los ojos, conocía a todos los que estaban a su alrededor, y los reconocía por sus voces cuando tenía los ojos cerrados. Hacia las diez —es decir, cuatro horas y media después del acceso— la tormenta se había calmado algo; obtuvo control sobre su imaginación, cesó de hablar incesantemente y trazó dónde sentía dolor. Durante la noche bebió gran cantidad de limonada; sin embargo, el sueño huía de él, y su imaginación estaba constantemente en actividad. A la mañana siguiente se vistió y fue llevado a casa, pero no pudo dedicarse a su trabajo diario, porque, a pesar de los mayores esfuerzos, no podía reunir sus pensamientos dispersos, y también se sentía débil corporalmente. Se vio obligado a guardar cama, donde permaneció hasta la mañana del tercer día. Durante este tiempo bebió cuatro pintas de limonada y tomó sopa solo dos veces, pues no tenía apetito. Al tercer día fue llevado de un lado a otro,

sostenido por una segunda persona, pero aún estaba bastante confuso y mareado. Este día comió poco y bebió limonada. Durante la segunda y tercera noches, su sueño fue tranquilo. Al cuarto día se sintió bien de nuevo, recobró el apetito, su fuerza aumentó y su aspecto se volvió menos perturbado. Sin embargo, caminar durante media hora le fatigaba mucho. La depresión que sobrevino tras la excitación cedió solo gradualmente.*

El uso incauto del cáñamo se señala también como causa que conduce a la locura, o termina en ella, especialmente entre los jóvenes que lo prueban por primera vez. Este estado puede reconocerse por el extraño andar balanceante de la víctima, un frotarse constante de las manos, una risita perpetua y una propensión a acariciar y frotar los pies de todos los circunstantes, de cualquier rango que sean. El ojo ostenta una expresión

de astucia y alegría que apenas puede confundirse. En algunos casos, los pacientes son violentos —en todos, vorazmente hambrientos.

Bajo la influencia de esta droga, sus devotos exhibieron, sin duda, ante la mirada asombrada de los primeros viajeros de este y otros países del norte, extrañas extravagancias y payasadas, que los llenaron de asombro y los enviaron a casa rebosantes de leyendas maravillosas y relatos prodigiosos recogidos de los labios de los adeptos del cáñamo, —y la mente ardiente y activa del oriental— siempre asociando lugares y gentes, acciones y accidentes, hombres y costumbres, con la agencia invisible de fantasmas y genios— bajo la influencia del hachís, daba rienda suelta a sus imaginaciones, soltando sobre el viajero un torrente de romanticismo, y poblando cada rincón de su ruta con legiones de espíritus, le hacía preguntarse a sí mismo si realmente había escapado del mundo vulgar

* Dublin Quarterly Journal of Medical Science.

de su nacimiento a otra esfera especialmente dedicada a la ocupación de seres etéreos. Ahora, escuchando la narración de un supuesto comunicante con los espíritus, oye hablar de los genios concentrados, confinados en la estrecha forma de un perrito, o más pequeño aún, en un pececillo, que se expande gradualmente y se eleva cada vez más alto, hasta que su cabeza alcanzaba las nubes, y entonces con voz de trueno comunica su mensaje al aterrorizado y supersticioso árabe que se agazapa a sus pies. Luego, oye hablar de la peste, y su crédulo dragomán le informa que érase una vez un piadoso musulmán que adoraba al amanecer, cuando vio un fantasma horrible que se le acercaba, y la siguiente conversación se produjo entre ellos.

«¿Quién eres tú?»

«La Peste.»

«¿Adónde vas?»

«A El Cairo.»

«¿Para qué?»

«Para matar a diez mil.»

«No vayas.»

«Está decretado que debo hacerlo.»

«Ve entonces, pero no mates más de lo que has dicho.»

«Oír es obedecer.»

Pasada la peste, a la misma hora y en el mismo lugar, el fantasma se le aparece una vez más, y el santo varón le dirige de nuevo estas palabras:

«¿De dónde vienes?»

«De El Cairo.»

«¿A cuántas personas has destruido?»

«A diez mil, conforme a mis órdenes.»

«Mientes, veinte mil han muerto.»

«Es cierto, maté a diez mil, el miedo se llevó al resto.»

Poco después, y el viajero pasa junto a un árbol, un montículo,

o un montón de ruinas. El dragomán narra la historia de tesoros confinados y genios protectores, y maravillas de días hace mucho idos, y de hechos de pecado, y termina con la universal exclamación: «Dios es grande, y Mahoma es su profeta». De estas gentes de misterios y tierra de maravillas el viajero regresa, y aunque solo narra, por temor a la vergüenza, las más creíbles de las historias que ha oído, desde ese día en adelante, pobre hombre, sus amigos menean la cabeza y murmuran sus temores de que un sol tropical le haya trastornado el cerebro.

Natural y nacionalmente supersticioso y crédulo, el uso del narcótico contribuye a aumentar su acervo de saber legendario, y el árabe o el turco se convierte en sí mismo no solo en una nueva edición de las «Arabian Night's Entertainments», sino que también se convierte en él en una creencia viva, y la narración brota de sus labios con toda la seriedad de la verdad positiva, imprimiéndose en el auditorio como una circunstancia en la que el narrador fue actor principal. Y de padre a hijo, y de generación en generación, cuentan los relatos, recuentan las maravillas

y se tragan el hachís de sus antepasados, y se alaba a Alá, y Mahoma sigue siendo «el Profeta».

«Este es un extraño reposo, estar dormido con los ojos bien abiertos, de pie, hablando, moviéndose, y sin embargo tan profundamente dormido.» — La tempestad.

El hubble-bubble propiamente dicho es un aparato de fumar dispuesto de tal modo que el humo, en su paso desde el punto de consumo hasta el de inhalación, atraviesa el agua, que desempeña el oficio de refrigerante. El hubble-bubble común consiste en una cáscara de coco, con dos orificios perforados en uno de sus extremos, a cosa de una pulgada de distancia, a través de los ojos germinativos de la nuez. Por estos orificios se extrae la almendra, y un tubo de madera o de bambú, de unas nueve pulgadas de largo, rematado por una cazoleta, se introduce por una abertura hasta el fondo de la cáscara, que está parcialmente llena de agua, y el humo se aspira por el otro orificio, o se inserta también un tubo en esa abertura, como mejora de la práctica más ruda, para sorber el humo por él. El hubble-bubble se usa generalmente para fumar cáñamo, pero en Siam ocasionalmente para el opio.

Fumar el cáñamo se practica, con algunas variaciones, de un modo distinto al que suele seguirse con el tabaco. En África este modo de entregarse parece

ser más universal que el de la hierba india. Los habitantes de Ambriz buscan con avidez el consuelo de esta preparación; sin embargo, parecen emplearla con moderación, y no son tan apasionadamente adictos a su influencia como otras tribus nativas —por lo tanto, sufren menos de aquellos efectos perniciosos que resultan de la entrega inmoderada a ella. El método aborigen de fumar este narcótico consiste en fijar la cazoleta de arcilla de una pipa nativa en el centro de una gran calabaza, y pasarla a cada individuo que compone

PIPA ABORIGEN DE DAKKA DE AMBRIZ.

la comunidad, quienes por turno toman varias inhalaciones del humo, a lo que suceden violentos paroxismos de tos, rostro encendido, ojos inyectados y gestos espasmódicos, con otros síntomas indicativos de su

acción dominante sobre el organismo. Al remitir esta excitación, el grupo experimenta todas aquellas sensaciones calmantes de desahogo y comodidad, con ese agradable languor que se dice constituye el potente encanto que lo hace tan universalmente solicitado. Si el proceso de inhalación se lleva más allá de esta etapa, la ebriedad sobreviene poco después.*

Los hotentotes y los bosquimanos fuman las hojas de esta planta, solas o mezcladas con tabaco; y como generalmente se entregan al exceso, invariablemente se embriagan. Cuando los bosquimanos estuvieron en

* Daniell en el «Pharmaceutical Journal».

Londres exhibiéndose, fumaban el cáñamo en pipas hechas con colmillos de animales.

Los bechuanas tienen un curioso método de fumar la dacha. Se hacen dos agujeros del tamaño de la boca de una pipa de tabaco en el suelo, a cosa de un pie de distancia; entre ellos se coloca una varita y se moldea arcilla sobre ella; se retira luego la varita, dejando un pasaje que conecta los dos agujeros, en uno de los cuales se introduce el material requerido y una brasa, y los miembros del grupo comienzan a fumar, cada uno a su vez echándose boca abajo en el suelo, aspirando una profunda bocanada y bebiendo luego un poco de agua, al parecer para hacer descender los humos. Es una circunstancia singular que un método semejante de fumar emplean ciertas tribus de Incjia, según ya se ha descrito, con autoridad del doctor Forbes Boyle.

Entre los zulúes la dacha se coloca en el extremo de una caña introducida en el costado de un cuerno de buey, que se llena de agua, y la boca

EGOODU; O CUERNO DE FUMAR, DE LOS ZULÚES.

se aplica a la parte superior del cuerno. La cantidad de humo que se inhala por una abertura tan grande, no contenida por una boquilla, suele afectar

el aliento y produce mucha tos, a pesar de lo cual los naturales son muy aficionados a ello; esta clase de pipa se llama Egoodu. El tabaco compuesto de la hoja seca del cáñamo silvestre está en uso general y tiene

un efecto muy estupefaciente, con frecuencia embriagador, en cuyas ocasiones invariablemente comienzan a alabar al rey larga y ruidosamente.

Aunque algunos de los zulúes se entregan al tabaco de fumar, todos, sin excepción, son apasionadamente aficionados al rapé, que se compone de hojas secas de «dacca» mezcladas con áloe quemado y reducidas a polvo. Ningún cumplido mayor puede ofrecerse que compartir el contenido de una calabaza de rapé con el vecino. El rapé se saca a paladas en la palma de la mano con una pequeña cuchara de marfil, de donde se aspira cuidadosamente. Peor que un Gloth sería aquel bárbaro que quisiera interrumpir caprichosamente una reunión social así ocupada.

Los delagoanos de la costa oriental consideran el fumar la «hubble-bubble» uno de los mayores lujos de la vida. Una larga caña o junco hueco, con el extremo inferior sumergido en un cuerno de agua y el extremo superior rematado con una pieza de loza en forma de dedal, se sostiene en la mano. Cubren la parte superior, con excepción de una pequeña abertura, por la cual, mediante una peculiar acción de la boca, atraen el humo de la pipa por encima a través del agua de abajo; llenan la boca y, tras haberlo retenido algún tiempo allí, lo expulsan con violencia por las orejas y las narices. «A menudo», dice el señor Owen, «los he conocido aturdidos y al parecer medio sofocados por entregarse a este fascinante lujo; produce una violenta tos ferina y carraspera, acompañada de una profusa transpiración y de una gran debilidad temporal, y sin embargo los naturales lo consideran muy fortificante, y siempre recurren a ello antes de emprender un

largo viaje o de comenzar el trabajo en el campo. A la choza de un anciano que se entregaba así a este placer me atrajo la estridencia de la tos que le había ocasionado, y al entrar observé que su débil cuerpo había casi sucumbido a los violentos efectos del bang o dakka que estaba fumando. Se había echado hacia atrás sobre unos sarmientos, y no fue hasta que llevaba algún tiempo allí cuando pareció darse cuenta de mi presencia; sin embargo, tan pronto como el medio ebrio infeliz hubo cobrado fuerzas suficientes, reanudó sus devociones a la pipa, y para cuando salí de la choza había quedado reducido al mismo estado en que lo había encontrado.»

«He visto a los comedores de opio de Constantinopla», escribe el corresponsal del Times, «y a los fumadores de hachís de Constantina. Recordé haber tenido un taboosh en los bazares de Esmirna de un joven musulmán cuya mano paralizada y cabeza chocha no podían contar las monedas que le ofrecía. Recuerdo a los fumadores de hachís de Constantina, a quienes se podía ver y oír cada tarde al fondo del abismo que se abre bajo la Roca de la Adúltera — árabes flacos, descarnados — fumando sus pequeñas pipas de semilla de cáñamo, canturreando y balanceando sus esqueléticas figuras de un lado a otro, gritando a los salvajes ecos del abismo, para luego hundirse extenuados bajo el enorme cactus — visiones y sonidos de saturnal en el purgatorio.»

El cáñamo, de todos los narcóticos, parece ser el más incierto en sus efectos. Lo es en la forma de hachís o de infusión alcohólica, y sin duda lo es también cuando se fuma. El profesor Schroff dice de él: «He visto a pacientes tomar de uno a diez, o, en un caso, hasta treinta granos del extracto alcohólico en el curso de una tarde y una noche, a veces en pocas horas, sin producir síntomas particulares, excepto cierta determinación a la cabeza; incluso el tan deseado sueño, por causa del cual se tomaba el remedio, no se obtenía, mientras que en otros casos, un grano de la misma preparación, de la misma procedencia, producía síntomas violentos, rayando en delirio por envenenamiento, pulso muy rápido, extrema inquietud y, posteriormente, considerable depresión. Debo, por tanto, repetir, que el cáñamo indio, y todas sus preparaciones, exhibe la mayor variedad en el grado y modo de acción según la diferencia de individualidad, tanto en el estado sano como en el enfermo, que deben, por tanto, clasificarse entre los remedios inciertos, que han de usarse con gran cautela.»

En la India, el gunjah se usa para fumar solo. Unos 180 granos y un poco de tabaco seco se frotan juntos en la palma de la mano con unas gotas de agua. Esto basta para tres personas. Se coloca un poco de tabaco en la pipa primero, luego una capa del gunjah preparado, luego más tabaco, y el fuego por encima de todo. Cuatro o cinco personas suelen unirse en esta orgía. La hookah se pasa de mano en mano, y cada perso-

na da una sola calada. La intoxicación sobreviene casi instantáneamente con una calada al no acostumbrado, en media hora; y tras cuatro o cinco inspiraciones a los más prácticos en el vicio. Los efectos difieren de los ocasionados por beber el bhang. Sobre vienen pesadez, pereza y agradables ensueños, pero la persona puede ser fácilmente despertada, y es capaz de desempeñar ocupaciones rutinarias, como tirar del punkah, servir a la mesa y diversas

«América empieza a usar el

entre los hindúes, aunque de una manera bastante diferente, pues el joven Jonathan

debe de ser original. No es una bebida, sino una mezcla de cogollos de cáñamo machacados y el polvo del betel, enrollado como una bola de tabaco. Tiñe los labios y las encías de un rojo profundo, y si se abusa mucho, produce violenta intoxicación. La cerveza de barril y el aguardiente cederán el paso al bang, y los labios rojos, en lugar de las narices rojas, se convertirán en el estilo de moda.»

«Tomó y gustó, una nueva vida fluyó por su renovado cuerpo;

sus miembros, que poco antes estaban doloridos y rígidos, sintieron todo el frescor del reposo;

su cerebro vertiginoso se calmó,

el pesado dolor de sus párpados al punto se disipó;

pues Laila, desde las moradas del Paraíso, había traído el fruto sanador.» — Thalaba.

La raza ampliamente distribuida de los malayos ocupa no sólo la península malaya y, aunque no exclusivamente, las islas del archipiélago indio, sino que ha penetrado en Madagascar y se extiende por las islas del Pacífico desde Nueva Zelanda, las islas de la Sociedad, las islas Amistosas y las Marquesas, hasta las lejanas Sándwich y Pascua. Cualquiera que haya sido el punto de partida, es esencialmente una raza moradora de las costas, que puebla sólo islas, o aquellas porciones del continente que bordean el océano, y nunca penetra en el interior, ni pasa las mon-

tañas que corren paralelas a la costa. Sus energías son más conspicuas en las ocupaciones marítimas, y a esta predilección puede atribuirse su extensa difusión. Estos pueblos, supuestos por algunos

y en alianza con los hindúes

las razas, de donde han sido llamados

diferentes en tantos puntos de diferencia como de semejanza; y mientras algunas de las costumbres de los habitantes del sur o del este de Asia pueden encontrarse entre ellos, tienen también otras peculiarmente propias. La indulgencia en el opio no es desconocida para los malayos, pero la indulgencia nacional de la raza es la areca, o nuez de betel, un hábito característico de un pueblo amante del mar. El uso de una pipa, y especialmente de una pipa de opio, sería un obstáculo para la libertad de sus movimientos a bordo de sus embarcaciones, y requeriría un estado de inactividad o reposo incompatible con una vida marítima, para poder ser disfrutado. Esto puede en parte explicar la prevalencia de mascar tabaco en nuestra marina, y del «buyo» entre los malayos.

La palmera areca es una de las más hermosas de las palmeras de la India. Tiene un tronco notablemente recto, que se eleva cuarenta o cincuenta pies, con un diámetro de seis a ocho pulgadas, de grosor casi igual en toda su extensión. Seis o siete hojas brotan de la cima, de unos seis pies de longitud, colgando hacia abajo desde un largo tallo en graciosa curva. Esta palmera se cultiva en toda la India, en Cochinchina, Java y Sumatra, y otras islas del archipiélago, por causa de las nueces. El fruto es del tamaño y forma de un huevo de gallina, y consiste en una corteza o cáscara exterior, firme y fibrosa, de unas media pulgada de grosor, y un núcleo interior, algo parecido a una nuez moscada en tamaño, pero de forma más cónica. Internamente la semejanza con una nuez moscada, con sus alternas marcas blancas y pardas, es aún mayor. Cuando está maduro, el fruto es de color amarillo rojizo, colgando en racimos entre las hojas de verde brillante. Si se deja colgar hasta estar completamente maduro, cae y se siembra a sí mismo en el suelo, pero esto no se permite. Los árboles están en flor en marzo y abril, y los frutos pueden recogerse en julio y agosto, cuando la nuez cortada en roda-

jas puede prepararse con ellos, pero no maduran completamente hasta septiembre y octubre.

Las nueces varían en tamaño; su calidad, sin embargo, no depende en absoluto de esta propiedad, sino de su apariencia interna al cortarlas, que indica la cantidad de materia astringente contenida en ellas. Si la porción blanca o medular que cruza la roja, o la parte astringente, es pequeña, ha tomado un tinte azulado, y la parte astringente es muy roja, la nuez se considera de buena calidad; pero cuando la porción medular es en gran cantidad, la nuez se considera más madura, y no poseyendo tanta astringencia, no se estima tan valiosa.

Esta palmera se cultiva en jardines y plantaciones. Estas últimas suelen estar cerca de las aldeas, y son extremadamente ornamentales. Como los propios malayos, la palmera areca prefiere la vecindad del mar, que es lo más propicio para la perfección del fruto, así como el arbusto de coca de los montañeses peruanos se deleita en las laderas de los Andes. Se afirma que una palmera fértil producirá, por término medio, ochocientas cincuenta nueces al año; la producción media en la plantación es de unas catorce libras de peso por cada palmera, o diez mil libras por acre. El precio que obtienen para el cultivador es de unos dos chelines el quintal.

La addaca, o nuez de betel, es un producto básico de Travancore. En 1837 el número de árboles que allí crecían se declaró en el censo ser de 10.232.873, lo que, al tipo medio nombrado, produciría 63.000 toneladas de nueces. Cerca de medio millón de árboles están en cultivo en la isla del Príncipe de Gales, lo que produciría unas 3.000 toneladas más. La costa de Pedir, en Sumatra, produce anualmente unas 4.700 toneladas, de las cuales la mitad se exporta. Los chinos importan cerca de 3.000 toneladas anualmente, excluyendo sus suministros de Cochinchina, cuya cantidad no se conoce, pero sin duda más de otras 3.000 toneladas. Muchos barcos fletados únicamente con estas nueces zarpan

anualmente de los puertos de Sumatra, Malaca y Siam.

Cuando no hay demanda inmediata de las nueces de areca, no se descascaran, sino que se conservan en la cáscara, para salvarlas de los estragos

de los insectos, que las atacan sin embargo casi con igual éxito. De las nueces producidas en Travancore, más de 2.000 candies* de nueces preparadas se exportan anualmente a Tinnevelly y otras partes del país, y cerca de 3.000.000 de nueces maduras se envían a Bombay y otros lugares, excluyendo la cantidad consumida en el país y para el comercio interior.

Del informe de P. Shungoomry Menowen derivamos el siguiente relato de la preparación de las nueces. Hay varias clases en uso. La que usan las familias de rango se recoge mientras el fruto está tierno; se quita la cáscara, o vaina exterior, y el núcleo, una masa carnosa redonda, se cuece en agua. En la primera cocción de la nuez, cuando se hace debidamente, el agua se vuelve roja, espesa y parecida al almidón, y esto se evapora después hasta convertirse en una sustancia como el catecú. Retiradas ahora las nueces cocidas, cortadas en rodajas y secadas, la sustancia parecida al catecú se frota sobre ellas, y se secan de nuevo al sol, cuando toman un color negro brillante y están listas para su uso. Las nueces enteras, sin cortarlas en rodajas, se preparan también en la misma forma para su uso. Las nueces de pipa, así como las nueces tiernas en estado crudo, son usadas por todas las clases de gente, y las nueces maduras conservadas en agua son usadas también por las clases altas.

Las nueces preparadas en Travancore para su exportación a Trichonopoly, Madura y Coimbatore, se preparan en rodajas finas, coloreadas con catecú rojo o sin colorear. Para Tinnevelly y otras partes del

* 1850 — 1.734 candies. 1851 — 1.983 candies. 1852 — 2.953 candies. 1853 — 2.073 candies. 1854 — 1.954 candies. El candy es de 433½ libras.

país, las nueces se preparan simplemente cortándolas en dos o tres rodajas y secándolas. Para Bombay y otras partes del país del Norte, las nueces se exportan en forma de nueces enteras secadas con las vainas.

La nuez es mascada por ambos sexos indistintamente en Malabar así como en la costa de Coromandel. En Malabar la mezclan con hoja de betel, chunam y tabaco; pero en Tinnevelly y otras partes, el tabaco nunca se añade. Los tres ingredientes para el betel, tal como se usa común-

mente, son la nuez cortada en rodajas, la hoja de la pimienta de betel, en la que se enrolla la nuez, y el chunam, o cal en polvo, que se unta sobre la hoja.

La nuez de areca es comúnmente conocida por el nombre malayo de Pinang, pero en la lengua achinense se llama Penu, y la palmera que la produce Ba Perm. La nuez madura se llama también Penu massa, y la verde Penu mudr. La hoja de la pimienta de betel se llama Ranu o Sin, y la cal Chunam o Gapia. El tabaco, cuando se usa, se llama Bakun.

En China, el principal consumo de la nuez como masticatorio es en las provincias de Quangton, Quang-se y Che-keang; y puede verse expuesta para la venta en pequeños puestos en los suburbios de Cantón con los otros artículos adicionales usados en su consumo. Se usa también para teñir. En las provincias centrales de Hoo-kwang y Kang-si la nuez, después de machacada y molida, se mezcla con el alimento verde de los caballos como preventivo contra la diarrea, a la que algunas clases de alimento los expone. Los chinos afirman que se usa como medicina doméstica en el norte de China, cociéndose algunos trozos y administrándose la decocción. De ellos se prepara también una especie de cutch o catecú, que se exporta en grandes cantidades y se usa mucho en este país, junto con otras clases, como material de curtido y teñido.

En Ceilán se usan estos instrumentos: el Girri (núm. 1) para cortar la nuez de areca, y el Wanggedi (núm. 2) y el Moolgah (núm. 3), una especie de mortero y mano para picar y mezclar íntimamente los ingredientes entre sí.

Núm. 1.

GIRRI, PARA CORTAR ARECA.

Núm. 2.

Núm. 3.

WANGGEDI O

MORTERO

MOOLGAH O MANO.

TOR MEZCLANDO LOS INGREDIENTES,

En Virginia, el tabaco se usó en un tiempo como moneda con un valor fijo por libra. En el Perú, al jornalero se le paga en coca, y en las Filipinas se han usado los rollos de betel del mismo modo que una moneda. Para el malayo es tan importante como la carne y el dinero, y muchos preferirían renunciar a esto último antes que a su Pinang favorito. Lo mismo podría decirse del inveterado mascador de tabaco; recordamos a uno de esta laya, que durante años usó una onza al día, y declaraba a menudo que preferiría verse privado de su cena antes que de su mascada, aunque ambas cosas le gustaban. Sin su hoja, el confirmado «coquero» es el más miserable de los seres, y cuando se le priva de su pipa acostumbrada, el fumador de opio se vuelve hosco, enfermizo y del todo incapacitado para su ocupación. Los hábitos de indulgencia de esta clase, una vez comenzados, no se sacuden tan fácilmente. Se ha dicho que jamás se apartó a un «coquero» del uso de su coca.

No puede darse estimación de la cantidad absoluta de nueces de areca que se emplean como masticatorio. Johnston calcula que las mascan no menos de cincuenta millones de personas, lo cual, a razón de diez libras por año, o menos de media onza al día, ascendería a doscientas veinte mil toneladas, o quinientos millones de libras, cantidad mayor que la de cualquier otro narcótico excepto el tabaco.

Las nueces de areca se han ensartado y convertido en bastones,* y, en este país, torneado y formado en brazaletes de adorno, así como quemado hasta hacerlas carbón para polvo de dientes. Hemos ceñido la tierra con pig-tail, apliquemos el mismo género de cálculo al consumo anual estimado

* Hay un bastón de esta clase en el Museo de Botánica Económica de los Jardines de Kew.

de nueces de areca, y ensartadas en forma de brazalete, tenemos una sarta de 505.050 millas de longitud, bastante para dar la vuelta al mundo 21 veces; o, suponiendo que estas nueces se dispusieran lado a lado, cubrirían un camino de catorce pies de ancho por una distancia no me-

nor de 3.000 millas. Si se dispusieran de igual manera en forma de cuadrado, ocuparían al menos 5.000 acres de terreno.

La palma de areca ha dado su nombre a la isla de Penang, no por crecer allí en mayor número, ni más lozana que en otras partes, sino porque era el árbol que principalmente cultivaban los malayos que primero ocuparon la isla. Ahora merece mejor el título, siendo el emporio de la nuez de betel que se cría en la costa oriental de Sumatra.

En Sumatra, muchos de los utensilios comunes de cocina y de hacer pan en las embarcaciones, y las vasijas para contener agua, no muy distintos de los que fabrican los naturales de Australia con la corteza de los árboles gura, se hacen con la espata de esta palma; también se clava en los fondos de las embarcaciones, y a menudo pueden verse pequeños manojos del fruto abortivo colocados como adorno en la proa y el tajamar de las naves indígenas. Las flores masculinas son deliciosamente fragantes, y son muy solicitadas en la isla de Borneo en todas las ocasiones festivas; se las considera ingrediente necesario en las medicinas y encantos empleados para curar a los enfermos. En Malabar se prepara una pastilla embriagadora con la savia de esta palma.

Manuel Blanco opina que la areca podría emplearse para hacer tinta roja, y no es improbable que así se use en la India. Con otras combinaciones produce tinta negra de mediana calidad. La parte inferior del pecíolo se usa para envolver en lugar de papel, para cuyo fin se vende en las Filipinas. El corazón de las hojas se come como ensalada, y no tiene mal sabor. Los presidiarios confinados en las islas Andamán mastican las nueces de otra especie de areca. Los nagas y abors del Bengala oriental usan las de una tercera especie, y los naturales de los distritos montañosos de Malabar las de una cuarta. Hay unas veinte especies del género areca, de las cuales varias se usan así.

Cuando escasean las nueces de betel en las Filipinas, los naturales sustituyen la corteza del Guayabo y del Antipolo.

Se nos afirma con confianza que en Ceilán los naturales mastican a veces las raíces de la palma del coco, en lugar de la nuez de areca y como sustituto de ella, y que cumple muy bien el propósito.

_La raíz de una planta conocida botánicamente como Derris pinnata es también ocasionalmente usada entre ciertos asiáticos, del mismo modo, en casos de deficiencia en el suministro de betel genuino.

El consumo de la nuez de areca estando confinado a un área de no muy amplia extensión, y principalmente en la vecindad de los países productores, o en esos mismos países, la necesidad de proveer un sustituto no surge a menudo; de ahí que aquellos de los que tenemos algún conocimiento, como usados en general para tal propósito, se limiten a dos o tres sustancias. Algunos años, _ sin embargo, no son tan productivos como otros, y han ocurrido casos en que el precio medio de las nueces de areca para masticación se ha duplicado. Si los yanquis persisten en sus propensiones a masticar betel y cáñamo, que últimamente se han desarrollado entre ellos, probablemente el chino y el malayo tendrán que pagar un precio más alto por sus nueces, o proveer algo que en adelante cumpla sus funciones, y podremos oír hablar de otros sustitutos.

Por ardientes que sean los admiradores de la areca en su admiración del «buyo», nunca hemos visto más que una traducción de un poema malayo en que se ensalzaba el masticatorio, y esta, desgraciadamente, no podemos presentarla a nuestros lectores. O los dioses no han hecho a los devotos del betel tan poéticos como los servidores de la pipa, o los peanes en su alabanza están encerrados para nosotros en los caracteres cabalísticos de su lengua nacional. Las inequívocas marcas que el hábito deja en los labios, dientes y encías, son ciertamente ensalzadas por ellos como marcas de belleza. En el poema ya referido, el amante se dirige a su amada alabando la rojez de sus dientes y labios, y el fragante olor de su aliento, producido por el dulce «buyo» secretado en el hueco de su mejilla. Los dientes blancos son, por tanto, tenidos en abominación, y como esta es también la opinión de ciertas tribus africanas, que tiñen los suyos con el jugo de flores, la nuestra debe de ser una nación bárbara por respetar a tales masticadores albinos.

N.B. — La exportación anual media de nueces de areca de Ceilán es de 60.000 cwts., y el precio una fracción por debajo de 20s. por cwt.

«Un viento sopló cálido del este, y alzó sus brazos sin esperanza; y cuando el viento, cargado de amor con dulzura sutilísima, se demoró, reacio a volar, la palmera permaneció inmóvil sobre su pequeño montículo verde, y las flores eran tan frescas y hermosas, y las hojas de los árboles de tan profundo matiz, y el fruto nativo tan dorado y alegre sobre las ramas, que el aire aún cálido del jardín parecía sólo la silenciosa, voluptuosa tristeza del árbol; y de haber sido yo poeta, mi corazón se habría derretido en canto por la orgullosa y anhelante palmera.» — G. W. Curtis.

Dos especies de una clase de vid de pimienta se cultivan extensamente, con la palmera de areca, en todos los países del Este donde se practica la masticación del betel. Estas pertenecen a la misma familia de plantas que las que producen la pimienta negra común y la pimienta larga del comercio. Son conocidas por los botánicos como Chavica betle y Chavica siraboa. Son similares en sus hábitos, siendo plantas rastreras, con alguna semejanza a la hiedra, pero más tiernas y frágiles. Las palmeras de betel pueden verse a menudo con la pimienta, trepando y enroscándose alrededor de sus altos, rectos y esbeltos troncos, o se las entrena alrededor de cañas de bambú al modo del lúpulo en los jardines de lúpulo de Kent. Casi todo el que tiene un pedazo de tierra cultiva la pimienta para su propio consumo. En los mercados se ofrecen a la venta cantidades increíbles de las hojas, en montones llevados en cestas.

En la India septentrional se construyen cobertizos para el crecimiento de la pimienta. Estos tienen de veinte a cincuenta yardas de largo, y ocho o doce de ancho, de bambú, para resguardar las plantas del sol. Se presta gran atención al cultivo, y las plantas son cuidadosamente atendidas y limpiadas cada mañana.

La hoja de betel no puede conservarse en buen estado más allá de ocho días sin preparación, pero preparándola al fuego y enrollándola en bolas, en cuyo estado se llama chenai, se conservará un año, sólo que la calidad se deteriora mucho. En Penang los ancianos llevan consigo una especie de tubo metálico, con una mano de mortero a modo de baqueta, con la que se afanan en machacar la mezcla para masticar. Los jóvenes hacen diariamente cascanueces de sus mandíbulas, y aunque la mezcla, quizá, tiende más bien a conservar los dientes, el ejercicio sobre la nuez

debe de ser un poco demasiado violento para ellos, y los malayos dicen que perjudica la vista. Los chinos no son muy dados al uso del betel.

El consumo de betel por los habitantes de Penang y Province Wellesley puede calcularse en 6.211.440 manojos de 100 hojas cada uno, equivalente en valor a 31.057 dólares españoles, que sería el producto de 98 orlongs de tierra, o alrededor de 130 acres, plantados regularmente. Pero permitiendo las diversas distancias dadas por diferentes cultivadores entre las plantas, pueden suponerse 110 orlongs, o alrededor de 147 acres.

Los colonos chinos de Singapur usaban las hojas de la pimienta común, en lugar de las de la pimienta de betel, para componer este masticatorio.

La pimienta de Ava, o Macropiper methysticum, es aún más célebre por sus propiedades narcóticas que las dos que acaban de mencionarse. Esta planta tiene un tallo leñoso aromático grueso, y una raíz grande, y

hojas cordadas o en forma de corazón. Es nativa de las islas de la Sociedad, de las Amistades y de Sandwich, donde se consume en gran cantidad. Macerados en agua, los tallos y la raíz forman una bebida embriagadora, y las hojas se usan con la nuez de areca y cal, del mismo modo que las hojas de las otras pimientas.*

Mariner da cuenta, en su «Historia de las islas Tonga», del uso de esta planta. La raíz se parte con un hacha en pequeños trozos, y después de raspada limpia con conchas de mejillón, se entrega a los asistentes para que la mastiquen. Hay entonces un zumbido en la asamblea, que contrasta curiosamente con el silencio que reinaba antes, varios gritando: «¡Dadme un poco de cava! ¡dadme cava!», cada uno de los que se proponen masticarla gritando que se le entregue algo. Nadie se ofrece a masticar la cava sino las personas jóvenes que tienen buenos dientes, bocas limpias y ningún catarro. Las mujeres ayudan frecuentemente. Es asombroso cuán notablemente seca conservan la raíz durante el proceso de masticación. En unos dos minutos, cada persona, habiendo masticado su cantidad, la saca de su boca con la mano y la pone sobre un trozo de hoja de plátano o de banano, o alza la hoja a su boca y la deposita desde su lengua, en forma de una bola de consistencia tolerable. Estan-

do ahora masticadas las diferentes porciones de cava, lo que se conoce por el silencio que sobreviene, se coloca en el suelo una gran vasija de madera ante el hombre que ha de hacer la infusión. Cada persona pasa su porción de raíz masticada, que se coloca en la vasija, donde se disponen de tal manera que cada porción quede distinta y separada de las demás, hasta que todo

* El tallo y las raíces de la pimienta larga, cortados en trozos y secados bajo el nombre de Pipula moola, se exponen a la venta en todos los bazares de la India, pero estos no se usan con la nuez de areca ni las hojas se aplican a ese propósito.

el interior de la vasija queda tachonado, desde el fondo hasta el borde, por todos lados. El hombre, ante quien se coloca la vasija, la inclina ahora un poco hacia el jefe, para que vea la cantidad de su contenido, diciendo: «Esta es la cava masticada». Si el jefe cree que hay bastante, dice: «Cúbrela, y que venga aquí un hombre». La vasija se cubre con una hoja de plátano o de banano, si no hay bastante, y un hombre trae más raíz para ser masticada. Si hay bastante, el jefe dice «mezcla». Los dos hombres, que se sientan a cada lado de aquel que ha de preparar la cava, se adelantan ahora un poco, y dando media vuelta, se sientan uno frente a otro, estando la vasija entre ellos, uno de estos ahuyenta las moscas con una hoja grande, mientras el otro se sienta dispuesto a verter el agua desde conchas de coco, una a la vez.

Antes de que esto se haga, sin embargo, el hombre que está a punto de mezclar, habiéndose primero enjuagado las manos con un poco del agua, amasa juntamente la raíz masticada, recogiéndola de todos los lados de la vasija, y comprimiéndola. Ante esto un asistente dice: «Vierte el agua», y el hombre a un lado de la vasija continúa vertiendo, entregándosele conchas frescas, hasta que el asistente cree que hay suficiente, y dice: «Detén el agua». La mezcla se remueve juntamente a la orden del asistente, quien luego dice: «Pon el fow», que es la corteza de un árbol desgarrada en pequeñas fibras, y tiene la apariencia de virutas de sauce. Una gran cantidad de esta sustancia, bastante para cubrir toda la superficie de la infusión, es ahora puesta por uno de los que se sientan junto a la vasija, y flota sobre la superficie. _ El hombre que maneja la vasija comienza ahora su difícil operación. En primer lugar, extiende su

mano izquierda hacia el lado más lejano de la vasija, con los dedos apuntando hacia abajo y la palma hacia

sí mismo; hunde esa mano cuidadosamente por el lado de la vasija, llevando consigo el borde del fow; al mismo tiempo su mano derecha realiza una operación similar en el lado más próximo a él, con los dedos apuntando hacia abajo y la palma presentándose hacia fuera. Hace esto lentamente de un lado a otro, descendiendo gradualmente más y más, hasta que sus dedos se encuentran en el fondo, de modo que casi la totalidad de las fibras de la raíz quedan por estos medios encerradas en el fow, formando, por así decirlo, un rollo de unos dos pies de largo, que yace a lo largo del fondo de un lado a otro, encontrándose los bordes del fow por debajo. Ahora lo enrolla cuidadosamente, de modo que los bordes, superponiéndose uno a otro, o más bien entremezclándose, queden hacia arriba. A continuación dobla hacia dentro los dos extremos y lo enrolla cuidadosamente otra vez, esforzándose por reducirlo a un compás más estrecho y firme. Ahora lo saca cautelosamente del fluido, agarrándolo firmemente por los dos extremos, y alzándolo a la altura del pecho, con los brazos extendidos; mediante una serie de movimientos la masa se retuerce y compacta cada vez más, mientras la infusión se escurre de ella en cantidad regularmente decreciente, hasta que, por fin, no deja ni una sola gota. Ahora se lo da a la persona a su izquierda y recibe fow fresco del de la derecha. La operación se renueva de nuevo, con vistas a recoger lo que antes pudiera haber escapado, e incluso una tercera vez, hasta que no quedan heces que este proceso pueda eliminar.

Durante la operación anterior, varias personas se emplean en hacer vasos de cava con las hojas no desplegadas del banano, dobladas y atadas de una manera peculiar. Colada la infusión, ocupando la ejecución generalmente un cuarto de hora o veinte minutos, el hombre de la vasija grita: «La cava está clara». La infusión se vierte ahora en los vasos por medio de un manojo de

que se moja en la jícara y, cuando está repleta del líquido, se sostiene sobre la taza y, al comprimirse, el líquido sale hasta que la taza queda llena. Con ciertas otras ceremonias, las tazas se pasan de unos a otros entre la concurrencia.

Por esta relación se verá que la bebida se toma inmediatamente después de preparada, sin estar de ningún modo fermentada; sus propiedades embriagadoras y narcóticas deben, por tanto, deberse a la raíz. Esta bebida se consume en gran medida en las islas de Oceanía, donde los naturales son por lo general apasionadamente aficionados a ella.

Otra sustancia que entra en la composición del «buyo» es el extracto de las hojas del gambir (Uncaria gambir). Hay diferentes calidades de extracto: la primera y mejor es blanca, quebradiza y tiene un aspecto terroso al frotarla entre los dedos, cuyo aspecto terroso le dio el nombre de Terra Japonica, habiéndose supuesto al principio, además, que procedía del Japón, y se forma en tortitas muy pequeñas y redondas. Ésta es la especie más cara y más refinada, pero no rara vez se adultera con sagú; esta tierra se trae en la mayor cantidad de la isla de Sumatra. La segunda calidad es de color amarillo parduzco, se forma en tortas oblongas y, al quebrarse, presenta un aspecto terroso de color pardo claro; también se hace en forma cúbica sólida; se vende en los bazares en pequeños paquetes, cada uno de los cuales contiene cinco o seis. La tercera calidad contiene más impurezas que las precedentes, se forma en tortitas circulares pequeñas y se vende, en paquetes de cinco o seis, en los bazares.

El método empleado para hacer el extracto se describe así en el Singapore Chronicle: — Las hojas se recogen tres o cuatro veces al año; se echan en un gran caldero, cuyo fondo es de hierro y la parte superior de corteza

y se hierven durante cinco o seis horas, hasta que una fuerte decocción queda inspisada; se deja entonces enfriar, con lo que el extracto se posa. Se escurre el agua y queda una sustancia blanda y jabonosa, que se corta en grandes masas; éstas se dividen después con un cuchillo en pequeños cubos de cerca de una pulgada de lado, o en trozos aún más pequeños, que se colocan en marcos para secarse. Este catecú tiene un aspecto más granuloso y uniforme que el de Bengala; quizá sea también menos puro. Dícese que las hojas más jóvenes del arbusto producen el gambir más blanco y mejor, y las más viejas una especie parda e inferior. Los hombres empleados en las plantaciones de gambir se entregan por lo general libremente al uso del opio.

Otro extracto hecho en la India con la madera de la Acacia Catechu* y que lleva el nombre de Cutch o «Kutt», se usa en combinación con la nuez de betel. Se cortan los árboles, y el duramen se pica y se cuece en agua, se cuela y se evapora. Esto se vierte en moldes de arcilla y se seca al sol. El doctor Hooker da un bosquejo tomado del natural de uno de los fabricantes nativos de «Kutt» de la India: —

«A las ocho y media de la mañana cayó de repente la calma, y proseguimos hacia Chakuchee, rompiéndose los carros nativos al pasar sobre los salientes lechos de rocas pedernosas, o al precipitarse por los planos inclinados que cortan los escarpados bancos de los arroyos. Cerca de Chakuchee pasamos junto a un caimán, recién muerto por dos hombres — una bestia inmunda de unos nueve pies de largo y de la especie del mager. Más interesante que su historia natural fue la penosa circunstancia de haber acabado de tragarse a un niño que jugaba en el agua, mientras su madre lavaba los utensilios domésticos en el río. El bruto apenas estaba

* De cate, árbol, y chu, jugo.

muerto, muy distendido por su presa, y la madre de pie junto a él. ¡Un grupo muy conmovedor era aquél! La madre, con las manos entrelazadas en agonía, incapaz de apartar los ojos del maldito reptil, que aún se aferraba a la vida con esa tenacidad por la que tanto se distingue su especie, y junto a ella los dos hombres, apoyados en sus sangrientos bastones de bambú con los que casi habían acabado con el animal.»

“La pobre mujer que había perdido a su hijo se gana un escaso sustento fabricando catechu. Habita una pequeña cabaña y no posee más bienes que sus dos bueyes para traer leña de las colinas y muy pocos enseres domésticos, y cuán pocos son estos lo saben únicamente quienes han visto el mezquino ajuar de las chozas de Dangha. Su marido corta los árboles en el bosque y los arrastra hasta la cabaña, pero ahora está enfermo, y su único hijo, su futuro apoyo, era aquel cuyo fin acaba de relatarse. Su alimento diario es arroz, con habas del hermoso dolichos de flores, que se enreda en torno a la cabaña, y está endeudada con el contra-

tista, que le ha adelantado dos rupias, que ha de saldar en tres meses mediante la preparación de 240 libras de catechu. El presente era su segundo marido, un anciano; de él nunca tuvo hijos, y solo en este aspecto la pobre criatura se consideraba muy desdichada, pues su pobreza no la sentía. El tributo al Rajá, la tasa a la policía y las contribuciones al sacerdote brahmín se pagan todos con un acre de tierra, que da una cosecha de cebada tan miserable que más se asemejaba a un barbecho que a un campo de mies. Todo el día lo pasa hirviendo la madera de catechu cortada en astillas y vertiendo la decocción en grandes artesas de madera, donde se inspisa."

De la nuez de areca se prepara otra clase de catechu, que generalmente se prefiere como masticatorio. Heyne describe así el proceso de su fabricación: "Se toman las nueces de areca según vienen

del árbol y se hierven durante algunas horas en un recipiente de hierro. Se sacan entonces y el agua restante se inspisa mediante ebullición continuada. Este proceso proporciona el kassu, o terra japonica de lo más astringente, que es negro y está mezclado con cascarillas de paddy y otras impurezas. Después de secadas las nueces, se ponen en una cantidad fresca de agua, se hierven de nuevo, y el agua, inspisada como la anterior, rinde la mejor o más cara clase de catechu, llamada coury. Es de color pardo amarillento, tiene fractura terrosa y está libre de la mezcla de cuerpos extraños." Es probable que las tortas redondas y planas, cubiertas de cascarillas de paddy, que se encuentran en el comercio sean el kassu de Heyne.

La cascarilla que rodea la nuez, y que es de naturaleza fibrosa, semejante al coir del coco, se desecha por toneladas y se deja pudrir. Últimamente se ha experimentado con esta sustancia para la fabricación de papel, para cuyo fin parece ser aprovechable, y, como no hay escasez de la materia prima, quizá en algún tiempo futuro llegue a utilizarse tan extensamente como el "coir" de Ceilán.

El catechu de Bombay se obtiene de la Acacia catechu, y el catechu de Bengala de la Uncuria Gambir. El producto de Bombay es de un color rojo pardusco oscuro, y se afirma que es el más rico de los dos en tanino. La variedad de Bombay se llama comúnmente "cutch", mientras que el

producto de Bengala es de un color pardo más claro y se denomina "terra". También se obtiene catechu de buena calidad de Pegu.

El catechu exportado desde Madrás a Inglaterra, Bombay, Francia y Ceilán fue:

parte de 1856-7 — 658

1853-4 — 484 cwts.

1854-5 — 1.364 „

1855-6 — 2.908 „

valorado en £199 4s.

698 8 2.297 2 270 8

O en 3½ años — 5.414 „

£4.265 2

Pero esto es solo una pequeña proporción del catechu consumido solo en Inglaterra, pues en 1849 importamos 169.140 cwts. de esa sustancia para fines de curtido, y la cantidad ha aumentado desde entonces.

Los totales de cutch y gambier importados en

1856 fue de 8.536 toneladas.

1857 „ 11.047 „

1858 „ 11.205 „ 1

1859 „ 13.762 „

De esta cantidad exportamos en

1856 — 1.031 toneladas.

1857 — 1.427 „

1858 — 974 „

1859 — 1.809 „

Estos artículos, por tanto, no constituyen una partida insignificante en nuestro comercio de las Indias Orientales, que, valorado a la tasa intermedia de 15s. y 30s. por cwt., ascendería a la suma de £153.375 en 1858.

"Asciende a mi cerebro, me seca allí todos los vapores necios, torpes y crudos que lo rodean; lo hace perspicaz, rápido, fecundo, lleno de formas ágiles, ardientes y deleitables, que, entregadas a la voz (la lengua), que es el nacimiento, se convierten en excelente ingenio." — Sir John Falstaff.

"En Birmania", dice Howard Malcolm, "casi todos, hombres y mujeres, mascan la singular mezcla llamada coon, y la caja lacada o dorada que contiene los ingredientes se lleva consigo en todas las ocasiones. El bocado consiste en una rodaja de nuez de areca, un pequeño trozo de cutch y un poco de tabaco enrollado en una hoja de pimienta de betel, sobre la cual se ha untado un poco de cal viva templada. Produce abundante saliva y llena de tal modo la boca que parecen estar masticando alimento. Colorea la boca de un rojo intenso, y los dientes, si no han sido previamente ennegrecidos, asumen el mismo color. De la combinación de los tres ingredientes parece proceder este color, pues la hoja y la nuez, sin la cal, no logran producirlo. Este tinte, comunicado a la boca y a los labios, se estima ornamental, y se imparte un olor agradable al aliento. El jugo se traga por lo general, aunque no siempre. Una curiosa circunstancia relacionada con la expectoración del jugo rojo se

relata en Manila, donde se narra con fuertes protestas y firme creencia en su veracidad.

Hace algunos años llegó al puerto de Manila un barco procedente de España. Entre los pasajeros había un joven médico de Madrid, que había ido a las Filipinas con el designio de establecerse en la colonia y labrarse fortuna por medio de su profesión. A la mañana siguiente de haber desembarcado, nuestro médico salió a pasear por el pasco. No había avanzado mucho cuando su atención fue atraída por una muchacha, natural del país, que caminaba unos pasos delante de él. Observó que de vez en cuando la muchacha inclinaba la cabeza hacia el pavimento, que al punto quedaba salpicado de sangre. Alarmado por la muchacha, nuestro médico la siguió a paso rápido, observando que ella seguía expectorando

sangre a intervalos mientras andaba. Antes de que pudiera alcanzarla, la muchacha había llegado a su casa, una humilde cabaña en los suburbios, en la que entró. El médico le siguió de cerca, y llamando a su padre y a su madre, les indicó que enviaran inmediatamente a buscar al sacerdote, pues su hija no tenía muchas horas de vida. Los padres, desconsolados, habiendo sabido la profesión de su visitante, accedieron de inmediato a su petición. La niña fue acostada en extremo sobresalto, tras habérsele dicho lo que estaba a punto de acontecerle. Se trajo al padre más cercano, y todo se dispuso para allanar el viaje de su alma por los pasos del purgatorio. El médico empleó su habilidad hasta el máximo, pero en vano. En menos de veinticuatro horas la muchacha estaba muerta.

Como hasta ese momento la joven india había gozado siempre de excelente salud, el pronóstico del médico fue considerado como prueba de una habilidad grande y misteriosa. La fama de ello pronto se difundió

por Manila, y en pocas horas el recién llegado médico se vio asediado de pacientes, y en buen camino de acumular una fortuna. En medio de todo esto, alguien tuvo la curiosidad de preguntar al médico cómo había podido predecir la muerte de la muchacha, viendo que había estado en perfecta salud pocas horas antes. “¿Predecirla?”, respondió el médico; “pues, señor, la vi escupir sangre bastante para haberla matado media docena de veces.”

“¡Sangre! ¿Cómo sabía usted que era sangre?”

“¿Cómo? Por el color, ¿cómo si no?”

“Pero todo el mundo escupe rojo en Manila.”

El médico, que ya había observado este hecho, y se hallaba bajo cierta inquietud al respecto, se negó a hacer más confesiones en aquel momento, pero había dicho lo suficiente para esclarecer el misterio. La cosa pronto se difundió por toda la ciudad, y quedó claro para todos que lo que el nuevo médico había tomado por sangre no era sino el jugo rojo del buyo, y que la pobre muchacha había muerto del miedo a la muerte causado por su predicción. Sus pacientes huyeron ahora de él tan rápidamente como se habían congregado; y para evitar el ridículo que le aguardaba, así como la indignación de los amigos de la muchacha difun-

ta, nuestro médico hubo de escapar de Manila y regresar a España en el mismo barco que lo había traído.

Las mujeres que trabajan en la fábrica de cigarros del gobierno en Manila, todas, más o menos, mascan la nuez de betel, y cualquiera que se atreva a desatender la advertencia de no tocar nada, al pasar como visitante por las salas, debe soportar el asalto de las bocas de un centenar o dos de estas damas, en forma de un diluvio de la decocción de esta nuez. El capitán de un buque americano en Manila, aunque advertido de las consecuencias, con la desfachatez americana, infringió la regla y pagó la penalidad. Se vio obligado a batirse en retirada, y estando vestido con el atuendo blanco de Oriente, semejaba un leopardo manchado, en lugar de un libre e ilustrado ciudadano de la gran República.

La masticación del betel es considerada muy saludable por quienes tienen la costumbre de usarlo, y puede que lo sea, pero el aspecto negro que da a los dientes, aunque se dice que es un excelente conservador de ellos, junto con los labios y la boca de color rojo ladrillo, causan cualquier cosa menos una apariencia agradable. Su uso ciertamente no confiere belleza adicional a las mujeres nativas, que se habitúan a él en medida igual a la del sexo opuesto.

La costumbre, afirma Marsden, es universal entre los sumatrenses, que llevan los ingredientes constantemente consigo y los sirven a sus huéspedes en todas las ocasiones; el príncipe en un soporte de oro, y el pobre en una caja de latón o bolsa de estera. Los portabételes de las clases más acomodadas son por lo general de plata, repujados con toscas figuras. Al Sultán de Moco-Moco le fue obsequiado uno por la Compañía de las Indias con sus armas grabadas, y posee además otro de filigrana de oro. La forma del soporte es el tronco de una pirámide hexagonal, invertido, de unas seis u ocho pulgadas de diámetro. Contiene muchos vasos más pequeños, ajustados a los ángulos, para guardar la nuez, la hoja y el chunam, con lugares para los instrumentos empleados en cortar la primera y espátulas para extender el último.

El capitán Wilkes describe también el del Sultán de Sooloo. “A la izquierda del Sultán se sentaban sus dos hijos, a la derecha sus conseje-

ros, mientras que inmediatamente detrás de él se sentaba el portador de su cofrecillo de nuez de betel. El cofrecillo era de filigrana de plata,

de aproximadamente el tamaño de un pequeño portaté, de forma oblonga y redondeado por la parte superior. Tenía tres divisiones, una para la nuez, otra para la hoja y una tercera para la cal. Junto a este oficial estaba el portapipas, que no parecía ser tenido en igual estima."

También se narra una circunstancia en relación con el hijo de este mismo Sultán, que muestra el uso del betel en otra fase. Este hijo, poco después de dar algunas chupadas a la pipa de opio, quedó dominado y se volvió estúpido y abatido. Cuando se hubo recobrado en parte, pidió su nuez de betel para reanimarse con sus efectos excitantes y contrarrestar la influencia del opio. El pinang o buyo fue cuidadosamente masticado por su asistente hasta darle la consistencia adecuada, moldeado en una bola y luego deslizado en su boca. De aquí podemos aprender dos cosas. Primero, que masticar el betel contrarresta los malos efectos de una dosis excesiva de opio. Segundo, que es sumamente conveniente tener un asistente con una buena dentadura, pues no solo podía masticar la nuez de betel por uno y librarle de una gran cantidad de trabajo, sino que, en el caso de que la dentadura de uno no fuera tan tierna como debiera, la cantidad de molienda que había de emplearse en la cena podría repartirse entre ambos, masticando el asistente los platos duros y uno mismo los tiernos, y así, por la división del trabajo, podría procurarse una buena cena con escaso gasto de la propia fuerza muscular.

En Sumatra, cuando ha pasado el primer saludo, que consiste en inclinar el cuerpo y en que el inferior pone sus manos juntas entre las del superior y luego se las lleva a la frente, se presenta el betel como prenda de hospitalidad y acto de cortesía. Omitirlo por una parte, o rechazarlo por la otra, sería una afrenta, como lo sería igualmente en un hombre de

rango subordinado dirigirse a un gran personaje sin la precaución de masticarlo antes de hablar.

Las doncellas tagalas, dice Meyen, lo consideran prueba de la rectitud de las intenciones de un amante y de la fuerza de su afecto, si toma el buyo de su boca. En Luzón se guarda en cada casa una cajita o platillo

en el que se conservan los rollos de betel preparados para el consumo del día, y allí se ofrece un buyo, o rollo de betel, a todo el que entra, tal como se haría con nosotros con una pizca de rapé o una pipa. Hacer el buyo es parte de la ocupación de las mujeres, a quienes puede verse por la mañana tendidas en el suelo enrollándolos. Generalmente se lleva lo suficiente para el consumo del día, en una caja de siri de metal o de loza japonesa, por aquellos cuyas ocupaciones los llaman fuera de casa; todo el que puede costear el gasto se pone un rollo fresco en la boca cada hora, que sigue masticando y chupando durante media hora o más.

El betel ocupa un lugar importante en las ceremonias matrimoniales de los tagalos. Una vez que un joven ha informado a su padre y a su madre de que tiene predilección por una joven india, sus padres hacen una visita a los padres de la joven cierta noche hermosa, y tras alguna conversación muy ordinaria, la mamá del joven ofrece una piastra a la mamá de la joven. Si la futura suegra la acepta, se admite al joven pretendiente, y entonces su futura suegra no deja de ir a gastar esa misma piastra en betel y vino de cacao. Durante la mayor parte de la noche, toda la concurrencia reunida con tal motivo mastica betel, bebe vino de cacao y discute sobre todos los demás asuntos menos el matrimonio. Los jóvenes no hacen su aparición hasta que se ha aceptado la piastra, porque en tal caso lo consideran el avant-courrier, es

decir, el primer y más esencial paso hacia su matrimonio.

Durante el ayuno de Ramadán, los mahometanos se abstienen del uso del betel mientras el sol permanece sobre el horizonte, pero, excepto en este tiempo, es el lujo constante de ambos sexos desde una temprana época de la infancia hasta la vejez, cuando, al quedarse sin dientes, no pueden masticar la nuez y se ven reducidos a la alternativa de que todos los ingredientes les sean previamente reducidos a la forma de una pasta, de modo que, sin esfuerzo, puedan disolverse en la boca.

Cuando Lady Raffles había llegado a Merambung, en Sumatra, estando muy fatigada de caminar y habiéndose dispersado el resto de la comitiva en diversas direcciones, se recostó bajo la sombra de un árbol, cuando se acercó una muchacha malaya, con gran gracia de modales, y al preguntársele si deseaba algo, respondió: «¡No! pero como estabais com-

pletamente sola, pensé que os gustaría tener un poco de conversación, así que vine a ofreceros un poco de siri (betel) y sentarme a vuestro lado.»

Cuanto más negros son los dientes, más hermosa se considera a una belleza siamesa; y para que sus encías sean de un rojo brillante, formando un agradable contraste con los labios y dientes negros, recurren al pasatiempo de mascar betel desde la mañana hasta la noche. Los componentes del betel, enrollados hasta formar algo muy parecido a una bola de tabaco de marinero, se introducen en la mejilla de la dama y se mascan, se trituran y se mastican mientras se pueda extraer el más leve sabor; y como nunca se tragan el jugo, los resultados son muy perjudiciales para la limpieza de los suelos de las casas y de sí mismos en general. Suelen hacer uso de dos de tales bolas durante el día, y esta mezcla tiene el efecto de teñir sus encías y todo el paladar y la lengua de un color rojo sangre. Las viejas brujas, y los cronosos muy ancianos (pues tanto hombres como mujeres usan el betel), que ya no tienen dientes con que masticar la mezcla, son atendidos por sirvientes, que llevan siempre consigo una especie de pequeño mortero y mano, en el que reducen el betel a una forma adecuada para las delicadas encías de sus ancianos amos. *

La pimienta de betel se cultiva en Zanzíbar, donde prevalece el uso del betel, como en las islas Comoro y en Bombay. Pero la costumbre no está en boga en Arabia. La palma de betel también se cultiva por sus frutos en la isla de Zanzíbar.

La costumbre de masticar nuez de betel en combinación con cáñamo ha entrado en boga últimamente en los Estados Unidos de América, y sin duda el hermano Jonathan pronto eclipsará a Malaya en su predilección por el «buyo».

* Neale, Residence in Siam.

Y todos mis días son trances;

y todos mis sueños nocturnos son donde tu mirada oscura se posa, y donde tu pisada brilla:

en qué etéreas danzas, junto a qué eternos arroyos.

E. A. Poe.

Para el peruano, la provincia de Yungas de la Paz, en el nordeste de Bolivia, es un El Dorado, porque allí crece con la mayor profusión y lozanía su coca favorita. Podemos mirar con deleite hacia la isla de Ceilán y, en imaginación, aspirar las fragantes brisas que han pasado sobre los bosques de canela y las plantaciones de café; o dirigir la mirada de nuestros hijos a través del mapa del mundo hacia el sudeste de China, e informarles de que de allí reciben nuestras buenas damas su té; y de allí a los Estados Unidos, y añadir que de este lugar reciben sus dignos padres la mayor parte de su tabaco. Pero los afectos del peruano no están tan divididos: se localizan en un solo punto, y ese es el producto de los «valles cálidos», o Yungas de la Paz; allí mora su santo patrón, y de allí recibe las «llaves del Paraíso».

En la época de la conquista, la coca solo era usada por los incas y por los de sangre real, o más bien solar. Se cultivaba para el monarca y para las solemnidades de su religión; nadie podía llevarla a su boca, a menos que se hubiera hecho digno por sus servicios de participar de este honor con su soberano. La planta era considerada como una imagen de la divinidad, y nadie entraba en los recintos donde se cultivaba sin doblar la rodilla en adoración. Los sacrificios divinos que se hacían en aquel período no se consideraban aceptables al Cielo a menos que las víctimas fueran coronadas con ramas de este árbol. Los oráculos no respondían, y los augurios eran terribles si el sacerdote no mascaba coca al consultarlos. Era un sacrilegio inaudito invocar las sombras de los grandes difuntos sin llevar la planta en señal de respeto, y los Coyas y Mamas, que se suponía presidían el oro y la plata, hacían impenetrables las minas a menos que se los propiciara con ella. Con el tiempo su uso se extendió y se convirtió gradualmente en compañera de toda la población india. A esta planta recurría el nativo para alivio en su mayor angustia; no importaba si la necesidad o la enfermedad lo oprimían, o si buscaba los favores de la Fortuna o del Amor, encontraba consuelo en la «planta divina».

La palabra con que se conoce esta planta ha sido referida, por su etimología, a la lengua aymara, en la que Khoka significa árbol o planta. Se sabe que el arbusto que produce el té de la Plata o del Paraguay, bebida favorita de muchas naciones sudamericanas, se llama la Yerba, es decir, la planta. Así también en México el tabaco se llamaba yeti, y por los peruanos Sagri, que significa en aquellas lenguas la hierba, de modo que nosotros, ocasionalmente, solemos designar este último artículo como la mala hierba. Mostrando

que para aquellas personas o naciones que han apropiado tales nombres, triviales en sí mismos, a los diferentes artículos de consumo, estas plantas eran en sí mismas preeminentes en la creación vegetal, como, en otro caso, hemos mostrado nuestra apreciación de un libro por encima de todos los demás, siglo tras siglo, con la simple designación de El Libro.

En Europa, los historiadores de la conquista dieron la primera información de la planta sagrada de los peruanos; esto fue, sin embargo, meramente superficial. En 1569, Monardes, y en 1605 Clusius, escribieron acerca de ella, pero las hojas de la planta misma no fueron vistas hasta que las trajo uno de los compañeros de La Condamine, Joseph de Jussieu, quien casi perdió la vida en 1749 al cruzar las Cordilleras en busca de esta planta. Se vio obligado a cruzar las montañas, cubiertas como estaban de nieve, a pie, descendiendo por senderos cortados como escaleras y colgados sobre espantosos precipicios. La intensidad de los rayos del sol, reflejados por la nieve, le causó los más angustiosos dolores en los ojos y casi lo cegó, pero el éxito de su expedición lo consoló de las desgracias que había soportado.

> Este arbusto alcanza de cuatro a ocho pies de altura, con el tallo cubierto de tubérculos blanquecinos, que parecen formados por dos líneas curvas enfrentadas. Las hojas son oblongas y agudas en cada extremo, de una pulgada y media a dos pulgadas de longitud. Las hojas son las únicas partes usadas, para lo cual se recogen y se secan. El arbusto se encuentra silvestre en Perú, según Poppig, en los alrededores de Cuchero y en la cumbre pedregosa del Cerro de San Cristóbal. Se cultiva extensamente en el

> clima templado, pero muy húmedo, de los Andes del Perú, a entre 2.000 y 5.000 pies sobre el nivel del mar; en situaciones más frías

suele morir, y en las más cálidas pierde el sabor de la hoja.

La planta de coca se propaga por semilla sembrada en semilleros y cuidadosamente regada. Cuando alcanzan unas dieciséis o dieciocho pulgadas de altura se trasplantan a plantaciones llamadas cocales, en terrazas sobre las laderas de las montañas. Al cabo de un año y medio la planta da su primera cosecha, y desde este período hasta la edad de cuarenta años o más continúa dando suministro. Se han observado casos de plantaciones de coca que han existido cerca de un siglo; pero la mayor abundancia de hojas se obtiene de plantas de entre el tercer y el sexto año. Hay cuatro recolecciones en la estación; la primera tiene lugar en el período de floración y consiste solo en las hojas inferiores. Estas son más grandes y de sabor menos fino que las recogidas después, y se consumen mayormente de inmediato. La siguiente y más abundante cosecha tiene lugar en marzo; la tercera y más escasa, en junio o julio, y la última en noviembre. Las hojas se recogen de manera similar a las del té. Para ello se emplean mujeres y niños. El recolector se agacha y, sosteniendo la rama con una mano, arranca de ella las hojas, una por una, con la otra. Estas se depositan en un paño, de donde luego se recogen en sacos para ser transportadas desde la plantación. Los sacos de hojas se llevan a las haciendas, donde se extienden sobre un suelo de pizarra negra para secarse al sol. Luego se embalan en fardos hechos de hoja de plátano, bien prensados, conteniendo cada fardo un promedio de veinticuatro libras. El precio que obtiene el cultivador es de un chelín por libra.

El doctor Weddell procuró obtener información fidedigna sobre la cantidad de coca cultivada y recogida en la provincia de Yongas, y afirma,

como resultado, que el producto anual es de unos 400.000 fardos, o 9.600.000 libras españolas. Hay también un gran cultivo, no solo en otras partes de Bolivia y en Perú, sino también en partes de Brasil, de modo que esto no puede representar más de la mitad de la cantidad del consumo anual de coca. Es cierto que Poppig estimó en quince millones de libras la cantidad consumida, pero esto sería demasiado pequeño. Por otro lado, Johnston estima el consumo en treinta millones de libras;

esto probablemente yerra más bien por el lado contrario. De esta cantidad estima el valor en un millón y medio de libras esterlinas, y concluye que el mascado de coca lo practican unos diez millones de la raza humana. Esto es también una «exageración»: el uso de la coca parece estar confinado a Perú, Bolivia y Brasil; en todo caso, está confinado a Sudamérica, y no hay mención de su práctica en Chile al sur, ni en las Repúblicas Colombianas al norte. Además, nos conferiría cierto favor personal que alguien nos convenciera de que la población masculina de Sudamérica asciende al número que el profesor ha estimado como el de los que consumen coca. Nuestra propia impresión es que la población entera ha sido estimada solo en diecisiete millones y cuarto: esta es, al menos, la media de cuatro autoridades muy respetables. Supongamos que la mitad de estos sean niños, y la mitad del resto mujeres, y tenemos solo una población masculina adulta de menos de cuatro millones y medio en la mitad meridional del Nuevo Mundo.

¡Oh sombras de Cocker y de Morgan! decidnos cómo de estos podemos restar diez millones que consumen coca, y aún mostrar un resto, por pequeño que sea, de abstemios. Pero nunca se ha afirmado que se consumiera coca, excepto en

Perú, Bolivia y Brasil. La población de estos tres países asciende, según las autoridades más altas, solo a diez millones, de modo que cada hombre, mujer y niño debe ser coquero para alcanzar el número estimado. Viendo este asunto en otra de sus fases: Johnston afirma que el consumo medio del coquero es de una onza a onza y media por día, o, según el cómputo ordinario, de veintidós a treinta y tres libras por año, mientras que la producción estimada, que hemos presumido demasiado grande, es, en realidad, demasiado pequeña para el número estimado como consumidor, ya que solo permite a cada masticador de coca tres libras al año. Con toda deferencia hacia tan alta autoridad, nos atreveremos a sugerir que si el número de los que consumen coca se limitara a dos millones, y el suministro a veinte millones de libras, o diez libras anuales a cada persona, algunas de estas dificultades quedarían eliminadas; pero, en consideración a la paciencia de nuestros lectores, nos abstendremos de detallar más cálculos, o las bases en que se apoyan.

Al principio los españoles se opusieron enérgicamente al uso de la coca —fue anatematizada por ellos en todas partes, como el tabaco por sus celosos adversarios en el viejo mundo—, pero esta oposición solo pareció producir una extensión del hábito. Entonces los españoles, apreciando las ventajas que podrían reportarles el monopolio de la planta, tomaron el cultivo en sus propias manos y, por la fuerza, enrolaron a los indios de las Cordilleras a su servicio, para gran incomodidad de estos últimos, que sufrieron extremadamente por el cambio de clima. Siendo tan numerosas las quejas al gobierno, el virrey don Francisco de Toledo abrazó la causa de los indios, publicó setenta y un decretos en su favor, y la especulación fue abandonada. Se dice que en 1583 el gobierno de Potosí obtuvo una suma no inferior a 100.000 libras esterlinas del consumo de 90.000 a 100.000 cestos de esta hoja. El cultivo de la coca es, por tanto, un rasgo importante en la agricultura peruana, y tan lucrativo, que una plantación de coca, cuyos costos originales y gastos corrientes ascendieron a 500 libras durante los primeros veinte meses, producirá, al cabo de diez meses más, un ingreso neto de 340 libras.

La coca posee un olor ligeramente aromático y agradable, y al mascarse desprende una fragancia grata; su sabor es moderadamente amargo y astringente, y se asemeja algo al té verde; tiñe la saliva de un tinte verdoso. Sus efectos sobre el organismo son estomacales y tónicos, y se dice que es beneficiosa para prevenir las intermitentes, que siempre han prevalecido en este país.

El modo de emplear la coca consiste en mezclar con ella en la boca una pequeña cantidad de cal preparada con conchas, más o menos del mismo modo que se usa el betel en Oriente. Con esto, un puñado de maíz tostado y una bola de arrurruz, un indio recorrerá a pie cien leguas, trotando delante de un caballo. En los caminos frecuentados, se nos informa, los guías indios tienen ciertos lugares donde arrojan sus bolas de coca mascada, que se han acumulado en pequeños montones, que ahora sirven como marcas de distancia; de modo que, en lugar de decir que un lugar está a tantas leguas de otro, es común llamarlo tantas bolas. El doctor Weddell afirma que los bolivianos tienen la costumbre de usar en lugar de la cal con su hoja una sustancia llamada llipta, que consiste en las cenizas de la planta de quinoa; en otras partes se usan las cenizas de

otras plantas, como en el Amazonas, las de las hojas del árbol de la trompeta. Estas cenizas alcalinas se convierten en pequeñas tortas y se venden en los mercados.

«El peruano guarda ordinariamente su coca en una bolsita llamada chuspa, que lleva suspendida al costado, y que coloca delante siempre que se propone renovar su chique, lo que hace a intervalos regulares, incluso cuando viaja. El indio que se prepara a mascar se pone primero lo más cómodamente que las circunstancias permiten. Si lleva una carga, la deja en el suelo; se sienta, luego, poniendo su chuspa sobre las rodillas, extrae de ella, una por una, las hojas que han de constituir su nuevo "quid". La atención que presta a esta operación es digna de nota. La complacencia con que el indio hunde la mano en las hojas de una chuspa bien llena, el pesar que parece experimentar cuando la bolsa está casi vacía, merecen observarse, pues estos pequeños detalles prueban que para el indio el uso de la coca es una verdadera fuente de goce, y no la simple consecuencia de la necesidad.» Recordamos a una señora mayor que tenía la costumbre de tomar rapé con la misma cantidad de ceremonia. Primero, se sentaba cómodamente, arreglaba su vestido y alisaba su delantal. Las ocupaciones más importantes quedaban siempre por el momento apartadas y, al parecer, olvidadas. La siguiente operación consistía en sacar de algún receptáculo espacioso, cuya entrada estaba envuelta en los pliegues de su prenda exterior, un gran pañuelo marrón, salpicado de pequeñas manchas amarillas, apenas visibles, que recordamos durante años, y nunca otro alguno; este se colocaba sobre el regazo preparado para recibirlo. Otro paso consistía en sacar del mismo receptáculo misterioso una caja negra de charol, de forma circular y del diámetro de una caja de afeitar, pero apenas de una pulgada de grosor; esta se limpiaba cuidadosamente con el pañuelo ya mencionado, y luego se agarraba con la mano izquierda, apoyada en la palma, y se presionaba con el pulgar por un lado y las puntas de los dedos por el otro. Dos golpecitos suaves pero repetidos con los nudillos de la mano derecha en la tapa de la caja constituían el comienzo de la cuarta operación, que terminaba tomando la parte superior de la caja con los dedos de la mano derecha, del mismo modo que la inferior la sostenía la izquierda, y levantándola suavemente en oblicuo, como sobre una bisagra aunque no la tuviera, y dejándola, ya casi perpendicular, a cargo del índice y el pul-

gar de la mano izquierda, ahora libres, mientras la derecha quedaba enteramente suelta.

---

ya nombrado, y luego asido con la mano izquierda, descansando sobre la palma, y presionado por el pulgar por un lado, y las extremidades de los dedos por el otro. Un ligero, pero repetido con viveza, golpecito o dos sobre la tapa de la caja con los nudillos de la mano derecha constituía el comienzo de la cuarta operación, que terminaba tomando la porción superior de la caja con los dedos de la mano derecha, de la misma manera que la inferior era sostenida por la izquierda, y levantándola suavemente en oblicuo, por así decirlo, sobre una bisagra, aunque no poseía ninguna, y dejándola, cuando estaba casi perpendicular, a cargo del ahora desocupado dedo índice y el pulgar de la mano izquierda, mientras la mano derecha quedaba enteramente libre. ¡Cuán radiante era la sonrisa cuando el polvo amarillo llenaba al menos una mitad de la cavidad de la caja abierta! ¡Cuán desconsolada la expresión cuando no se alcanzaba esta devota consumación! Contémplense luego los dedos extendidos, y la hábil destreza con que el dedo y el pulgar recogían su acostumbrada dádiva, y la conducían a los órganos olfativos. ¡Con cuánto cuidado se llevaba, primero a la fosa nasal derecha, y luego a la izquierda, y con dos inspiraciones robustas se aspiraba! Los dedos que regresaban cerraban ahora la caja, que recibía otra pasada, y era luego devuelta al receptáculo. Los dedos primero, y luego la nariz, se sometían al mismo proceso purificador por medio del pañuelo pardo. Después, aunque no podía verse partícula de polvo en ninguna parte, todo el frontispicio, desde la barbilla hasta las rodillas, se sometía a un regular desempolvado; el pañuelo era repuesto entre los pliegues del vestido, el delantal alisado con ambas manos, una exclamación de satisfacción a medio articular, y la labor que había sido temporalmente dejada a un lado se reanudaba, hasta que otra ocasión de semejante carácter surgiera para exigir su suspensión.

Pero volvamos a la coca, cuyos efectos se describen como de la más extraordinaria naturaleza, totalmente distintos de los producidos por cualquier otra planta conocida en cualquier parte del mundo. Se dice que el

principio excitante es tan volátil, que las hojas, después de conservadas durante doce meses, pierden enteramente su poder, y no sirven para nada.

Grandes montones de las hojas recién secadas, particularmente mientras los cálidos rayos del sol caen sobre ellas, difunden un olor muy fuerte, semejante al del heno en el que hay una cantidad de meliloto. Los naturales nunca permiten que los forasteros duerman cerca de ellas, pues en consecuencia sufrirían violentos dolores de cabeza. Cuando se conservan en pequeñas porciones, y después de algunos meses, la coca pierde su aroma, y se debilita en proporción. El novicio cree que el olor herbáceo y el color fresco son tan perceptibles en el estado viejo como cuando es nueva. Sin el uso de la cal, que siempre excoria la boca del forastero, los naturales declaran que la coca no tiene su verdadero sabor, un flavor que sólo puede detectarse tras largo uso. Entonces tiñe de verde la saliva cuidadosamente tragada, y rinde una infusión del mismo color. De esta infusión hizo prueba Poppig, y halló que tenía un sabor insípido, semejante a la hierba, pero experimentó todo el poder de sus principios estimulantes. Cuando se tomaba por la tarde, era seguida de gran inquietud, pérdida del sueño, y sensaciones generalmente incómodas, mientras que de su administración por la mañana surgía un efecto similar, aunque en ligero grado, acompañado de pérdida de apetito. El doctor Archibald Smith de Huanaco, cuando en una ocasión se hallaba desprovisto de té chino, hizo prueba de la coca como sustituto suyo, pero experimentó sensaciones tan angustiosas de excitación nerviosa, que nunca se aventuró a usarla de nuevo. No es en absoluto raro usarla de este modo; y los indios tienen tertulias o reuniones de té, para tomar la infusión de las hojas, así como para masticarlas. Algunos afirman que en las bebidas de té de coca los efectos son agradablemente estimulantes. Es costumbre decir en tales ocasiones: «Vamos a coquear y acullicar» — «Entreguémonos a la coca». Mascar la coca llega a ser una verdadera pasión en quienes se entregan a ella; y una vez comenzado el hábito, se afirma que nunca se abandona, y que jamás se ha conocido un caso de coquero rehabilitado. Para entregarse al goce de este narcótico, el peruano se expondrá a los mayores peligros. Como su estímulo se desarrolla más plenamente cuando el cuerpo está agotado por el trabajo, o la mente por la conversación, «la víctima se apresura entonces a al-

gún retiro en un sombrío bosque nativo, y arrojándose bajo un árbol, permanece allí tendido, sin cuidarse de la noche ni de las tormentas, sin protección de abrigo ni de fuego, inconsciente de los diluvios de lluvia, y de los tremendos vientos que barren el bosque, y después de entregarse durante dos o tres días enteros a la ocupación de mascar coca, regresa a su morada con miembros temblorosos y semblante pálido, miserable espectáculo de un goce antinatural. Quienquiera que casualmente encuentre al coquero en tales circunstancias, y al hablarle interrumpa los efectos de esta intoxicación, se atrae seguramente el odio de la criatura medio enloquecida. El hombre que una vez es presa de la pasión por esta práctica, si se le coloca en circunstancias que favorezcan su entrega, es un ser arruinado. Muchos casos fueron referidos a Poppig mientras estuvo en el Perú, en que jóvenes de las mejores familias, por visitar ocasionalmente los bosques, habían comenzado a usar la coca por pasar el tiempo y adquirir afición a ella, y desde aquel momento quedaron perdidos para la civilización; como si presos de algún instinto malévolo, se negaban a regresar a sus hogares, y resistiendo las súplicas de sus amigos, que ocasionalmente descubrían las guaridas de estos infelices fugitivos, o se retiraban a alguna soledad distante, o aprovechaban la primera ocasión de escapar cuando habían sido traídos de vuelta a las ciudades». Tan seductor llega a ser este hábito, pues no podemos dudar de la veracidad de estas afirmaciones, que ni el hogar, ni los amigos, ni la familia, ni la sociedad, ni el miedo, ni el amor, ni el respeto, ni ninguna otra criatura, ni pasión, parecerían tener poder de ganarlos de nuevo desde su monomanía a un estado racional de existencia.

Las virtudes de la coca deben ser del más asombroso carácter. Los indios, que son adictos a su uso, son declarados capaces por ello de resistir la fatiga de las minas entre exhalaciones metálicas nocivas sin descanso, alimento ni protección contra el clima. Recorren cientos de leguas por desiertos, llanuras y montañas escarpadas, sostenidos sólo por la coca y un poco de maíz tostado; y a menudo también, actuando como mulas al llevar cargas por pasos donde los animales no pueden ir. Algunos han atribuido esta frugalidad y poder de resistencia a los efectos del hábito, y no al uso de la coca; pero el indio es naturalmente voraz, y se sabe que muchos españoles fueron incapaces de realizar las tareas hercúleas de los peruanos hasta que usaron habitualmente la coca; es más, se afirma

que sin ella, los indios pierden tanto su vigor como sus poderes de resistencia. Durante el sitio de La Paz en 1781, cuando los españoles estaban constantemente en vela, y desprovistos de provisiones, en las inclemencias del invierno, fueron salvados, según narran los cronistas, de la enfermedad y la muerte recurriendo a esta planta. Algunos de los que niegan muchos de los efectos que se dice produce su uso, admiten que la coca es útil medicinalmente como preservativo contra las fiebres que son consecuencia de un clima como el del Perú.

Las alucinaciones resultan del uso de la coca como del cáñamo narcótico, pero no, según parece, en la misma medida. El uso inmoderado de esta planta, como en verdad el de todos los narcóticos, parece ir acompañado de temibles resultados. Una descripción que conocemos da detalles de carácter no muy deseable. Afirma que el abuso ocasiona rápidamente enfermedad corporal, y detrimento de las facultades morales, pero que aún así la costumbre puede perseverarse durante muchos años, especialmente si se interrumpe con frecuencia, y el coquero a veces alcanza la edad de cincuenta con relativamente pocas dolencias. Pero cuanto más a menudo se celebran las orgías, especialmente en un clima cálido y húmedo, más pronto se hacen evidentes sus efectos destructivos. Por esta razón, los naturales de los distritos fríos y secos de los Andes son más adictos al consumo de coca que los de los bosques cerrados, donde sin duda otros estimulantes no hacen sino ocupar su lugar. La debilidad en los órganos digestivos, que, como la mayoría de las dolencias incurables, aumenta continuamente en mayor o menor grado, ataca primero al infortunado coquero. Esta dolencia, que se llama «opilación», puede ser trivial al principio, pero pronto alcanza una altura alarmante. Luego vienen las obstrucciones biliosas, acompañadas de todos aquellos mil síntomas dolorosos que tanto se agravan por un clima tropical, la ictericia y el desarreglo del sistema nervioso siguen, junto con dolores en la cabeza, y tal postración de fuerzas, que el paciente pierde rápidamente todo apetito, lo blanco de los ojos asume un color plomizo y sobreviene una total incapacidad de dormir, que agrava la depresión mental del infeliz individuo, quien a pesar de todos sus males, no puede abandonar el uso de la hierba a la que debe su sufrimiento, sino que ansía aguardiente además. El apetito se vuelve bastante irregular, a veces faltando por completo, y a veces asumiendo una voracidad

lobuna, especialmente por el alimento animal. Así se arrastran años de miseria, sucedidos al fin por una muerte dolorosa.

Esta propiedad de disipar el sueño, como resultado del uso inmoderado de la coca, fue notada por Weddell, como resultado también de la entrega moderada, a modo de experimento, a una infusión de las hojas, y que le llevó a suponer que el principio químico del té, llamado teína, se hallaría presente en ellas. El profesor Frerny las analizó en consecuencia, pero no halló presente tal principio, aunque se encontró un principio amargo activo, peculiar de esta planta, cuyas propiedades completas aún no se han determinado.

La coca tiene el reputado poder de sostener las fuerzas en ausencia de cualquier otro nutrimento. Los indios declaran que cuando la usan no sienten los dolores del hambre ni de la sed, que pueden realizar las operaciones más laboriosas con poco o ningún alimento, insensibles al frío o al cansancio; que mediante su uso pueden ascender los empinados pasos de los Andes, llevando consigo pesadas cargas, y sin lasitud ni pérdida de aliento. Cuando Tschuddi estuvo en el Pima, bebía siempre antes de salir a cazar, una fuerte infusión de hojas de coca. Entonces, afirma, podía durante todo el día escalar las alturas, y seguir a los animales salvajes sin experimentar mayor dificultad de respiración que la que habría sentido en movimientos similares a lo largo de la costa. Un relato afirma que un natural, que fue empleado en laboriosa excavación durante cinco días y noches, no probó alimento durante ese período, y sólo durmió dos horas cada noche. Mascaba regularmente las hojas de coca, hasta el extremo de cerca de media onza cada dos o tres horas, y mantenía un bolo de

tenían constantemente en la boca. Terminada la obra, emprendió un viaje de dos días de veintitrés leguas por las alturas llanas, siguiendo el paso de una mula, y deteniéndose sólo para reponer su mascada. Al cabo de todo este trabajo, se ofrecía a comprometerse a realizar otro tanto sin alimento, pero con una abundante ración de coca. Este hombre tenía sesenta y dos años de edad, y nunca se supo que hubiera estado enfermo en su vida. Por esta razón, pues parece actuar como sustituto del alimento, varios autores doctos e ingeniosos han lamentado que

no se haya introducido en países como el nuestro, donde sería un don tan valioso para los pobres en tiempos de escasez y penuria.

¿Qué dice la ciencia acerca de este extraordinario poder? Una de dos cosas es cierta: o que la coca contiene algún principio nutritivo que directamente sustenta las fuerzas, o que no lo contiene y, por tanto, simplemente engaña al hambre mientras actúa sobre el organismo como un excitante. En cuanto a la existencia de un principio nutritivo en la coca, aunque no puede negarse positivamente, a causa de la cantidad de nitrógeno, junto con productos carbonizados asimilables, que se ha hallado que existen en la hoja; sin embargo, su proporción es tan pequeña comparada con la masa, y especialmente con la cantidad que un coquero consume de una vez, que apenas pueden tomarse en consideración. Es más, también se ha afirmado que la coca, tal como se toma habitualmente, no sacia el hambre. Los indios que acompañan a los viajeros mastican las hojas durante el día, pero, al llegar la noche, llenan su estómago como hombres en ayunas, devorando, en una sola comida, lo suficiente para satisfacer a un hombre ordinario durante dos días. El indio de la Cordillera es como el buitre de sus montañas: cuando abundan las provisiones, se hartan con avidez; cuando escasean, su robusta naturaleza le permite contentarse con muy poco. Esta es la evidencia: ¿cuál es el veredicto? Que el uso de la coca contribuye, quizá, a soportar la abstinencia; pero que su acción se limita a una excitación de un género peculiar, muy diferente de la de los excitantes ordinarios, y especialmente del alcohol. El aguardiente da fuerzas, pero esas fuerzas no son sino un préstamo, a expensas de las fuerzas reservadas para el futuro. El estímulo producido por la coca es lento y sostenido, en parte debido a la manera de emplearla, pues la infusión actúa de modo distinto que la hoja tomada de la manera ordinaria. El té y el café actúan especialmente sobre el cerebro, en el que producen un efecto antisoporífero; pero mientras que la coca produce un poco de este efecto cuando se toma en grandes dosis, no actúa perceptiblemente sobre el cerebro en pequeñas dosis. Para explicar los efectos ordinarios de la hoja, es preciso suponer que su acción, en lugar de estar localizada, como en el caso del té y del café, es difusa, y obra sobre el sistema nervioso en general, produciendo un estímulo sostenido, calculado para infundir a quienes están bajo su influen-

cia ese apoyo que erróneamente se ha atribuido a peculiares propiedades nutritivas.

La superstición y el prejuicio combinados han ennoblecido, sin embargo, esta planta en la mente del peruano, y éste la considera como un verdadero «don de Dios». Sus influencias y efectos se agrandan en su propia mente hasta convertirse en algo milagroso, y, en efecto, se le han atribuido poderes milagrosos, pues ¿de qué otro modo podemos considerar la creencia corriente entre ellos de que, si el minero arroja las hojas masticadas sobre las duras e impenetrables vetas de metal, el mineral se ablandará con ello y será más fácil de trabajar? ¿O que las hojas, colocadas en la boca de un difunto, le aseguran una recepción más favorable en el mundo de los espíritus? ¿O que, cuando se encuentra una momia desenterrada de su estrecha morada, la presentación de unas pocas hojas propicia su espíritu liberado y es aceptada como piadosa ofrenda?

Mucha de la fidelidad del indio a su coca, como la del fumador a su pipa de tabaco, se debe a la costumbre, y en este caso la influencia de la costumbre es más poderosa, en cuanto que se ha transmitido a través de una larga línea de antepasados, y es casi la única que se ha conservado. Finalmente, halla en su uso una distracción, y la única, que rompe la monotonía de su existencia. Los indios peruanos son de temperamento sombrío y sujetos a accesos de melancolía. Cuando no están ocupados en trabajos al aire libre, se sientan en sus chozas masticando coca y meditando sombríamente sobre sus propios pensamientos; en verdad, el testimonio conjunto de los viajeros establece el hecho de que hay en sus rasgos una expresión de melancolía concentrada, que parece hablar de un sufrimiento indefinido pero constante; no podemos asombrarnos de encontrar a tales gentes buscando consuelo en el mejor sustituto del opio que su país puede proporcionarles.

La coca parece gozar de un reinado indiscutido en las Cordilleras; ningún otro narcótico se alza «a compartir el trono», y es casi el único que no ha sido imitado, o para el que no se ha propuesto o empleado algún sustituto. Los antípodas, o casi, de este país poseen una planta que, de

haber crecido libremente en otras partes del mundo, quizá se habría oído hablar más extensamente de ella como indulgencia. En Siberia, sin embargo, parece hacerse poco uso del pequeño rododendro venenoso, que pretende ser uno de los narcóticos más poderosos del mundo. Steller, el botánico prusiano, tenía un ciervo domesticado que quedó tan intoxicado por ramonear unas diez de sus hojas, que, tras tambalearse un rato, cayó en un sueño profundo pero agitado durante cuatro horas, tras las cuales despertó, al parecer libre de dolor, pero nunca volvió a tocar las hojas. Los criados de Steller, después de esto, se dedicaron a intoxicarse con las hojas sin ningún efecto nocivo. También se nos ha informado que ciertos rusos han sido acusados del hábito de seguir el ejemplo de estos experimentadores, embriagándose con las hojas, que se han usado en infusión, como afirma Pallas, con buen efecto en la cura del reumatismo crónico. Las flores de otra especie de rododendro son comidas como narcótico por los montañeses de la India, pero en estos casos la extensión de su uso es tan pequeña, y tan pocas las personas que se entregan a ellas, que no puede reclamarse para ellas ninguna pretensión, excepto como narcóticos menores empleados ocasionalmente, cuando las otras sustancias más importantes no pueden obtenerse fácilmente.

Por la base de mucho de lo que contiene este capítulo, estamos en deuda con los Viajes en Bolivia y Perú de aquel digno trío de doctores, Poppig, Weddell y Tschudi, además de tres veces otros tantos más, menos notados y menos conocidos, pero cuya información no era menos fidedigna en los puntos sobre los que han hablado. Si los devotos de Nuestra Señora de Yongas son tan numerosos como se ha afirmado, o sólo del número que hemos sugerido —si la influencia de esta planta sobre las regiones estomacales basta para dominar los punzantes dolores del hambre, o calmar las crueldades de la sed, o si estos son sólo efectos debidos a la imaginación—; si tiene el maravilloso poder de ablandar la roca adamantina, o de fortalecer y sostener los pulmones en la ascensión de las cumbres andinas, o si estas, y todas estas, son ficciones procedentes del cerebro oprimido por el calor, es, sin embargo, cierto que una gran cantidad de interés se congrega en torno a esta planta, que se asocia tan íntimamente con el país en que florece, que, como durante siglos pasados,

así durante siglos futuros, la coca seguirá siendo la planta característica de la nación peruana, como el té lo fue, y lo es, de los chinos.

«Alejandro murió. Alejandro fue enterrado. Alejandro vuelve al polvo; el polvo es tierra; de la tierra hacemos barro. ¿Y por qué con ese barro, en que fue convertido, no podrían tapar una cuba de cerveza?» — Hamlet.

El hecho, en un tiempo dudado, pero ahora establecido fuera de toda disputa, de que algunas tribus se entregan al hábito de comer tierra, es uno que, por su singularidad, reclama atención. El malayo usa la cal como ingrediente al componer su masticatorio favorito, y el coquero de los Andes la mezcla con sus hojas de coca. Los nubios mezclan el natrón salino con su bola de tabaco, y los negros de Gesira el mismo material para componer su «bucca». Los ottamacs y omaguas se valen del auxilio de la cal de conchas para dar pungencia a sus rapés intoxicantes. Las tribus de la costa de Paria, según Gomara, estimulaban los órganos del gusto con cal cáustica, como otras razas emplean el tabaco, la coca o el betel. En nuestros propios días esta práctica existe entre los guajiros en la desembocadura del Río de la Hacha. Aquí los indios aún no civilizados llevan pequeñas conchas, calcinadas y pulverizadas, en una caja hecha de la cáscara de un fruto. Esta caja se suspende de su cinturón, y sirve para diversos usos. El polvo usado por los guajiros es un artículo de comercio, como lo fue antiguamente el de los indios de Paria. Qué pudo inducir primero a estas gentes a usar por sí sola, o a otras razas a mezclar con sustancias vegetales, una materia mineral que sólo conocemos como blanqueo, o para usos vulgares semejantes, y a metamorfosearla en un lujo, es difícil de comprender. Comprendemos el valor de la cal cuando se la remueve en un cubo, con suficiente agua para reducirla a la consistencia de la crema, y luego, con ayuda de una brocha ancha y plana, se la traslada a los techos de nuestras viviendas. No comprendemos ni apreciamos tan bien el lujo de enrollarla en una bolita y trasladarla a nuestras bocas, como un blanqueo para regiones donde el curioso ojo del hombre no penetra.

Los residentes en los puestos de pieles del río Mackenzie tienen un mineral en uso entre ellos, conocido por el nombre de lodo blanco, que se emplea para blanquear, y, cuando escasea el jabón, suple el lugar de ese artículo para lavar la ropa. Se asemeja a la arcilla de pipa, y existe en le-

chos de seis a doce pulgadas de espesor. Es de color blanco amarillento, a veces con un tinte rojizo. En el Arkansas también se ha encontrado una sustancia similar, llamada arcilla rosada. La del Mackenzie es suave, y, cuando se mastica, tiene un sabor, se nos dice, que recuerda al de la almendra de una avellana. Sir John Richardson obtuvo algo de esta arcilla en su viaje a la Tierra del Príncipe Ruperto, e hizo que la examinaran, pero no pudo descubrir en ella ninguna propiedad nutritiva, ni detectar los restos de animales infusorios. Existen ciertas razones fisiológicas conocidas por nosotros mediante las cuales explicamos que las aves de corral y otros bípedos alados se entreguen a la singular propensión de tragar pequeños guijarros, fragmentos de cal o mortero, arena y arcilla; pero como no podemos aplicar estos mismos argumentos a los casos de otros «bípedos sin plumas» que se entregan a la misma propensión, buscamos naturalmente alguna señal de valor nutritivo en la sustancia misma. En este caso la remota probabilidad de que contenga materia animal descompuesta no existe, al parecer, pues el microscopio no detecta infusorios. Y a menos que argumentemos, como hizo Hamlet con su amigo Horacio, que en esta arcilla están los restos de una generación anterior, apenas podemos explicar que sea un buen artículo de alimento.

«El imperial César, muerto y convertido en arcilla, podría tapar un agujero para mantener alejado el viento»,

o indios muertos convertidos en arcilla para aplacar el hambre de sus descendientes vivos. Así, si la imaginación puede seguir el noble polvo de Alejandro hasta encontrarlo tapando un agujero de barril, ¿no puede también seguir esta misma arcilla desde el agujero del barril hasta las venas de un nuevo Alejandro?

Richardson afirma que lo anterior es una especie de arcilla de pipa. Si se hicieran pipas para fumar, Hamlet podría argumentar aún más: «¿no podemos seguir el polvo del indio muerto hasta encontrar a un hombre fumando su hierba en la pierna o el brazo de su bisabuelo?».

La costumbre de comer arcilla existe en América del Sur, entre los guamos, y entre las tribus entre el Meta y el Apure. Los naturales de aquí hablan de la costumbre como de una de gran antigüedad. Los ottomacs

son, sin embargo, grandes comedores de arcilla. Humboldt encontró entre ellos montones de bolas de tierra, apiladas en pirámides de tres o cuatro pies de alto, y estas bolas de cinco o seis pulgadas de diámetro. Esta arcilla era de color gris amarillento, y no contenía magnesia, sino sílice y alúmina, y tres o cuatro por ciento de cal; no se pudo encontrar mezclado con ella ningún rastro de sustancia orgánica, ni oleosa ni harinosa. Si se pregunta al ottomac de qué vive durante los dos meses de la inundación de los ríos, le muestra sus bolas de tierra arcillosa. Se afirma que, lejos de enflaquecer en esa estación, son, por el contrario, extremadamente robustos.

En el pueblo de Banco, sobre el Río Magdalena, el mismo viajero encontró mujeres indias haciendo alfarería, que continuamente tragaban grandes trozos de arcilla.

En la costa de Guinea, los negros comen una tierra amarillenta que llaman caouac, cuyo sabor se dice que es agradable y que no causa inconveniente alguno. Cuando estos africanos son llevados a las Indias Occidentales, siguen entregándose a la costumbre, para cuyo fin Chanvalon afirma que se vende en los mercados, pero que la arcilla de las Indias Occidentales no les sienta tan bien como la de su país natal.

Labillardière vio entre Surabaya y Samarang pequeñas tortas cuadradas rojizas, llamadas tanaampo, expuestas para la venta, que estaban ligeramente cocidas y se comían con gusto.

Leschenault afirma que la arcilla rojiza (cimpo) que a los javaneses les gusta comer ocasionalmente se extiende sobre una placa de hierro y se cuece, después de haberla enrollado en pequeños cilindros en forma de corteza de canela. En este estado se vende en los mercados. Tiene un sabor peculiar, que se debe a la cocción, es muy absorbente y se adhiere a la lengua. Las mujeres javanesas comen el cimpo para adelgazar, pues la ausencia de gordura se considera allí una especie de belleza.

En tiempos de hambre o escasez, los salvajes de

Nueva Caledonia comen grandes trozos de una piedra friable, que contiene magnesia y sílice, con un poco de óxido de cobre.

Los negros africanos de Bunch y Los Idoles comen una especie de esteatita o piedra jabonosa blanca y friable, de cuya costumbre se dice que no sufren inconveniente alguno.

En Popayán y varias de las partes montañosas del Perú, se vende cal finamente pulverizada en los mercados públicos con otros artículos de alimento. Este polvo se mezcla, sin embargo, generalmente con las hojas de la coca, y se usa como masticatorio. En otras partes de América del Sur, la cal se traga sola, y los indios llevan consigo una pequeña caja de cal, como otras gentes llevan su tabaquera, su caja de rapé o su caja de siri.

En el reino de Quito, los naturales tiguas comen por elección, y sin ninguna consecuencia mala, una arcilla muy fina mezclada con arena. Esta arcilla, mezclada con agua, la vuelve lechosa. Grandes vasijas llenas de esta mezcla, llamada agua de llanka, agua de arcilla, o leche de llanka, leche de arcilla, pueden verse en la mayoría de sus chozas, donde sirve de bebida.

En las orillas del río Kamen-da-Maslo se produce un fósil, o una sustancia terrosa, llamada en ruso kamennoye maslo, mantequilla de piedra, que se come de diversas maneras, tanto por los rusos como por los tongousi; es de color crema amarillento y no desagradable al gusto, pero se prohíbe por perniciosa en sus efectos. Se afirma que esta materia terrosa es un fósil, o sal que rezuma de las rocas, en muchas partes de Siberia, pero principalmente de las cercanas a los ríos Irtish y Yenisei. Cuando se expone al aire en tiempo seco se endurece, pero en tiempo húmedo vuelve a ablandarse o a hacerse líquida. Los cazadores rusos la usan también como cebo. Los animales la olfatean desde lejos y son aficionados a su olor.

En Alemania, los obreros empleados en las canteras de arenisca de Kiffhauser extienden una arcilla fina sobre su pan en lugar de mantequilla, a la que llaman Steinbutter (mantequilla de piedra). Hay otra sustancia, llamada bergbutter, o mantequilla de montaña, que es una sustancia salina producida por la descomposición de los esquistos aluminosos.

En las orillas de un lago cercano a Urania, en Suecia, se encuentra un depósito que los campesinos llaman «harina de montaña» (bergmehl), el cual usan, mezclado con harina, como artículo de alimento. Este depósito consta principalmente de infusorios fósiles.

También en Finlandia se mezcla con la masa del pan una tierra semejante, como asimismo en partes del norte de Alemania en casos de escasez o necesidad. En Laponia se ha encontrado igualmente esta harina fósil y se ha aplicado a un uso análogo. El tripoli o piedra podrida del comercio es una tierra infusoria de esta descripción, compuesta de fósiles de dimensiones extraordinariamente diminutas.

Un pobre hombre, en las cercanías de Dejufors, en Suecia, encontró hace algunos años una tierra de esta clase, que tenía mucho la apariencia de harina. Hallándose la gente por aquel entonces en estado de privación y viviendo de pan de corteza, este hombre tomó un poco a su casa, la mezcló con harina de centeno, la coció en pan y la encontró sabrosa; a consecuencia de ello hubo una afluencia general hacia esta tierra, y alguna de ella llegó hasta Estocolmo. Al analizarla se halló que contenía sílex y feldespato finamente pulverizados con cal, arcilla, óxido de hierro y alguna sustancia orgánica semejante a la materia animal, que producía amoníaco y un aceite.

Ehrenberg halló que una colina de Bohemia era una masa de conchas fósiles silíceas de estos diminutos seres, y que en un estrato de catorce pies de espesor, una pulgada cúbica contenía los restos de 41.000.000.000 de individuos.

Estas clases de depósitos se acumulan continuamente y producen importantes cambios en el lecho del Nilo, en Dongola, y en el Elba, en Cuxhaven, y aun obstruyen algunos de los puertos del mar Báltico.

El doctor Trail analizó un bergmehl del norte de Suecia y halló que estaba compuesto de las diminutas corazas de infusorios, de cerca de una milésima de pulgada de tamaño, que constaban principalmente de tierra silícea y alúmina. Una pequeña cantidad de esta curiosa sustancia fue hallada en el condado de Down, en Irlanda, por el doctor Drummond, hace veinte años, al abrir un pozo cerca de Newcastle.

Los señores Cloquet y Breschet comieron experimentalmente hasta cinco onzas de un talco laminar verde plateado. Su hambre quedó completamente satisfecha, y no sintieron incomodidad alguna por el uso de una clase de alimento al que no estaban acostumbrados. En partes del Oriente se hace todavía uso de las tierras bolo de Lemnos, que son arcilla mezclada con óxido de hierro.

En Portugal y España se fabrican vasijas con las arcillas de bucaro, de las cuales muchos gustan de beber por el olor de la arcilla; y las mujeres de la provincia de Alentejo adquieren el hábito de masticar la tierra de bucaro, y sienten una gran privación cuando no pueden entregarse a este gusto viciado.

En los mercados de Bolivia vio el doctor Weddell una arcilla de color gris que se ofrecía a la venta. Se llama pahsa, y los indios de La Paz la comen con la patata amarga del país. Se remoja en agua, se hace una especie de gachas y se sazona con sal.

En Chiquisaca se hacen ollitas con una clase de tierra llamada cliaco, y se come como chocolate. Aunque su uso moderado no es capaz de perjudicar al organismo, su contribución a la nutrición del cuerpo debe de ser bien escasa.

En los valles del Sikkim, en el Himalaya, se masca una clase de tierra roja como remedio para el bocio, pero no se dice que se entreguen a ella regularmente como artículo de alimento, ni allí ni en ninguna otra parte de la India.

El señor Wallace refiere que un niño indio murió a causa del hábito de comer tierra, hábito muy común y destructivo entre los indios y los mestizos en las casas de los blancos del valle del Amazonas. Se habían probado todos los medios para curar al muchacho de tal hábito. Se le había medicado y azotado y encerrado dentro de casa; pero cuando no se le ofrecía otra ocasión, encontraba abundante provisión en las paredes de barro de la casa. Se le hincharon todo el cuerpo, el rostro y los miembros, de modo que con dificultad podía andar, y no teniéndose con él tanto cuidado, comió hasta saciarse y murió.

Quienes hayan tenido mucho trato con niños habrán advertido en algunos de ellos los gérmenes de esta propensión, que de cuando en cuando se desarrolla masticando trozos de pipa, lápiz de pizarra, tiza y otras sustancias de índole semejante. Aunque no se lleve a tan gran extremo como para volverse perjudicial, los casos de esta clase distan mucho de ser, entre los niños de escuela, excepcionales o poco comunes.

En la misión de San Borja, Humboldt encontró a la hija de una mujer india que, según la declaración de su madre, apenas comía otra cosa que tierra. Estaba muy delgada y demacrada.

Estos casos no son, después de todo, tan singulares como los de la geofagia habitual y nacional que encontramos entre las tribus de América del Sur y los negros de África. Los niños no siempre son los más exigentes en la elección de sus artículos de alimento, pues de lo contrario no leeríamos casos como los que ocurren en la América tropical, de esos muchachos que sacan inmensos ciempiés de sus agujeros y se los comen; o, como refiere el capitán

Cochrane, de un niño que devoró varios trozos de vela de sebo, a los que siguió un gran trozo de jabón amarillo, todo lo cual parecía disfrutar.

Los cronistas mencionan a menudo el empleo, en tiempos de guerra, de clases de tierra infusoria como alimento, bajo el término general de harina de montaña. Así ocurrió en la Guerra de los Treinta Años, en Camin en Pomerania, Muskau en la Lusacia e Ivleiken en el territorio de Dessau; y posteriormente en 1719 y 1733 en la fortaleza de Wittenberg. Pero en tiempos de guerra y escasez, uno está preparado para oír que los hombres satisfacen su hambre por todos los medios legítimos.

M. S. Julien envió a la Academia de Ciencias de París, hace algunos años, muestras de una peculiar sustancia mineral de la provincia de Kiang-si en China, de la que, en tiempos de hambruna, se decía que los habitantes podían sustentarse como nutrimento. Tiene un sabor desagradable y produce sequedad en la boca. No obstante, los naturales la usan mezclada con harina, y es incluso estimada por ellos.

Puede parecer algo singular referirse a estas costumbres de comer tierra, en relación con las relativas a los narcóticos. La conexión es, sin embargo, más íntima de lo que a primera vista podría parecer. Se recurre principalmente a dos clases de sustancias, ya para satisfacer estos gustos depravados, ya para saciar los apremios del hambre: la cal y la arcilla, o, como las hemos designado, la arcilla y el blanqueo. Es, o ha sido materia de disputa, si las propiedades estimulantes del betel y la coca, y los rapés embriagadores del Orinoco, deben atribuirse a las sustancias vegetales mismas, o a la cal usada con ellas, o a ambas en conjunción; de ahí que la introducción de la cal no se considere inapropiada. En cuanto a la arcilla, no está

solo íntimamente asociada con la otra, por la similitud del uso a que tan extrañamente se la aplica, sino que su conexión, en algunas de sus formas, con el consumo de uno o dos de los narcóticos, como medio por el cual se indulgen en ellos, debe servir de disculpa, si tal se necesita.

«Las virtudes de los metales nobles son, además, de tal naturaleza que inspiran respeto incluso en quienes no buscan estas cualidades en esferas superiores, sino que preguntan por la utilidad común y cotidiana de una cosa.» — Von Kobell.

Algunos consideran más preciosos aquellos metales que, como el oro y la plata, han ganado esa reputación actuando en calidad de representantes de la riqueza, como las monedas corrientes de las naciones civilizadas. Para algunos hombres estos han sido estimados más preciosos que la salud, o incluso que la vida misma; otros, calculando sobre la base de la utilidad, han considerado el hierro y el cobre, tan universalmente aplicables a las necesidades de la vida civilizada, agentes tan poderosos en la causa de la civilización, como los más preciosos de los metales; y pueden tener razón en sus cálculos, pues aunque podríamos arreglárnoslas para seguir adelante sin los primeros, apenas podemos imaginar nuestra condición ocasionada por la pérdida de los segundos. Hay aún algunos para quienes parecería, por extraño que el hecho pueda resultar, que dos metales son los más preciosos que el resto del mundo no tiene idea de considerar sino de muy bajo valor, y sin los cuales fácilmente conciben que el

mundo siga adelante sin gran sentido de su pérdida. Estos dos son el Arsénico y el Mercurio. Los mismísimos nombres son casi suficientes para enviarnos un escalofrío de horror mientras los escribimos o repetimos; y elegirlos para el lugar más alto en nuestros afectos es el último acto que, en estado de cordura, nos creeríamos capaces de realizar. El uno sugiere imágenes de Aqua Tophana y la Edad Media, y nuestros dientes se aflojan en las encías con desagradables reminiscencias de poción negra y píldora azul asociadas con el otro. Para uno no podemos pensar mejor empleo que la extirpación de ratas, o la conservación de momias; y para el otro, ninguna ocupación más excelsa que recubrir el dorso de nuestros espejos, o informarnos de las condiciones de la atmósfera. Que alguien pudiera entregarse a ellos como lujos, o, por su uso habitual, elevarlos a la compañía del tabaco y el opio, del hachís y la coca, parecería una grave difamación contra las «Siete Hermanas del Sueño», y una sátira contra los apreciados compañeros de millones de la raza humana.

Los médicos, a cuya cabeza está el doctor Christison, consideran que no puede entregarse uno a estos minerales sin que ejerzan un efecto deletéreo sobre el organismo. La acción acumulativa de los venenos minerales es un gran punto de diferencia entre ellos y los de origen vegetal, pues aunque el mismo eminente médico opina que puede entregarse uno al tabaco sin perjuicio, no cree que tal posibilidad exista con respecto al mercurio y al arsénico.*

El uso del sublimado corrosivo, el bicloruro de mercurio, ciertamente está restringido dentro de muy estrechos límites, e incluso dentro de esos límites, la información que tenemos es muy escasa. En Constantinopla, el opiófago que encuentra su dosis diaria insuficiente con el tiempo para producir aquellos resultados que al principio se seguían de su uso, recurre al expediente de mezclar con ella una pequeña cantidad de sublimado corrosivo, para aumentar la potencia de la droga. Por sí solo, nunca se entrega uno a él como pasión del mismo modo que a los narcóticos vegetales, ni pueden aducirse las mismas excusas en favor de su uso, o en atenuación de su abuso. Se afirma que un opiófago de Broussa solía tragar diariamente con su opio cuarenta granos de sublimado corrosivo sin efectos aparentemente nocivos. En América del Sur se afirma que su uso es muy extenso.

* Este nombre, derivado del griego, indica fuerte, poderoso.

El ácido arsenioso, o arsénico blanco, es un irritante más popular que el mercurio. Los comedores de arsénico de Estiria son ya individuos históricos, y la costumbre allí y en los distritos vecinos parece ser común entre la población trabajadora. Los buhoneros ambulantes lo venden para este propósito, y se convierte en una necesidad de la vida para quienes comienzan la práctica. Se toma cada mañana con la misma regularidad con que el turco consume su opio.

Uno de los beneficios que se dice se siguen de su uso es que da plenitud a la figura, suavidad a la piel, frescura al cutis y brillo a la mirada. Con este propósito, jóvenes hombres y doncellas recurren a él, para aumentar sus encantos y hacerse aceptables y fascinantes unos a otros. Un amigo, recientemente regresado del Canadá y los Estados Unidos, nos informa, con certeza, que es consumido en gran cantidad por las señoritas, en esas regiones del mundo civilizado, para los mismos propósitos arriba descritos, para los que recurren a él las doncellas austríacas. Declara que la costumbre es tan común que ninguna

sorpresa se suscita al descubrir a alguien entregado a su uso, y que entre el sexo más bello es la regla más bien que la excepción.

La principal autoridad sobre su uso en los distritos europeos es el célebre viajero Von Tschudi, que ha publicado un relato de varios casos que han llegado a su conocimiento. En un caso, una doncella pálida y delgada, ansiosa por unirse a su amante presentando un exterior más atractivo, tomó el «precioso metal» en forma de su óxido, varias veces a la semana, y pronto se volvió robusta, rosada y cautivadora; pero en su excesiva ansiedad por realzar sus encantos y rivalizar con las fabulosas bellezas de la antigüedad, y habiendo experimentado el beneficio de pequeñas dosis del veneno, se aventuró con una cantidad mayor, y murió por sus efectos, víctima de su vanidad. La costumbre se comienza generalmente con pequeñas dosis, empezando con alrededor de medio grano o menos, cada día, y aumentándola gradualmente hasta dos o tres granos. Se menciona el caso de un anciano campesino robusto cuyo trago matutino de arsénico alcanzaba la increíble cantidad de cuatro granos.

Se supone que otro singular beneficio se deriva del uso de esta sustancia, similar al que los peruanos reclaman para su coca, a saber, el de hacer más fácil la respiración al subir fatigosamente una cuesta, de modo que puedan escalarse alturas empinadas sin dificultad ni agotamiento. Es curioso que los montañeses de los Andes y los Alpes, a distancias tan remotas, se crean poseedores de los medios de asistir a la naturaleza para superar dificultades, previniendo el agotamiento al subir la ladera de la montaña: en un caso, mascando una bola de hojas que crecen abundantemente en las laderas de la montaña, y en el otro, tragando un pequeño fragmento de un mineral obtenido de las minas al costado de la montaña.

Mientras se continúa la práctica de comer arsénico, no parecen experimentarse efectos nocivos; todo lo relacionado con el cuerpo del comedor parece estar en floreciente condición, la apariencia es sana, rolliza y fresca; no se manifiestan síntomas de envenenamiento hasta que se interrumpe la dosis regular, cuando surge una gran sensación de malestar, la digestión se desarregla, se presentan sensaciones de ardor y espasmos en la garganta, comienzan dolores en las entrañas y la respiración se vuelve opresiva. De estas desagradables sensaciones no hay alivio sino por un inmediato regreso a la costumbre de comer arsénico, y de ahí que, una vez comenzado, el uso de este artículo se convierte en una necesidad de la vida, y el mineral venenoso en un «metal precioso».

El doctor Macgowan, de Ningpo, dice: «Se nos dice que los cazadores mongoles, más allá de la muralla, comen arsénico para poder soportar el frío cuando yacen pacientemente sobre la nieve para atrapar martas. En esta parte de China, el arsénico lo toman los buzos, que en tiempo frío se sumergen en aguas quietas en busca de peces, que entonces se hallan hibernando entre piedras en los pilares de los puentes. Vemos con pesar que los chinos modernos han añadido el arsénico a sus estimulantes habituales. El sulfuro rojo en polvo se mezcla con tabaco, y sus humos conjuntos se fuman de la manera ordinaria. No hemos encontrado fumadores habituales de este compuesto de venenos mineral y vegetal; pero las personas que lo han probado afirman que el mareo y la náusea acompañan a los primeros intentos. Tras unos pocos intentos, el tabaco arseniatado puede tomarse sin inconveniente aparente. Por los informes que de

él se dan, inferimos que sus efectos sobre los chinos son análogos a lo que se observa entre los campesinos comedores de arsénico de Austria.

»En Pekín, donde el tabaco arseniatado es más

su uso, no cuesta más que el artículo sin mezcla; puede reconocerse por el color rojo que el proto-sulfuro en polvo comunica al vegetal. Su introducción se atribuye a los cantonenses de Chauchau. Si esto es cierto, es probable que estos sureños, incapaces de procurarse en el norte el masticatorio al que son adictos, buscaran apaciguar el ansia de la cal y el betel picantes pero inocuos, sustituyéndolos por el deletéreo gas mineral. Muchas de las miserables víctimas del opio, para quienes ese narcótico es una necesidad y no un placer, han empleado con avidez el nuevo estimulante para sostener y reanimar sus cuerpos extenuados y, quizá, han mejorado y prolongado con ello su existencia. Quisiéramos esperar que el uso de los estimulantes arsenicales no llegue a generalizarse; sin embargo, esa costumbre perniciosa se extiende, y conocemos demasiado bien a nuestra raza para no abrigar temores sobre este particular. Se afirma incluso que, al menos por un tiempo, el emperador reinante prefirió en su niñez el tabaco así mineralizado. En la economía doméstica, el sulfuro rojo se emplea para deshacerse de ratas y de maridos.» *

. Una de las mejores cosas que Hahnemann hizo jamás fue escribir un tratado sobre el arsénico. Esto lo hizo bien y, por tanto, merece ser recordado; pero por ello se le olvida a menudo, y sólo se le ensalza por una labor menos importante: la introducción de la homeopatía. Los químicos merecen bien de la humanidad por la asiduidad con que han estudiado este sutil veneno, de modo que ahora puede detectarse en las cantidades más ínfimas. Un punto, sin embargo, parece no estar del todo claro, y sobre él, quizá, podría ilustrarnos el campesino estirio, a saber: el sabor del arsénico, pues unos declaran que no tiene sabor distinguible, otros que es dulzaino y otros que salino. El único medio de llegar a la verdad es un recurso demasiado arriesgado para aventurarse a él.

Los efectos del arsénico sobre el organismo humano quedaron ilustrados en un curioso caso ocurrido hace algunos años en la parte septentrional de Francia. Un criado de una casa de campo quiso causar la muerte de su señora y mezcló arsénico en pequeñas cantidades con su

comida, esperando que la lenta acción del veneno impidiera toda sospecha de asesinato. Para su gran asombro, ella ganó rápidamente en salud, carnes y ánimo. Al fin le administró una cantidad mayor, que le ocasionó una grave enfermedad y condujo al descubrimiento y castigo del crimen.

Hasta ahora no hemos aplicado el arsénico más que a algunos de los propósitos para los que es aplicable. Las rosas de Inglaterra poseen suficiente lozanía sin recurrir al lustre del horno de fundición. Aunque lo empleamos para conservar con todas las apariencias de la vida las curiosidades zoológicas difuntas de nuestros museos, no buscamos su auxilio para realzar los encantos de esos especímenes vivos de belleza que son la gloria y el orgullo de nuestros hogares. Afortunadamente, no tenemos Andes que escalar ni Alpes que ascender, y las cumbres que hemos de alcanzar se logran a fuerza de perseverancia y de no poca fanfarronería, circunstancia esta última en la que parece ser propia de nuestra naturaleza gloriarnos tanto como el peruano o el austríaco en su ausencia. De vez en cuando cobramos sospechas de su presencia en nuestros papeles pintados verdes y, en ese oficio servil, casi nos contentamos con prescindir de sus servicios. O, de cuando en cuando, se nos obsequia con un revuelo de gotas de Bradford que, al encontrar poco congenial la temperatura del clima, se deshacen en algún fantasma extraviado que ronda los frascos taponados de nuestros museos químicos. Por mucho que refunfuñemos contra nuestros metales preciosos, nosotros...

«Preferimos soportar esos males que tenemos,

que volar a otros que no conocemos.»

Los animales no han escapado al consumo de arsénico, pues los austríacos, habiendo descubierto su propiedad de rellenar y poner en buena condición al animal humano, han recurrido a él como mejorador de sus caballos en mal estado. Los mozos de cuadra de los señores se lo administran a los animales a su cargo y proclaman sus efectos tan ciertos y maravillosos como en las doncellas delgadas y de aspecto enfermizo. Una pizca del polvo blanco se espolvorea como pimienta sobre el pienso de grano, o se ata en un trozo de trapo y se fija al «bocado» antes de que este instrumento se introduzca en la boca del animal. Se dice que en el

caso de los caballos se manifiestan las mismas dos propiedades que se afirma tienen lugar en el hombre. El cuerpo se rellena y se redondea hasta alcanzar justas proporciones, la piel se vuelve lisa y lustrosa, y el aliento mejora, de modo que largos viajes, ascensos empinados y escabrosos y cargas pesadas se superan con facilidad gracias a su potencia. Si este secreto se comunicara a algunos de nuestros cocheros de ómnibus y de cabriolés de Londres, probablemente redundaría en beneficio del aspecto de algunos de los pobres animales condenados por cierto tiempo a caminar por esta tierra, y aumentaría su facilidad para recorrer un espacio de tres o cuatro millas en menos tiempo del que un peatón podría lograr la hazaña.

Los carreteros de los países montañosos añaden con frecuencia una dosis de arsénico al forraje que dan a sus caballos antes de un ascenso laborioso.

La práctica de dar arsénico a los caballos puede continuar durante años sin accidente, pero tan pronto como el animal pasa a manos de un amo que no usa arsénico, se vuelve flaco, pierde el ánimo y, a pesar del más abundante alimento, nunca recobra su apariencia anterior.

El uso del arsénico para el ganado cornudo es menos frecuente; solo se da a los bueyes y terneros destinados al engorde. En Austria también se ceban cerdos y otros animales mediante un cuidadoso uso del arsénico.

Los metales preciosos, como las piedras preciosas, están sujetos a desgracias. De estas últimas dice un sabio profesor: «Las patentes de nobleza se distribuyen aquí de la manera más arbitraria, y el aspecto exterior y el carácter pesan más en la balanza por la que se determinan. Hasta tal punto es así, que las piedras que literal y verdaderamente han caído del cielo no se cuentan entre las piedras preciosas, aunque en todos los tiempos han sido objeto de curiosidad para los espíritus más cultivados, y ciertamente son de muy alto linaje, pues vinieron, al menos, de la luna, y hasta se imagina que son mundos jóvenes, pequeños príncipes que con el tiempo habrían llegado a reinar como planetas. ¿Y de dónde esta injusticia? Porque estos pequeños extranjeros, que quizá se com-

placen en viajar de incógnito, tienen un exterior poco vistoso, están envueltos en un oscuro manto impermeable, porque bajo este manto solo sale a la luz un traje grisáceo, sin galones de oro, con apenas un poco de hierro esparcido aquí y allá; porque este aspecto no muestra desde lejos que han caído del cielo, y porque no dicen a todo el mundo: “Mi madre vive en las montañas de la luna”».

Y aunque el mercurio, no solo en nombre, sino también en sus tendencias volátiles y hacia el cielo, reclama parentesco con el sistema planetario, tendencias que igualmente se muestran en el comportamiento de la otra sustancia metálica de la que discurre este capítulo, sin embargo sus altas pretensiones son desatendidas y, como los aerolitos, son condenados por la mayoría de los hombres a un rango plebeyo y a oficios serviles.

«Que acechan en las profundidades del bosque sin medida y los susurros reptantes de la Oscuridad que hielan la sangre. Donde el lobo aúlla a lo lejos, y el fulgor vacilante lanza desde la negrura los ojos del oso.»

La manzana espinosa y la belladona son tipos de una clase de narcóticos que, aunque no se emplean en gran medida ni por sus efectos embriagadores ni por sus virtudes medicinales, son, no obstante, extremadamente poderosos en sus efectos y, cuando se usan, ejercen una influencia maravillosa sobre el cerebro. La mayoría de ellos pertenecen a esa familia de plantas de la que son miembros no solo el tabaco, sino la patata; de modo que, aunque solo fuera por sus parentescos familiares, independientemente de cualquier otro derecho, tienen un título a nuestra atención y respeto. Más allá de esto, incluso, los hallaremos insinuándose en las buenas gracias de aquella porción de la creación que ha tomado bajo su protección a los dos miembros de la familia ya nombrados y los ha adoptado como compañeros, el uno para calmar y consolar después de pasadas las horas de labor, el otro para ayudar a dar fuerzas para realizar esa labor o satisfacer los apremios del hambre.

Las plantas solanáceas tienen, en general, cualidades narcóticas. En algunas especies estas se desarrollan en gran grado, hasta hacerlas extremadamente venenosas; en otras, quedan oscurecidas por el predominio de materia almidonosa. En algunos casos, partes de la planta tienen

propiedades narcóticas, mientras que otras partes se usan como artículos alimenticios. La dulcamara (Solanum dulcamara) tiene ligeras propiedades narcóticas, y sus bayas escarlatas se consideran venenosas. La belladona común (Solanum nigrum) tiene propiedades narcóticas más activas. La patata (Solanum tuberosum) tiene ligeras cualidades narcóticas en sus hojas y fruto, pero sus tubérculos son comestibles y nutritivos. La belladona mortal (Atropa belladonna) es una planta muy venenosa, narcótica en todas sus partes. El beleño (Hyoscyamus niger) contiene también propiedades similares. Muchas especies de estramonio son poderosamente narcóticas, especialmente las semillas o el fruto; este es especialmente el caso de nuestro estramonio común (Datura stramonium), del estramonio de los Andes (Datura sanguinea) y de Norteamérica (Datura tatula), y de los estramonios de la India (Datura metel, D. ferox y D. fatuosa). Varias especies de Nicotiana proporcionan tabaco. El fruto de diferentes especies y variedades de Capsicum, que se usan como pimienta, posee propiedades irritantes que oscurecen la acción narcótica. Otras especies se usan como narcóticos o como venenos, y algunas, como el tomate y otros Lycopersicum, como artículos alimenticios; pero la mayoría da testimonio, en algunas de sus partes, de la existencia de un principio narcótico.*

* La patata, el tomate y la berenjena poseen, cuando no están cocidos, en un grado leve, las propiedades de la belladona, el estramonio y el beleño, lo que confirma la observación de De Candolle de «que todos nuestros alimentos contienen una pequeña proporción de un principio excitante, que, si se presentara en mucha mayor cantidad, podría volverse perjudicial, pero que es necesario como condimento natural». De hecho, cuando el alimento no contiene algún principio estimulante, lo añadimos en forma de especias.

El Kala dhatoora (Datura fatuosa) y el Sada dhatoora (Datura alba) son especies muy comunes de estramonio en la península de la India, donde también se llaman mazil o methel. Con el propósito de facilitar robos y otros designios criminales, las semillas se dan muy comúnmente en Bengala, con dulces, para aturdir solamente, pero no con la intención de matar. Rara vez se produce intoxicación o delirio. El individuo cae en un profundo letargo, con pupilas dilatadas, pero respiración natural. Se ha

sabido que estos síntomas continúan durante dos días. La visión a menudo se oscurece mucho después de que tiene lugar la recuperación general. Graham dice que las semillas se usan a menudo de manera fatal para estos propósitos en Bombay. La acción narcótica es más rápida y poderosa en estómago vacío que después de una comida; de ahí que a menudo sobrevenga la muerte por los efectos cuando la intención era solo producir narcotismo.

En algunas partes de Sudamérica, especialmente en Perú, donde una especie de estramonio (Datura sanguinea) crece silvestre, los nativos, en ciertos casos, beben una decocción de las hojas o semillas, que produce efectos tan violentos que los hace caer en un estado que se asemeja casi a la muerte y que dura con frecuencia dos o tres días. Toda enfermedad se atribuye allí a encantamiento, y se recurre a este singularísimo plan para descubrir por quién se ha obrado el mal. En casos de enfermedad extrema la decocción no se da al enfermo, sino al pariente más cercano, que se consagra a este fin para descubrir durante su sueño al hechicero o Mohari que ha infligido la enfermedad. La medicina pronto hace caer al pariente bajo su influencia, y se le coloca en una posición adecuada para evitar la sofocación. Al volver en sí describe al hechicero que ha visto en sus sueños, y toda la familia sale a descubrir al Mohari que más se asemeje a la descripción, al cual, cuando es hallado, obligan a emprender la cura del enfermo. Cuando no se ha visto ningún hechicero en la visión, o no se encuentra a nadie parecido al que se ha visto, el primer Mohari que encuentran está obligado a asumir el oficio de médico. Si el paciente muere durante la visión del pariente, el hechicero cuya imagen se supone entonces presentada queda sujeto a la misma suerte.

Esta planta, que se llama «Florispondio» en la América tropical, parece haber desempeñado siempre, y sigue desempeñando, un papel prominente en las supersticiones de los nativos. Los indios del Darién, así como los del Chocó, según Seemann, preparan de sus semillas una decocción que se da a sus hijos para producir un estado de excitación en el que se supone que poseen el poder de descubrir oro. En cualquier lugar donde los infelices pacientes caigan, se comienza a cavar; y como el suelo abunda casi por doquier en polvo de oro, se obtiene una cantidad de

más o menos valor. Para contrarrestar los malos efectos del veneno, se administra un poco de chicha agria, una cerveza hecha de maíz indio.

Es este mismo estramonio el que se usa entre los Andes de Nueva Granada, e incluso hasta el sur, en Perú, para preparar con él una bebida de muy fuertes propiedades narcóticas, que llaman «Tonga». El doctor Von Tschudi ha dado una descripción de los efectos de este narcótico sobre un viejo indio. «Poco después de tragar la bebida cayó en un pesado estupor. Se sentó con los ojos vagamente fijos en el suelo, la boca convulsivamente cerrada y las narices dilatadas. En el curso de un cuarto de hora aproximadamente sus ojos comenzaron a girar, salió espuma de sus labios entreabiertos, y todo su cuerpo fue agitado por espantosas convulsiones. Una vez calmados estos violentos síntomas, sobrevino un profundo sueño de varias horas. Por la tarde, cuando lo vi de nuevo, estaba refiriendo a un círculo de atentos oyentes los pormenores de su visión, durante la cual alegó haber mantenido comunicación con los espíritus de sus antepasados. Parecía muy débil y agotado.»

Por medio de esta planta creen que pueden mantener comunicación con sus antepasados y obtener una pista de los tesoros ocultos en sus huacas o sepulturas; de ahí que se la llame huaca-cacha o planta de las sepulturas. Se ha supuesto que los delirios frenéticos, llamados profecías, de los oráculos déficos fueron producidos por esta planta, que ha sido usada, como afirma el doctor Lindley, en el templo del sol en Sogamosa, cerca de Bogotá, en Nueva Granada, con el mismo propósito. Ya hemos aludido más extensamente a los oráculos déficos al escribir de las «Hermanas de antaño».

Los pocos astutos que conocían algunas de las extraordinarias propiedades de ciertas plantas, desconocidas para la multitud supersticiosa y bárbara en tiempos pasados, tenían amplios medios a su disposición para imponer a su credulidad, realizando curas maravillosas, obrando aparentes milagros y embaucando a los menos informados para que creyeran que estaban en comunicación directa con el mundo espiritual o que habían recibido una comisión divina con la que gobernar. La mayoría de las maravillas de los tiempos antiguos no eran mayores que los pequeños experimentos que el colegial realiza ahora para su diversión y

la de sus compañeros, con unos cuantos cristales y polvos contenidos en otras tantas cajitas de píldoras.

Las ollas o calabazas en las que se extrae la savia del cocotero para hacer arrack en Ceilán son a veces visitadas y su contenido robado durante la noche. Para descubrir al ladrón, se ponen ocasionalmente hojas de una especie de datura o estramonio en algunas de las ollas. Por medio del efecto altamente embriagador de este compuesto se descubre a menudo al merodeador. En la costa de Coromandel los vendedores de toddy a veces frotan el interior de las ollas con el pericarpio o las hojas de esta planta altamente venenosa, para aumentar la influencia embriagadora del toddy.

La frase «pariah-arrack» se emplea a menudo para designar un licor destilado en la península de la India, del que se dice que resulta insalubre por la mezcla de gunjah y una especie de Datura, con la intención de aumentar su calidad embriagadora. No está claro si el término pariah-arrack se emplea coloquialmente para designar un licor inferior o un compuesto adulterado. Es curioso que un sistema de «doctorear» las bebidas para hacerlas embriagadoras se halle extendido en el extranjero, como lo está en casa, y en ambos casos quizá de modo independiente: pues no parece probable ni que nosotros hayamos tomado el sistema de los hindúes, ni que ellos lo hayan copiado de nosotros.

Mientras se halla bajo la influencia de estos narcóticos, la mente parece quedar sujeta a un sueño turbado, y la persona que lo padece se entrega a accesos de risa incontenible. Beverley, el historiador de Jamaica, describe con singular gracejo los efectos del estramonio. Unos soldados enviados a sofocar la rebelión en la isla comieron de él: el efecto fue una comedia muy agradable, pues se volvieron necios naturales por varios días. Uno lanzaba al aire una pluma, otro le arrojaba pajillas con gran furia. Otro, completamente desnudo, estaba sentado en un rincón riendo como un mono y haciendo muecas. Un cuarto besaba y manoseaba tiernamente a sus compañeros, y les sonreía en el rostro con un semblante más grotesco que un muñeco holandés. En este estado frenético fueron encerrados,

no fuese que en su locura se destruyeran a sí mismos. Mil simples travesuras hicieron; y, tras once días, vueltos de nuevo en sí, no recordaban nada de lo ocurrido.

El extracto de estramonio o estramonio común ha producido ocasionalmente, cuando se ha administrado sin juicio, efectos semejantes en el individuo a quien se le ha dado, afectando los sentidos, particularmente el de la vista. «Se ven objetos imaginarios juguetear ante los ojos, a los que la víctima golpea, pues parecen aterrarla. Y resultados semejantes se han producido por el uso de las semillas.» Fowler relata el caso de un niño que suponía que gatos, perros y conejos corrían por lo alto y los lados de la habitación. El doctor Winslow dice «que, cuando se inhala, el humo comunica una sensación de suave tranquilidad; los músculos del tórax, y los que han sido llamados a actuar para auxiliarlos, en los paroxismos de asma que se busca aliviar con el humo, se vuelven menos irritables y la fibra se relaja, se induce el sueño, pero rara vez hay perturbación alguna de la imaginación».

En Francia y Alemania se ha recurrido a esta planta para los más viles propósitos, y muchas infelices víctimas han sido condenadas a la locura sin esperanza por su medio, cuyos detalles serían mucho más horribles que interesantes. Faber habla también de su uso por las damas de los harenes turcos; pero hay duda de si no será ésta una de aquellas maravillas, de las que muchas pueden encontrarse en relación con los agentes medicinales, que contienen más de romance que de realidad. El doctor Ainslie afirma que las semillas forman uno de los ingredientes de la confección de cáñamo y opio conocida con el nombre de madjoun en la India; así como se asegura que el beleño entra en la composición de la que se usa con el mismo o similar nombre en Egipto. La proporción de cualquiera de ellos, cuando se emplea, es sin duda pequeña, y en la mayoría de los casos se prescinde de ella.

Los etimólogos declaran que el nombre de belladona, que se ha dado a la belladona mortal (Atropa belladonna), se le dio porque quienes la recibían se figuraban ver hermosas mujeres ante sí*. No hay duda de que produce ilusiones de singular carácter, y de su uso en dosis repetidas han resultado casos de locura impulsiva. El efecto de la belladona sobre el cerebro es más extraordinario que los que suelen acompañar al uso de

otros narcóticos. Las personas que han sido envenenadas por las bayas de la planta se han vuelto inquietas y delirantes, se han quejado de visión borrosa y posteriormente de pérdida de la vista. Se observaron frecuentes contracciones espasmódicas de los músculos de los globos oculares y de la garganta, con fuertes síntomas de manía. Seis soldados que fueron envenenados por la planta mostraron el delirio más extravagante, y comúnmente del género más placentero, acompañado de paroxismos de risa inmoderados e incontenibles, a veces con locuacidad constante, pero ocasionalmente con pérdida completa del habla. Buchanan relata que los escoceses mezclaron una cantidad del jugo de belladona con el pan y la bebida que, por su tregua, debían suministrar a los daneses, lo que los embriagó de tal modo que los escoceses mataron a la mayor parte del ejército de Sweno mientras dormía.

* Otro origen fantástico del nombre, que significa «hermosa mujer», es que se le otorgó a consecuencia del uso que en otro tiempo hacían de sus bayas las damas italianas como cosmético.

Los efectos de la belladona sobre el cerebro son bien descritos por el doctor Winslow, que ninguna mejor autoridad podría desearse. «Uno de los maravillosos efectos de las dosis continuadas es la producción de una fenómeno psicológico singular. Sobrevenir un delirio, no acompañado de ninguna fantasía ni ilusión imaginaria, cuya característica más marcada es el sonambulismo. Un individuo que lo ha tomado en varias dosis parece estar perfectamente vivo a los objetos circundantes, sus sentidos transmitiendo fielmente al cerebro las impresiones que reciben; realiza sus ocupaciones habituales sin exhibir ningún sentimiento desacostumbrado, y sin embargo es completamente inconsciente de su existencia, y ejecuta mecánicamente todo lo que está acostumbrado a hacer, responde correctamente a las preguntas, sin saber de quién ni de dónde proceden, mira los objetos con vacuidad, mueve los labios como si conversara pero no emite sonido alguno, no hay estado inusual de los órganos respiratorios, ninguna alteración del pulso, nada que pueda denotar excitación. Cuando este estado de sonambulismo desaparece, el individuo no tiene el más mínimo recuerdo de lo que le ha ocurrido; vuelve a lo que inmediatamente precedió al ataque, ni ninguna alusión a su aparente ensimismamiento puede inducirle a creer que ha excitado

atención alguna. El caso del sastre que permaneció en su mesa de trabajo durante quince horas, realizando todas sus ocupaciones habituales, cosiendo con gran aparente aplicación, usando todos los gestos que su oficio requiere, moviendo los labios como si hablara, y sin embargo completamente insensible todo el tiempo, ha sido citado con frecuencia. Fue producido por la belladona.»

El uso de esta planta ha sido recomendado como preventivo de la escarlatina. Se registra el caso de una familia compuesta de once personas que la tomaron con este propósito, en pequeñas cantidades, dos veces al día. ¡Cinco de estas personas eran criados! Al cuarto día, casi todos ellos quedaron bajo la influencia del fármaco, dos o tres de ellos muy ligeramente, quejándose simplemente de tener

la visión perturbada por objetos que en vano intentaban apartar, pues estaban plenamente persuadidos de que existían. Dos tuvieron singulares ataques de risa que nada podía controlar. Todos se quejaban de hallarse en un estado inusual. Los criados todos fueron capaces de realizar su trabajo, pero todos parecían actuar mecánicamente, cada uno independiente del otro. De esto el ejemplo más ridículo ocurrió en el curso de la cuarta noche. Un carruaje llegó a la puerta de la calle, y la campanilla de la calle fue tañida con considerable violencia. Todos dejaron inmediatamente sus quehaceres, subieron tranquilamente las escaleras como si no tuvieran la más mínima idea de que todos iban con el mismo propósito. Fueron a la puerta; dos de ellos, sin embargo, solamente la abrieron; uno de estos se alejó sin esperar a saber cuál era la razón del tañido, y el otro no parecía dispuesto a molestarse por nada más allá de abrir y cerrar la puerta. Al suspenderse la medicina, todos pronto volvieron a su estado habitual, y dos de ellos tuvieron escarlatina, aunque solo en forma leve.

De este relato descriptivo de la acción de la belladona, y de sus singulares efectos sobre la mente, aproximándose a una forma de locura, parecerá extraño que este fármaco sea recomendado por Hahnemann y sus seguidores para la cura de la locura. Pero este es precisamente el principio sobre el que opera esa escuela.* Aquel fármaco que produce, en sus efectos, las peores formas de manía, es el mejor adaptado para su cura. No somos, sin embargo, ni apologistas, ni expositores, ni oponentes de

la homeopatía, y dejaremos a sus partidarios que defiendan su propia causa.

El beleño (Hyoscyamus niger) es otro de estos poderosos agentes narcóticos, que produce síntomas análogos a la locura. En pequeñas dosis, su efecto es producir un sueño placentero y calmar el dolor. En dosis mayores, los efectos son extremadamente deletéreos. Dos soldados que comieron los brotes tiernos aderezados con aceite de oliva, quedaron aturdidos y estúpidos, perdieron el habla, tenían una mirada apagada y macilenta. Los miembros estaban fríos y paralizados, y se manifestó una singular combinación de delirio y coma. A medida que disminuían la parálisis y la somnolencia, el delirio se volvía extravagante. Otros que participaron de la misma especie de planta por error se vieron afectados de manera similar. Varios deliraban y danzaban por la habitación como maniáticos, y uno parecía como si se hubiera embriagado. Un médico francés da cuenta de nueve personas que estuvieron a punto de envenenarse al comer las raíces de beleño. Los efectos de este veneno fueron horribles en extremo; en cinco, de los nueve, produjo locura furiosa. La locura de todos ellos era tan completa, y su agitación tan violenta, que para dar a uno de ellos un antídoto, hubo que emplear a seis hombres fuertes para sujetarlo, mientras se le separaban los dientes para verterle el remedio. Durante dos o tres días después de su recuperación, todo objeto se les aparecía tan rojo como la escarlata.

El beleño, que a menudo se administra como sustituto del opio, y en Oriente se mezcla ocasionalmente con él, tiene la extraordinaria facultad de producir celos. Se registran muchos casos autenticados del poder de las hojas, y de los vapores de las semillas, sobre las pasiones más intensas. Se produce decididamente una disposición a reñir y pelear. Un caso es el de una pareja joven, que se había casado por afecto, había vivido en términos del más perfecto mutuo respeto —en verdad, habían sido notados por el calor y la fuerza de su apego—; pero de repente, para sorpresa de los vecinos circundantes, su armonía no solo

se interrumpió, sino que se convirtieron en amargos antagonistas, peleando y golpeándose mutuamente de la manera más despiadada. Lo que parecía más sorprendente era que en una habitación particular parecían surgir sus más encarnizadas riñas, y que pronto cesaban en otros

lugares. Este misterio fue finalmente explicado, y sus días de felicidad restaurados, por el descubrimiento de que a los efectos de una considerable cantidad de beleño, almacenado para secarse, se debían sus miserias, y al retirarse este, la fuente de sus discordias pareció desvanecerse. Hahnemann, como era de esperar, considera esto como una de las medicinas más potentes para la cura de los celos, ya que es tan eficaz para causarlos.

Las hojas de las tres plantas últimamente mencionadas —a saber, el estramonio o estramonio, la belladona y el beleño— se preparan en forma de cigarrillos; y la primera de ellas también como cigarros, para ser fumados por personas asmáticas, por sus efectos calmantes y sedantes. Todos estos se fabrican y consumen extensamente en el continente, y pueden procurarse en muchas partes de Londres. También han sido recomendados a los no asmáticos, como agradables, inofensivos y que contienen todas las influencias narcotizantes de un buen cigarro. Pueden considerarse como verdaderos sustitutos narcóticos del tabaco; pero al precio actual al que se venden, aunque no están sujetos ni a aduanas ni a impuestos especiales, hay poco temor de que interfieran perjudicialmente con la venta del artículo genuino. Ante los hechos ya detallados, parece necesaria una buena dosis de valor para hacer el intento, no sea que resulten acumulativos en su acción. El Dr. Christison dice, al escribir sobre estos narcóticos: «La acción de tales venenos no siempre, sin embargo, se pierde por completo; todavía producen algún efecto inmediato; y además, al ser tomados con frecuencia, pueden lentamente provocar ciertas

enfermedades, o engendrar una predisposición a la enfermedad. Una excepción muy singular a esta regla prevalece en el caso del tabaco, que, bajo la influencia del hábito, puede fumarse diariamente en cantidad considerable, y, por lo que parece, sin ningún efecto acumulativo sobre la constitución, como el del consumo de opio o de bebidas espirituosas.»

No parece que hasta ahora las hojas de la dedalera púrpura (Digitalis purpurea) se hayan usado en la misma forma, ni para otros propósitos que los puramente medicinales; pero posee poderes narcóticos iguales a los otros, y, en exceso, produce resultados igualmente fatales, tales como delirio, convulsiones e insensibilidad. Un caso fatal ocurrido en

1826 se convirtió en fundamento de un juicio criminal, en el que la muerte tuvo lugar en veintidós horas, habiendo sido precedida de convulsiones e insensibilidad.

Una enumeración de los diversos otros narcóticos que entran en combinación con otras sustancias en la producción de bebidas, como el lúpulo y sus sustitutos, no formando parte del plan de esta obra, sería poco interesante sin más detalles. Ni una lista de aquellos narcóticos que se usan meramente en materia médica respondería a ningún fin útil. Pormenores más completos solo convertirían esto en un tratado toxicológico, interesante para nadie excepto para los estudiantes de medicina, para quienes se proporciona amplia información en las bibliotecas a las que tienen acceso.

«Vilibus ancipites fungi ponentur amicis;

Boletus domino.» — Juvenal.

La furia por recorrer medio mundo en busca de lo pintoresco apenas ha llegado lo bastante lejos para tentar a nadie, excepto a uno o dos viajeros extraviados, hacia las frías regiones de Siberia y Kamtschatka, y en estos casos excepcionales, quizá, más por fuerza que por elección. Son estas regiones, por lo tanto, acerca de las cuales nuestra información es notablemente limitada. Es cierto que el capitán Cochrane nos informa que se casó con una esposa de Kamtschatka —una doncella virtuosa, que sabía más de aquella región, quizá, de lo que él o ella se preocupaban por contar; pues el uno nos cuenta muy poco, y la otra nada, de aquella extraña tierra, con un nombre casi impronunciable. Se nos dice, además, que la capital es llamada con los nombres de San Pedro y San Pablo. Temiendo que un solo santo patrón no fuera suficiente para inmortalizar la metrópolis de todas las Kamtschatkas, los fundadores y habitantes han adoptado sabiamente dos. Esta ciudad también se afirma que contiene cuarenta y dos viviendas, además de quince edificios pertenecientes al gobierno, una iglesia vieja y los cimientos de una nueva. Los

inviernos se declaran benignos, comparados con los de Siberia; pero incluso estos no son muy invitadores, ya que la nieve yace sobre el suelo siete u ocho meses, y el suelo, a la profundidad de veinticuatro a treinta

pulgadas, está helado en todas las estaciones. Las patatas nunca maduran, las coles nunca forman cabeza, y los guisantes solo florecen. Pero el gallardo capitán añade: «Ciertamente soy el primer inglés que se ha casado con una kamtschatkalesa, y mi esposa es sin duda la primera nativa de aquella península que haya visitado la feliz Bretaña.»

En tal tierra, hay poca esperanza de cultivar adormidera, tabaco, betel, coca, cáñamo o estramonio; y el pobre nativo se habría visto obligado a deslizarse en su tumba sin un vislumbre del Paraíso de antemano, si, por un lado, el bondadoso buhonero ruso no hubiera encontrado la manera de introducir de contrabando un poco de malos licores en el país, para gran molestia de todas las personas tranquilamente dispuestas, o, por el otro, la naturaleza no hubiera suministrado prontamente un narcótico indígena, en forma de un hongo o seta de aspecto modesto, para estimular las energías dormidas de los moradores de esta región de hielo y nieve.

Que algunas clases de setas son venenosas es una verdad de la que parece estar consciente todo jornalero. Pero que algunas de las que han sido reputadas venenosas son inertes, está más allá de su filosofía y solo recibe actualmente la sanción de algunos de los más científicos, que han dirigido sus estudios en esa dirección. El agárico matamoscas es una de esas especies justamente reputadas venenosas, que se encuentra ocasionalmente en este país, pero que crece abundantemente en Kamtschatka y Siberia. Un autor reciente de una relación de Rusia afirma «que las setas virulentamente venenosas en un país se comen con seguridad en otro, es bien sabido en otros casos, como por ejemplo, en el de la seta matamoscas (Amanita

(muscaria), que es común en Inglaterra y siempre venenosa allí, mientras que en Kamtschatka se usa como artículo frecuente de alimento." Luego indaga las razones por las cuales esto debe ser así: — "No basta decir que la diferencia de suelo y clima explican el misterio; pues aunque sabemos que el cultivo cambia las propiedades de las plantas, convirtiendo lo que es venenoso en estado silvestre en un comestible saludable cuando se cría en el jardín —como en el caso del apio común, por ejemplo—, sin embargo, en todo el reino vegetal no encontramos casi ningún otro ejemplo de una planta que sea venenosa en un país y se

vuelva saludable, sin cultivo, al ser trasplantada a otro y dejada enteramente a sí misma, y en ambos colocada en circunstancias aparentemente iguales en cuanto a suelo, etc. Después de todo, gran parte del secreto puede residir, no en la planta, sino en el modo de prepararla para la mesa. Por lo que podemos juzgar, el cocinero ruso, al cortar por primera vez estos despojos del bosque, hace un uso mucho más copioso de la sal que nosotros; y la eficacia de este agente para amortiguar la cualidad venenosa está suficientemente probada por el melancólico caso registrado en los tratados médicos, de un oficial francés y su esposa, ambos fallecidos a las treinta y dos horas de comer ciertos hongos, mientras que la persona que se los proporcionó, y toda su familia, hicieron una comida abundante y saludable de la misma recolección." En este caso, parece que mientras los primeros los tomaron sin añadido, los últimos primero los salaron fuertemente y luego los exprimieron bien antes de usarlos. El señor Roques dice claramente que esta planta no tiene sus propiedades venenosas modificadas por ningún clima. El zar Alexis perdió la vida al comer este hongo. Los detalles de sus efectos sobre los kamtschatkanos por Kraschemimkow, en su historia natural de ese país, son explícitos respecto a la intoxicación delirante que induce.

Gmelin y Pallas también certifican igualmente sus poderes intoxicantes. Roques refiere siete series diferentes de observaciones respecto a sus efectos deletéreos sobre el hombre.

A menos que aceptemos alguna explicación de los fenómenos como esta, ¿cómo podemos reconciliar el hecho de que los rusos los coman sin daño, mientras que, según la autoridad del doctor Christison, tenemos un caso tan fatal como el siguiente, por comer la misma clase de hongo, producido en el mismo país y clima? Varios soldados franceses en Rusia comieron una gran cantidad de Amanita muscaria; algunos no se sintieron enfermos hasta las seis horas y más. Cuatro de ellos, que eran hombres muy robustos, se creyeron a salvo porque, mientras sus compañeros ya sufrían, ellos mismos se sentían perfectamente bien y se negaron a tomar eméticos. Por la tarde comenzaron a quejarse de ansiedad, sensación de sofocación, desmayos frecuentes, sed ardiente y retortijones violentos. El pulso se volvió pequeño e irregular, y el cuerpo se cubrió de sudor frío; los lineamientos del rostro se alteraron singularmente, la na-

riz y los labios adquirieron un tinte violeta, temblaban mucho, el vientre se hinchó y siguió una diarrea profusa. Pronto las extremidades se volvieron lívidas y frías, y el dolor del abdomen intenso; sobrevino el delirio, y los cuatro murieron. Dos de los otros sufrieron coma durante veinticuatro horas.

Esto prueba que el hongo en cuestión posee propiedades indudablemente venenosas, cuyos efectos son fatales a menos que sean contrarrestados o disipados por el método de prepararlos para la mesa. Que este método es conocido por los rusos y por algunas otras naciones, y se cree que consiste en saturar bien los hongos con sal antes de cocinarlos. El moscovita parece no tener mayor temor a los malos efectos del agárico matamoscas que el brasileño a su harina de casava o mandioca, que se prepara a partir de la raíz igualmente venenosa de la planta de la mandioca, cuyas cualidades deletéreas son destruidas por el calor empleado en su preparación. El doctor Pouchet de Rouen parece haber probado claramente que la propiedad venenosa del agárico matamoscas y de la amanita venenosa puede eliminarse por completo hirviéndolos en agua. Un cuarto de agua en el que se habían hervido cinco plantas durante quince minutos mató a un perro en ocho horas; y de nuevo, a otro en un día; pero los hongos hervidos mismos no tuvieron efecto alguno sobre otros dos perros; y un tercero, que había sido alimentado durante dos meses con poco más que amanitas hervidas, no solo no sufrió daño alguno, sino que engordó con ese alimento.* Pouchet se inclina a pensar que todas las plantas venenosas de la familia se hallan en circunstancias similares.

La circunstancia más singular relacionada con la historia de este hongo es el lugar que ocupa como sustituto de aquellos narcóticos conocidos en otras partes del mundo, y que un clima septentrional poco benigno no logra producir. Lo que la coca es para el boliviano, y el opio para el chino — la areca para el malayo, y el hachís para el africano — el tabaco para los habitantes de Europa y América, y el estramonio para los de los Andes — es el agárico matamoscas para los naturales de Siberia y Kamtschatka. Que se le haya dado este nombre ha surgido de su uso como

veneno para moscas. No habiendo visto nunca a aquellos insectos dípteros bajo su influencia, no podemos detallar los síntomas que produce.

Este hongo venenoso tiene cierta semejanza con el que generalmente se come en este país, aunque también hay puntos de diferencia notables. Así, por ejemplo,

las láminas son blancas en lugar de rojo rosado, inclinándose a pardo, y el sombrero o pileo, que es más bien plano, es generalmente de color rojo lívido, salpicado de verrugas angulares de color más claro. Son estas distinciones bastante amplias para impedir que cualquiera que tenga uso de sus ojos, y que haya visto alguna vez el hongo comestible, sea engañado hasta creer que el hongo así brevemente descrito es idéntico a la delicadeza de nuestras mesas inglesas.

Estos hongos son recogidos por aquellos que se entregan a ellos narcóticamente, durante los meses calurosos, o más bien de verano, y después colgados para secar al aire libre. O pueden dejarse madurar y secar en el suelo, y después recogerse. Cuando se dejan en pie hasta que se secan, se dice que poseen propiedades narcóticas más poderosas que cuando se secan artificialmente. El jugo del arándano en el que esta sustancia ha sido remojada adquiere por ello las propiedades embriagadoras del vino fuerte.

El método de usar esta singular sustancia es enrollarla en forma de bolus y tragarla sin masticación alguna, como se tragaría una píldora grande. Se traga así por principio, no porque su sabor haya de ser desagradable, como podría serlo la coloquíntida compuesta al ser masticada, sino porque se afirma que sienta mal al estómago cuando se realiza tal operación. La naturaleza es celosa de sus derechos, y parecería desprenderse de la experiencia que las regiones gástricas esperan recibir todos los demás suministros bien triturados, excepto estos — amanita y píldora de coloquíntida — que ambos se espera igualmente que lleguen a las regiones inferiores sin mutilación.

Una embriaguez de un día puede procurarse así a expensas de un bolus de buen tamaño, compuesto de un hongo grande o dos pequeños; y se afirma que esta embriaguez no es sólo barata, lo cual es una considera-

ción, sino también notablemente agradable. Comienza una hora o así después de que el bolus ha sido tragado.

Los efectos que este singular narcótico produce son, algunos de ellos, similares a los producidos por los licores embriagadores; otros se asemejan a los efectos del hachís. Al principio, generalmente produce alegría, después vértigo y embriaguez, terminando ocasionalmente en la pérdida total de la conciencia. Las inclinaciones naturales del individuo se estimulan. El bailarín ejecuta un pas d' extravagance, el aficionado a la música se entrega a una canción, el charlatán divulga todos sus secretos, el orador pronuncia una filípica, y el imitador se entrega a la caricatura. Las impresiones erróneas de tamaño y distancia son sucesos comunes, igualmente con el que traga amanita y cáñamo. Las experiencias de M. Moreau con el hachís se repiten con los comedores de hongos de Siberia; una paja que yace en el camino se convierte en un objeto formidable, para superar el cual se da un salto suficiente para salvar un barril de cerveza, o el tronco postrado de un roble británico.

Pero no es esta la única circunstancia extraordinaria relacionada con ello. Está la propiedad impartida a las excreciones fluidas, de volverlas embriagadoras, propiedad que retienen durante un tiempo considerable. Un hombre que ha estado embriagado un día, y ha dormido hasta recobrar la sobriedad al siguiente, al beber este licor, en la cantidad de aproximadamente una taza, quedará tan embriagado por ello como lo estaba antes. Los borrachos confirmados en Siberia conservan su fluido excretorio como un licor precioso, para usarlo en caso de que ocurra una escasez del hongo. Esta propiedad embriagadora puede comunicarse de nuevo a cada persona que participe del repugnante brebaje, y así también con la tercera, y cuarta, y hasta la quinta destilación. Por este medio, con unos pocos bolus para comenzar, un grupo puede encerrarse en su habitación y entregarse a una semana de orgía a un precio muy económico. Esta especie de «sucking the monkey» es una que Mungo nunca contempló. Las personas aficionadas a obtener licor a expensas de otros aprovechan toda oportunidad de «sucking the monkey», cuyo proceso ha sido así explicado. Consiste en perforar un agujero con un barreno en un barril o cuba, y poner allí una paja, para chupar cualquier cantidad, en cualquier momento dado. Las personas acostumbradas a

recibir verdadera sidra de Devonshire, o genuina cerveza de Wiltshire, o la pura Ginebra, en Londres, experimentan las libertades que se toman quienes «suck the monkey», ya disminuyendo liberalmente la cantidad, ya diluyéndola con agua en el camino, de modo que la cantidad sea lo que la calidad debería ser. Se dice que el origen del término «sucking the monkey» se deriva de la prolífica invención de un negro que, para encontrar una excusa ante el capitán por haber sido sorprendido yaciendo con un mono favorito tan a menudo cerca de los poncherones de ron a bordo, de los cuales bebía diariamente, dijo — «Massa, you ask what Mungo do here? — do here, massa? You say monkey hab de milk ob human kindness, massa. Mungo like dat milk, massa, and Mungo suck de monkey, massa. Dat's all.»

Las investigaciones químicas no se han dirigido todavía hacia el cauce que conduce a la elucidación de los misterios de estos hongos venenosos, y hasta ahora no conocemos experimento alguno que se haya hecho con vistas a determinar si alguno de nuestros hongos indígenas, distinto del ya mencionado, puede usarse de la misma manera y con los mismos resultados, tal como hemos descrito. Sin duda tales experimentos tendrían éxito en cuanto a la realización de los resultados, ya que uno de los efectos producidos por comer hongos venenosos es narcótico en su carácter. M. Letellier encontró en ciertos de estos hongos un principio químico que es fijo, y resiste el secado, y que él llama Amanitina. Sus efectos sobre los animales parecen asemejarse considerablemente a los del opio. El Dr. Christison afirma que «los síntomas producidos por ellos en el hombre son infinitos en variedad, y corroboran plenamente la propiedad de clasificarlos en la clase de los venenos narcótico-acres. A veces producen síntomas narcóticos solos, a veces sólo síntomas de irritación, pero mucho más comúnmente, ambos juntos.» Una persona recogió en Hyde Park un número considerable de hongos, que confundió con la especie comúnmente comida, los guisó, y procedió a comerlos; pero antes de terminar su comida, y no más de diez minutos después de haberla comenzado, fue repentinamente atacado de oscurecimiento de la visión, vértigo, debilidad, temblor y pérdida de la memoria. En poco tiempo se recobró lo suficiente para poder ir en busca de auxilio. Pero apenas había caminado 250 yardas cuando su memoria le falló de nuevo, y perdió su camino. Su semblante expresaba ansiedad, se tambaleaba, y apenas

podía articular. Pronto se volvió tan soñoliento, que sólo podía mantenérsele despierto arrastrándolo constantemente. Se produjo el vómito; la somnolencia fue desapareciendo gradualmente, y al día siguiente se quejaba meramente de languidez y debilidad.

El humo del bejín común cuando se quema, ha sido usado para aturdir a las abejas cuando su colmena estaba a punto de ser saqueada; y efectos narcóticos similares se han observado en otros animales cuando se les ha sometido a sus vapores. La acción guarda semejanza con la del cloroformo al producir insensibilidad al dolor. Si las generaciones futuras no consideran deseable entregarse a un narcótico de esta clase con el propósito de producir sensaciones placenteras, o de ahogar las punzantes preocupaciones de la vida, aún podrán aprender más de lo que nosotros sabemos actualmente sobre las características peculiares que distinguen a este de todos los demás de las «Siete Hermanas del Sueño».

La noche se acerca a pasos agigantados; reunamos a todos los miembros dispersos de la familia, barramos las migajas, llamemos al gato, atranquemos la puerta, demos cuerda al reloj, y vámonos a la cama —

«A dormir, tal vez a soñar.»

«Y nuestro pobre sueño de felicidad se desvanece, así que adiós.» — Motherwell.

Después de un banquete, la prudente y ahorrativa ama de casa recogerá los fragmentos que quedan, aunque no sea más que para distribuirlos entre los pobres.

Era costumbre constante de cierto anciano hombre de negocios, mientras podía agacharse para ello, recoger y guardar cada alfiler y trozo de papel, o cabo de cuerda, que veía tirado en sus premises. Y cuando ya no podía inclinarse para realizar la operación él mismo, se paraba junto al fragmento extraviado, y vociferaba fuertemente para que uno de sus aprendices viniera y «recogiera la cuerda y el cordel», añadiendo «es una lástima que se echen a perder».

Acercándonos a la conclusión de nuestra tarea, hemos seguido el consejo del anciano caballero, y recogido los trozos sueltos que han caído al

suelo en el curso de nuestra obra, convencidos de que la economía es loable, y aunque sólo sean «Retazos», puede haber en ellos bastante de interés para justificar que añada «es una lástima que se echen a perder».

RETAZOS.

El tabaco acaba en humo. Empezamos con lo primero; no es sino consecuencia natural que acabemos con lo segundo. En algún lugar hemos leído una «visión humosa de la vida». Hay gentes que no tienen sino una visión humosa o neblinosa de la vida —tienen ojos tristes, pobres viajeros, y nada pueden ver por la niebla que los rodea—; viven en la bruma y mueren sin que nadie los eche de menos. Perdona la transgresión, buen amigo; la oscuridad del asunto tiene la culpa, y el retruécano estaba escrito antes de que nos hubiéramos percatado de su presencia. Déjalo pasar; pronto se perderá en el humo. Un viejo gaitero cree que hay generalmente algo picante, decidido y original en el hombre que tanto fuma como aspira rapé. Exteriormente, podrá tener un aspecto ahumado, y su voz podrá raspar el oído como una flaca gaita de paja, pero ¡piensa en el alma fuerte o hermosa que ese cuerpo encierra! ¿Imaginas, oh, flaco de corazón miembro del Club Antirrapé y Antitabaco, que el oscuro apóstol que ante nosotros está predicará con menos poder, menos unción, menos persuasiva elocuencia, porque aspira rapé sobre el libro de los salmos y fuma en la sacristía entre el oficio de la mañana y el de la tarde? ¿Se filtra su piedad por su pipa, o su fervor acaba en humo? ¿Era Robert Hall menos elocuente que Massillon o Chalmers, porque apenas podía contenerse de encender su hookah en el púlpito? Respóndenos a tu gusto: ¿habría podido Tennyson hacer descender tan magníficamente el cielo de Arabia sobre sus noches; soñar tan divinamente con Cleopatra, Ifigenia y Rosamond; pintar tan ricamente el hechizado sueño de la princesa oriental en su palacio encantado, con sus «llenos rizos negros hacia abajo rodados»; o trazar tan sosegadamente el lánguido cuadro de los lotófagos, si nunca hubiera experimentado la mística inspiración del tabaco? ¿Habría podido John Wilson —paz a su principesca sombra— llenar sus inimitables papeles de tanto sentimiento fino, imágenes radiantes, patetismo, picante y punta, sin la ayuda de su tabaquera de plata? Priva a los Grant y a los Macgregor de sus mulls

y cucharas de hueso para la nariz, y cortarás los tendones de su fuerza; destruirás la flor del ejército británico. Arranca la calumet de la paz de los labios del indio rojo, y en un abrir y cerrar de ojos tu hermoso cuero cabelludo estará colgando de su cinturón. Arranca su «chibouque adornado de gemas» de la boca del turco, y la Osa Mayor, al amanecer de mañana, estará sonriendo sobre sus cuartos traseros en Constantinopla. Limpia Alemania del humo del tabaco, y Goethe gemirá en su tumba, Bichter volverá a visitar los vislumbres de la luna, la filología caerá en un fatal ataque de apoplejía sobre los folios de su fama, y la poesía lanzará su grito de muerte al ver expirar la filosofía trascendental. Sacude los quids de las bocas de los alegres marineros de Inglaterra; arroja su pig-tail a las aguas, y el comercio quedará estancado en todos nuestros puertos; nuestra gallarda flota de guerra se pudrirá en sus apostaderos, y Britania nunca se jactará de las glorias de otro Trafalgar. Di a la Yankeelandia que fumar no ha de permitirse ya en todo el mundo, so pena de muerte, y pronto los melancólicos pinares ondearán sobre el polvo de una raza extinguida. En fin, si el club al que perteneces lograra su intento, lo que no puede, la tierra se detendría, como el sol de antaño sobre Gabaón y la luna en el valle de Ajalón, y los planetas se vestirían de sayal por la súbita muerte de su esfera hermana.

Existe, en una vieja obra escrita hace tres siglos, un curioso párrafo que casi habíamos olvidado. Se refiere al Canadá: «Crece cierta especie de hierba, de la que en verano hacen gran provisión para todo el año, y solo los hombres la usan; y primero la hacen secar al sol, luego la llevan al cuello, envuelta en una pequeña piel de bestia, hecha como una bolsita, con una pieza hueca de piedra o madera a modo de pipa; después, cuando les place, la hacen polvo y lo ponen en uno de los extremos de dicho cornetín o pipa, y poniendo encima una brasa de fuego, por el otro extremo chupan tanto, que se llenan el cuerpo de humo, hasta que les sale por la boca y las narices, como por el cañón de una chimenea».

Paréceme que habría estado bien que todo canadiense hubiera sido también favorecido con una Santa Betsy como compañera en la vida, pues de lo contrario habría habido fuego además de humo. Ya hace algún tiempo que el inigualable Punch presentó a Santa Betsy al mundo, y

para que no quede del todo excluida de nuestros futuros «santos del hogar», daremos cabida a su leyenda en nuestros «Odds and Ends».

«Santa Betsy estaba casada con un caballero que navegó con Raleigh y había traído a casa tabaco, y el caballero fumaba. Pero pensaba que Santa Betsy, como otras damas distinguidas de la Corte, querría de buen grado que él fumara al aire libre, y no contaminara con humo de tabaco el tapiz; por lo cual el caballero buscaba su jardín, su huerto y, con cualquier tiempo, fumaba sub Jove. Cómo ocurrió, que, estando el caballero fumando, Santa Betsy vino a él y le dijo: "Mi señor, os ruego que entréis en la casa"; y el caballero fue con Santa Betsy, que lo llevó a una habitación recién encedrada y le dijo: "Os ruego, mi señor, que en adelante fuméis aquí, pues ¿no es una vergüenza que vos, que sois el fundamento y sostén de vuestra casa, no tengáis lugar donde meter la cabeza y fumar?". Y Santa Betsy lo llevó a una silla y con sus propios dedos le llenó una pipa; y desde aquel tiempo el caballero se sentó en la cámara de cedro y fumó su hierba».

¡Ni pipa, ni humo, ni sueños! Nunca más, en un hermoso día de verano, dos jóvenes galanes otomanos se sentarán a fumar bajo un árbol, a la orilla de un arroyo murmurante, oyendo cantar a los pájaros y viendo las flores en capullo, para convertirse en actores de una escena como la que se describe en una de sus propias canciones. Poco a poco llegaba una joven doncella, con ojos como dos estrellas en las noches del Ramadán. Uno de los galanes se quita la pipa de la boca y, «suspirando humo», la contempla con deleite. El otro le pregunta por qué su alma absorta se le ha sentado en los ojos, y él se declara adorador de la hermosa velada. «Sus ojos», dice, «son negros, pero brillan como el acero pulido, ni es menos fatal al corazón la herida que infligen». El otro galán se burla de su pasión y le invita a recargar su pipa. «¡Ah, no!», exclama el amante, «ya no lo disfruto; mi corazón es como un higo arrojado a un árbol de denso follaje, y un pájaro de brillantes ojos lo ha atrapado y lo retiene con fuerza».

Escuchad la historia de Abou Gallioun, el padre de la cazoleta de la pipa, y luego reíos si queréis de los devotos de la maravillosa hierba. Un mon-

tañés del Líbano, hombre joven y alto, y al parecer acomodado, pues su traje oriental era rico y elegante, se estableció en Trípoli, en Siria. Residía en un hotel y asombraba a todos con una cazoleta al extremo de su caña de pipa de enormes dimensiones. Algunos días después de su llegada se le vio sentarse en la esquina de una calle, apoyar la cazoleta de su pipa en el suelo y sacar del bolsillo un pequeño trípode y una cafetera. Habiendo llenado su cafetera, puso el trípode sobre la cazoleta de su pipa y colocó encima la cafetera. Procedió luego a fumar y al mismo tiempo

a hervir el agua para su café. Esta vista hizo detenerse a los transeúntes, y se reunió en la calle una multitud que obstruía el paso. Acudió la policía a despejar el tránsito y, al mismo tiempo, se informó al Pachá de la circunstancia y se le consultó sobre qué debía hacerse. El Pachá dio instrucciones de que, puesto que el extranjero no hacía daño a nadie, se le permitiera hacer su café en la calle, pues la calle estaba abierta a todos, esperando que cuando lloviera ciertamente se marcharía. Se ordenó, por tanto, a la policía que impidiera que se apiñara gente en torno al montañés y que cuidara especialmente de que no recibiera insulto alguno, no fuera que luego se quejara al Emir de la montaña del mal trato recibido. Habiendo oído el montañés las instrucciones del Pachá, continuó bebiendo su café y fumando su pipa como antes, en presencia de numerosos curiosos espectadores. Esta exhibición continuó a diario, hasta que la noticia penetró en los harenes, y las mujeres vinieron a ver a un hombre hacer su café sobre la cazoleta de su pipa —cosa que nunca antes habían oído, y que hasta ahora jamás había ocurrido.

El montañés gustaba de conversar con los transeúntes, a quienes decía que su pipa le servía también en casa de horno para cocer, y que no tenía otro brasero en invierno; que llenaba la cazoleta dos veces al día, por la mañana al levantarse y por la noche al acostarse, para que le durara toda la noche; que se detenía muy poco y que durante la noche bebía cinco o seis tazas de café. Este extranjero fue apodado Abou Gallioun, «padre de la cazoleta de la pipa», y todavía se le conoce por ese nombre

en Trípoli cuando hablan de él y de su extravagancia.

Por lo general, las cazoletas de las pipas son de cierto tamaño, de modo que duren al menos un cuarto de hora, y con fumada lenta duran media hora.

El tabaco no arde rápidamente si el fumador no aspira con fuerza —esta manera tranquila de fumar caracteriza generalmente a los graves orientales. Sus pipas rara vez se apagan por sí solas a menos que se las deje reposar, porque los tabacos de Oriente tienen más cuerpo que otros tabacos. Abou Gallioun podía, pues, estar siempre seguro de que su pipa nunca se apagaría, aunque sostuviera largas conversaciones de día y se levantara de vez en cuando por la noche a tomar su café.

Se dice que el tabaco fue importado al imperio Celestial por los manchúes; y los chinos quedaron muy asombrados cuando vieron por primera vez a sus conquistadores inhalar fuego a través de largos tubos y «comer humo». Por una curiosa coincidencia, esta planta es llamada por los manchúes taxnbakou; pero los chinos la designan simplemente con la palabra que significa «humo». Así dicen que cultivan en sus campos la «hoja de humo», que «mascan humo» y llaman a su pipa el «embudo de humo».

El viejo proverbio de que «el humo sigue a los más hermosos» es así comentado: — «Sobre lo cual dice Sir Thomas Brown que, aunque no parece haber fundamento natural, es sin embargo la continuación de una opinión muy antigua, como han observado Petrus Victorius y Casaubon a partir de un pasaje de Ateneo, en el que un parásito se describe así:

“A toda mesa primero llego,

de donde Porridge me llaman algunos;

como látigos y correas a todos me presto,

como el humo a los hermosos vuelo.”»

Existe en Oriente un cuento árabe acerca de la Pipa Rota de Saladino, tomado de un autor llamado Ali-el-Fakir, que vivió en tiempos de Saladino, cuento que se repite a menudo entre los fumadores de Siria. El Sultán, Salah-el-Din (llamado por nosotros Saladino), era un gran guerrero, un

amante del harén y al mismo tiempo afable. Su corte abundaba en oficiales, servidores y esclavos. Entre sus servidores, el que mejor podía entretenerle en sus momentos de ocio era un hombre sencillo a quien había confiado el cuidado de sus pipas y a quien había hecho su pipero. Todas las pipas del Sultán eran de gran valor, debido al lujo oriental que prevalece en todo, y especialmente en todo lo perteneciente al Sultán, a quien se considera dueño del mundo.

Saladino, a causa del clima del sur de Siria, pasaba generalmente su tiempo en los jardines de Damasco, lujosamente sentado sobre ricas alfombras persas y blandos cojines, bajo un árbol rodeado de sus guardias y de una numerosa banda de servidores que obedecían prontamente sus órdenes.

Bajo otro árbol, no lejos, estaba el cafetero, dispuesto a servir a su amo al instante, pues, como todos los orientales, era aficionado a esta bebida; y Ramadan, el pipero, tenía orden de estar a mano para ejecutar las órdenes de su soberano.

Entre el árbol bajo el cual reposaba el Sultán y aquel bajo el cual estaba el hornillo del cafetero, había otro árbol, al que estaba atado un perro guardián, que solo se soltaba de noche.

Saladino dijo a Ramadan: —«Toma mi pipa, llénala y tráemela en seguida». En aquel tiempo no se fumaba tabaco en Oriente; en su lugar usaban Te begh. Ramadan se apresuró a obedecer a su amo, pero el perro, que no le conocía bien, se puso a ladrarle cuando pasaba camino del hornillo del cafetero para prepararle al Sultán la pipa, y en respuesta Ramadan le amenazó con el puño. Cuando el pipero volvió, el perro, reconociendo en él al hombre que poco antes le había amenazado, no estando bien atado, se soltó y se lanzó sobre él. Ramadan

usó la pipa para defenderse, el perro fue rechazado, pero la cazoleta, la caña y la rica boquilla de la pipa quedaron todas rotas en el encuentro.

Los hechos fueron referidos a Saladino, quien ordenó inmediatamente que el perro fuera llamado ante él. El animal nada dijo mientras Ramadan le cargaba continuamente con la culpa. «Ves», dijo el Sultán, «que el perro se muestra dócil. Si no le hubieras amenazado ni asustado, nada

te habría dicho. Serás atado como lo estaba el perro, y el perro morará conmigo».

Los guardias encadenaron al pobre Ramadan al árbol donde había estado atado el perro, y su aspecto era muy desconsolado. El perro se convirtió en el favorito del Príncipe, a quien reconocía por su instinto natural, y desde entonces el Sultán juró por su perro.

El musulmán se complace en comparar la sabiduría de esta decisión con el juicio de Salomón.

Las recientes observaciones de uno de alta autoridad clerical, que salieron a la luz demasiado tarde para que se les asignara una posición más honrosa, deben, por consiguiente, esparcirse entre los fragmentos. «Líbreme el cielo», escribe el reverendo caballero, «de que vea yo jamás en Inglaterra lo que más de una vez he visto en Francia —una dama hermosa y suntuosamente ataviada, con guantes de cabritilla color lavanda y un delicado cigarrillo entre los labios, escupiendo de la manera más refinada en un pulido escupidero, y acompañando a sus amigos varones en la inhalación de los humos de esta hierba nociva. ¡No, nuestras damas no han sancionado la costumbre con su ejemplo, pero la han fomentado, la han acariciado, la han promovido con su excesiva bondad, y han permitido que sus maridos, hermanos e hijos, y quizá sus futuros maridos, disfruten de sus cigarros en su presencia, e incluso en sus casas».

«¡Oh, horrible, muy horrible!»

Escuchad aún más. «No vacilo en confesar que me senté a considerar este asunto fuertemente predispuesto, personal y socialmente, contra esta mala práctica; pero me levanto del examen de los hechos del caso sorprendido de la magnitud de la abominación a que da lugar. Arrojo cordialmente cualquier influencia que poseo en la balanza de quienes trabajan por promover la total abolición de la costumbre entre nosotros, y ruego encarecidamente a todos los que piensan como yo que desplieguen sus máximos esfuerzos para detener la plaga».

El rey Jacobo ha muerto, pobre hombre, de lo contrario este digno Deán, con toda seguridad, pronto habría llegado a Obispo. ¡Qué circuns-

tancia tan desafortunada es que los sabios nazcan en una época en que la generación que más los habría apreciado o está extinta o en embrión.

Recordamos haber oído una vez a un caballero eclesiástico igualmente estimable declarar que consideraba aquellas palabras de Longfellow muy descriptivas de los efectos de su acostumbrada «bocanada»:

«Y la noche se llenará de música,

y las preocupaciones que infestan el día

plegarán sus tiendas como los árabes,

y en silencio se escabullirán».

Con una fábula de Krummacher, quede lleno y concluido este cesto de fragmentos:

«El ángel del sueño y el ángel de la muerte, abrazándose fraternalmente, vagaban por la tierra. Era el atardecer. Se tendieron junto a una colina no lejos de las moradas de los hombres. Un melancólico silencio reinaba en torno, y la campana vespertina de la aldea distante había cesado.

»En silencio y quietud, como es su costumbre, yacían los dos bondadosos genios del linaje humano en confiado abrazo, y la noche comenzó a avanzar furtiva.

»Entonces el ángel del sueño se levantó de su lecho de musgo y esparció en torno, con mano cuidadosa, los invisibles granos del dormir. El viento vespertino los llevó a las tranquilas moradas de los fatigados labradores. Pronto los pies del sueño abrazaron a los habitantes de las cabañas rurales, desde el anciano de canosa cabeza que se sostenía en su bastón hasta los niños en la cuna. Los enfermos olvidaron sus dolores, los afligidos sus penas, y la pobreza sus cuidados. Todos los ojos estaban cerrados.

"Y ahora, terminada su tarea, el hermoso ángel del sueño se recostó de nuevo junto a su hermano más severo. Cuando despuntó el alba, exclamó con gozosa inocencia: «Los hombres me alaban como a su amigo y bienhechor. ¡Oh, qué dicha es hacerles bien en secreto y sin ser visto!

¡Cuán felices somos, los mensajeros invisibles del buen Dios! ¡Cuán amable es nuestra callada vocación!».

"Así habló el amistoso ángel del sueño. Y el ángel de la muerte suspiró con silencioso dolor; y una lágrima, como las que derraman los inmortales, tembló en su gran ojo oscuro. «¡Ay!», dijo, «que yo no pueda, como tú, deleitarme con agradecimientos alegres. Los hombres me llaman su enemigo y aguafiestas».

"«¡Oh, hermano mío!», replicó el ángel del sueño, «¿no reconocerán también los buenos, al despertar, en ti a un amigo y bienhechor, y no te bendecirán agradecidos? ¿No somos hermanos y mensajeros de un mismo Padre?».

"Así habló, y los ojos del ángel de la muerte centellearon, y con mayor ternura se abrazaron los genios fraternales."

APÉNDICE.

TABLA I.

CRONOLOGÍA DEL TABACO.

Romanus Paine publicó la primera relación del tabaco, bajo el nombre de cohoba.

El tabaco fue descubierto por los españoles cerca de Tabasco.

Los negros lo cultivaban en las plantaciones de sus amos.

Se usaba en esta época en el Canadá.

El tabaco fue introducido en Europa por Hernández de Toledo.

Conrad Gesner conoció el tabaco.

Sir John Hawkins trajo el tabaco de la Florida.

El tabaco se fumaba en Holanda en tubos de hojas de palma.

El tabaco se cultivaba en la Toscana.

Primera figura de la planta en la Cosmographie de André Thevet.

Las pipas de arcilla son mencionadas por los ingleses en Virginia.

Primeras pipas de arcilla fabricadas en Europa.

Schah Abbas, de Persia, prohibió el uso del tabaco en su imperio.

El tabaco fue introducido en Java. El fumar comenzó en Egipto por esta época.

Jacobo I impuso fuertes gravámenes sobre el tabaco.

El fumar tabaco era conocido en Constantinopla.

El tabaco se cultivó por primera vez cerca de Amersfort, en Holanda.

Los colonos cultivaban tabaco en Virginia.

Jacobo I escribió su "Counterblast".

Prohibióse la venta de tabaco en Inglaterra hasta que se pagara el impuesto y se fijara el sello real.

Noventa jóvenes mujeres enviadas de Inglaterra a América, y vendidas a los plantadores por tabaco a 120 libras cada una.

Importación anual de tabaco en Inglaterra desde América: 142.085 libras.

El Papa excomulgó a todos los que tomasen rapé en la iglesia. El rey Jacobo restringió el cultivo del tabaco a Virginia y a las Islas Summer.

El fumar tabaco fue introducido en Misnia.

Se formó un tribunal en Moscú para castigar el fumar.

La Asamblea de Virginia ordenó que todo el tabaco plantado en aquel año y en los dos siguientes fuese destruido.

El fumar comenzó en Apenzell (cantón) en Suiza.

Se hicieron los reglamentos de policía de Berna, y se dividieron los mandamientos en los que el tabaco fue prohibido.

(Tabla I. continuación).

1669 El adulterio y la fornicación eran castigados en Virginia con una multa de 500 a 1000 libras de tabaco.

1670 El fumar tabaco era castigado en el cantón de Glarus con multas.

1676 Los derechos de aduana sobre el tabaco de Virginia recaudados en Inglaterra: 120.000 libras.

Dos judíos intentan el cultivo del tabaco en Brandeburgo.

1689 El Dr. J. E. Vicarius inventó tubos que contenían trozos de esponja para fumar tabaco.

1691 El Papa Inocencio XII excomulgó a todos los que usaran tabaco en la iglesia de San Pedro de Roma.

1697 Grandes cantidades de tabaco producidas en el palatinado de Hesse.

1709 Exportaciones de tabaco de América: 28.858.666 libras.

1719 El Senado de Estrasburgo prohibió el cultivo del tabaco.

1724 El Papa Benedicto XIV revocó la bula de excomunión del Papa Inocencio.

1732 El tabaco se convirtió en moneda legal en Maryland, a un penique la libra.

1747 Exportaciones anuales de tabaco a Inglaterra desde las colonias americanas: 40.000.000 de libras.

1753 El rey de Portugal arrendó el comercio del tabaco por unas 500.000 libras.

Los ingresos del rey de España por el tabaco: 1.250.000 libras.

1759 Los derechos sobre el tabaco en Dinamarca ascendían a 8.000 libras.

1770 La emperatriz de Austria obtenía una renta de 160.000 libras del tabaco.

1773 Derechos sobre el tabaco en las Dos Sicilias: 80.000 libras.

1775 Exportación anual de tabaco de los Estados Unidos: 1.000.000 de libras.

1780 El rey de Francia obtenía una renta de 1.500.000 libras del tabaco.

1782 Exportación anual de tabaco durante los siete años de guerra revolucionaria: 12.378.504 libras.

1787 Tabaco importado en Irlanda: 1.877.579 libras.

1789 Exportaciones de tabaco de los Estados Unidos: 90.000.000 de libras.

El tabaco quedó por primera vez sujeto al impuesto interior en Inglaterra.

1820 Cantidad de tabaco cultivado en Francia: 32.887.500 libras.

1828 Renta del tabaco en el Estado de Maryland: 5.400 libras.

1830 La renta del tabaco y del rapé en Gran Bretaña era de 2½ millones de libras.

1834 El valor del tabaco usado en los Estados Unidos se estimaba en 3.000.000 de libras.

1838 El consumo anual de tabaco en los Estados Unidos se estimaba en 100.000.000 de libras.

1840 Se determinó que 1.500.000 personas se dedicaban al cultivo y fabricación del tabaco en los Estados Unidos.

APÉNDICE,

TABLA II.

CONSUMO DE TABACO.

Consumo medio por cabeza de la población masculina mayor de dieciséis años, y renta neta que el tabaco deja al Estado.

- **Austria** — 6,75 libras — 1.212.530 £

- **Zollverein (unión aduanera alemana)** — 9,75 libras — 296.560 £
- **Steuerverein (con Hannover y Oldenburgo)** — 12,50 libras — 12.420 £
- **Francia** — 5,50 libras — 3.058.356 £
- **Rusia** — 2,50 libras — 284.280 £
- **Portugal** — 3,50 libras — 304.140 £
- **España** — 4,75 libras — 1.268.082 £
- **Cerdeña** — 2,75 libras — 246.192 £
- **Toscana** — 2,50 libras — 84.860 £
- **Estados Pontificios** — 2,00 libras — 297.252 £
- **Dos Sicilias** — sin dato — 168.422 £
- **Gran Bretaña** — 4,10 libras — 5.272.471 £
- **Holanda** — 8,25 libras — 6.210 £
- **Bélgica** — 9,00 libras — 28.014 £
- **Dinamarca** — 8,00 libras — 10.488 £
- **Suecia** — 4,37 libras — 14.766 £
- **Noruega** — 6,40 libras — 23.322 £
- **Estados Unidos** — 7,60 libras — sin dato

TABLA III.

DERECHOS SOBRE LA IMPORTACIÓN DE TABACO.

Derecho que cada país aplica al tabaco importado, en porcentaje sobre el valor.

- **Estados Unidos** — 30 % ad valorem
- **Bélgica** — 13,9 % id.
- **Gran Bretaña** — 933,3 % id.
- **Hannover** — 9,6 % id.
- **Holstein** — 10 % id.
- **Holanda** — 3,5 % id.

- **Rusia** — 161 % id.
- **Suiza** — 3 % id.
- **Zollverein** — 45 % id.

TABLA IV.

BENEFICIOS NETOS DE LA REGIE FRANCESA SOBRE EL TABACO.

Después de pagar los gastos de compra, transporte, fabricación y venta; aumento del consumo en períodos decenales, de 1811 a 1851.

- **1811** — 26.000.000 francos
- **1821** — 42.219.604 francos
- **1831** — 45.920.930 francos
- **1841** — 71.989.095 francos
- **1851** — 92.233.729 francos
- **Renta bruta total en 1857** — 185.000.000 francos

TABLA V.

CONSUMO DE TABACO EN GRAN BRETAÑA.

Con la tasa del derecho y la renta que produce, y la población del país.

- **1821** — 15.598.152 libras — 4 chelines por libra — 3.122.583 £ — 21.282.903 habitantes
- **1831** — 19.533.841 libras — 3 chelines por libra — 2.964.592 £ — 24.410.459 habitantes
- **1841** — 22.309.360 libras — 3 chelines por libra — 3.580.163 £ — 27.019.672 habitantes
- **1851** — 28.062.978 libras — 3 chelines por libra — 4.485.768 £ — 27.452.262 habitantes
- **1856** — 32.579.166 libras — 3 chelines por libra — 5.216.770 £ — sin dato
- **1857** — 32.677.059 libras — 3 chelines por libra — 5.231.455 £ — sin dato

- **1858** — 34.110.850 libras — 3 chelines por libra — 5.272.471 £ — sin dato

TABLA VI.

CONSUMO DE TABACO EN EL IMPERIO AUSTRIACO.

- **1850** — 34.457.513 libras
- **1851** — 54.217.578 libras
- **1852** — 61.805.697 libras
- **1853** — 57.926.925 libras
- **1854** — 62.020.333 libras
- **1856** — 85.161.030 libras

TABLA VII.

TABACO EXPORTADO POR LOS ESTADOS UNIDOS EN 1855.

Cantidades enviadas a cada país.

- **Bremen** — 38.058.000 libras
- **Gran Bretaña** — 24.203.000 libras
- **Francia** — 40.866.000 libras
- **Holanda** — 17.124.000 libras
- **España** — 7.524.000 libras
- **Bélgica** — 4.010.000 libras
- **Cerdeña** — 3.314.000 libras
- **Austria** — 2.945.000 libras
- **Suecia y Noruega** — 1.713.000 libras
- **Portugal** — 336.000 libras

TABLA VIII.

DISPOSICIÓN DEL TABACO COSECHADO EN LOS ESTADOS UNIDOS EN 1840 Y 1850.

Cosecha, exportaciones, consumo interior y consumo por cabeza en cada período.

- **1840** — cosecha 219.163.319 libras — exportadas 184.965.797 libras — consumo interior 34.543.557 libras — 32½ onzas por cabeza
- **1850** — cosecha 199.532.494 libras — exportadas 122.408.780 libras — consumo interior 81.933.571 libras — 56 onzas por cabeza

TABLA IX.

EXPORTACIONES DE TABACO DE LOS ESTADOS UNIDOS, 1820-1855.

En períodos decenales y en 1855.

- **1820** — 66.000 bocoyes
- **1830** — 83.810 bocoyes
- **1840** — 119.484 bocoyes
- **1850** — 145.729 bocoyes
- **1855** — 150.213 bocoyes

TABLA X.

ANÁLISIS DEL TABACO POR POSSELT Y REENMANN.

Composición de las hojas frescas, en porcentaje.

- **Nicotina** — 0,06
- **Aceite vegetal concreto** — 0,01
- **Extractivo amargo** — 2,87
- **Goma con malato de cal** — 1,74
- **Clorofila** — 0,267
- **Albúmina y gluten** — 1,308
- **Ácido málico** — 0,51
- **Lignina y trazas de almidón** — 4,969
- **Sales (sulfato, nitrato y malato de potasa, cloruro de potasio, fosfato y malato de cal, y malato de amoníaco)** —

0,734

- **Sílice** — 0,088
- **Agua** — 88,280
- ***Total de hojas frescas de tabaco* — *100,836****

TABLA XI.

CAJAS DE OPIO EXPORTADAS POR LA COMPAÑÍA DE LAS INDIAS ORIENTALES, 1846-1858.

- **1846-47** — 22.468 cajas
- **1847-48** — 22.879 cajas
- **1848-49** — 33.073 cajas
- **1849-50** — 35.919 cajas
- **1850-51** — 32.033 cajas
- **1851-52** — 31.259 cajas
- **1852-53** — 35.521 cajas
- **1853-54** — 42.403 cajas
- **1854-55** — 49.979 cajas
- **1855-56** — 49.399 cajas
- **1856-57** — 66.305 cajas
- **1857-58** — 68.004 cajas

TABLA XII.

INGRESOS DE LA COMPAÑÍA DE LAS INDIAS ORIENTALES POR EL MONOPOLIO DEL OPIO.

- **1840-41** — 874.277 £
- **1841-42** — 1.018.765 £
- **1842-43** — 1.577.581 £
- **1843-44** — 2.024.826 £
- **1844-45** — 2.181.288 £
- **1845-46** — 2.803.350 £

- **1846-47** — 2.886.201 £
- **1847-48** — 1.698.252 £
- **1848-49** — 2.845.762 £
- **1849-50** — 3.309.637 £
- **1850-51** — 3.043.135 £
- **1851-52** — 3.139.247 £
- **1852-53** — 3.717.932 £
- **1853-54** — 3.359.019 £
- **1854-55** — 3.333.601 £
- **1855-56** — 3.961.975 £
- **1856-57** — 3.860.390 £
- **1857-58** — 5.918.375 £

TABLA XIII.

ESTADÍSTICAS DEL OPIO EN GRAN BRETAÑA.

Importaciones y consumo, en libras.

- **1826** — importadas 79.829 libras — consumidas 28.329 libras
- **1827** — importadas 113.140 libras — consumidas 17.322 libras
- **1830** — importadas 209.076 libras — consumidas 22.668 libras
- **1833** — importadas 106.846 libras — consumidas 35.407 libras
- **1836** — importadas 130.794 libras — consumidas 38.943 libras
- **1839** — importadas 196.247 libras — consumidas 41.632 libras
- **1842** — importadas 72.373 libras — consumidas 47.432 libras
- **1845** — importadas 259.644 libras — consumidas 38.229 libras
- **1848** — importadas 200.019 libras — consumidas 61.055 libras
- **1849** — importadas 105.724 libras — consumidas 44.177 libras
- **1850** — importadas 126.318 libras — consumidas 42.324 libras
- **1851** — importadas 118.024 libras — consumidas 50.682 libras
- **1852** — importadas 205.780 libras — consumidas 62.521 libras

- **1853** — importadas 159.312 libras — consumidas 67.038 libras
- **1854** — importadas 97.427 libras — consumidas 61.432 libras
- **1855** — importadas 50.143 libras — consumidas 34.473 libras
- **1856** — importadas 51.479 libras — consumidas 38.609 libras
- **1857** — importadas 136.423 libras — consumidas 56.174 libras
- **1858** — importadas 82.085 libras — consumidas 77.639 libras

TABLA XIV.

ANÁLISIS DEL OPIO, POR MULDER.

Composición de dos muestras, en porcentaje.

- **Morfina** — 10,842 — 4,106
- **Narcotina** — 6,808 — 8,150
- **Codeína** — 0,678 — 0,834
- **Narceína** — 6,662 — 7,506
- **Meconina** — 0,804 — 0,846
- **Ácido mecónico** — 5,124 — 3,968
- **Grasa** — 2,166 — 1,350
- **Caucho** — 6,012 — 5,026
- **Resina** — 3,582 — 2,028
- **Extractivo gomoso** — 25,200 — 31,470
- **Goma** — 1,042 — 2,896
- **Moco** — 19,086 — 17,098
- **Agua** — 9,846 — 12,226
- **Pérdida** — 2,148 — 2,496
- **Total** — 100,000 — 100,000

PRESOS CONDENADOS POR LA POLICÍA A LA CASA DE CORRECCIÓN DE SINGAPUR.

Cantidad de opio consumida a diario, años de hábito, oficio, salario mensual, valor del opio fumado al mes y apariencia de cada uno.

- **1** — 60 granos — 10 años — cooly — salario 16 s. — opio 1 £ 4 s./mes — Pesado, abatido, pero sin sueño
- **2** — no fumaba — — — — — salario — — opio sin dato/mes — Se veía bien y gordo
- **3** — no fumaba — — — — — salario — — opio sin dato/mes — Se veía bien, pero no robusto
- **4** — no fumaba — — — — — salario — — opio sin dato/mes — Se veía bien
- **5** — 180 granos — 10 años — plantador — salario sin dato — opio 3 £ 12 s./mes — Se veía bien; había dejado de fumar y bebía *tinco* en arrak
- **6** — 90 granos — 12 años — sin dato — salario sin dato — opio 1 £ 10 s./mes — Enfermizo, con tos
- **7** — 60 granos — 20 años — cooly — salario 16 s. — opio 1 £ 4 s./mes — Enfermizo, delgado y de aspecto miserable
- **8** — 180 granos — 7 años — plantador — salario 12 s. — opio 3 £ 12 s./mes — Enfermo y con herpes
- **9** — 90 granos — 6 años — sin dato — salario 20 s. — opio 1 £ 10 s./mes — Aspecto enfermizo; se quejaba
- **10** — 60 granos — 20 años — cooly — salario 16 s. — opio 1 £ 4 s./mes — Delgado y enfermizo; se quejaba de dolor de estómago
- **11** — 48 granos — 4 años — cooly — salario 16 s. — opio 0 £ 16 s. 4 d./mes — Amarillo y enfermizo; dolor abdominal
- **12** — 300 a 350 granos — 16 años — plantador — salario sin dato — opio 6 a 7 £/mes — Delgado y enfermizo; se quejaba de tos
- **13** — 30 granos — 10 años — cooly — salario 16 s. — opio 0 £ 12 s./mes — Se quejaba de dolor abdominal
- **14** — 90 granos — 6 años — sin dato — salario 16 s. — opio 1 £ 10 s./mes — Delgado, pero no enfermizo
- **15** — 60 granos — 16 años — cooly — salario 16 s. — opio 1 £ 4 s./mes — Delgado, con tos y enfermizo

- **16** — no fumaba — — — — — salario — — opio sin dato/mes — sin apariencia anotada
- **17** — 24 granos — 9 años — cooly — salario 16 s. — opio 0 £ 10 s./mes — Se quejaba de dolor abdominal; no parecía enfermizo
- **18** — 60 a 180 granos — 30 años — sin dato — salario 20 s. — opio 24 s. a 3 £ 12 s./mes — Aspecto enfermizo; no se quejaba
- **19** — 36 granos — 5 años — sin dato — salario 24 a 30 s. — opio 0 £ 12 s./mes — Diarrea; se quejaba
- **20** — 30 granos — 5 años — sin dato — salario 16 s. — opio 0 £ 8 s./mes — Se quejaba, pero no parecía enfermizo
- **21** — 60 granos — 12 años — sin dato — salario 16 s. — opio 1 £ 4 s./mes — Se quejaba, pero no parecía enfermizo
- **22** — 48 granos — 5 años — cooly — salario 12 s. — opio 1 £ 0 s./mes — Parecía enfermizo y se quejaba
- **23** — no fumaba — — — — — salario — — opio sin dato/mes — Parecía enfermizo
- **24** — no fumaba — — — — — salario — — opio sin dato/mes — Se veía bien
- **25** — no fumaba — — — — — salario — — opio sin dato/mes — Se veía bien
- **26** — 60 granos — 15 años — sin dato — salario 16 s. — opio 1 £ 4 s./mes — Se quejaba mucho cuando le faltaba el *chandu*
- **27** — no fumaba — — — — — salario — — opio sin dato/mes — Se veía bien
- **28** — 36 granos — 6 años — sin dato — salario 12 s. — opio 0 £ 15 s./mes — Pálido y de aspecto enfermizo; se quejaba mucho
- **29** — 48 granos — 5 años — tendero — salario sin dato — opio 1 £ 0 s./mes — Delgado y enfermizo

Había además quince hombres en el hospital, de los que todos fumaban menos uno.

TABLA XVI.

OPIO CONSUMIDO POR QUINCE PERSONAS DEL HOSPITAL DE POBRES, SINGAPUR.

Cantidad diaria, años de hábito, salario mensual y exceso del gasto sobre los ingresos.

- **1** — 36 granos al día — 7 años — salario 11 s. 6 d. — 5 s. 8 d. de exceso
- **2** — 36 granos al día — 3 años — salario 8 s. — 6 s. 6 d. de exceso
- **3** — 24 granos al día — 5 años — salario 8 s. — 1 s. 8 d. de exceso
- **4** — 36 granos al día — 8 años — salario 12 s. — 2 s. 6 d. de exceso
- **5** — 42 granos al día — 20 años — salario 16 s. — 10 d. de exceso
- **6** — 30 granos al día — 10 años — salario 10 s. — 2 s. 1 d. de exceso
- **7** — 24 granos al día — 7 años — salario 8 s. — 1 s. 8 d. de exceso
- **8** — 30 granos al día — 10 años — salario 12 s. — ingresos y gastos iguales
- **9** — 24 granos al día — 5 años — salario 8 s. — 1 s. 8 d. de exceso
- **10** — 30 granos al día — 10 años — salario 8 s. — 4 s. de exceso
- **11** — 30 granos al día — 8 años — salario 12 s. — ingresos y gastos iguales
- **12** — 36 granos al día — 10 años — salario 12 s. — 2 s. 6 d. de exceso
- **13** — 30 granos al día — 15 años — salario 12 s. — ingresos y gastos iguales
- **14** — 30 granos al día — 25 años — salario 12 s. — ingresos y gastos iguales
- **15** — 42 granos al día — 22 años — salario 12 s. — 4 s. 10 d. de exceso

TABLA XVII.

INFORMES SOBRE EL CONSUMO DE OPIO EN CHINA.

En el Chung-wan (bazar central) hay unos 5.800 habitantes.

El número de los que fuman opio meramente porque les gusta asciende a más de 2.600.

El número de los que fuman opio asciende a más de 300.

En el Hah-wan (bazar de Cantón) hay más de 1.200 habitantes.

El número de los que fuman opio meramente porque les gusta asciende a más de 600.

El número de los que fuman opio asciende a más de 100.

El número de los que murieron por causa de fumar opio, muy pocos.

(Firmado) Informe de los *teapoa* de Chung-wan y Hah-wan.

Fechado el año Yuet-man, 11.º mes, 20.º día (20 de diciembre de 1806).

El número de residentes varones en Sheong-wan se estima como sigue: —

Este año se ha averiguado que el número de residentes varones es 13.000.

Hay 3.000 fumadores de opio; 300 fuman 8 mace al día; 700 fuman 5 mace cada día; 1.000 fuman 3 mace cada día; el resto fuma 1 mace, más o menos.

El número de los que fuman opio meramente porque les gusta asciende a más de 4.000.

El número de los que enfermaron por causa del consumo de opio se marcharon a casa, y no murieron aquí.

(Firmado) Informe del *teapoa* de Sheong-wan Tong Chew.

Fechado el 29 de diciembre de 1855.

Por orden, se ha averiguado el número de habitantes de Taiping-Shan.

Hay más de 5.300 hombres.

El número de los que fuman opio porque les gusta asciende a más de 1.200.

El número de los que fuman opio asciende a más de 600.

El número de los que murieron por causa del consumo de opio, muy pocos.

(Firmado) Informe del *teapoa* de Tai-ping-Shan.

Fechado el año Yuet-man, 11.º mes, 20.º día (29 de diciembre de 1855).

Por orden, se ha averiguado que en Wan-tsai hay más de 1.600 habitantes.

Los que fuman opio meramente porque les gusta ascienden a más de 500 hombres.

Los que fuman opio ascienden a más de 200 hombres.

Los que murieron por causa del consumo de opio, ninguno.

(Firmado) Informe del *teapoa* de Wan-tsai.

Fechado el año Yuet-man, 11.º mes, 20.º día (29 de diciembre de 1855).

Por orden, se ha averiguado que en Wanc-nai-clioon hay más de 200 hombres.

El número de los que fuman opio asciende a más de 10 hombres.

El número de los que fuman opio meramente porque les gusta es escaso solamente.

El número de los que murieron por causa del consumo de opio, muy pocos.

(Firmado) Informe del *teapoa* de Wang-nai-choon.

Fechado el año Yuet-man, 11.º mes, 20.º día (29 de diciembre de 1855).

Por orden, se ha averiguado el número de habitantes de Tingloong-chow (punta este).

Hay más de 2.500 habitantes.

El número de los que fuman opio meramente porque les gusta asciende a más de 300.

El número de los que fuman opio asciende a más de 100.

(Firmado) Informe del *teapoa* de Ting-loon-chow.

Fechado el año Yuet-man, 11.º mes, 20.º día (29 de diciembre de 1855).

TABLA XVIII.

ESTIMACIÓN DEL PROFESOR JOHNSTON.

Número de personas que se entregan a los siete principales narcóticos del mundo.

- **Tabaco** — 800.000.000
- **Opio** — 400.000.000
- **Cáñamo** — 200.000.000 a 300.000.000
- **Betel** — 100.000.000
- **Coca** — 10.000.000
- **Estramonio** — sin estimación; menos que la coca
- **Amanita** — sin estimación; menos que la coca

TABLA XIX.

SINOPSIS DE LOS NARCÓTICOS, CON SUS SUCEDÁNEOS.

I. — TABACO

- **Tabaco de Virginia** — *Nicotiana tabacum* — Estados Unidos — Fumado y masticado
- **Orinoco** — *Nicotiana macrophylla* — sin dato — idem
- **Europeo** — *Nicotiana rustica* — Europa — idem
- **Javanés** — *Nicotiana rustica var.* — Java — Fumado
- **Billah** — *Nicotiana rustica var. asiatica* — Malwa — idem
- **Guzerat** — *Nicotiana rustica var.* — Guzerat — idem
- **Chino** — *Nicotiana rustica var. chinensis* — China — idem
- **Tibetano** — *Nicotiana rustica var.* — Tíbet — idem
- **Persa** — *Nicotiana persica* — Persia — idem
- **Latakia** — *Nicotiana rustica var.* — Siria — idem
- **Djiddar** — *Nicotiana crispa* — Siria — idem

- **Indio** — *Nicotiana quadrivalvis* — Norteamérica — idem
- — — *Nicotiana multivalvis* — idem — idem
- — — *Nicotiana nana* — Montañas Rocosas — idem
- **Cubano** — *Nicotiana repanda* — Cuba — idem
- **Colombiano** — *Nicotiana loxensis* — América — idem
- **Brasileño** — *Nicotiana glauca* — Brasil — idem
- **Peruano** — *Nicotiana andicola* — Andes — idem
- **Hojas de tusilago** — *Tussilago farfara* — Europa — Fumado como tabaco
- **Milenrama** — *Achillea millefolium* — idem — idem
- **Ruibarbo** — *Rheum emodi, etc.* — Himalaya — idem
- **Trébol de las ciénagas** — *Menyanthes trifoliata* — Gran Bretaña — idem
- **Salvia** — *Salvia officinalis* — Europa — idem
- **Tabaco de montaña** — *Arnica montana* — Suiza — idem
- **Acebo negro** — *Ilex vomitoria* — Norteamérica — idem
- **Zumaque de cuerno de ciervo** — *Rhus typhina* — Misisipi — idem
- **Zumaque copal** — *Rhus copallina* — idem — idem
- **Hojas de nenúfar** — *Nelumbium speciosum* — China — Mezclado con tabaco
- **Pucha-pat** — *Marrubium odoratissimum* — India — Mezclado con tabaco
- **Tombeki** — *Lobelia sp.* — Asia oriental — Fumado como tabaco
- **Tabaco indio** — *Lobelia inflata* — Norteamérica — idem
- **Hojas de maíz** — *Zea mays* — Estados Unidos — Patentado para cigarros
- **Corteza de abedul** — *Betula excelsa* — Nuevo Brunswick — Mezclado con tabaco

- **Hojas de sauce** — *Salix sp.* — Norteamérica — Fumado como tabaco
- **Hojas de gayuba** — *Arctostaphylos uva-ursi* — Indios chinook — Mezclado con tabaco
- **Bayas de pimienta** — *Eugenia pimenta* — Indias Occidentales — Fumado
- **Corteza de cascarilla** — *Croton eleuteria* — idem — Mezclado con tabaco
- **Hojas de polígono** — *Polygonum hispida* — Sudamérica — Fumado
- **Hojas de alcanfor** — *Tarchonanthus camphoratus* — El Cabo — idem
- **Dagga silvestre** — *Leonotis leonurus* — idem — idem
- **—** — *Leonotis ovata* — idem — idem
- **Culen** — *Psoralea glandulosa* — Mauricio — idem
- **Purphiok** — *Tupistra sp.* — Sikkim — Mezclado con tabaco
- **Flores de manzanilla** — *Anthemis nobilis* — Gran Bretaña — idem
- **Hojas de remolacha** — *Beta vulgaris* — Francia — Recomendado como sucedáneo
- **Akel** — *sin dato* — Argelia — Mezclado con tabaco
- **Trouna** — *sin dato* — Argelia — idem
- **Kauw goed** — *Mesembryanthemum tortuosum* — El Cabo — Masticado
- **Raíz de angélica** — *Archangelica officinalis* — Laponia — idem
- **Hojas de pan de mono** — *Adansonia digitata* — África occidental — Aspirado
- **Hojas de rododendro** — *Rhododendron campanulatum* — India — Aspirado
- **Polvo pardo de los pecíolos** — *Kalmia y Rhododendron sp.* — Norteamérica — idem
- **Asarabaca** — *Asarum europaeum* — Europa — idem

- **Rapé de ojos de Grimstone** — *varias plantas* — Gran Bretaña — idem
- **Plantas indígenas varias** — *idem* — Erzgebirge — idem
- **Asperula** — *Asperula odorata* — Gran Bretaña — Mezclado con rapé
- **Ceniza de yesca** — *Polyporus igniarius* — Kamchatka — Aspirado

II. — OPIO

- **Opio de Esmirna** — *Papaver somniferum* — Levante — Fumado, etc.
- **Opio de Constantinopla** — *idem* — Turquía — idem
- **Opio de Egipto** — *idem* — Egipto — idem
- **Opio de Trebisonda** — *idem* — Persia — idem
- **Opio de Bengala** — *idem* — India — idem
- **Opio Patna de jardín** — *idem* — India — idem
- **Opio de Malwa** — *idem* — India — idem
- **Opio de Cutch** — *idem* — India — idem
- **Opio de Kandeish** — *idem* — India — idem
- **Opio inglés** — *idem* — Inglaterra — idem
- **Opio francés** — *idem* — Francia — idem
- **Opio alemán** — *idem* — Alemania — idem
- **Lactucario** — *Lactuca sativa* — Gran Bretaña — Sucedáneo del opio
- **—** — *Lactuca virosa* — idem — idem
- **—** — *Lactuca scariola* — idem — idem
- **—** — *Lactuca altissima* — idem — idem
- **—** — *Lactuca sylvestris* — idem — idem
- **—** — *Lactuca elongata* — idem — idem
- **Láudano holandés** — *Lactuca taraxacifolia* — Guayana — idem
- **Láudano** — *Murucuja ocellata* $\frac{}{300}$ Jamaica — idem

- **Ídem** — *Murucuja orbiculata* — Barbados — idem
- **Semillas de ruda siria** — *Peganum harmala* — Turquía — Para producir embriaguez
- **Semillas de** — *Sterculia alata* — Silhet — Sucedáneo del opio
- **Semillas de** — *Scopolia mutica* — Arabia — Para producir embriaguez
- **Jugo de** — *Chondrilla juncea* — Lemnos — Sucedáneo del opio

III. — CÁÑAMO

- **Gunjah y bang** — *Cannabis indica* — India, África — Fumado, etc.
- **Churrus (resina)** — *idem* — Nepal, etc. — idem
- **Dacca en polvo y áloe** — *idem* — África sudoccidental — Aspirado

IV. — BETEL

- **Nueces de betel** — *Areca catechu* — Península malaya — Masticado
- **— —** *Areca laxa* — islas Andamán — idem
- **— —** *Areca nagonsis* — Bengala oriental — idem
- **— —** *Areca dicksoni* — Malabar — idem
- **Kassu (extracto)** — *Areca catechu* — India — idem
- **Cowry (extracto)** — *Areca catechu* — Mysore — idem
- **Kutt o catechu** — *Acacia catechu* — India — idem
- **Gambir** — *Uncaria gambir* — Singapur, etc. — Masticado
- **— —** *Uncaria sp.* — idem — idem
- **Hojas de pimienta de betel** — *Chavica betle* — Península malaya — Masticado con betel
- **— —** *Chavica siraboa* — idem — idem
- **Hojas de pimienta negra** — *Piper nigrum* — Singapur — idem
- **Pimienta ava** — *Macropiper methysticum* — Mares del Sur — idem
- **Raíces de** — *Derris pinnata* — idem — Sucedáneo del betel
- **Raíces de** — *Cocos nucifera* — Ceilán — idem

- **Corteza de guayabo** — *Psidium guayaba* — Filipinas — idem
- **Corteza de antipolo** — *Psidium guayaba* — idem — idem

V. — COCA

- **Hojas de coca** — *Erythroxylon coca* — Perú — Masticatorio

VI. — ESTRAMONIO

- **Semillas de florispondio** — *Datura sanguinea* — Nueva Granada — Bebido en infusión
- **Hojas de estramonio** — *Datura stramonium* — Europa — Fumado
- **Semillas** — *Datura arborea* — Perú — idem
- — — *Datura fatuosa* — Egipto — idem
- — — *Datura ferox* — China — idem
- — — *Datura tatula* — Asia — Por el oráculo de Delfos
- — — *Datura metel* — Asia occidental — Como opiáceo
- **Hojas de belladona** — *Atropa belladonna* — Europa — Fumado
- **Hojas de beleño** — *Hyoscyamus niger* — India — Mezclado con hachís
- **Hojas de** — *Rhododendron chrysanthum* — Siberia — Masticado
- **Flores de** — *Rhododendron arboreum* — India — idem
- **Hojas de dedalera** — *Digitalis purpurea* — India — Mezclado con hachís

VII. — AMANITA

- **Agárico de mosca** — *Amanita muscaria* — Siberia — Tragado

Colofón

Edición digital preparada por Pevgrow para su Biblioteca de cannabis.

Texto original: Mordecai Cubitt Cooke, *The Seven Sisters of Sleep*, 1860. Obra en dominio público.

Fuente del original: Internet Archive.

Esta traducción se distribuye bajo licencia CC BY 4.0. Puedes copiarla, adaptarla y redistribuirla citando «Biblioteca Pevgrow».

Generado el 2026-10-25.